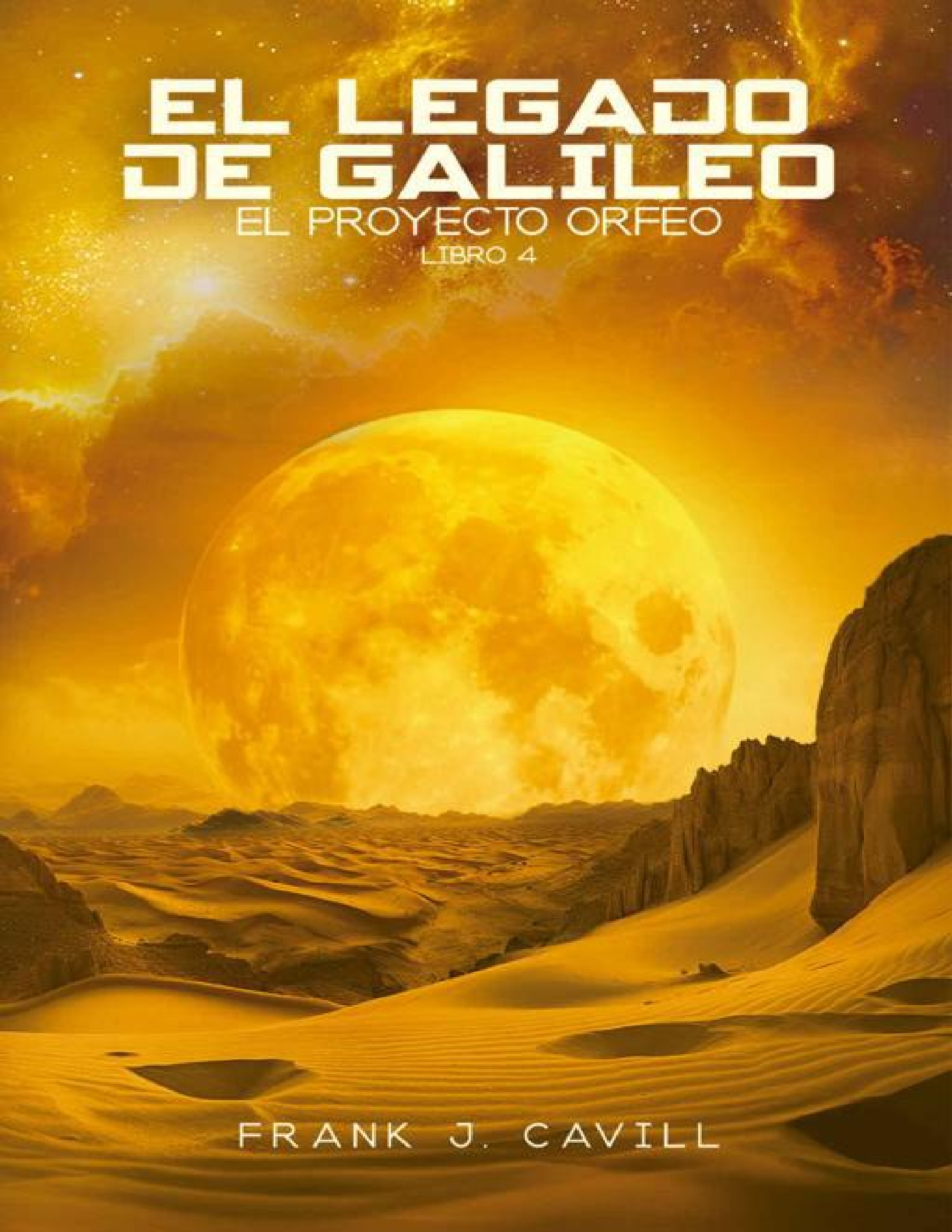
EL LEGADO DE GALILEO

EL PROYECTO ORFEO

LIBRO 4



FRANK J. CAVILL

El legado de Galileo

El proyecto Orfeo - Libro 4

Frank J. Cavill

Únete a mi lista de correo para recibir las últimas novedades sobre mis libros:

Lista de Correo

¡Gracias por leer mis libros!

Comunidad:

Todos mis libros: **Frank J. Cavill**

Web: **frankjcavill.com**

X: **@FrankJCavill**

Facebook: **FrankJCavill**

Threads: **@frankjcavill**

Instagram: **@frankjcavill**

TikTok: **@frankjcavill**

Mail: **frankjcavill@gmail.com**



Copyright © 2024 Frank J. Cavill

Todos los derechos reservados

Ilustración portada por Pilar García (**pilargarcia.net**)

Edición de Susana Rodríguez Lezaun (**susanarodriguezlezaun.com**)

Corrección por Tanya Velasco

Contenido

El despertar de Galileo
Reposo
Defensa
El prisionero
Confrontación
Asedio
La calma tras la tormenta
Juego de espías
El telescopio de Galileo
Paseo por el espacio
La candidata
La intrusión
Los heraldos
El despertar
La cápsula del tiempo
La Vía de la Contienda
La vida de Galileo
El regreso
El puente
La competición
La planta
El tercer emisario
El combate
Bitácora incompleta
El quinto bastón
El intérprete
En la boca del lobo
Secretos ocultos
Revelación
El destino de Galileo
El robo
El mando único
Mensaje del pasado
El legado de Galileo
La aventura continua en:
Entre las sombras (El Proyecto Orfeo, Libro 5)
Nota del autor:
Agradecimientos
Entre las sombras (El Proyecto Orfeo, Libro 5)

1

El despertar de Galileo

Fecha desconocida

Lugar desconocido

Abrió un ojo. Apenas podía ver. Aquella luz blanca le hería en las entrañas, era como si millones de agujas se le clavaran en la retina. Su mente funcionaba con lentitud y le costaba mantenerse despierto, no sabía qué estaba ocurriendo. Probó con su otro ojo, pero el resultado fue el mismo, solo notó una aguda molestia. No sentía nada de cuello para abajo y el resto de sus sentidos parecían estar también aletargados. ¿Qué estaba ocurriendo? ¿Dónde estaba?

Rozó los dientes con la lengua. Su boca estaba pastosa, como si llevara horas sin ingerir líquidos. Un eco llegó de repente a su cerebro. No era algo reconocible, tan solo un susurro que resonó unos instantes en la lejanía. Quiso abrir la boca para pedir ayuda, pero no pudo. Su cuerpo no parecía estar disponible, pero notó cómo su cabeza se movía en el proceso. ¿Estaba en peligro?

Su mano derecha apareció sin previo aviso. Sabía que estaba allí, pero no era capaz de tomar el control. El eco volvió, esta vez más cercano y nítido, pero seguía sin poder encontrar su procedencia. Era incapaz de hablar. Probó de nuevo a abrir los ojos, pero la potente luz persistía y recibió el mismo castigo: le ardían. En ese mismo instante fue consciente de que también le dolía la cabeza.

Dolor. Eso significaba que todavía estaba vivo. El recuerdo de un antiguo saber apareció de improviso en su mente: «El dolor no es más que un mecanismo de defensa del propio cuerpo», pensó.

Intentó mover el dedo índice de su mano derecha, pero no sintió nada. No notaba el resto de su cuerpo y eso lo asustó. ¿Estaría muerto? Su mente no le obedecía y saltaba sin control de un pensamiento a otro. Intentó hablar de nuevo y esa vez los labios se despegaron. Fue consciente de cómo sus pulmones se llenaban de aire, dispuestos a ayudarle, pero nada llegó a sus oídos cuando lo soltó. No era capaz de hacer que su garganta emitiera ningún sonido audible.

De nuevo, el eco resonó en su cabeza, esta vez más cercano. Rebotó de forma constante hasta que se perdió en la profundidad de su mente. Aun así, no fue capaz de determinar qué lo causaba. Abrió los ojos. Le dolían mucho, pero esta vez logró aguantar. La luz era intensa, pero ya notaba ciertas variaciones en algunas zonas. Algo se movía delante de él. Luego, su mano cobró protagonismo y notó cómo cambiaba de posición, aunque no recordaba haber intentado moverla. Sintió que su brazo se alzaba mientras su hombro giraba por unos instantes.

Intentó levantar la cabeza, pero cayó de nuevo hacia atrás. Le dio la impresión de que estaba tumbado. Miró a su alrededor, pero no reconoció nada de lo que veía, la luz era demasiado intensa todavía.

«¿Dónde estoy?, ¿qué me pasa?», pensó. Un murmullo llegó de repente hasta sus oídos. Su boca se había abierto involuntariamente y su garganta había emitido un sonido que pretendía ser

algo más que eso. Notó calor en el cuello. Tenía la garganta reseca y el gesto le hizo ver las estrellas.

El eco resonó una vez más. Había algo familiar en aquel sonido que se perdía de inmediato en su mente. Se concentró en su tren inferior. De repente era consciente de que allí había dos piernas. Intentó mover los dedos de los pies y, para su sorpresa, sintió que lo hacían. Así que repitió lo mismo con las manos. No solo consiguió mover sus dedos, si no que fue consciente de que algo externo reaccionaba a aquel movimiento. Otro eco resonó en su cabeza. Allí había alguien. Y estaba intentando comunicarse con él. Abrió los ojos de nuevo, cada vez le costaba menos. La luz era menos intensa y por fin pudo ver una forma que se movía delante de él.

—¿Dónde…? —consiguió pronunciar con esfuerzo.

La figura llenó su cabeza con sonidos que no fue capaz de interpretar, pero percibía estímulos que le hacían pensar que le estaba cogiendo de la mano.

—¿Quién… eres? —Su garganta sufrió para pronunciar apenas dos palabras.

Sintió que el sonido que inundaba su cabeza era la voz de una mujer. Sin embargo, no fue capaz de entender nada de lo que le dijo. Solo pudo oír con claridad la última palabra que pronunció: Rhodes. ¿De qué le sonaba? ¿Qué significaba? ¿Por qué su cerebro reaccionaba a esa última palabra de una forma diferente al resto? Sintió que era algo importante. Rhodes. ¡Por fin supo que ocurría! ¡Ese era su nombre! Él era Steven Rhodes, el director del Proyecto Orfeo y el responsable del arca Galileo.

—¿Cómo se encuentra, director Rhodes? —le preguntó el enfermero Hooper.

—Mejor, gracias —respondió él—. Creo que ya me he recuperado del todo.

—Perfecto —se alegró el enfermero, que llevaba algo en la mano—. Supongo que tendrá hambre. Ya va siendo hora de que empecemos a proporcionarle nutrientes a su cuerpo.

El enfermero le tendió una bolsa con un líquido amarillento que tenía una pequeña abertura para poder beberlo.

—¿Qué es esto? —preguntó el director.

—Lo único que podemos tomar durante los primeros días tras salir de la hibernación —le explicó—. No tiene buen sabor, pero le sentará bien.

El director sorbió con timidez un trago de aquel líquido y torció el gesto.

—Decir que esto no tiene buen sabor es quedarse corto —se quejó.

—Es todo lo que podemos digerir en estas circunstancias —se excusó el enfermero—. Tan solo es un suero con algo de avena infusionada. Tiene los nutrientes y líquidos necesarios para que nuestro organismo vaya recuperando su tono.

—¿Qué día es hoy?

—24 de abril de 3279 —respondió el enfermero.

—Han pasado novecientos noventa y dos años desde que salimos —calculó el director, pensativo.

—Novecientos noventa y dos años, dos meses y veinte días para ser exactos —matizó una voz masculina.

—Gracias, Alan —agradeció Steven.

—De nada, director Rhodes —respondió la inteligencia artificial.

—¿Te has aburrido durante el trayecto? —quiso saber.

—Soy una inteligencia artificial, no estoy programado para comprender el aburrimiento.

—Por supuesto —asintió el director—. ¿Puedes hacerme un resumen de la situación del arca?

—Claro, director —dijo—. Pero me temo que el enfermero Hooper no está autorizado a escuchar nada de lo que voy a decirle.

—Tranquilo, Alan —le respondió—. Puedes hablar delante de él.

—De acuerdo —aceptó la IA—. Hemos perdido quinientos sesenta y un efectivos en el trayecto, sus cápsulas han presentado errores que, por desgracia, no he podido solucionar.

—Vaya —susurró Steven con amargura—, que lástima.

—Sí, mis protocolos no me permitían despertar a alguien que pudiera solucionar los problemas. Además, los fallos en las cápsulas han sido muy variados y se han presentado de forma escalonada.

—Entiendo —respondió el director—. ¿Cuál es el estado general de la estación?

—Todos los sistemas se encuentran operativos —anunció Alan—. Sin embargo, tuvimos algunos problemas hace cuatrocientos trece años.

—¿Qué clase de problemas?

—Detecté un campo de asteroides en la lejanía —explicó— y, a pesar de que maniobré para esquivarlos, algunos acabaron impactando en la estación.

—¡Dios mío! —exclamó Steven—. ¿Cuáles han sido los daños?

—Los más graves se produjeron en los hangares, dos de ellos quedaron inutilizados por completo —explicó—. Además, hubo daños importantes en el arsenal de la nave y también en la bodega.

—¿Cuál es la situación en estos momentos? —preguntó Steven, preocupado.

—Disponemos de dos hangares menos, el 2H y el 1D. Hemos tenido algunas pérdidas en el arsenal y en la bodega, pero la directora de ingeniería Kerridge y varios de sus ingenieros pudieron recuperar todo lo que podía recuperarse.

Steven guardó silencio durante unos instantes. Aquello no eran buenas noticias. Cruzar el espacio conocido y sufrir un accidente como aquel no era lo que esperaba escuchar cuando se embarcó mil años atrás.

—¿Cuándo se acabaron las reparaciones, Alan? —preguntó.

—La última concluyó hace trescientos cuarenta y siete años —respondió.

Steven cerró los ojos con tristeza. Sabía que el protocolo en caso de colisiones y brechas en el casco de la estación espacial obligaba a la dirección de ingeniería a disponer de los efectivos necesarios para dirigir las reparaciones pertinentes. Eso significaba que todas las personas elegidas habían fallecido hacía ya muchos años. Por razones de seguridad, no podían regresar a la crioestasis después de haber despertado.

—Dispongo de una grabación que la directora Kerridge dejó para usted veintidós años después de su salida de la crioestasis —informó la inteligencia artificial.

El enfermero Hooper acabó de realizar sus comprobaciones en el sistema que controlaba las constantes del director Rhodes y se dirigió a él.

—Será mejor que lo vea en privado, director —dijo ya junto a la puerta de salida—. Si necesita algo, avise a Alan y estaré aquí enseguida.

Steven le agradeció sus cuidados y recogió el terminal que había en la mesilla junto a la cama de la enfermería en la que se encontraba.

—De acuerdo, Alan. Pon la grabación.

Vio a una mujer de melena plateada y avanzada edad vestida con el característico uniforme gris con una banda naranja que la catalogaba como miembro del departamento de ingeniería. Se la notaba cansada y mucho mayor de lo que Steven habría imaginado. Tenía cuarenta y ocho años cuando partieron de la Tierra, pero en las imágenes parecía haber superado los setenta. Steven no pudo reprimir una lágrima al ver a su gran amiga y colaboradora en aquel estado.

—Director Rhodes —empezó ella—, si está escuchando este mensaje, significará que ya nos hemos ido de aquí hace mucho tiempo. A estas alturas de la vida, creo que lo único importante para mí es que lo hayáis conseguido. Esa es, sin duda, la parte positiva de este mensaje. —Hizo una pausa mientras elegía las palabras—. No quiero que estés triste, Steven. Hemos tenido una buena vida. Es obvio que todos tuvimos momentos de flaqueza, pero pronto aceptamos cuál era nuestro compromiso con la humanidad y nos sentimos orgullosos.

»Grabo este video después de dos décadas de duro trabajo y convivencia en la estación —continuó tras otra pausa—. Por desgracia, Alan ha detectado un pequeño problema en mi sistema inmunológico que afecta a mis glóbulos rojos y me temo que no me queda demasiado tiempo. Se trata de una enfermedad curable, pero requiere de la presencia de alguien del equipo médico con autorización, y me he negado en rotundo a que alguien salga de la crioestasis solo para salvar la vida de una anciana a la que, de cualquier manera, le quedan pocos años de vida. Pero no te preocupes, lo he aceptado y estoy preparada para marcharme de aquí con la cabeza bien alta.

»No quiero ningún reconocimiento, al menos no para mi —añadió—. Pero sí quiero que se recuerde a los once valientes a los que tuve que condenar a una vida de peligro y de trabajo sin descanso para que vosotros podáis acabar lo que empezamos. Los ingenieros Horst, Redfern, Kuan, Nemeth y Rodriguez; y los soldadores, Ripley, Arah, Zuñiga, Sigh, Andersson y Khalid. Ellos y ellas son los verdaderos héroes de esta historia. Acordaos de todos cuando lleguéis, por favor.

»La situación era muy grave cuando Alan nos despertó. Había daños en todos los módulos de la estación —dijo con preocupación al recordarlo—. Por suerte, no afectó al módulo de criogenización y pudimos reparar los motores electromagnéticos y los daños en la Lavadora durante los primeros años de nuestra particular aventura. Pero me temo que mis días se acabarán antes de que pueda ver cómo se solucionan todos los daños que hay en el hangar, el arsenal y la bodega.

La directora Kerridge tragó saliva mientras sopesaba cómo continuar con aquel último informe. Las lágrimas de Steven caían sobre las sábanas de la camilla mientras escuchaba con atención las explicaciones de su antigua colega.

—Tardaremos años en arreglarlo todo —siguió tras la pausa—. Sé que harán todo lo que esté en su mano para que vosotros podáis llegar a vuestro destino. Pero, tras veintidós años de duro trabajo, no podría culparlos si desfallecen. Han sacrificado sus vidas por el proyecto, por la humanidad. Los ingenieros Kuan y Horst son los más jóvenes del grupo, si no ocurre nada

extraño, deberían ser ellos los que acaben con las reparaciones.

»Steven —dijo tras otra pausa—, sé que fantaseamos muchas veces sobre rehacer juntos nuestras vidas en Kepler-442b, pero me temo que no llegaré al baile. Me iré pronto de aquí, pero no quiero que te sientas mal por ello, estoy tranquila, en paz. Quiero que sepas que ha sido un placer poder compartir contigo todas aquellas noches en el centro espacial. Me llevo conmigo cada pedacito de momento que hemos pasado juntos. Os deseo lo mejor a todos vosotros, y espero que puedas reunirte de nuevo con tu hija, sé lo que eso supone para ti.

»¿Sabes? Pensaba que me resultaría más difícil hacer todo esto —se sinceró—. Pero creo que me he ganado el derecho a descansar en paz, a irme por fin de aquí. Lo he hecho lo mejor que he podido. Espero que lo consigáis. Alan te contará todos los detalles de lo que ha ocurrido, incluso después de mi marcha. Aquí Nicole Kerridge, directora de Ingeniería de la estación espacial Galileo. Corto y cambio.

Steven se hundió en la camilla, la noticia lo había pillado por sorpresa y solo pudo llorar la pérdida con amargura. Nicole había sido una gran compañera y ambos habían estado muy unidos, hasta el punto de haber hecho planes juntos para el futuro. Los dos conocían los riesgos que la misión entrañaba y eran conscientes de que algo así podría pasar. El azar les había reservado esta amarga sorpresa que debía superar cuanto antes. El destino de la humanidad estaba en juego y Steven Rhodes, el director del proyecto, no tenía tiempo para duelos ni lamentos.

Unas horas después, el enfermero volvió a la habitación y, tras revisar sus constantes y su estado físico general, le ayudó a dar sus primeros pasos antes de darle el alta. Lo primero que hizo fue dirigirse al puesto de mando de la nave. El capitán Tiffin, máxima autoridad de la estación espacial, era uno de los primeros en despertarse de la crioestasis según el protocolo del proyecto. Esperaba encontrarlo allí.

—Director Rhodes —saludó el capitán—. Me alegro de verlo.

El capitán era un hombre de gran estatura y algo desgarbado. Llevaba el pelo castaño corto y tenía una poblada barba que en algunas zonas tornaba a pelirroja. Tenía un carácter alegre, rara vez se le veía sin una gran sonrisa en la boca.

—Capitán Tiffin —devolvió el saludo—. Supongo que ya estará al tanto de lo que ha ocurrido con el cinturón de asteroides.

—Sí, director —asintió él—. Lamento mucho lo ocurrido, sé que la directora Kerridge y usted estaban muy unidos.

—Está bien —agradeció Steven—. Todos conocíamos los riesgos cuando entramos en el proyecto. Lo mejor será que el resto sigamos trabajando para que esto salga adelante.

El capitán asintió, aun a sabiendas de que el director estaba pasando un mal momento.

—Hágame un resumen de la situación, capitán —pidió.

—Aparte de los problemas que ya conoce —comenzó el capitán Tiffin—, todos los sistemas de la estación funcionan sin problemas. La directora Kerridge y sus colaboradores hicieron un gran sacrificio para que pudiera decir esto.

—¿Dónde estamos ahora mismo?

—Alan comenzó la desaceleración hace ocho meses, según lo previsto —explicó—. Nos encontramos a dos meses de nuestro destino. Ya tenemos una visual bastante nítida del planeta.

Alan mostró una imagen holográfica del planeta y Steven admiró el lugar que iba a dar cobijo a la sociedad humana. Destacaban sus grandes casquetes polares, con un predominante color blanquecino. Se fijó después en la amplia franja central del ecuador, de un familiar color azul en los océanos. Dos continentes principales asomaban entre el hielo de los casquetes polares. Las enormes masas de tierra eran en su mayor parte de color marrón claro, aunque había algunas zonas con un curioso tono rojizo.

—Encaja con nuestras expectativas, ¿no?

—Así es —coincidió Alan—. Aunque recomiendo esperar a que despleguemos los satélites cuando estemos más cerca. Tiene un tamaño superior a dos veces la Tierra, como esperábamos, pero da la impresión de que es más frio de lo que se estimó en un principio. Aun así, será mejor aguardar a los análisis de la atmósfera para sacar conclusiones. De momento queda descartado el anclaje de marea. Kepler-442b presenta una rotación retrógrada con una duración mayor que la de la Tierra.

—¿Se ha detectado algún tipo de actividad alrededor del mismo?

—No, director —dijo el capitán—. Parece desierto.

—Bien —sonrió Steven—, eso es sin duda una gran noticia. ¿Qué hay del sistema solar?

—Es tal y como esperábamos —respondió Alan—. El tamaño de la estrella es de casi un sesenta por ciento de nuestro sol y también tiene una menor luminosidad, lo que puede explicar por qué los casquetes polares son mayores de lo esperado a pesar de que el planeta está dentro de la zona de habitabilidad de la estrella.

—¿Algo reseñable que no hayamos tenido en cuenta? —quiso saber el director Rhodes.

—Sí. En primer lugar, el planeta no dispone de lunas —advirtió la inteligencia artificial.

—Por lo menos, aquí no nos pasará como en la Tierra —bromeó el capitán.

—Es un consuelo —admitió Steven—. ¿Algo más, Alan?

—Sí —continuó—. También existe un minúsculo planeta en este sistema solar que no habíamos detectado. Está más cerca de la estrella que Kepler-442b y sí que presenta anclaje de marea, por lo que las temperaturas en ambas caras del planeta serán muy extremas.

—Entiendo —dijo Rhodes—. Tendremos que esperar a acercarnos más para hacernos una mejor idea de las dificultades que vamos a encontrarnos.

2

Reposo

7 de marzo del año 1

Estación espacial Asimov

—¿Cómo demonios puede ser así? —preguntó el subdirector a todos los presentes.

En esa reunión en el puesto de mando de la estación había bastante más gente de la habitual, personas que debían aclarar determinadas cuestiones.

—No tenemos nada que pueda explicarlo a ciencia cierta —reconoció Emily.

—¿Habéis vuelto a comprobarlo?

—Tres veces —aseguró la doctora Hudgens.

—Cuatro —corrigió Ada.

—Y entonces, ¿cómo es posible que los keplerianos compartan un noventa y ocho por ciento de nuestro genoma? —volvió a preguntar.

—Ni idea —reconoció Emily—, pero Chad tiene una teoría.

—¿Y bien? —le urgió el subdirector mientras todos giraban sus cabezas en dirección al biólogo, que tragó saliva.

—Bueno… —Chad se aclaró la garganta, nervioso—. En vista de que en este planeta hay unos artefactos alienígenas que ya hemos demostrado que modifican las células a nivel genético, se me ha ocurrido que quizá nuestra civilización surgió de la misma manera hace miles de años.

—¿Insinúas que los mismos que crearon los obeliscos nos crearon a nosotros? —preguntó incrédula la capitana Mei.

—A grandes rasgos, sí —reconoció el biólogo.

—Pero aquí hay miles de esos artefactos —observó el subdirector—, ¿dónde están los de la Tierra?

—Puede que fueran desmantelados en una época anterior, o que se perdieran con el tiempo —propuso Chad—. Tal vez, la misma raza alienígena que los creó utilizó otra tecnología diferente para terraformar la Tierra y adaptar las formas de vida primitivas.

—A ver si lo he entendido bien —dijo el comandante Bauer—. ¿Están sugiriendo que los Khol, la raza que tiene esclavizados a los keplerianos, es la que creó la vida en la Tierra?

—No del todo —corrigió Chad—, en realidad, ni siquiera sabemos si son los Khol los que crearon los obeliscos del planeta.

—Pero, según Emily, el sumo sacerdote de ese credo que tienen dice que los Khol aparecieron cuando los antepasados de los keplerianos destruyeron un obelisco —les recordó el comandante.

—Sí, tiene razón —admitió Emily—, pero según esos mismos escritos que menciona

Waafdiv, nunca hicieron nada por reconstruirlo.

—Y en ese caso, ¿por qué aparecieron justo entonces? —reformuló la pregunta.

—No lo sabemos —respondió ella—. Cualquier teoría que se nos ocurra no dejará de ser solo eso, una teoría.

—En este caso, vuestra teoría incluye a una nueva raza alienígena desconocida, ¿no? —preguntó el subdirector.

—Es solo una teoría —Chad se encogió de hombros.

—¿Y dónde estaría esa raza alienígena ahora mismo? —quiso saber el subdirector.

—Puede que llegara a su ocaso hace miles de años —respondió el biólogo—. O tal vez los Khol los destruyeran mucho antes de que pudieran presentarse a la humanidad o a los keplerianos.

—Es difícil de creer —opinó el comandante—. Una especie que se dedica a esparcir sus semillas por todo el universo conocido.

—En realidad, puede que no sea tan descabellado —explicó Chad—. Piénsenlo bien. Por desgracia, sabemos muy poco de los orígenes de la humanidad. Y el ser humano siempre ha fantaseado con lo que antiguamente se conoció como el eslabón perdido. Hasta que las ideas de Darwin se dieron por válidas sabíamos muy poco de la evolución de las especies. Y siempre han existido diversas teorías sobre el origen del ser humano, incluidas las que sugerían que la vida en la Tierra tenía un origen extraterrestre.

—Pero ¿es eso posible? —preguntó incrédula la capitana Mei.

—Es una posibilidad como otra cualquiera —esgrimió el biólogo—. Sabemos a ciencia cierta por los registros fósiles que el ser humano evolucionó durante millones de años en la Tierra, dando lugar a diferentes especies dentro del orden de los primates. Pero ¿podemos descartar que algunas formas de vida tuvieran un origen extraterrestre? ¿Y si alguien eligió nuestro planeta, habitado por especies primitivas y apto para la vida, para introducirnos allí?

—Parece una conjetura demasiado arriesgada —dijo el subdirector.

—Y en realidad lo es —admitió Chad—, pero ¿nadie se ha parado a pensar por qué durante miles de años la humanidad no ha tenido ninguna noticia sobre otra civilización inteligente? Y resulta que, en cuanto llegamos a otro planeta, no solo encontramos una, si no que sabemos de la existencia de una segunda y, además, estamos elucubrando sobre la existencia de una tercera. A mí eso me resulta bastante más increíble, cuanto menos. Y puede ser la clave para resolver la paradoja de Fermi.

—Ada, ¿puedes explicarnos en qué consiste la paradoja de Fermi? —pidió Emily.

—Claro. La paradoja de Fermi es un postulado que el físico Enrico Fermi realizó en 1950. Surgió entre otras cosas para intentar responder a la pregunta de por qué, siendo el universo tan enorme como es, el ser humano no había establecido contacto todavía con ninguna civilización inteligente. La paradoja cobró especial interés a raíz de los pobres resultados que el proyecto SETI arrojaba.

—¿Qué es el proyecto SETI? —preguntó la doctora Hudgens.

—Fue una iniciativa de la antigua NASA para rastrear el espacio conocido en busca de señales de vida inteligente. El poco éxito que obtuvo llevó a su cierre unos años después. Todo se debió a unas sobrestimadas expectativas que se formaron a raíz de que el radioastrónomo

Frank Drake formulara su famosa ecuación de Drake, que ha prevalecido desde su concepción en 1961. Identificaba los diferentes factores que tienen una importancia en el desarrollo de civilizaciones. Por desgracia, esa ecuación tenía tal cantidad de incógnitas e interpretaciones subjetivas que arrojaba muy distintos valores en función de quién la planteara.

»Fue entonces cuando cobró especial importancia la paradoja de Fermi. La cuestión que arrojaba era sencilla: si según determinados cálculos, las probabilidades de encontrar una civilización inteligente eran muy altas, ¿por qué la humanidad no se había cruzado con ninguna? Las respuestas que surgieron para responder dicha pregunta fueron muy variadas. Desde las más sencillas, que esgrimían que el ser humano habría sobrestimado las probabilidades de que existiera una civilización avanzada, hasta las más disparatadas, que argumentaban que aquellas civilizaciones estarían en un periodo de hibernación que hacía imposible cualquier contacto. Hubo decenas de intentos de responder a la paradoja de Fermi.

—Y uno de ellos fue el postulado del zoológico —añadió Chad.

—¿Postulado del zoológico? —preguntó el comandante.

—Partía de la premisa de que una civilización avanzada podría estar observándonos de forma constante, ocultos, sin interactuar, como lo haríamos nosotros en un zoológico.

—Solo que, en este caso, nosotros seríamos los animales —añadió Emily.

—Exacto.

—Es decir, que lo que estamos sugiriendo es que una civilización avanzada terraformó y permitió que la vida en Kepler-442b y en la Tierra surgiera de forma paralela a partir de las mismas semillas —resumió el subdirector.

—Supongo que ese es un buen resumen de la teoría —aceptó Emily.

—Aunque hay otras que también podrían explicar esta situación, como la del laboratorio —añadió Chad.

—¿Laboratorio? —preguntó de nuevo el comandante.

—Es una teoría que afirma que el mismo universo es un experimento de laboratorio —explicó Chad.

—¿Qué? ¿Como si existieran seres divinos que juegan con lo que conocemos como existencia? —preguntó la capitana Mei.

—Sí, algo así —confirmó Chad—. Puede sonar disparatado, pero la realidad es que conocemos muy poco sobre el origen y los límites del universo en el que vivimos. Dentro de las teorías de cuerdas y multiversos, estas teorías cobran cierta relevancia.

—Suena a novela barata de ciencia ficción —afirmó el subdirector.

—Sí, sé que parece extraño. Y estos son solo algunos ejemplos de las muchas teorías que pueden explicar lo que ocurre. Pero lo que debemos de tener muy claro es que, de una manera u otra, keplerianos y humanos tenemos un antepasado común —concluyó Chad.

—Por mucho que especulemos, me temo que no llegaremos a ninguna conclusión —dijo la capitana Mei—. Será mejor que nos centremos en la situación actual.

—La capitana tiene razón —dijo el subdirector Green—. ¿Cuál es la situación ahora mismo en la base?

—La empalizada está casi concluida —empezó el comandante Bauer—. Ese tal Alberto

Mendoza es un auténtico descubrimiento. Él solo ha sido capaz de dirigir al equipo que ha construido todo el perímetro de la base.

—Es alguien muy comprometido con el proyecto —alabó Emily.

—¿De verdad estamos esperando un ataque de los Khaavahki? —quiso saber la capitana Mei.

—No podemos descartarlo —reconoció el comandante Bauer—. En cualquier caso, siempre es mejor pecar de precavidos que de lo contrario. Ya hemos visto en algunas imágenes que el ejército de los Khaavahki nos supera en número.

—Pero ¿qué daño puede hacernos un ejército armado con flechas y lanzas? —preguntó la capitana Mei.

—Aunque nuestra tecnología y nivel armamentístico es muy superior, hay que recordar que los Khaavahki han tenido contactos con el capitán Garth y los rebeldes —apuntó el subdirector.

—Como digo, conviene pecar de precavidos —repitió el comandante—. Aunque podríamos evacuar el campamento en cualquier momento y disponemos de una más que patente superioridad aérea, preferimos no tener una confrontación directa con las fuerzas militares de los Khaavahki. Para eso también tenemos la empalizada.

—Aumentaremos la presencia militar en la zona para que estéis más seguros —anunció el subdirector.

—Así es —confirmó el comandante—. A pesar del evidente problema de suministros militares, hemos formado un nuevo pelotón que velará por la seguridad de la base. También hemos instalado unos barracones independientes para el personal militar.

—¿Problemas de suministros? —preguntó Emily.

—Comenzamos a tener escasez de exotrajes de categoría militar —explicó el comandante—. El grueso del equipamiento se encontraba en el arsenal que perdimos en el agujero negro. Así que hemos empezado a equipar a los nuevos soldados con exotrajes científicos como los que usan ustedes.

—¿Tenemos noticias de los Gaal-El o de la ayudante de Khikhya? —preguntó el subdirector.

—No desde ayer —respondió Emily—. El líder de los Gaal-El afirma que quiere continuar con la vía diplomática que sus escrituras parecen respaldar. Pero todavía no tenemos nada concreto.

—¿Y qué hay de la líder de los Wiikhaadiiz ofiz?

—Tampoco sabemos nada —informó—. Llevo semanas sin poder hablar con ella más allá de las pocas palabras que hemos intercambiado en los cónclaves. Su ayudante nos ha confesado que está actuando de forma extraña. Sospechamos que podría deberse a que los Khaavahki han descubierto a alguno de sus espías infiltrado en el alto mando militar.

—¿Los keplerianos también utilizan espías? —preguntó Chad, sorprendido.

—Eso parece —admitió Emily.

—Va a resultar que sí que tenemos mucho en común con ellos —comentó la capitana Mei.

—Me temo que ninguna sociedad en la que sus miembros puedan alcanzar gran cantidad de poder está libre de sufrir las consecuencias de las intrigas y los juegos de espías —dijo el subdirector.

—El reto es evitar que nos arrastren con ellos a su juego de tronos —opinó Emily.

—¿Crees que la vía de los Gaal-El sigue siendo la más adecuada? —preguntó Green.

—Sí —respondió ella—. Al menos por el momento, de todos los líderes es el que nos respalda de manera más abierta. Y si no fuera por ellos, Paula, Gorka y yo estaríamos ahora mismo junto a Rakesh.

Todos guardaron silencio, la muerte de alguien tan querido como Rakesh había sido un duro golpe para ellos.

—¿Cómo es respirar en ese lugar? —preguntó curiosa la capitana Mei.

—Llegué a crear que era el fin, que íbamos a morir en aquella cueva —confesó—. Pero la sensación que tuve al inhalar el aire y ver el amanecer con mis propios ojos, fue de paz absoluta.

—¿No has notado ningún efecto secundario después de que tu cuerpo se haya adaptado a esas condiciones? —se interesó.

—No. Al principio fue como si me hubieran dado una paliza —explicó—. La garganta me ardía y parecía que los pulmones me iban a estallar. Pero me encuentro mejor cada día. Es como si mi cuerpo hubiera pasado por un taller y lo hubieran puesto a punto. Aun así, la doctora Schmidt nos está haciendo un seguimiento estricto, por seguridad. Desconocemos los efectos que una exposición a las moléculas del planeta pueda tener a largo plazo.

—¿Qué hay del kepleriano herido? —preguntó el comandante Bauer.

—Está estable —respondió Emily.

—La operación salió bien —añadió la doctora Hudgens—. Las próximas horas serán de suma importancia, pero al menos por el momento el paciente está estable y bajo observación.

—La doctora Hudgens hizo un gran trabajo —destacó Emily—. Además, nos ha servido para conocer de primera mano la anatomía de los keplerianos y las similitudes entre ambas especies de las que hemos hablado antes.

—¿Cómo se encuentran sus padres? —se interesó el subdirector.

—Algo más tranquilos —contestó Emily—. Se han llevado un buen susto, la madre estaba desconsolada. No se ha separado de su hijo ni un instante.

—Es normal —dijo la doctora Hudgens.

—¿No supondrá ningún problema de seguridad para el resto de los colonos tener un kepleriano ingresado en el interior de la base? —preguntó el comandante.

—No, al menos desde el punto de vista sanitario —respondió la doctora Hudgens—. Se encuentra aislado de la atmósfera de la base en una burbuja, por lo que no es posible que ningún patógeno kepleriano se pueda transmitir al resto de los habitantes y viceversa.

—¿Conocemos la identidad de quién ha hecho semejante barbaridad? —preguntó el subdirector.

—No —lamentó Emily—, solo sabemos lo que nos han contado los padres de Shildii. Un grupo de desconocidos se acercó a él y comenzó a increparle por tener relación con nosotros.

—¿Creéis que los Khaavahki pueden estar detrás de ese ataque?

—No lo descartamos —dijo Emily—. Pero conociendo la situación tan precaria de los keplerianos con respecto a los Khol podría tratarse de algo espontáneo.

—Lo atacan por relacionarse con otra especie alienígena —añadió la capitana Mei—. No parece descabellado. Es comprensible que se sientan amenazados y desconfíen de nuestra

presencia en su planeta, pero de ahí a pegarle una paliza a un pobre crío...

—Por eso es tan importante cultivar las relaciones diplomáticas con los Gaal-El —intervino el subdirector—. Ellos son la clave para que todos los keplerianos dejen de lado sus diferencias. Si algún día tenemos que enfrentarnos a los Khol, nos convendría contar con un aliado como ellos.

—Pero no por separado, con varias facciones luchando entre ellas para hacerse con el poder —aclaró el comandante.

—Por desgracia, esa premisa también es aplicable a nosotros —murmuró el subdirector en alusión a los rebeldes del capitán Garth.

Tras concluir la reunión, Emily se pasó por la enfermería para interesarse por el estado de Robert antes de ir de vuelta a la base.

—¿Hay alguna novedad en el estado del capitán? —preguntó a la doctora Schmidt.

—No, nada nuevo —respondió ella.

—¿Cree que hay posibilidades de que esto se solucione por sí mismo? —preguntó sin tapujos.

—Estos casos son complejos. A pesar de todo lo que ha avanzado la medicina, el cerebro sigue siendo un gran desconocido —explicó la doctora—. Pero no quiero engañarte, cuanto más tiempo pase, menor será la probabilidad de que algún día despierte.

—¿Está al tanto de los avances de Taro y Chad en la aplicación de las moléculas para conseguir la adaptación genética de los sujetos?

—Sí —confirmó—. Pero por el momento sus resultados no son suficientes. Solo un cincuenta por ciento de los sujetos de estudio han sobrevivido en una situación similar a la del capitán. Y el número de sujetos del estudio es demasiado pequeño. Necesito más garantías antes de iniciar un tratamiento tan arriesgado.

—Las simulaciones que ha realizado Ada arrojan mejores números que ese cincuenta por ciento —apuntó Emily.

—Lo sé, he leído los informes —dijo la doctora—. Pero considero más adecuado llevar una estrategia conservadora en este caso. Quizá si Ada pudiera comprender del todo el funcionamiento de las moléculas y asegurarnos de que su aplicación no sería perjudicial… De cualquier manera, al tratarse de un militar, sería el comandante Bauer quien debería decidir qué hacer en última instancia.

Emily desistió en su intento de convencer a la doctora Schmidt de utilizar las moléculas en el cuerpo de Robert. Dudaba todavía de su utilidad y seguridad a medio y largo plazo. «Aunque no me guste esta situación, entiendo su postura», pensó mientras abandonaba la zona médica de la Lavadora.

—¿Emily? —escuchó que la llamaban.

—Hola Yisht —saludó ella.

—Menos mal que estás bien —dijo la joven kepleriana aliviada—. El sumo sacerdote Gaal-El me ha contado lo que ha ocurrido.

—Sí, estoy viva de milagro.

—Pero Rakesh… —murmuró acongojada.

—Me temo que ya no está con nosotros —acabó la frase.

—Cuanto lo lamento —sollozó—. Era un buen hombre.

—Sí que lo era —coincidió Emily—. Lo echaremos mucho de menos.

—Yo también —dijo la kepleriana—. Me enseñó mucho sobre la cultura humana, era muy sabio. Y tú, ¿cómo te encuentras?

—Me siento extraña —se sinceró—. Han pasado cosas muy malas y he salvado la vida por muy poco. Pero, por algún extraño motivo, me siento eufórica, aunque no encuentro razones para estarlo.

—¿Ya no necesitáis de vuestros trajes para respirar?

—Es difícil de decir —respondió—. El curandero de los Gaal-El nos mantuvo con vida durante varios días y yo misma he comprobado que puedo respirar vuestro aire. Pero nuestros médicos necesitan comprender qué es lo que ha ocurrido y evaluar las consecuencias a largo plazo antes de cantar victoria.

—Comprendo.

—¿Cómo está la situación por Wiikhaadiiz ofiz? —se interesó Emily.

—Todo sigue muy enrarecido, la verdad —admitió—. Khikhya está muy irascible, es como si de repente todo le sentara mal. Grita a todo el mundo y las últimas veces que he hablado con ella la he notado muy distante. No es la misma que era hace apenas unos meses.

—Lamento oír eso.

—Sí, algo está ocurriendo aquí y voy a averiguarlo cueste lo que cueste —afirmó la joven.

—Ten mucho cuidado, Yisht —le advirtió Emily—. Están sucediendo cosas extrañas estos últimos días, puede que corras peligro. Supongo que ya estarás al tanto de lo que ha ocurrido con Shildii.

—¿Qué ha pasado con Shildii? —preguntó asustada.

Emily le contó cómo sus padres lo llevaron hasta la base y compartió con ella la poca información de la que disponían sobre el ataque.

—¡Por todas las estrellas! —exclamó— Menos mal que está bien.

—Sí, aunque me temo que las siguientes horas serán cruciales.

—¿Quién puede ser capaz de hacer algo tan vil? —preguntó la joven.

—No lo sabemos, pero quizá tenga que ver con Vaahur y sus malditos soldados —respondió Emily.

—Precisamente sobre eso quería hablarte —siguió ella—. Hace un par de horas que ha llegado a Wiikhaadiiz ofiz un destacamento militar desde Khaavahki. No sé qué hacen aquí, pero es bastante numeroso y da la impresión de que están de paso hacia otro lugar.

—¿Crees que se dirigen a nuestra base? —preguntó Emily.

—Puede ser. Vaahur viaja con ellos. He oído que están comprando provisiones a los comerciantes locales.

—¿Cuántos son?

—No lo sé —admitió—. Quinientos soldados, puede que más.

—Tengo que avisar a todo el mundo —exclamó Emily, apurada.

3

Defensa

8 de marzo del año 1

Base Magallanes, Kepler-442b

Toda la base estaba patas arriba. El comandante Bauer se había encargado de enviar otros cincuenta soldados tras el aviso que Emily había dado a instancias de Yisht. La actividad era frenética. El teniente Ortiz y el comandante Bauer habían distribuido a las tropas a lo largo del perímetro de la recién estrenada empalizada. Alberto Mendoza había realizado un trabajo excepcional durante la última semana. Centenares de enormes troncos de árbol se hundían cinco metros bajo tierra para formar una barrera de doce metros de altura que para la tecnología kepleriana resultaría impenetrable. El resto de los habitantes de la base permanecían en el interior de las instalaciones, ajenos al ajetreo del exterior, pero nerviosos por lo que estaba ocurriendo allí. A pesar de todo, ninguno había querido abandonar el lugar, e incluso estaban dispuestos a pelear si fuese necesario.

Los primeros rayos de luz asomaban entre las nubes cuando escucharon en la distancia el rítmico sonido de los tambores de guerra khaavahkis. Pronto, los primeros soldados de Vaahur aparecieron delante de los sensores, tras haber cruzado el río. Yisht estaba en lo cierto, había al menos un batallón completo de soldados de infantería. Con ellos viajaban también dos pelotones de caballería ligera y varias decenas de carromatos que portaban víveres, armamento y la infraestructura propia de un ejército listo para realizar una campaña militar.

—Ya llegan —dijo nervioso el teniente Ortiz.

—Sí, y parece que vienen bien equipados —comentó Emily.

—¿Resistirán las empalizadas? —preguntó Ortiz.

—Lo harán —aseguró Ferrara—. No tienen nada que envidiar a las que rodean la fortaleza Khaavahki.

—Creo que Alberto sabe lo que se hace —confirmó Emily.

—Ada ha hecho los cálculos para montar la estructura. Han seguido al pie de la letra lo que aparece en los libros de historia medieval para construirlo de la manera más efectiva posible con el material del que disponíamos —añadió Ferrara.

—Esperemos que así sea —dijo Ortiz—. Viendo el tamaño de ese ejército, vamos a necesitar que el perímetro aguante.

—¿Qué creéis que quieren? —preguntó Ferrara.

—¿No es evidente? —preguntó Emily— Vienen a buscarme a mí. Vaahur quiere acabar lo que empezó.

—Sargento, encárguese de desplegar los drones —ordenó el teniente Ortiz.

—A la orden —se cuadró y abandonó el grupo.

—¿Han visto eso? —oyeron al comandante que se comunicaba con ellos desde la estación

espacial.

—Sí, comandante —respondió Ortiz—. Acabo de ordenar el despliegue de los drones para tener diferentes puntos de vista y evitar que nos sorprendan.

—Bien hecho. Se dirigen hacia vosotros por el flanco sureste —dijo el comandante.

—Sí, en esa zona hay espacio suficiente para montar un campamento.

—¿Está todo dispuesto? —preguntó.

—Sí, comandante —respondió nervioso el teniente—. Hemos apostado soldados con exotrajes militares a lo largo de la plataforma de la empalizada para evitar un posible ataque con pistolas eléctricas. Los efectivos con exotrajes civiles se encuentran repartidos por el perímetro interior. Todos los transportes están preparados para realizar una evacuación del personal civil en caso de que sea necesario. Estamos listos para repeler cualquier intento de asalto.

—¿Les cree capaces de atacarnos, doctora Rhodes? —preguntó el comandante.

—Me temo que Vaahur es capaz de cualquier cosa, comandante —respondió ella.

—Teniente, sitúe las ametralladoras enfrente de los portones de la empalizada y manténgalos abiertos por el momento —ordenó el comandante—. Que vean que estamos preparados para defendernos, quizá eso les haga pensárselo dos veces antes de iniciar un ataque.

—Enseguida, señor.

—Ada, ¿tenemos noticias de los rebeldes? —preguntó Emily.

—No —respondió—. No detecto vehículos humanos entre las tropas keplerianas.

—Esperemos que no hayan encontrado otra forma de burlar nuestros sistemas de localización —suspiró.

Si había algo peor que tener que enfrentarse a un ejército de keplerianos fornidos y armados hasta los dientes era tener que hacerlo contra un ejército igual de temible pero equipado o apoyado con tecnología humana. De ser ese el caso, podrían perder la superioridad tecnológica y tendrían que cambiar la estrategia defensiva, más orientada a contener un enemigo que solo podía acercarse por tierra.

Pronto tuvieron las imágenes de los drones que acababan de desplegar. Las tropas de Vaahur ya asomaban por el claro de la zona sureste de la base. Dos columnas de infantería surgieron de entre los árboles al ritmo que marcaban los constantes tambores de guerra del ejército Khaavahki. Entre ellas y encabezando la marcha iba un portaestandarte. En la tela de color verde se podía ver el escudo de armas del pueblo Khaavahki, una torre de piedra con dos espadas cruzadas delante y un escudo en su parte posterior.

Emily nunca pensó que vería algo así, un ejército de guerreros keplerianos marchando hacía su posición para enfrentarse con ellos. La diplomacia había fallado. Las dos columnas de infantería se detuvieron a unos cuatrocientos metros de la puerta sureste de entrada a la base y de inmediato giraron a derecha e izquierda para continuar avanzando hacia los laterales y dejar la zona central libre para otras dos columnas de infantería que ya asomaban por el extremo de la explanada.

Los drones que había soltado Ferrara les daban imágenes de lo que ocurría dentro del bosque mientras Vaahur colocaba su ejército a la vista de sus enemigos. Decenas de keplerianos se afanaban en montar tiendas de tela de diferentes tamaños. Una de ellas era bastante más ostentosa que las demás. Decenas de carromatos con material de construcción, víveres y

maquinaria se agolpaban en la zona que bordeaba la explanada al resguardo que les daban los árboles. Incluso había un par de carros con jaulas de rejas metálicas que anticipaban cuáles iban a ser las peticiones del líder kepleriano.

—Si han venido a por ti —dijo Ferrara cuando regresó—, creo que eso que están preparando serían tus aposentos.

—Yo soy solo una excusa —afirmó Emily—. Vaahur quiere hacer una demostración de fuerza para que el resto de los keplerianos no intenten evitar su llegada al poder.

—Pues de momento la demostración le está yendo bastante bien —dijo Ferrara—. Aunque dudo que sean ninguna amenaza para nuestra tecnología.

—No los subestimes —aconsejó Emily—. Si Garth está aliado con él, estoy convencida de que tendrán un as en la manga. Además, Vaahur sabe a la perfección que, si dependiera de mí, no tomaríamos ningún tipo de represalia violenta contra ellos.

—¿Aunque nos ataquen? —preguntó Ferrara.

—Prefiero entregarme por voluntad propia antes de que mueran inocentes por defenderme a mí.

—No se trata de defenderte a ti —la corrigió Ferrara—. Se trata de defender a una de las nuestras, no podemos dejar que nos pisoteen con la excusa de nuestra moralidad. Si permitimos que uno de nuestros activos más importantes caiga en sus manos, ¿qué mensaje estamos mandando al pueblo kepleriano para que se unan a nosotros en contra de los Khol?

—Puede que tengas razón —meditó Emily—. Pero eso no va a evitar que yo me sienta responsable de todo lo que ocurre alrededor de mí.

—Por eso me alegro de que tú seas nuestra líder —confesó.

—Yo no soy la líder de nadie.

—¡Oh! Sí que lo eres —respondió sonriente—. No hay nadie en la estación que no hable de ti y de tu capacidad de sacrificio. Esa manera que tienes de afrontar los problemas es inspiradora. Todos te admiran. Yo te admiro.

—Pero… yo no pretendo nada de eso —dijo ruborizada.

—Por eso estamos contigo, tienes principios y eso te diferencia de otros —explicó Ferrara—. Sabemos que tu forma de actuar es altruista y siempre buscas la mejor opción para el proyecto.

—No sabía que provocaba esa reacción en la gente.

—Y, por favor, no cambies —aconsejó—. Con cualquier otra persona al frente estoy convencida de que a estas alturas habríamos masacrado ya a ese ejército que nos espera ahí fuera.

—Pero yo no creo que eso nos ayude en absoluto a largo plazo —protestó.

—Esa es la clave de todo esto —reconoció la militar—, que pocos líderes son capaces de pensar en el bien común a largo plazo.

La conversación se interrumpió cuando un pequeño animal apareció dando saltitos y escaló con sus diminutas garras hasta el hombro de Emily. Estaba asustado por el sonido de los tambores que retumbaban en la lejanía.

—Hola, pequeño —saludó ella, que le regaló una amistosa carantoña—. ¿Te asusta el ruido? —El animal emitió un pequeño chillido e intentó taparse las orejas—. Vamos a ver si te damos algo de comer —dijo mientras conducía sus pasos hacia el edificio de la base.

Lemy había resultado ser muy inteligente, había entendido a la perfección que no podía entrar en el edificio y que tenía que esperar la comida en el exterior. Además, había aprendido a saludar con la patita y a traer los objetos que le lanzaban. Aunque a Kostas le molestaba que cuando estaba Emily solo tenía ojos para ella.

Los trabajos y maniobras del ejército kepleriano continuaron durante el resto de la mañana. Pero, por algún motivo, las cámaras de los drones todavía no habían detectado a Vaahur. Había varios oficiales montados en sus animales y dando órdenes a diestro y siniestro. Todos tenían muy clara su función y estaban bien coordinados. En pocas horas instalaron un campamento bien equipado, pero no había ni rastro del comandante en jefe de los Khaavahki ni de ninguno de sus oficiales de más alto rango con los que Emily había coincidido en los cónclaves.

Pasaron las horas y los trabajos parecieron concluir en el campamento kepleriano. Sin embargo, todavía había muchas carretas con material que no había sido descargado. Fue entonces cuando los drones detectaron de nuevo movimiento en el río.

—Se acerca una comitiva —anunció Ada.

—Ese es Vaahur —aseguró Emily.

—¿Cómo estás tan segura? —preguntó Ortiz.

—Observa lo ostentoso de ese carro y las armaduras pesadas que llevan las monturas de su séquito —dijo Emily—. Esos tienen que ser los oficiales de alto rango del ejército Khaavahki, y apuesto a que dentro del carro viaja su líder con todas las comodidades del mundo.

—Estén atentos —oyeron al comandante Bauer—. Creo que en breve conoceremos sus condiciones.

Cuando llegaron a la altura del resto del ejército, el carro se detuvo y de su interior bajaron tres figuras. El primero de ellos era el comandante de avanzada edad que había acompañado a Vaahur a los cónclaves. Tras él apareció Vaahur, ataviado con sus ropajes de gala, tal cual Emily lo recordaba en el cónclave. Sin embargo, la tercera figura no era el coronel Lajlab, como cabía esperar. El misterioso personaje que bajó del carro llevaba una especie de hábito parecido a los de los Gaal-El, pero de un color verdoso muy similar al de las telas de los estandartes Khaavahki. Caminaba sin apenas esfuerzo y era algo más alto que sus dos acompañantes, pero la capucha de sus ropajes les impedía ver de quién se trataba. Fuera quien fuese, tenía que ser alguien muy importante para viajar en el mismo transporte que el líder del ejército.

Vaahur y el enigmático individuo se encaminaron hacia la tienda más grande y opulenta. Dos corpulentos guardias saludaron a su líder con gesto marcial y ambos entraron en el interior. En la explanada, las cuatro columnas de soldados aguardaban impacientes a que los oficiales y su líder hicieran acto de presencia en el campo de batalla.

—¿A qué están esperando? —preguntó Ferrara, nerviosa.

—Creo que están acostumbrados a otra clase de batallas —opinó Ortiz.

—De momento solo nos están mostrando el tamaño de su ejército —oyeron al comandante—. Según Ada, este tipo de liturgia era habitual en las batallas medievales.

—El atacante solía demostrar su poderío para minar la moral de los defensores —confirmó Ada.

—Pero no creo que esas armaduras sean capaces de detener las balas de nuestro fuego ligero —dijo Ferrara.

—No, yo tampoco —coincidió el comandante Bauer—. Pero estén atentos, sobre todo a lo largo del perímetro de la empalizada. Puede que toda esta parafernalia no sea más que una distracción para sorprendernos por otro flanco. Estaremos pendientes desde aquí arriba por si los rebeldes se deciden a apoyar desde el aire.

—¿De verdad cree que el capitán Garth pondría en riesgo a su flota y su equipo por este sinsentido de los Khaavahki? —preguntó Emily.

—No, no creo que lo haga, pero conviene estar preparados para cualquier imprevisto —respondió él.

Emily sabía que el capitán Garth era un hombre de acción, experto en misiones encubiertas. Era muy capaz de intentar aprovechar la situación y utilizar aquella especie de asedio para atacar. Pero también tenía entendido que el comandante Bauer, aunque no era un militar muy carismático ni tenía experiencia en combate, sí que era un gran estratega. Y el capitán Garth sabía a quién se enfrentaba el ejército de Vaahur. Quizá en esta ocasión no quisiera participar en la reyerta porque preveía una derrota de los kepleriano.

Un buen rato después, Vaahur y su misterioso acompañante salieron de la tienda. Vaahur llevaba una impresionante armadura plateada sobre una cota de malla del mismo color. Unas grebas y unos quijotes con bordes dorados protegían sus piernas y en los brazos llevaba unos guanteletes y unas coderas a juego. El yelmo, del mismo material que el resto de la armadura, tenía incrustaciones de piedras preciosas y dos grandes protuberancias en la parte superior que Emily ya había visto antes y que recordaban mucho a las de los Kholchach, la raza que los keplerianos consideraban como la nobleza de la sociedad de los Khol. En un lateral destacaba una vaina de color verde de la que sobresalía una empuñadura plateada con finos detalles en la guarda.

Vaahur, que se movía con torpeza con toda aquella parafernalia, necesitó la ayuda de dos de sus súbditos para subirse a un *fhore* de batalla, ataviado con una armadura que poco tenía que envidiar a la de su dueño. Cuando estuvo montado sobre el animal, uno de sus ayudantes le tendió su bastón de mando de tonalidades similares a las de la vaina de su espada. Vaahur se acercó a dos de sus oficiales y conversó con ellos. Por su expresión, le estaban poniendo al día y parecía satisfecho con el despliegue que su ejército había realizado hasta el momento.

Acto seguido, Vaahur y dos de sus oficiales montados salieron al claro y cruzaron el pasillo que las columnas de infantería habían formado. Mientras los tres militares avanzaban, el resto de los soldados golpeaban sus escudos de madera con las lanzas. Emily notó cómo Lemy se encogía de miedo en su hombro.

—Se acercan —dijo.

—Creo que quieren parlamentar —añadió Ferrara.

—Tendremos que cumplir con el protocolo —dijo Ortiz.

—Será mejor que esperes aquí, Emily —le pidió la militar.

—No —dijo ella—. Han venido a buscarme a mí y prefiero dar la cara a esconderme como una cobarde.

—Pero esto se podría poner feo —dijo Ortiz.

—Si nadie más saliera herido, quizá fuera lo más apropiado.

Los tres keplerianos detuvieron su marcha más o menos en la mitad del camino hasta la

entrada de la base, en un claro gesto que les invitaba a ellos a acercarse. Uno de los oficiales de Vaahur se adelantó un poco más. Ortiz, Ferrara y Emily abandonaron la base por la puerta sureste bajo la atenta mirada de los soldados humanos que había apostados en la plataforma de la empalizada. Los drones centraron su atención en el parlamento previo a la batalla. Todos en la base y en la estación estaban pendientes de lo que allí se iba a hablar.

Los dos grupos se quedaron a unos metros los unos de los otros y Ortiz se adelantó unos pasos para ponerse a la altura del oficial kepleriano que hacía las veces de portavoz. Vaahur permanecía detrás de su emisario, ataviado con aquella aparatosa armadura y con una sonrisa malvada que indicaba que estaba disfrutando mucho de aquella situación.

—Estás son las condiciones de Vaahur, líder supremo del ejército Khaavahki —anunció el portavoz—: Los humanos entregarán a la humana que escapó de los calabozos de la Torre del Vigía y reconocerán la autoridad de nuestro pueblo sobre el poblado humano. Se les prohibirá asentarse al norte del río y prometerán no levantarse jamás en armas contra el pueblo Khaavahki. Besen ahora el anillo de nuestro líder y a cambio retiraremos de inmediato nuestras tropas de su poblado.

—No deseamos la confrontación —dijo Ortiz—. Hemos venido a este planeta en busca de paz y de un nuevo comienzo. No queremos luchar.

—Entonces, entreguen a la mujer —volvió a repetir el portavoz.

—No haremos tal cosa —afirmó Ferrara.

—En ese caso, nos veremos obligados a atacar su poblado —dijo él—. Y les recuerdo que nuestro ejército dispone de muchos más efectivos que el suyo.

—¡El juicio que recibió Emily fue una farsa! —se quejó Ferrara—. Vuestro líder sabe a la perfección que ella no ha sido la responsable de nada de lo que se le acusa. Sabemos que ha conspirado con el capitán Garth para conseguir la tecnología humana y hacerse con el control de la sociedad kepleriana.

Emily se dio cuenta de que Vaahur no cambió su expresión ni un ápice a pesar de lo que Ferrara acababa de decir. Mantuvo su sonrisa malévola sin siquiera dirigir una breve mirada a ninguno de los tres.

—Vaahur —se aventuró a decir Emily por fin—, detenga este sinsentido. Sabe de sobra que no deseo el mal a los keplerianos. No opuse resistencia cuando me arrestaron y condenaron sin ningún tipo de prueba que demostrara nada. Si queremos vencer a los Khol algún día, keplerianos y humanos debemos permanecer unidos. Solo así podremos salir victoriosos.

Vaahur soltó una carcajada de pura maldad y por fin se dignó a mirarla a los ojos.

—¿Y quién va a liderarnos? —preguntó— ¿Usted? Ningún kepleriano bajo mi mando obedecerá las órdenes de una extranjera que solo sabe mentir y manipular a los demás. Acabe con esta agonía, entréguese y le prometo que ningún humano saldrá herido en esta ocasión.

Emily llegó a plantearse hacer caso a Vaahur, hasta le pareció razonable aquel intercambio, entregar una vida a cambio de mantener la paz y evitar que ningún soldado saliera herido de aquella absurda contienda. Pero en el fondo sabía que Vaahur mentía, él quería para sí el mando único de los keplerianos y para ello necesitaba la tecnología humana. De lo contrario, el mayor poder y tecnología de los Khapabir podría ser determinante en una futura confrontación fratricida. El destino había unido a Garth y a Vaahur en una peligrosa alianza que amenazaba el futuro de la humanidad y quién sabe si el de los keplerianos también. Si se entregaba y ellos

conseguían lo que querían, los keplerianos se enfrentarían a una nueva dictadura, comandada por dos sádicos que solo pensaban en el poder.

—No voy a entregarme, Vaahur —dijo—. Su descomunal ego no le permite pensar en lo mejor para su pueblo. No hemos venido hasta este lugar para librar una guerra. Pero tenga muy claro que, si nos atacan, nos defenderemos con todo lo que esté a nuestro alcance. No pienso permitir que sustituya la dictadura que su pueblo sufre a manos de una raza extranjera por la de alguien sin escrúpulos como usted. Es capaz de conspirar para masacrar una aldea entera de keplerianos solo para conseguir satisfacer su megalomanía.

Los dos oficiales se miraron el uno al otro, contrariados por aquella respuesta, mientras el gesto de Vaahur se tornaba en una mueca que denotaba un profundo y visceral odio. Esa acusación había conseguido remover algo en su interior.

—Lamentará esas palabras, señorita Rhodes —dijo.

—Para usted, soy la doctora Rhodes —respondió ella con desprecio mientras se giraba para regresar a la base.

4

El prisionero

1 de abril del año 1

Base Magallanes, Kepler-442b

—¿Cuánto tiempo crees que tenemos? —preguntó Chad preocupado.

—No lo sé —respondió Emily—. No tenemos un manual de introducción a las guerras keplerianas. Podrían ser unos minutos, unas horas o incluso días. Da la impresión de que han traído suficientes víveres para alimentarse durante varias semanas.

—¿A qué están esperando? —se impacientó Evelyn.

—Es posible que quieran ponernos nerviosos —opinó Emily—. Así que debemos mantener la calma. Por ahora la situación está controlada. Nuestra tecnología es la mejor garantía de que superaremos esto. Sé que en estos momentos es muy complicado, pero intentad mantener la cabeza ocupada con alguna tarea.

—Ahora mismo soy incapaz de pensar en trabajar —confesó Chad.

—Lo sé —reconoció ella—, pero ponernos nerviosos no ayudará a mejorar la situación. De momento estamos a salvo aquí dentro y al menor problema seríamos evacuados de inmediato. Pase lo que pase ahí fuera, no salgáis salvo que os lo pidamos.

—No hace falta que nos lo digas muy alto —aseguró Chad.

—Y por lo que pueda ocurrir, poneos el exotraje cuanto antes —aconsejó Emily—. Puede que tengamos que salir por piernas.

Emily estaba dispuesta para afrontar la batalla con Vaahur. Los civiles se encontraban a salvo en las instalaciones y conocían las instrucciones. Solo quedaba esperar a que ellos dieran el primer paso para que se desatara un pequeño infierno en aquel lugar. ¿Por qué todo tenía que ser siempre tan complicado? Se disponía a visitar el otro edificio para conocer la situación del segundo equipo cuando un imprevisto la interrumpió.

—Emily, será mejor que salgas cuanto antes —dijo Ferrara por radio.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

—Sal, tenemos un problema.

Se puso su exotraje de inmediato y salió al exterior. Buscó a Ferrara en la información sobreimpresa en el visor de su casco. Estaba en la puerta de salida.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

—Lo siento, estaba prestando atención a las defensas y se me ha escapado.

—¿Qué? —preguntó— ¿Qué es lo que se te ha escapado?

Ferrara hizo un gesto. A unos trecientos metros, en dirección al ejército Khaavahki, había una figura humana. Un exotraje. Llevaba las manos levantadas y se dirigía directo a la boca del lobo. Era James Coogan.

—¡¿Qué demonios estás haciendo, James?! —preguntó Emily—. Date ahora mismo la vuelta.

—Tranquila —dijo él—, yo me encargo de negociar un pacto entre ambas partes, es mi especialidad. Confiad en James Coogan. Nadie puede resistirse a su encanto.

—James, esto no es ninguna broma, ni uno de tus canales de Internet —le advirtió Emily—. Los keplerianos no se andan con tonterías.

—Tranquilas, James Coogan puede ser muy convincente cuando se trata de situaciones tensas como esta. Yo mismo negociaré con su comandante la situación.

Un grupo de cuatro guardias montados emergieron del borde del bosque y recorrieron la distancia que los separaba de James. Emily hizo el ademán de ir a por él, pero Ferrara la agarró del brazo y le impidió abandonar la seguridad de la empalizada.

—No, Emily —dijo—. Está perdido, no cometas tú la misma estupidez.

—James, todavía puedes volver —insistió desesperada—. Date la vuelta y sal corriendo.

—No —replicó él con seguridad—. Solucionaré este problema y todo el mundo sabrá lo que James Coogan hizo por la humanidad.

Los guardias rodearon a James y le apuntaron con sus enormes lanzas.

—Hola, amigos —saludó afable el excéntrico *influencer*—. ¿Podríamos hablar tranquilos sobre el pequeño problema que tenemos por aquí?

Los soldados guardaron silencio y siguieron apuntándolo con sus armas y dando vueltas a su alrededor. Emily, que observaba la situación de cerca gracias a los aumentos de su traje y a la cámara de James, sabía que aquello podía cambiar el curso de la guerra. Si la estrategia hasta ese momento era la de aguantar y reaccionar a las acciones de Vaahur, ahora ellos tenían un prisionero y eso hacía que la responsabilidad del siguiente movimiento pasara a estar ahora en manos de Emily y sus compañeros.

—¿Qué demonios cree que está haciendo? —exclamó Ortiz, que acababa de llegar.

—Eso ha sido muy irresponsable —añadió el comandante Bauer.

—Lo siento —se disculpó Ferrara compungida—. Estaba tan concentrada en organizar la defensa que no me he dado cuenta de que seguimos compartiendo la base con civiles.

—No ha sido culpa suya, sargento —le dijo Ortiz—. Es evidente que ese hombre no está bien de la cabeza.

Un quinto jinete partió del linde del bosque. Llevaba una armadura diferente a los demás. Se trataba del mismo portavoz que había acompañado a Vaahur el día anterior. Se acercó al grupo y los otros cuatro jinetes dejaron de moverse alrededor de James.

—¿Quién es usted? —preguntó.

—Soy James Coogan —respondió él con su habitual tono chulesco—. Llévenme ante su líder, he venido a negociar el alto el fuego.

—Usted no forma parte de la cúpula humana —replicó el oficial.

—No —reconoció James—, pero estoy seguro de que podremos llegar a un acuerdo que satisfaga a ambas partes.

—Nuestro líder no va a negociar con un humano vulgar como usted —le espetó el kepleriano.

—James Coogan exige hablar con su líder —subió el tono sin dejar de sonreír ni un momento

—. ¡Ahora!

El oficial meditó unos instantes, aunque no estaba demasiado impresionado por la determinación que mostraba James.

—¡Prendedlo! —ordenó a los soldados con indiferencia.

Dos de ellos desmontaron de sus *fhores* y se acercaron hasta James. Sin mediar palabra, uno le propinó una fuerte patada en las corvas que lo obligó a arrodillarse a pesar de llevar el exotraje.

—Pero ¡¿qué creen que están haciendo?! —exclamó sorprendido— ¡Estoy aquí para negociar!

De inmediato, el otro guardia sacó unos grilletes y le ató las manos a la espalda.

—¡Están cometiendo una grave equivocación! —añadió—. ¡Suéltenme!

—Llevaos de aquí a este pelele —ordenó el oficial.

Dos soldados lo levantaron del suelo con una facilidad pasmosa y lo pusieron delante de las lanzas de sus compañeros antes de llevárselo hasta el interior del bosque. Los que descansaban en las tiendas de los alrededores comenzaron a vitorear y a gritar. Estaban eufóricos por haber capturado al primer prisionero humano. Muchos se burlaron de James al verlo tan indefenso y solo.

Unos metros más adentro, en la espesura, lo subieron a un carro rodeado por gruesos barrotes metálicos y lo lanzaron dentro. Dos guardias bien armados y con pinta de pocos amigos custodiaban el improvisado calabozo. Uno de ellos, tras reírse sin reparo de él, escupió en el interior de la celda y la cerró con llave. Para entonces, James ya era consciente de la estupidez que acababa de cometer.

—Vas a arrepentirte de haber matado a toda aquella gente inocente —le dijo el guardia.

—¿Matado? —tragó saliva—. Yo… no he matado a nadie.

—Lo cierto es que me da igual, siempre que acabes colgado de una soga mañana por la mañana —añadió el guardia con una sonora carcajada.

—¿Crees que debajo de esa armadura tendrán un cuello resistente? —preguntó curioso el otro guardia.

—Yo creo que sí —bufó el primero—. Te apuesto diez *ghiÿs* a que no muere de inmediato después de colgarlo.

—Hecho —respondió el otro guardia mientras lo miraba con desdén—. Yo digo que ahí debajo tienen un pescuezo endeble y poco desarrollado.

Emily suspiró desde el portón de entrada a la base. Aquello tiraba por los suelos toda la estrategia que Ortiz y el comandante Bauer habían diseñado. La situación había dado de repente un giro de ciento ochenta grados. Ahora tendrían que buscar la manera de sacar a James de allí antes de que esos dos guardias descubrieran quién de los dos ganaba la macabra apuesta.

—¿Emily? —susurró James desde el interior de aquella celda.

—Te escucho —dijo ella—. ¿En qué demonios estabas pensando?

—Yo… solo quería demostrar que soy de utilidad aquí —respondió él, aterrado—. Pero… tengo miedo… no sé de lo que serán capaces. Dicen que he matado a no se quiénes…

—Aguanta —intentó tranquilizarlo—. Te sacaremos de ahí.

—Yo… no he hecho nada de lo que dicen.

—Lo sé —dijo Emily—. Vaahur solo quiere quitarme a mí de en medio. Encontraremos la forma de liberarte.

—Daos prisa, por favor.

—¡Silencio, rata! —le espetó el guardia, que le propinó un golpe con el mango de la lanza.

Emily se giró hacia el teniente Ortiz.

—Tenemos que hacer algo antes de que sea tarde.

—Hablaremos con el comandante —dijo él.

—Creo que tengo una idea de cómo sacarlo de allí.

Ortiz y Emily entraron en una sala. Necesitaban trazar un plan para sacar a James de la situación en la que se había metido. No disponían de mucho tiempo para pensar la mejor forma de hacerlo, pero había que intentarlo.

—No creo que quieran perder la mayor de las bazas que tienen —dijo el comandante.

—Pero estamos hablando de un civil —le recordó el subdirector Green—. Debemos ser mucho más cautos.

—Soy muy consciente de ello, pero no tiene sentido colgar a un prisionero cuando pueden intentar intercambiarlo por la doctora Rhodes —argumentó el comandante—. Va contra toda lógica.

—Si el capitán Garth está detrás de todo esto, no podemos descartar nada —opinó Emily.

—No —dijo el subdirector—. Y esa es una razón de peso para que no sigamos adelante con tu plan.

—Es lo único que tenemos, David —dijo ella—. Va a funcionar.

—Pero vas a correr un riesgo innecesario —protestó él—. ¿No sería mejor realizar un ataque preventivo?

—No, David —dijo—. Toda esta situación es por mí. No quiero que muera nadie más ni que nadie pague las consecuencias de mis actos.

—¿Serás capaz de salir de allí tú sola? —preguntó el subdirector.

—Sí —dijo ella con seguridad.

—De acuerdo, supongo que no tenemos muchas más opciones. Que los técnicos preparen todo lo que necesites.

Emily habló con Erik y Min para organizar la operación. El teniente Ortiz le entregó un exotraje militar para evitar que los keplerianos lo anularan con el material que el capitán Garth les había entregado. A primera hora de la tarde ya estaba todo listo para la primera fase de la operación.

Cuando llegó el momento, Ortiz y Ferrara se adelantaron hasta el punto intermedio que separaba ambos campamentos. Querían hablar con los oficiales de Vaahur. Poco después, los dos oficiales que habían participado en el primer parlamento abandonaron la cobertura que les brindaba el bosque.

—Les proponemos un intercambio —empezó Ortiz—. El prisionero por la doctora Rhodes. Una vez realizado, volveremos aquí para negociar las condiciones de un armisticio.

—El pueblo Khaavahki está abierto a negociar con los humanos, siempre que la doctora Rhodes cumpla con la pena impuesta por los tribunales —dijo el portavoz de los keplerianos.

—Realizaremos el intercambio en este mismo lugar —propuso Ortiz.

—No —dijo tajante el portavoz—. Nos entregarán primero a la doctora Rhodes y después nosotros les entregaremos al prisionero.

—De ninguna manera —negó Ortiz.

—Entonces no tenemos nada más que negociar con ustedes. —El portavoz amagó con abandonar la reunión.

—Tranquilo, Ortiz —oyó a Emily por radio—. Está bien, lo haremos a su manera.

—De acuerdo —aceptó el teniente—. Lo haremos como quieren ustedes.

El portavoz volvió a girar su montura para mirar a los ojos a Ortiz.

—La doctora Rhodes vendrá sola —dijo—. Cuando la tengamos en nuestro poder, enviaremos al prisionero.

—De acuerdo —asintió el teniente.

Ambas partes regresaron a sus campamentos y se prepararon para realizar el intercambio. Emily, ya enfundada con el exotraje de color verde, se aproximó a la puerta de salida de la base.

—¿Estás segura de esto? —le insistió Ferrara.

—No —reconoció Emily—. Pero si sale mal por lo menos se acabará este sinsentido.

—Ten mucho cuidado. No me fio de Vaahur.

Emily intentó aparentar tranquilidad mientras salía de la base. Sabía que estaba corriendo un gran riesgo en aquella operación y su corazón no paraba de recordárselo con un rítmico *allegro ma non troppo*. Cruzó el punto intermedio y continuó en dirección a la boca del lobo. De nuevo, tal y como hicieran con James, cuatro jinetes salieron del bosque. Pronto la rodearon con sus lanzas. Ella se arrodilló y puso las manos en la espalda. Uno de los guardias bajó de su *fhore* y le colocó unas esposas metálicas similares a las de James.

—Camina —ordenó tras volver a montarse en el animal.

Ella obedeció y la condujeron a través de la espesura del bosque. Los soldados de Vaahur se habían esmerado en adecentar la zona y la habían limpiado de maleza y zarzas. Pequeñas hogueras humeaban por doquier, dando algo de calor a los atareados soldados keplerianos en sus descansos. Emily fue conducida hasta la más grande de las tiendas, en la que, a buen seguro, esperaba Vaahur. Desde la entrada reparó en cómo algunos de los soldados trabajaban en unas estructuras de madera y piedra en las zonas aledañas.

—Aquí está la prisionera —anunció el guardia cuando entraron en la tienda.

—Excelente —dijo Vaahur con un gesto de su mano.

La tienda era opulenta y muy espaciosa, y disponía de toda clase de lujos y detalles superfluos. Había alfombras de vivos colores en el suelo, una zona con cojines en un lateral y una gran mesa con mapas y figuras para trazar estrategias militares en el otro. En la parte frontal esperaba Vaahur, sentado en una elegante silla de madera tallada. A su lado estaba el misterioso personaje, vestido con su hábito de color verdoso y una exagerada capucha que no permitía ver sus facciones.

—Parece que se le ha complicado la estrategia, doctora Rhodes —sonrió Vaahur con malicia.

Al ver que no contestaba a su provocación, continuó—: He de reconocer que me ha sorprendido sobremanera. Al principio pensé que se trataba de algún tipo de extraña estrategia que no comprendía, pero luego entendí que nuestro nuevo prisionero es solo un pobre imbécil con afán de recuperar el protagonismo perdido.

Emily fue al grano:

—Ya me tiene —dijo—. Suelte al prisionero, esto es entre usted y yo.

—Ni mucho menos pretendo hacer eso —reconoció Vaahur con una mueca. Estaba disfrutando con la situación.

—Eso no es lo que habíamos acordado —exclamó ella—. El trato era que yo ocuparía el lugar de James y ya me tiene aquí, suéltelo.

—Todavía nos falta solucionar un pequeño problema, querida —dijo condescendiente—. Resulta que erais cuatro los humanos que estabais presos en la Torre del Vigía. ¿Se hace a la idea de en qué situación nos deja vuestro pequeño numerito de escape?

—El trato no incluía al resto de mis amigos —se quejó Emily—. Ellos no tienen la culpa de nada.

—Yo soy el que dice qué es lo que incluye el trato y qué no. —Cambió la expresión de su cara por una más grave—. Y yo digo que no pararemos hasta tener a los cuatro humanos de nuevo bajo nuestro poder.

—Eso no va a pasar —repuso Emily.

—En ese caso, la confrontación continuará —concluyó Vaahur.

—Uno de ellos ya está muerto.

—Es una pena —respondió con sarcasmo—, me hubiera gustado verlo colgado de un árbol.

Desafiante, Emily se adelantó un par de pasos, pero los dos guardias la detuvieron y la obligaron a arrodillarse.

—¿Por qué tiene esa ansia de enfrentarse a nosotros? —preguntó.

—Esa pregunta es sencilla de responder —dijo el líder kepleriano—: no me fio de ustedes. Vienen con sus ofertas de paz y sus buenos modales, pero sé muy bien qué hay detrás de toda esa amabilidad. Quieren lo mismo que todos los extranjeros, nuestros recursos y nuestras tierras. Por eso, los humanos no serán bien recibidos aquí mientras yo sea el líder de los Khaavahki.

—No me tome por idiota, Vaahur —le advirtió—. Estamos al tanto de la conversación que mantuvo con el capitán Garth. Sabemos que fueron ustedes dos los que conspiraron para asesinar a sangre fría a todos aquellos keplerianos inocentes. Así que guárdese sus sermones para su parroquia.

Vaahur sonrió con maldad ante aquella revelación, pero no se inmutó lo más mínimo.

—Esta conversación ha terminado —decidió con desdén—. Quitad a esta alimaña mentirosa de mi vista —añadió con un gesto de su mano.

Los dos guardias se encargaron de sacarla de la tienda y la llevaron hasta la improvisada celda. Emily vio a James sentado en el suelo, apoyado en los barrotes. Los dos guardias la recibieron con inquina.

—¡Vaya! —exclamó el más corpulento—. Mira a quién tenemos aquí.

Emily reconoció al soldado, era el que había reducido en el calabozo de la Torre del Vigía

con la ayuda de una taser. Pudo ver el odio en su mirada cuando la agarró de un brazo para introducirla en la celda de malas maneras.

—¿Tienes idea de lo que he tenido que pasar desde que tú y tus amigos escapasteis con la ayuda de esa rata traicionera de Avmup? —la recriminó al cerrar la celda con llave—. Si por mí fuera, os dejaría morir poco a poco en esta celda.

Y en un gesto cargado de odio, les mostró las llaves de la celda y las tiró lejos. Emily se acercó a James, que continuaba sentado en una de las esquinas, y se apoyó en los barrotes a su lado.

—¿También te han capturado a ti? —preguntó él.

—Sí —dijo ella—. Hemos intentado hacer un intercambio para que te soltaran, pero para sorpresa de nadie, Vaahur no ha cumplido con su palabra.

—Ya veo —siguió con apenas un hilo de voz—. Siento mucho todo esto.

—Da igual, lo importante ahora es que salgamos de aquí. ¿Cómo te encuentras? —preguntó.

—Bien, supongo —se encogió de hombros—. ¿Cuál es el plan?

—Esperar —respondió ella sin adelantar gran cosa—, no nos queda otra.

El otro guardia se giró y golpeó los barrotes con su lanza. De repente, algo se movió cerca de la celda. Algo pequeño y rápido que avanzaba dando pequeños saltitos. Emily reconoció a Lemy, la mascota que se había instalado en la base desde hacía algunos días. No pudo evitar dar un respingo. El animalito se encaramó al carro con ayuda de sus garras y se coló en la celda por entre los barrotes. Una vez dentro se encaramó al traje de Emily, como tantas otras veces lo hacía. Llevaba algo entre los dientes. ¡Eran las llaves que el guardia acababa de tirar!

Casi se le escapó un grito triunfal cuando Lemy las dejó caer sobre su regazo. Separó las piernas y las llaves se deslizaron hasta el suelo de la celda. Después se sentó y las colocó a la altura de sus manos, que seguían atadas a su espalda. Una de esas llaves debía de servir para abrir las esposas. Se situó para tener una visión directa del candado gracias a la cámara trasera de su casco. Mientras Lemy jugueteaba contento sobre su hombro derecho, ella intentaba introducir la llave en el pequeño orificio. Le costó varios intentos pero después escuchó un pequeño clic que le indicaba que ya estaba libre de sus ataduras. Le hizo un gesto a James para que no hiciera ruido. Mientras los guardias estuvieran distraídos con su conversación podrían moverse sin problema. Le quitó las esposas a su compañero y le indicó por señas que no se moviera.

—No era lo que tenía pensado, pero este pequeño nos ha ahorrado un paso en el plan para escapar de aquí —susurró cerca del casco de James.

—¿Y ahora?

—Ahora sí, esperaremos a la caballería.

Unos minutos después, ambos recibieron la señal que indicaba que todo estaba dispuesto. De repente, los guardias se agitaron y se llevaron a la vez la mano al cuello. Uno de ellos llegó a quitarse el dardo tranquilizador, pero ya era demasiado tarde y pronto cayó desmayado en el suelo. Emily miró alrededor, había poca actividad en la zona, ya que habían esperado a la hora en la que la mayoría de los soldados estarían comiendo en el otro extremo del campamento.

Le hizo un gesto a James y ambos se levantaron a la vez. Utilizó una de las llaves para abrir la celda y bajaron del carro. Corrieron en dirección al otro extremo del campamento. Allí la actividad era mayor. Aprovecharon el parapeto que les proporcionaban los árboles de la zona

para avanzar hacia el sur. Esquivaron un par de parejas de soldados que pasaron cerca de su posición, distraídos con sus obligaciones. Emily señaló en silencio al siguiente árbol al que deberían aproximarse y James asintió con la cabeza. Se separaron del tronco en cuanto Emily dio la señal, pero un kepleriano que venía de las letrinas se topó de bruces con ellos.

Los tres se quedaron paralizados. Emily y James sabían que, si no hacían algo, el soldado daría la alarma y estarían perdidos. Y fue justo eso lo que acabó ocurriendo. Tras unos instantes de duda, el soldado cogió aire y gritó:

—¡Alerta! ¡Prisioneros en fuga! ¡Todos a sus puestos!

De inmediato, Emily y James corrieron en dirección contraria. Pero el grito había dado sus frutos y a cada paso que daban veían nuevos soldados que los señalaban dando gritos y haciendo aspavientos. Pronto tuvieron que esquivar a decenas de ellos. Se les agotaban las posibilidades de escape. Tuvieron que desistir de su huida cuando se vieron rodeados. Se apoyaron en un tronco de árbol y levantaron las manos en señal de rendición.

—¡Quietos! —les ordenó un oficial kepleriano—. No hagan ninguna tontería.

Decenas de arcos y lanzas les apuntaban. Tal vez los trajes aguantaran el envite de las flechas a larga distancia, pero estaban demasiado cerca y no querían comprobar la eficacia de las armas keplerianas. Volverían de nuevo al punto de partida. Dos guardias se aproximaron a ellos con sendos grilletes en la mano. Pero cuando se acercaron lo suficiente y extendieron las manos para agarrarles los brazos, no pudieron hacerlo. Sus manos atravesaron los brazos de James y Emily, que seguían inmóviles con las manos en alto. Uno de los soldados se asustó por lo que acababa de pasar. Era como si sus ojos le estuvieran engañando. Donde debería de haber dos humanos, solo había fantasmas.

—¿Crees que los hologramas habrán funcionado? —preguntó James.

—A juzgar por los gritos que acabamos de oír, diría que han mordido el anzuelo.

—Y ahora, ¿qué hacemos? —preguntó.

—Es hora de salir pitando de aquí.

Salieron de debajo del carromato y miraron alrededor. La zona estaba despejada gracias al alboroto que habían organizado con el dron que proyectaba los hologramas. Siguieron en dirección noroeste y pronto estuvieron fuera del alcance de los keplerianos. Dieron un rodeo bordeando el río y llegaron a la base por la puerta norte. El plan de escape había salido bien, pero Emily tenía muy claro que Vaahur no iba a darse por vencido.

5

Confrontación

1 de abril del año 1

Base Magallanes, Kepler-442b

—Gracias, Emily —murmuró James al quitarse el casco.

—¿Te encuentras bien? —quiso saber ella.

—Sí —respondió—, es solo que… Creo que te debo una disculpa, os la debo a todos, en realidad. Me he portado como un imbécil desde que llegué aquí. Pero me he dado cuenta a la fuerza de que en este lugar todos tenemos que trabajar juntos para sobrevivir.

—Lo importante es que estés bien —lo tranquilizó Emily—. No podemos permitirnos perder a nadie más. Vamos a necesitar toda la ayuda posible para afrontar los peligros que hay en este planeta.

—Y luchar contra sus habitantes —añadió él.

—Los que nos han retenido solo son soldados que cumplen órdenes —corrigió Emily—. Es su líder el que ha provocado esta situación. Si conseguimos reconducirla con diplomacia, toda esta confrontación absurda desaparecerá.

—Sí, puede que tengas razón —suspiró.

—Descansa —lo animó Emily—, sé muy bien por lo que has pasado. Yo estuve hace no mucho en una situación similar y sé que te replanteas muchas cosas.

—Gracias de nuevo —dijo, afectado—, y siento haber causado todo este embrollo.

Emily recogió algo de comida y salió de nuevo al exterior, donde la esperaba el pequeño Lemy, atento como siempre a sus movimientos. Se encaramó a su hombro y Emily le premió por la heroicidad que les había ayudado a conseguir las llaves que los habían liberado de su cautiverio.

—Eres un pequeño muy inteligente —le dijo.

Le rascó la barriga mientras él daba buena cuenta de su premio y le agradecía las carantoñas con un gruñido de placer. Lo dejó en el suelo disfrutando de su almuerzo y se acercó a la puerta sureste, donde aguardaban Ortiz y Ferrara.

—¿Cuál es la situación actual? —preguntó.

—Les has dado una buena lección —rio Ortiz.

—Ha sido increíble ver su reacción cuando se han dado cuenta de que todo era un señuelo —añadió Ferrara.

—Has puesto el campamento patas arriba mientras te alejabas en dirección contraria —comentó Ortiz—. Nos has tenido en vilo, pero la estrategia ha funcionado.

—Y ahora ¿qué? —preguntó Emily.

—Ahora volvemos al punto de partida —respondió Ortiz—. Esperaremos a que ellos hagan el primer movimiento.

—¿Has visto algo digno de mención? —preguntó la sargento Ferrara.

—Ese acompañante que va con Vaahur —dijo ella.

—¿El del hábito color verdoso? —preguntó Ortiz.

—Sí —confirmó—, tiene algo que me pone los pelos de punta. No se movió ni un milímetro cuando estuve allí. No pude verle la cara, pero su expresión corporal me infundía una sensación de desasosiego muy difícil de explicar. Es siniestro.

—¿Qué crees que hace con Vaahur? —preguntó Ortiz.

—No lo sé —reconoció—. Nunca antes lo había visto, pero parece algún tipo de consejero o chamán.

—Debe de ser alguien importante para estar sentado al lado del comandante de los Khaavahki —opinó Ferrara.

—Sin duda —dijo Ortiz—. ¿Viste algo más?

—Están trabajando en algo. Han comenzado a construir unas estructuras con madera y piedra.

—Sí, hemos visto las imágenes —dijo Ferrara—. Ada cree que se trata de algún artilugio de lanzamiento.

—¿Una catapulta?

—Sí, eso es lo que parece —confirmó la inteligencia artificial.

—¿Y cuál es el plan para anularlas? —preguntó Emily.

—Me temo que lo más seguro para nosotros es utilizar drones explosivos —respondió el comandante desde la estación.

—Pero eso puede provocar bajas en sus filas —se quejó Emily.

—Se trata de un ataque directo —esgrimió el comandante—. Tenemos que defendernos o las bajas podrían ser humanas.

—En ese caso, procuren que sean las menos posibles —dijo Emily.

—Utilizaremos drones explosivos y nuestras naves para intentar incapacitar su artillería —explicó el comandante—. Dependiendo de los puntos débiles de las estructuras que están construyendo, la cantidad de explosivos será mayor o menor en cada caso. Ada intentará guiarlos para causar el menor número de bajas posible, pero siempre poniendo por delante las vidas humanas.

—Se lo agradezco, comandante —dijo Emily—. Algo me dice que ese punto será importante para el curso de nuestra misión aquí.

—Somos conscientes de ello —le aseguró él.

—¿Y en caso de que haya un ataque directo? —preguntó Emily.

—Hemos distribuido dardos sedantes entre los soldados que defienden el perímetro —explicó Ortiz.

—Y con la escasez de munición que tenemos, nos viene hasta bien —explicó Ferrara—. Los dardos que se han distribuido son reutilizables.

—También hemos colocado un par de emisores de gas somnífero que pueden ser accionados desde aquí —añadió Ortiz—. Gracias a Shildii sabemos que los gases que nos afectan a nosotros también tienen efecto en ellos.

—Veo que lo tenéis todo bien organizado —dijo Emily—. Esperemos no tener que lamentar ninguna pérdida.

—De momento esperaremos acontecimientos —intervino el comandante—. Lo más lógico es que ataquen al anochecer.

—¿Atacarán por la noche? —preguntó Emily—. Yo esperaba que lo hicieran mañana por la mañana.

—Gracias al capitán Garth, los keplerianos saben que tenemos dificultades para ver por la noche —explicó el comandante—. Creo que es lógico pensar que aprovecharán esa ventaja. Al menos, es lo que haría yo en su lugar.

—Tiene sentido.

—De cualquier manera —continuó—, estaremos atentos en todo momento. Estoy convencido de que intentarán sorprendernos de alguna manera.

—Será mejor que aproveches lo que queda de día para descansar un poco —dijo Ferrara—. Puede que esta noche se desate un infierno.

Emily dormitó un rato en la habitación de la base. Aunque no descansó demasiado, se sintió algo mejor al despertar unas horas después. Había tenido un sueño intranquilo, pero en esta ocasión no recordaba lo que lo había causado.

—Ada, ¿cuál es la situación en el exterior? —preguntó.

—De momento no hay mucha novedad —respondió ella—, salvo que han acabado de montar dos catapultas que en apariencia están ya preparadas para salir a la explanada.

—¿Están las defensas listas? —quiso saber.

—Sí, todo el mundo está dispuesto y en sus posiciones —respondió Ada.

Comió algo y habló con los que estaban allí para tranquilizarlos. Nadie debía abandonar el lugar a no ser que las cosas se pusieran muy feas. Estaban nerviosos, pero confiaban en el buen hacer del comandante y de todos sus compañeros militares. Antes de dejar la seguridad de la base se colocó el traje militar que le habían prestado. Fuera llovía con intensidad. Ya no había luz natural, pero los focos del perímetro de la base alumbraban el interior y el exterior con tanta potencia que incluso a pesar de la fina lluvia se veía mejor que durante el día. Emily se había encargado de que el comandante conociera los problemas que la luz artificial causaba en los keplerianos.

—¿Todo listo? —preguntó al llegar a la plataforma superior de la empalizada.

—Sí —respondió Ferrara—, está todo dispuesto.

—¿A quién le tengo que devolver este traje militar?

—Tranquila. Quédatelo de momento, ya hemos dispuesto a todo el mundo.

—Ada me ha dicho que han construido las dos catapultas.

—Sí —le mostró la imagen térmica en su terminal—, aunque todavía siguen bajo el cobijo de los árboles.

—¿Eso significa que atacarán pronto? —preguntó nerviosa.

—Hay más actividad de la habitual —explicó—. Creo que se están preparando.

—¿Cuál es el plan?

—Esperar a que revelen las catapultas y acabar con ellas —dijo—. Una vez terminemos con su artillería no creo que sea difícil reducir a su infantería dada nuestra superioridad tecnológica. Además, la lluvia embarrará la explanada y les resultará más complicado alcanzar la empalizada.

—Algo me dice que no será tan sencillo —dijo con pesimismo.

—Si el capitán Garth les ha puesto al día sobre nuestros puntos débiles, seguro que nos dan alguna sorpresa —respondió—. Necesitaremos reaccionar rápido a todo lo que ocurra en el campo de batalla.

—¿Cómo puedo ayudar?

—Cuando empiece todo esto, será mejor que te quedes a un lado —respondió Ferrara—. Nosotros nos encargaremos de todo.

Durante las siguientes dos horas nada cambió. Ferrara y Ortiz monitorizaron en la distancia la actividad del ejército kepleriano. El comandante dio orden de recuperar los drones espía y cerrar las puertas de la empalizada. Dos rovers quedaron atravesados tras la enorme hoja de la entrada para aportar un refuerzo extra ante cualquier intento de intrusión.

—Pasen a modo nocturno —ordenó el comandante—. Las volveremos a utilizar cuando llegue el momento.

Todas las luces del campamento se apagaron por completo y los visores de infrarrojos comenzaron a funcionar en los trajes de los defensores.

—¿Crees que aguantarán la presión? —preguntó Emily en referencia a los soldados que había desperdigados por el perímetro—. Están muy tensos.

—Responderán bien —le aseguró ella—. La mayoría tienen poca experiencia sobre el terreno, pero sé que lo harán bien, incluso con los exotrajes civiles.

—Me siento mal por quedarme este —reconoció Emily.

—No te preocupes, para una batalla como esta, los trajes civiles son más que suficiente.

—A no ser que todos los soldados traigan un taser —dijo Emily.

—Por eso nos hemos distribuido los que llevamos traje militar por el perímetro de la empalizada.

Emily no había caído en la cuenta pero, en efecto, todos los que estaban subidos en la plataforma de madera de la empalizada iban ataviados con el traje militar. Los soldados con el traje civil se encontraban abajo, dentro del perímetro, para garantizar la defensa interior en caso de que las fuerzas de Vaahur consiguieran atravesar la muralla.

De repente, ruidos de tambores se escucharon al otro lado de la explanada. El sonido grave de un cuerno llegó hasta la base y le puso a Emily los pelos de punta. Ya había comenzado. Decenas de soldados comenzaron a aparecer por entre los árboles donde acampaban los Khaavahki. De forma ordenada y siguiendo el paso que los tambores marcaban, cuatro columnas de soldados aparecieron de repente y se colocaron en el campo de batalla, a más de cuatrocientos metros de la

entrada a la base. Poco después llegaron otras cuatro columnas, que se colocaron justo detrás de las anteriores. Aquellos ocho cuadrados perfectos sumaban un total de ochocientos soldados keplerianos. Todos portaban el mismo material. Iban ataviados con un yelmo sencillo y una cota de metal con el escudo de armas khaavahki grabado en el centro de la pechera. Llevaban unos escudos redondos de madera con el canto metálico, lanzas y espadas cortas de acero colgadas del cinturón. Ninguno había presenciado jamás algo parecido, pero aquel ejército tenía una estampa amenazadora.

Los tambores dejaron de sonar de la misma manera que habían empezado. El ejército permaneció impasible, incluso bajo la abundante lluvia. Tan solo esperaban la orden de su comandante para echar a correr hacia el otro lado de la explanada e intentar abrir una brecha en la empalizada que los separaba de sus enemigos.

—Todos atentos —avisó Ortiz.

De nuevo sonó el cuerno de guerra que helaba la sangre y una veintena de caballeros con armaduras pesadas aparecieron para colocarse justo detrás de la infantería. Un portaestandartes con el escudo de los khaavahki avanzó hasta situarse entre las columnas de infantería y la caballería. Detrás, a unos cuantos metros de distancia, todavía bajo el cobijo de los árboles, cuatro figuras montadas contemplaban la escena. Por lo lujoso de su armadura, Emily reconoció a Vaahur. Sus dos oficiales de mayor rango se situaban en los extremos, y el siniestro personaje vestido con un hábito se situó justo al lado de su señor. Llevaba algo en la parte trasera de su *fhore* que no era posible distinguir desde aquella distancia.

—Encendemos motores —ordenó Ortiz—. Todos dispuestos para realizar un ataque relámpago y reducir su artillería.

El zumbido de los motores electromagnéticos de las naves de la base interrumpió el repentino silencio que invadía el lugar. Un destello resonó a lo lejos y el sonido de un trueno llegó unos instantes después. El tiempo atmosférico se había sincronizado con la épica del momento. Un nuevo sonido de cuerno volvió a escucharse desde el otro extremo. Dos enormes estructuras de madera y piedra emergieron desde la oscuridad del bosque. Medían unos cuatro metros de altura y presentaban un complejo amasijo de cuerdas y contrapesos para lanzar materiales pesados a grandes distancias. En cuanto las catapultas se detuvieron, ya en la explanada, los soldados que las operaban pusieron unos calzos en las ruedas y clavaron unas estacas en la tierra para evitar que estas se movieran en exceso.

Fue en ese momento cuando el comandante dio la orden de acabar con ellas.

—Ahora, teniente.

—Luz verde para la caballería —comunicó Ortiz.

Dos naves armadas con material explosivo y cuatro drones kamikaze despegaron de la base y cruzaron la empalizada. En cuanto recorrieron unos pocos metros de distancia se hizo el caos en la base. Hubo dos fuertes explosiones en el campo de batalla. Emily perdió la visión infrarroja del traje, pero pudo ver cómo las dos naves caían al suelo envueltas en llamas. Gritos de dolor de decenas de soldados llegaron desde el interior del campamento. Pero su traje se estaba reiniciando y no podía moverse del lugar.

—¡¿Qué ocurre?! —gritó a pleno pulmón.

Nadie respondió a su pregunta. Solo escuchó un trueno más cercano que los anteriores y los gritos de los soldados a su espalda. Oyó el crepitar de los sistemas eléctricos de ambas naves y

de los drones ardiendo en el suelo. Pronto recuperó la movilidad y la visión infrarroja del traje, pero las comunicaciones no estaban disponibles. Algo o alguien les había atacado a todos a la vez. Pero no había observado nada extraño, era como si alguien hubiera utilizado una fuerza invisible para acabar con toda la tecnología humana de un solo plumazo.

—¡Pulso electromagnético! —gritó Ferrara con determinación— ¡Todo el que no tenga un exotraje civil que suba a la plataforma ahora mismo! ¡Tenemos que defender el perímetro!

Emily lo entendió demasiado tarde. Un pulso magnético era capaz de crear un pico de tensión en todos los aparatos eléctricos de la base, incluso en aquellos que estuvieran apagados. Podían hablar entre ellos, pero las comunicaciones con la estación espacial se realizaban a través de la antena de la base, que no estaba protegida, como sí lo estaban los trajes militares. Los transportes de la base también eran civiles, así que estarían inutilizados de igual manera. Si no enviaban apoyo desde la estación, estarían perdidos. Abandonados a su suerte ante un ejército de ochocientos keplerianos acostumbrados a este tipo de batalla.

Se giró y miró hacia el interior. Todos los soldados vestidos con trajes civiles habían estado expuestos al pulso electromagnético y sus implantes oculares y auditivos también. Si la descarga de un taser había sido capaz de afectar a los implantes de Emily y de Gorka en el pasado, un pulso dejaría fuera de combate a todo el pelotón que patrullaba la zona interior de la base. Aquellos pobres soldados estarían aterrados, a oscuras, sin apenas poder moverse y sin ninguna radio que les permitiera comunicarse entre ellos.

El cuerno de batalla volvió a sonar en la lejanía y dos sucesiones de sonidos similares les llegaron desde el otro extremo del campo de batalla. A pesar de que Emily no había oído nunca aquel sonido, sabía muy bien lo que significaba. Giró de nuevo la vista y lo que vio la hizo gritar de terror. Dos enormes piedras de casi un metro de diámetro volaban hacia ellos. La primera impactó a unos veinte metros de la empalizada, rodó unos pocos metros más y se detuvo incrustada en el barro. La otra, que apuntaba directamente a la puerta de entrada de la base, cayó todavía más cerca de la empalizada. Estaban intentando abrir un agujero en las defensas.

Mientras, la infantería de Vaahur celebraba eufórica la caída de los drones y las dos naves humanas. Las llamas se habían extinguido gracias a la abundante lluvia que seguía anegando el campo de batalla. Por suerte, parte de la tripulación de las naves consiguió salir por su propio pie del lugar del accidente. Otro rayo cruzó el cielo, la tormenta arreciaba y cada vez estaba más encima.

—¡Tenemos que acabar con las catapultas! —gritó Ortiz.

—¡Yo me encargo de ellas! —respondió Ferrara mientras salía de aquella plataforma como alma que lleva el diablo.

Bajó de un salto de la plataforma y se dirigió a la zona central de la base. Allí había decenas de cajas con munición y armamento. Abrió una de ellas con rapidez y sacó un enorme fusil de francotirador. El arma no tenía ningún mecanismo electrónico, era cien por cien mecánico. Emily sabía que Ferrara había recibido adiestramiento específico para el uso de armamento de larga distancia, pero no acababa de entender cómo ese fusil podría acabar con las catapultas. De un potente saltó se encaramó de nuevo en la plataforma de la empalizada y se colocó al lado de Emily. Extendió las dos patas del fusil y las apoyó sobre los troncos de la muralla.

—¿De veras piensas acabar con las catapultas con esa antigualla? —preguntó Emily.

—Esta antigualla forma parte de la cúspide armamentística humana —respondió ella—. Y nunca me ha fallado.

El tiro era muy complicado. Llovía, las catapultas estaban a casi quinientos metros de distancia y solo podía utilizar el visor de infrarrojos de su traje para buscar la cuerda que sujetaba el contrapeso de la catapulta. Calculó la fuerza del viento, la diferencia de altura y la resistencia que la humedad del aire podía realizar sobre la bala. Los soldados estaban ya cargando una nueva piedra de gran tamaño en la máquina infernal. Estiró bien su dedo índice y lo colocó con suavidad en el gatillo. Después tomó aire y lo aguantó en sus pulmones. Apretó el gatillo justo antes de que el artillero bajara el brazo que indicaba el momento de disparar. La bala recorrió la distancia entre ambos puntos con un arco parabólico que acabó impactando en una de las cuatro cuerdas del contrapeso, pero no la rompió. El artillero bajó el brazo y un soldado soltó la palanca de madera. El contrapeso se movió hacia abajo mientras el proyectil hacia el recorrido inverso. Pero cuando el contrapeso llegó a su punto de mayor tensión, la cuerda se rompió del todo y soltó la carga, que acabó cayendo encima de la estructura de madera. Aquello partió una de las traviesas e inutilizó la catapulta.

—¡Bravo, Ferrara! —exclamó Emily llena de júbilo.

—Todavía queda la otra —dijo sin tomarse un respiro para celebrarlo.

Los soldados de la otra catapulta todavía no habían cargado un nuevo proyectil en la cesta. Ferrara manipuló el cerrojo del fusil y el casquillo de su anterior tiro salió volando por los aires. Otra bala ocupó el lugar de la anterior. Tomó aire de nuevo y calculó la distancia y el rozamiento de la bala contra el aire impregnado de minúsculas gotas de agua. Aquella catapulta estaba algo más alejada y la lluvia hacía muy difícil calcular la trayectoria. Estiró de nuevo el índice contra la guarda del gatillo y aguantó la respiración. Un rayo apareció en el cielo cuando se disponía a disparar y provocó que errara el tiro.

—¡Maldición! —dijo.

El proyectil de la catapulta surcó la fina cascada que seguía cayendo sin descanso, tomó altura y acabó impactando en la puerta de entrada. La enorme piedra astilló la dura madera kepleriana como si fueran vulgares mondadientes y acabó por atravesar los dos rovers que habían colocado para dificultar la entrada.

—¡Tenemos una brecha! —oyeron a varios soldados gritar.

—¡Hay que acabar con esa catapulta! —gritó Ortiz.

—Tranquila, Ferrara —la animó Emily—. Ha sido mala suerte.

—La suerte no existe —dijo ella con determinación mientras otro casquillo saltaba por los aires.

Tenía tiempo antes de que los soldados cargaran otra roca en la catapulta. Tomó aire una vez más. Estiró de nuevo su dedo índice para evitar que se le agarrotara. Aguantó la respiración y la bala salió volando hacia su objetivo. Esta vez hubo impacto y la cuerda se rompió por completo.

—¡Bravo! —gritó Emily al ver que lo había conseguido.

—La primera está inutilizada, pero esta la podrán arreglar en unos minutos —dijo ella—. Tenemos que organizar la defensa. Ese maldito rayo ha provocado que su infantería pueda entrar hasta la cocina.

—Aguantaremos —afirmó Emily convencida.

—El pulso nos ha dejado sin la mitad de los efectivos —se quejó Ferrara—. Vamos a necesitar un milagro para poder resistir.

—Pero todavía disponemos de los somníferos que se han colocado delante de la entrada —dijo Emily.

—Se accionan a distancia —dijo Ferrara—. El pulso electromagnético habrá fundido las placas que los activan. Hemos perdido nuestra mayor baza para detener la entrada de su ejército.

—¡Todos a sus posiciones! —gritó Ortiz, consciente de la gravedad de la situación—. ¡Tenemos que defender la entrada a toda costa!

Los tambores de guerra volvieron a sonar con fuerza mientras los soldados keplerianos rugían en la lejanía. Las ocho columnas de soldados comenzaron a golpear sus lanzas contra los escudos. El cuerno de guerra redobló su llamada a la batalla, el ataque era inminente.

6

Asedio

1 de abril del año 1

Base Magallanes, Kepler-442b

—¡Necesitamos refuerzos! —gritó desesperado uno de los soldados que defendía la entrada principal de la base, o más bien lo que quedaba de ella.

—¡Imposible, soldado! —gritó Ortiz—. Tenemos que repeler el ataque cueste lo que cueste.

La gran roca disparada desde la catapulta había abierto una brecha en el perímetro. Había destrozado y apartado de un solo golpe los dos rovers que se habían colocado tras la puerta a modo de barricada. Las comunicaciones con la estación eran imposibles debido al pulso electromagnético, pero al menos los trajes militares les permitían comunicarse entre ellos.

—¿Emily? —oyó a Kostas—. ¿Me oyes?

—Sí, te escucho.

—¿Qué ha ocurrido ahí fuera? —preguntó Kostas—. Hemos perdido las comunicaciones con la estación y hemos estado sin energía durante unos minutos.

—Los Khaavahki han utilizado una especie de pulso electromagnético y han inutilizado todo el equipamiento no militar de la base —explicó—. Hemos perdido las comunicaciones con la estación y todos los soldados con trajes civiles están fuera de combate.

—¿Cómo puede ser? —preguntó—. Nosotros llevamos los mismos trajes y nos encontramos bien.

—Los edificios de las bases están preparados para evitar problemas de este tipo con las erupciones solares —explicó Emily—. Por eso nada en el interior ha resultado dañado.

—¿Necesitáis ayuda? —preguntó Evelyn.

Emily miró alrededor. Había un numeroso grupo de soldados en medio de la base que tenían dificultades para moverse y que supuso que estarían desorientados y asustados después del pulso. Haría falta toda la ayuda del mundo para repeler a ese ejército, pero no podía exigir nada a ninguno de ellos.

—Necesitamos ayuda —reconoció Emily—, pero no puedo engañaros, la situación aquí fuera es crítica y puede que no salgamos de esta. Tenemos que aguantar hasta que llegue la caballería desde la estación. Si al menos pudierais poner a salvo a todos los soldados con trajes civiles…

—Dalo por hecho —dijo Evelyn con determinación.

Los soldados Khaavahki comenzaron a moverse. Caminaban con paso lento pero coordinado, al ritmo que marcaban los tambores de guerra. Los supervivientes de los accidentes aéreos caminaban también con premura hacia los escombros que hacía unos minutos formaban la puerta de entrada a la base. Uno de ellos llevaba uno de los trajes civiles, por lo que tuvieron que ayudarlo entre dos soldados vestidos de militar.

—¡Que alguien se encargue de los heridos! —gritó Ferrara.

—Nosotras lo haremos —respondió la doctora Hudgens saliendo de su edificio con la doctora Moreau.

—Tened cuidado —advirtió Emily—. Esto es ahora una zona de guerra y puede ser peligroso.

—Sabemos lo que hacemos —le aseguró la doctora Moreau.

Del otro edificio salieron también Chad, Kostas y Evelyn, que ayudaron a los soldados que se encontraban a oscuras en la base. Uno por uno, los fueron metiendo en las instalaciones y les ayudaron a quitarse los trajes. Alberto Mendoza y James Coogan salieron también y, tras coger unos fusiles y munición, se encaramaron a la plataforma de la empalizada.

—Nos presentamos voluntarios para lo que sea necesario —dijeron ambos.

—¿Tienen experiencia con munición real? —preguntó Ferrara.

—Sí —respondió James.

—Más de la que me gustaría —reconoció Alberto.

—Colóquense en un lateral y disparen solo cuando el teniente Ortiz lo ordene —les dijo ella —. Y tengan en cuenta que los fusiles están cargados con dardos somníferos, no tienen el mismo alcance que una bala ni siguen una trayectoria similar. Asegúrense de que lo tienen en modo semiautomático para no desperdiciar dardos.

Ambos se parapetaron tras la parte superior de la empalizada y observaron el avance de las tropas de Vaahur.

—¡Dios santo! —exclamó Alberto—. Esto impresiona mucho más que nada de lo que haya visto antes. Y he visto cosas que harían vomitar a una cabra.

—Yo tampoco he visto nunca nada igual —reconoció James.

Poco después, Chad se encaramó también a la plataforma de la empalizada. Recogió parte de la munición que varios soldados habían repartido por todo el perímetro y se unió al grupo de defensa.

—Yo también quiero aportar mi granito de arena —dijo.

Emily y Chad se colocaron en el mismo sector, parapetados entre las puntas afiladas de los troncos de madera de la empalizada. Los soldados keplerianos estaban a trescientos metros de distancia de la puerta de entrada. Todavía desconocían la fortaleza de los keplerianos y de sus armas en combate, así que lo más lógico era evitar el cuerpo a cuerpo. Tendrían que acabar con todos ellos desde posiciones elevadas.

Doscientos cincuenta metros.

—¡Que nadie dispare hasta mi orden! —gritó Ortiz—. ¡Y aseguren el tiro! ¡No disponemos de demasiados dardos!

Doscientos metros.

El cuerno de guerra emitió tres veces un sonido corto y acto seguido otro largo. Aquella era la señal de carga. Las cuatro primeras columnas comenzaron a correr hacia la puerta de entrada vociferando y gritando con rabia. La carrera se les hizo pesada, la lluvia había empapado toda la zona y las últimas filas de soldados a la carrera se vieron ralentizadas al hundirse en el barro.

Cien metros. Emily respiró hondo, el momento de la verdad se acercaba.

—¡Aguanten! —gritó Ortiz.

Setenta y cinco metros. El corazón se le iba a salir del pecho.

—¡Aguanten! —repitió.

Cincuenta metros. Emily apuntó con la mirilla del fusil. Recordó de repente todas las clases que había recibido con Robert en la estación, meses atrás. «Rodillas algo flexionadas, brazos firmes sin llegar a estar tensos. Toma aire…», recordó cómo le explicaba lo que tenía que hacer.

—¡Ahora! —exclamó—. ¡Fuego a discreción!

Sin embargo, los soldados khaavahki de la primera fila actuaron antes. Llevaban sus lanzas en la mano, cogieron impulso y las lanzaron hacia la empalizada. Emily observó horrorizada cómo una lluvia de picas, lanzadas con una fuerza descomunal, se dirigía hacia ellos. Se agachó de inmediato por puro instinto y vio cómo estas superaban la altura de las defensas y caían en el patio interior de la base. Algunas se clavaron en la empalizada con un sonoro golpe.

—¡Soldado abatido! —gritaron desde el otro lado.

Miró con pavor hacia la puerta de entrada y vio que en el suelo del patio interior yacía un soldado con una lanza de tres metros clavada en el casco. Aquel lanzamiento había atravesado por completo el visor del joven soldado y lo había derribado de la plataforma. Si había alguna duda de si las armas keplerianas eran letales, se acababa de esfumar de un plumazo.

Emily recuperó la vertical y volvió a apuntar. Disparó el fusil, pero no provocó nada en el kepleriano al otro lado del punto de mira. Era mucho más complicado disparar a un blanco en movimiento que a una diana estática en la estación. «Vamos Emily», se animó. Volvió a coger aire, notó cómo su pulso se aceleraba y disparó de nuevo. Otro fallo. Miró a su alrededor, varios soldados keplerianos caían al suelo segundos después de recibir el impacto de un dardo. La veintena de soldados apostados en la empalizada estaba teniendo mejor puntería que ella, pero aun así pronto empezarían a atravesar los escombros del portón.

—Emily, concentrad el fuego en la entrada —aconsejó Ferrara al intuir cuál era su problema.

—De acuerdo —aceptó.

—Y recordad que los dardos tienen una trayectoria más parabólica, por lo que tendréis que apuntar un poco más arriba de lo normal.

Otra ráfaga de lanzas despegó desde las líneas enemigas.

—¡A cubierto! —gritó Ortiz.

Las lanzas pasaron de nuevo por encima de sus cabezas o se clavaron en la madera de las defensas. Esa vez no hubo que lamentar bajas. Emily esperó a que los primeros soldados llegaran al amasijo de astillas que había sido la puerta de entrada. El hueco para pasar no era demasiado grande, por lo que se provocaba un pequeño embudo que les facilitaba los objetivos. Volvió a dirigir su fusil hacia allí. Tomo aire y lo mantuvo en sus pulmones. Esta vez apuntó unos centímetros por encima de la barbilla de un soldado y el dardo se clavó en la parte inferior de su cuello. Este sintió el punzante dolor y se llevó la mano a la zona. Se lo arrancó y lo miró con curiosidad. Casi de inmediato sus piernas le fallaron y se desplomó allí mismo.

—¡Le he dado a uno! —exclamó orgullosa.

—¡Yo ya llevo dos! —presumió Chad.

—Tenéis de sobra para no aburriros —les agitó Ferrara.

Emily repitió la liturgia, pero esta vez el soldado se movió en el último momento y erró el tiro. No se detuvo. En cuanto tuvo un nuevo dardo en la recámara, volvió a disparar. Erró de nuevo, pero la aglomeración era tal que el soldado que estaba detrás de su objetivo recibió el dardo en el antebrazo. «Bueno, otro menos», pensó.

—¡Enemigos en el interior! —gritó Ortiz—. ¡Johnson! ¡Rogers! ¡Encárguense de los que sobrepasen la línea de defensa!

Emily y Chad siguieron disparando a los que se aglomeraban en la entrada, cada vez eran más y se provocó un buen tapón. Los soldados iban cayendo desmayados aquí y allá, estorbando el avance de sus compañeros, pero eran demasiados. Para colmo, las otras cuatro columnas comenzaron también a correr hacia ellos. Pronto se iban a ver en un problema insalvable si no hacían algo.

—¡Tenemos que accionar los somníferos! —gritó Emily.

—Ya te he dicho que no podemos, se accionan a distancia y lo tenemos todo frito por el pulso.

—Creo que podríamos accionarlos a mano —dijo Emily.

—¡¿A mano?! —exclamó Ferrara—. ¿Te has vuelto loca?

—Sé que es complicado, pero si me despejáis el camino, creo que podré abrir la válvula.

—Yo lo haré —dijo Taro—. Yo te abriré camino.

Taro apareció por la puerta de las instalaciones. Llevaba una vara de dos metros en la mano. Avanzó hacia la entrada a la base. Ninguno de los enemigos había reparado todavía en él. Cada vez eran más los que lograban sobrepasar la puerta y Ortiz había ordenado a otro par de soldados más que controlaran el perímetro interior. Nuevas ráfagas de lanzas llegaban cada poco tiempo que les obligaban a dejar de disparar. En un rápido movimiento circular con el *kun*, Taro desvió sin problema la lanza que volaba en su dirección. Sin embargo, otro soldado humano cayó herido de gravedad debido al golpe de una afilada lanza.

Uno de los khaavahkis se percató de la presencia de Taro y se acercó a él parapetado tras su escudo de madera y con la espada en alto. Lanzó una rápida estocada con la mano derecha que Taro desvió sin esfuerzo, y con un rápido movimiento golpeó en la muñeca de su adversario con tanta violencia que hizo que soltara el arma. Después se agachó dando una patada baja circular y derribó al soldado, que cayó indefenso boca arriba. Aprovechó para dejarlo fuera de combate de un certero golpe en plena cara.

—¡Ayuden a Taro! —ordenó Ferrara.

Varios soldados liberaron el camino de Taro hacia la puerta. Ya eran varios los enemigos dentro de la base.

—¡Emily! —gritó Taro—. Si quieres salir ahí fuera, será mejor que te coloques detrás de mí.

Dejó su fusil en el suelo, cogió de una de las cajas de suministros una pistola cargada con dardos somníferos y se lanzó de un salto hacia el interior de la base. Taro apartaba keplerianos a diestro y siniestro con una destreza y facilidad que dejó pasmados a todos los presentes; ninguno era rival para la destreza del geólogo. Emily trató de acercarse a él, pero un fornido soldado le cortaba el paso.

—¡Tú! —le espetó—. ¡Maldita bruja humana!

Supo de inmediato de quién se trataba. Era el guardia del que había escapado de la Torre del

Vigía y al que los drones habían puesto a dormir esa misma mañana en su plan de escape.

—Por tu culpa he sido degradado dos veces en menos de dos semanas —gritó con gran inquina—. ¡Vas a pagármelas todas juntas!

El antiguo guardia se abalanzó sobre ella y lanzó un espadazo que Emily pudo esquivar sin problemas gracias a la ayuda del traje. El soldado gruñó, sorprendido por la rapidez de su presa, y continuó lanzando un golpe tras otro. Emily no acababa de encontrar un tiro limpio y continuó retrocediendo. De repente, el soldado paró en seco y se llevó la mano a la parte trasera del cuello. Pronto comprendió lo que acababa de pasar y miró a Emily con los ojos abiertos como platos. Solo alcanzó a decir:

—¡No! Otra vez no…

Se desplomó allí mismo, con un dardo somnífero clavado en la nuca.

—Esta va de mi cuenta —dijo Ferrara desde la plataforma.

Agradeció la ayuda con un gesto de su mano y retomó el camino sin más dilación. Taro había conseguido llegar casi al agujero de salida. Estaba castigando con fuerza a un soldado khaavahki que quería atravesar el hueco del portón de entrada. Emily se puso detrás de él, que estaba utilizando la mayor longitud de su *kun* para desarmar a los keplerianos de alrededor. Ella aprovechó su posición para disparar a varios soldados que amenazaban con atacar a Taro.

—¡Concentren el fuego en la puerta! —ordenó Ortiz a todos los que estaban en la plataforma.

Los cuerpos de soldados inconscientes que había desperdigados por el campo de batalla ya se contaban por cientos. Pero el atasco que había en la entrada a la base era monumental. Habría más de seiscientos esperando su turno para poder entrar. Y la tormenta, lejos de aminorar, parecía estar en su punto álgido. La lluvia continuaba cayendo como un fino manto que lo empapaba todo.

—Ada, muéstranos los puntos en los que se han instalado los dos dispositivos —pidió Emily.

—Tenemos que abrirles paso hasta el dispositivo de la derecha —ordenó Ferrara.

Ayudados por los soldados de la empalizada, Taro y Emily avanzaron metro a metro sobre el barro y los cuerpos de los keplerianos caídos. Taro giraba su kun a toda velocidad a derecha e izquierda, vigilando en todo momento que ninguno de los soldados se adelantara más de lo recomendable.

—Todavía nos faltan veinticinco metros —dijo Emily.

—Estáis rodeados —advirtió Ferrara.

—Me estoy quedando sin munición —avisó Emily, que estaba espalda con espalda con Taro y aprovechaba para disparar al que se atreviera a acercarse a ellos.

Un par de soldados que no habían arrojado sus lanzas se encararon con Taro y les cortaron el paso. Este desviaba sus acometidas, pero los dos contrincantes consiguieron que descuidara los flancos y varios soldados se adentraron por el hueco que habían conseguido abrir. Emily vio cómo uno se abalanzaba sobre ella desde su izquierda, pero hasta tres dardos impactaron en su cuerpo y cayó fulminado antes de alcanzarla. Sin embargo, otro consiguió derribar a Emily, aunque también acabó como un alfiletero.

—¡Emily! —gritó Chad horrorizado.

Taro logró desarmar a los dos lanceros y se giró de inmediato. Volvió sobre sus pasos para ayudar a Emily y, tras agitar su *kun* en todas las direcciones, consiguió reducir a otro par de

soldados que intentaban apresarla. Un kepleriano de gran estatura despejó a empellones su camino hasta el hueco y se abalanzó sobre Taro con un fuerte rugido. Con un rápido movimiento sobre sí mismo, esquivó a aquella montaña y rodó sobre el escudo de su rival. Utilizó la vara de combate para colocarla entre sus piernas e hizo que el descomunal soldado trastabillara y cayera de bruces contra el suelo. Otros dos se acercaron a Emily, que estaba todavía en el suelo tratando de quitarse de encima el cuerpo del soldado inconsciente. Taro clavó la vara en el suelo y cogiendo impulso golpeó con un sonoro puntapié en la cabeza del primero. Con el impulso del primer golpe se lanzó a por el segundo y lo derribó también. Por último, tras concluir la maniobra acrobática y aterrizar en el suelo, agarró la vara con ambas manos e hizo un barrido de ciento ochenta grados con el que dejó fuera de combate a un tercero que había intentado colarse en aquella reyerta.

El corpulento soldado se levantó aturdido y se giró hacia Taro y Emily, que ya estaba en pie de nuevo gracias al rescate *in extremis* de Taro. Emily apuntó con su pistola y le lanzó un dardo al cuello. Lejos de dejarlo fuera de combate, aquello lo enfureció más aún. Bufó como si de un toro bravo se tratara y se abalanzó sobre una Emily que no supo cómo reaccionar. Estaba a punto de llevársela por delante cuando una vara de madera aplastó su cara con una potencia que hizo al resto de los keplerianos pensárselo dos veces antes de entrar en aquel círculo. El soldado cayó al suelo rodando con gritos de dolor.

De nuevo espalda con espalda, Taro y Emily continuaron su camino hacia el primero de los dispositivos, que ya estaba a solo diez metros. Viendo lo que Taro era capaz de hacer, el resto de los soldados que los rodeaban dudaron mucho más de sus posibilidades. De vez en cuando alguno hacía un ademán de penetrar en aquel espacio, pero Taro se encargaba de hacerlos retroceder.

—Necesitamos un último apoyo —pidió Emily al resto de sus compañeros.

Una ráfaga de dardos voló hacia la zona que necesitaban liberar y se abrió un estrecho pasillo hasta donde se había instalado el depósito. Cuando llegaron hasta él, Emily no lo tuvo fácil para encontrar la válvula de apertura del gas. Estaba todo tan lleno de barro que le costó unos valiosos segundos dar con ella. Taro giraba alrededor de Emily, amenazando con su vara a cualquiera que osara dar un paso adelante. Por fin encontró la bombona de gas, abrió la válvula y de un pequeño tubo metálico comenzaron a salir burbujas de agua y barro.

—Si fuera vosotros saldría corriendo de aquí si no queréis caer rendidos —les advirtió Emily.

Los soldados de alrededor comenzaron a hacer bromas y a reírse de ellos.

—Sois solo dos, y nosotros cientos —dijo uno con una carcajada.

—Solo tenemos que esperar a que tu amigo se canse —añadió divertido otro.

Esperaron unos instantes dando vueltas en redondo para que Taro pudiera repeler a los keplerianos. Pronto, un soldado cayó desmayado. Otro le siguió al momento. Un tercero acabó de la misma forma. Emily pudo ver cómo poco a poco la expresión de sus caras pasaba de la burla al miedo más absoluto. Cuando sintieron el mareo, ya era demasiado tarde para huir.

—¡Nos ha embrujado! —gritó un soldado que trató de huir de aquel círculo pero que cayó bajo los efectos del somnífero antes siquiera de darse la vuelta.

En cuanto se oyó la palabra «embrujado» muchos intentaron huir en dirección contraria, pero la mayoría acabaron cayendo al suelo bajo los efectos de la droga. El pánico se apoderó de repente del ejército de Vaahur, que huyó despavorido en todas direcciones. Emily y Taro

suspiraron aliviados al comprobar que todo había acabado. La explanada quedó repleta de cuerpos de keplerianos inconscientes que tendrían que desarmar.

Emily buscó con la mirada el otro extremo del campo de batalla. Los soldados huían en desbandada, creyendo que les habían lanzado algún tipo de sortilegio. Sin embargo, ya no había nadie en el lugar donde Vaahur había estado contemplando el avance de sus ejércitos. Él y sus oficiales habían abandonado el campo de batalla.

—¿Estás bien? —preguntó Emily.

—Nunca me he sentido mejor que ahora —respondió Taro con una sonrisa.

—¡Buen trabajo! —gritó Ferrara exultante—. No sé cómo demonios lo haces, Taro, pero ha sido increíble.

El geólogo agradeció sus palabras con una ligera inclinación de cabeza.

—¿Y ahora qué? —dijo Chad.

—Ahora esperaremos a la caballería —respondió Emily mirando al cielo en primer lugar y al campo de batalla después—, y supongo que tendremos que limpiar todo esto.

7

La calma tras la tormenta

1 de abril del año 1

Base Magallanes, Kepler-442b

Pocos minutos después de concluir la batalla, cinco naves llegaron desde la estación espacial y aterrizaron dentro del perímetro de la base. Tanto el comandante Bauer como el subdirector decidieron acercarse a la zona en cuanto perdieron la comunicación. La tormenta, como la batalla, había concluido y ya era seguro tomar tierra.

Casi un tercio del ejército de Vaahur continuaba esparcido por la explanada, inconsciente por los efectos del somnífero. Todos colaboraban en las labores de limpieza. Recogían a los soldados keplerianos desvanecidos y los introducían en el interior de la base, donde les quitaban las armas y armaduras y los ataban juntos para que ninguno cometiera ninguna estupidez al despertar de su letargo.

Había sido una gran batalla que sin duda pasaría a la historia. Fue un duro revés para las aspiraciones de Vaahur, el líder Khaavahki, que abandonó el campo de batalla en cuanto comprobó que su ejército había sido derrotado a pesar de su manifiesta superioridad numérica. Dos soldados humanos habían fallecido por culpa de las graves heridas provocadas por las lanzas enemigas y otros dos habían resultado heridos leves. También seis soldados keplerianos habían muerto aplastados por sus compañeros en su afán por llegar hasta el portón de entrada a la base. Pero, a pesar de la victoria, nadie en el bando humano tenía ganas de celebrarlo.

Las instalaciones estaban repletas de soldados que habían perdido la audición y la vista allí donde tenían un implante electrónico. La doctora Hudgens era optimista y opinaba que más de la mitad podría salvar sus órganos, pero al resto tendrían que instalarles implantes completos. Emily se encontraba descansando sobre un tronco de la antigua puerta de entrada cuando el subdirector se acercó hasta ella.

—Por lo que me han contado, creo que tenemos que hablar largo y tendido sobre el tema de asumir riesgos —dijo él.

—Hola, David —saludó con una sonrisa algo forzada.

—¿Qué tal te encuentras?

—Como si me hubiera atropellado un camión —se sinceró.

—Visto lo visto, que estés dolorida es lo de menos —dijo él—. No sé cómo lo habéis conseguido, pero acabáis de derrotar a un ejército de casi mil efectivos entre poco más de dos docenas.

—Hemos perdido a dos soldados —le recordó Emily—. No creo que estemos para celebraciones.

—Lo sé, y lo entiendo —se sentó junto a ella.

—Ahora comprendo lo que sentía Robert cuando hablaba de perder compañeros.

—Dieron su vida defendiendo a la humanidad —subrayó el subdirector—. No hay nada más honorable que eso. Su sacrificio será recordado por siempre.

—He pasado auténtico terror, David —sollozó.

—Puedo hacerme una idea de lo que habéis tenido que pasar.

—Nunca he querido hacer daño a nadie —se sinceró—, pero cuando estábamos allí, rodeados de soldados enemigos, he entendido lo que se siente en una batalla. Sabes que, si no actúas antes, ellos lo harán y no dudarán en acabar contigo. En ese momento, la moralidad pasa a ser la última de tus prioridades y tu instinto de supervivencia toma el control de tus acciones.

—Sé muy bien de lo que hablas —dijo él.

—Ah ¿sí? —se sorprendió.

—Cuando salí del MIT, antes de entrar en el programa espacial con tu padre, serví en las fuerzas aéreas en Sudamérica —explicó—. Trabajaba en un proyecto de alto secreto que acabó convirtiéndose en lo que hoy conocemos como Proyecto Orfeo. Queríamos instalar una base de lanzamiento en el norte de Brasil, pero la situación en aquella zona era muy complicada. Desde el impacto de Belial los disturbios y el caos se habían apoderado de la mayor parte del mundo, y Sudamérica no era una excepción. Había grupos insurgentes y guerrillas en contra de los gobiernos en casi todos los países de la zona.

»Recuerdo que aquellos días estuvimos visitando diferentes localizaciones por la zona norte del Amazonas. Sabíamos que allí había mucha actividad insurgente, pero el gobierno brasileño nos proporcionaba ciertas garantías. Uno de esos días, mi equipo y yo viajábamos en tres helicópteros de las fuerzas aéreas brasileñas cuando fuimos derribados por un grupo de radicales que quería desestabilizar al gobierno. Solo cuatro personas sobrevivimos de los que viajábamos en mi helicóptero. Los ocupantes de los otros dos no tuvieron tanta suerte.

»Fuimos capturados y obligados a vivir en condiciones infrahumanas durante tres semanas. Más tarde supe que querían utilizarnos como moneda de cambio para que el gobierno liberara a algunos de sus compañeros, acusados de terrorismo. Los cuatro pensábamos que íbamos a morir en aquel lugar, pero un día, uno de nuestros captores dejó sin ataduras a uno de mis compañeros y aprovechó para soltarnos al resto. Cuando intentamos escapar de allí, un insurgente que apenas superaría la mayoría de edad nos sorprendió en plena huida. Ni siquiera lo pensé. Me abalancé sobre él y aproveché mi mayor corpulencia para aplicarle una llave en el cuello y acabar con su vida.

—Vaya, es horrible —comentó Emily preocupada—. No tenía ni idea de que habías tenido que pasar por algo así.

—Nadie lo sabe, solo se lo conté a tu padre, años después —dijo—. Pero el caso es que todavía hay noches en las que oigo a aquel pobre diablo luchar desesperado mientras le cortaba la respiración con mi brazo. Ahí me di cuenta de que, cuando se trata de sobrevivir, incluso el más recto sería capaz de hacer cualquier cosa.

—Era su vida o la tuya.

—Así es, y aunque parezca el guion de una mala película, hay veces que debemos tomar ese tipo de decisiones en una fracción de segundo.

—¿Crees que Ada hará una película sobre esta batalla algún día? —preguntó ella.

—Desde luego —sonrió.

El comandante Bauer, Ortiz y Ferrara, que estaban valorando la situación tras la batalla, se unieron a la conversación unos minutos después.

—¿Cómo están los soldados heridos? —quiso saber el subdirector.

—Vamos a trasladarlos a la estación —informó el comandante—, aquí no hay espacio suficiente para todos. La doctora Schmidt y su equipo ya están acondicionando otra de las enfermerías.

—¿Qué hay de los prisioneros? —preguntó Emily.

—Quitando los heridos por el doctor Murakami al que, por cierto, tengo que agradecerle de forma personal su valiente actuación —dijo el comandante—, el resto siguen inconscientes.

—Hemos dado orden de que se traten a los heridos keplerianos como a cualquier humano —explicó Ortiz—. Vamos a desplegar aquí abajo un pequeño hospital de campaña para tenerlos atendidos.

—Pero tendremos que decidir qué hacemos con los doscientos cuarenta y cuatro prisioneros que todavía están durmiendo la mona —añadió Ferrara.

—Tenemos que soltarlos —dijo Emily.

—¡¿Soltarlos?! —exclamó la sargento, sorprendida.

—Sí —se reafirmó—. Si vamos a quedarnos en el planeta necesitaremos una alianza sin fisuras con los keplerianos. Tenemos que demostrar que no somos como los Khol y que no hemos venido aquí para luchar contra ellos. Vaahur sigue siendo el líder del mayor ejército de este mundo, y esta derrota habrá hecho que sus oficiales cuestionen su liderazgo. Si soltamos a los prisioneros, agravaremos más sus problemas y también mejoraremos nuestra aceptación entre la población civil de Khaavahki.

—Además, ¿cómo pretendéis controlar y alimentar a más de doscientos prisioneros? —preguntó el subdirector—. No tenemos medios para hacer algo así. No podemos convertir la base en una cárcel.

—Tienen razón —meditó el comandante Bauer—. Sería un acto de propaganda que no se esperan en absoluto. Y ver a esa cantidad de soldados volver con sus familias sería un acto de compasión que no solo pondrá a nuestro favor a muchos de los habitantes de la ciudad, si no que dejará en muy mal lugar a su líder.

—¿Y qué hay de su arsenal? —preguntó Ortiz—. No podemos arriesgarnos a que intenten de nuevo tomar la base.

—Supongo que podríamos utilizarlo para reponer materiales de nuestro inventario —dijo el subdirector.

La noche había caído hacía horas y la oscuridad era total. El cielo estaba apacible en aquel lugar, pero los datos que llegaban desde la estación indicaban que la tormenta no había hecho más que comenzar en la base del proyecto. La sargento Cameron revisaba con nerviosismo la terminal en la que se observaba la formación tormentosa que llegaba desde el este para amenazar la batalla que se estaba librando.

—Me está poniendo nervioso, sargento —se quejó Reynolds, que estaba sentado en una de las sillas con los pies sobre la mesa.

—¿Sabemos algo de la flota del proyecto? —preguntó ella, ignorando a su compañero.

—Todavía no —dijo el sargento Larsson, el experto ingeniero que participó en el juicio a Jonathan y que se unió a la causa rebelde.

—Hace ya más de cinco minutos que hemos perdido la señal de la base —dijo preocupada—. Deberían estar preparados para apoyar la defensa.

—Dales tiempo —pidió Reynolds—. Si están tardando es porque ese tarugo del comandante Bauer no había previsto que esos salvajes tuvieran un pulso electromagnético marca de la casa.

—¿Y si no ha funcionado? —preguntó Cameron.

—Ha funcionado —aseguró Larsson—. Si no, no habríamos dejado de recibir información de la base. Deberían estar preparados para salir ya.

—¿Tenemos las transcripciones de las conversaciones del subdirector y el comandante? —preguntó Reynolds.

—No, al menos no las de hace menos de cinco minutos —respondió Larsson—. No tenemos suficientes recursos libres para procesar en tiempo real todo lo que nos llega desde Ada. Tengo que priorizar los trabajos del ordenador central.

—¿Y qué estamos monitorizando? —quiso saber Cameron.

—Las comunicaciones con la base, que ya sabemos que se han cortado, y el tráfico en los hangares.

—¿Están las naves listas? —preguntó Cameron.

—¡Sargento, siéntese! —Reynolds golpeó la mesa con fuerza—. Está todo dispuesto, lo tenemos todo preparado.

Cameron obedeció. A pesar de tener el mismo rango que ella, ese hombre la intimidaba mucho y sabía de sobra que era mejor no importunarlo, dado su historial de violencia.

—Detecto movimiento en la estación —dijo Larsson, que levantó la mano para que sus dos compañeros prestaran atención.

—¿Y bien? —Cameron no pudo reprimir la curiosidad.

—Son ellos —confirmó el sargento Larsson—. Varias naves han iniciado motores y se disponen a abandonarla.

—¡A trabajar! —celebró Reynolds con una sonrisa malvada.

Tanto Cameron como él se levantaron de la silla y salieron de la sala a toda prisa. Se pusieron sus trajes y fueron al exterior, donde ya esperaban dos de sus naves con los motores encendidos y la tripulación en el interior. Cada uno se subió a una de ellas y ambas naves despegaron con dirección a la estación espacial.

—¡Repasemos el plan! —exclamó Cameron con su tono serio habitual—. Se trata de una operación quirúrgica, entrar y salir. El equipo del sargento Reynolds asaltará la sección de ingeniería para hacerse con el combustible. Al mismo tiempo, nosotros haremos lo mismo con la bodega de la estación. Entraremos por una de las escotillas de carga e iremos directos a por el operario del almacén. La bodega no está diseñada para sacar grandes cantidades de provisiones en espacios cortos de tiempo, así que no se duerman en los laureles. Y absténganse de peticiones absurdas, tendremos que ceñirnos a la lista de la compra que llevamos.

»La estación estará desprotegida, pero Ada continua allí arriba y nos tendrá controlados en

todo momento. No abran fuego ni provoquen ningún altercado con la tripulación del proyecto, Ada podría jugárnosla si ve que somos una amenaza. Tenemos que estar de vuelta en la nave en menos de veinte minutos. No podemos arriesgarnos a que la caballería regrese. Y, por último, recuerden que estaremos en gravedad cero durante toda la operación, no quiero que nadie acabe flotando sin control.

Las dos naves rebeldes salieron de la atmósfera del planeta y se dirigieron a los dos puntos de entrada acordados. La del sargento Reynolds se dirigió a la popa de la estación espacial mientras que la de la sargento Cameron giró hacia la proa. En cuanto llegaron a su destino, un crujido metálico les indicó que habían atracado en la escotilla 2G-B, la más cercana a la bodega en uso. El arca disponía de multitud de bodegas de diferentes tamaños. En algunas había suministros y en otras, materiales. Cada una de ellas se llenó con la misma cantidad de productos. De esta manera, el proyecto podía utilizar solo una de ellas de forma simultánea hasta agotar esa bodega. Se diseñó así para evitar que los mecanismos de extracción de los artículos afectaran al complejo sistema de conservación que mantenía el interior de las bodegas a una temperatura cercana al cero absoluto. Y los rebeldes sabían que atacando a una única bodega podrían conseguir todo lo que necesitaban.

La sargento Cameron se soltó de su asiento y flotó hasta el techo de la nave de transporte. Allí accionó la escotilla que, tras un soplido que igualó las presiones a ambos lados, se abrió con un sonido hidráulico. En ese preciso instante puso un cronómetro en marcha.

—¡Vamos! —exclamó— ¡Muévanse! ¡Rápido!

Los seis soldados que acompañaban a la sargento Cameron tomaron impulso y uno tras otro cruzaron la escotilla y el pasillo que los conectaba con la bodega. La abertura no era demasiado grande, estaba pensada para el paso de personas y no de carga. Por eso se accedía por la parte superior de la bodega. Una vez en el interior de la estancia que permitía extraer y cargar suministros, tomaron posiciones defensivas para contrarrestar una hipotética bienvenida no deseada. La sargento Cameron fue la última en cruzar el pasillo de entrada.

La enorme puerta de carga del lateral, adecuada para grandes cargueros y enormes palés de suministros, estaba cerrada a cal y canto. Un rótulo serigrafiado en la enorme pared indicaba que se encontraban en la bodega 2G. No había rastro de actividad por ninguna parte. Cameron hizo un gesto a su equipo para que continuaran por el amplio pasillo que rodeaba la bodega. El resto de soldados utilizaron las botas electromagnéticas de sus trajes para desplazarse en perfecta coordinación.

El operario que manejaba el sistema estaría al otro lado del pasillo. Cuando llegaron a la esquina lo encontraron dormido en gravedad cero. No era consciente de lo que se le venía encima. Cameron dio la orden y los seis soldados se abalanzaron sobre él, que se despertó de repente viendo cómo era encañonado por seis fusiles de asalto.

—¡Buenas noches! —saludó Cameron—. Haga lo que le digamos en todo momento y podrá seguir teniendo un apacible sueño. Intente algo extraño y yo misma me encargaré de que su descanso sea mucho más definitivo.

El operario tragó saliva y asintió con un ligero movimiento de su cabeza. La sargento Cameron manipuló su terminal y le mostró al operario una lista con todo lo que tenía que sacar de la bodega de carga. Este asintió nervioso y comenzó a operar sobre la terminal de la bodega. Uno por uno, fue extrayendo del interior todo lo que los rebeldes le solicitaban. A medida que un nuevo bulto aparecía por la puerta del almacén, dos soldados lo empujaban desde allí hasta la

escotilla para después fijarlo al suelo de su nave con unas cinchas.

Todo iba según lo planificado, les quedaban diez minutos según el cronómetro que la sargento no paraba de mirar de reojo. Pero, de repente, un error apareció en la terminal de la bodega que estaba manipulando el operador.

—No puede ser —se quejó nervioso—. Ahora no.

—¿Qué ocurre? —preguntó Cameron.

—No lo sé —dijo el operario—. La terminal me está dando un error, como si no encontrara esta referencia.

—Pruebe de nuevo —ordenó.

—Ya lo he probado tres veces —le aseguró el operario—. Y no tiene sentido, nadie ha solicitado esta referencia hasta hoy. Debería de haber suficiente stock.

—Quiero creer que alguien como usted no se atrevería a poner a prueba mi paciencia, ¿verdad? —preguntó Cameron con voz amenazante.

—No, señora —le aseguró asustado—. Le juro que no sé lo que está pasando. Es la primera vez que veo este error desde que llegamos al planeta.

Un soldado se adelantó y le apuntó con su pistola.

—¡Será mejor que te las apañes para que esto no vuelva a ocurrir! —le espetó.

—Tranquilo, soldado —dijo Cameron—. Creo que dice la verdad. ¿Qué referencia es la que ha fallado?

—Son bloques de aleación de aluminio y polímeros —dijo él.

Cameron buscó la cámara de vigilancia que controlaba la zona. La encontró en una de las esquinas de la estancia.

—Hola, Ada —saludó la sargento.

—Sargento Cameron — respondió ella.

—Danos acceso a lo que queremos —la instó.

—Me temo que no puedo permitir que se lleven material con el que puedan fabricar armamento —explicó Ada.

—Creo que no estás en situación de negarnos nada —replicó la sargento, que volvió a apuntar con su arma a la cabeza del operario.

—Sé que se trata de un farol, sargento —dijo ella—. Sus pupilas y su posición corporal la delatan. No me opondré a que se lleven suministros que garanticen su supervivencia, pero no se llevarán materiales con los que puedan construir artefactos peligrosos para la integridad de la estación.

La sargento Cameron apretó los dientes. La inteligencia artificial había descubierto sus intenciones. Miró el temporizador de su muñeca, lanzó un grito de frustración y bajó el arma.

—Continúe con la siguiente referencia de la lista —ordenó al operario.

Este pasó al siguiente elemento y pocos instantes después apareció por la puerta de entrega. Varias referencias fueron denegadas por Ada, así que la sargento ordenó omitirlas. Consiguieron el resto de los bultos y justo en ese instante la terminal de la sargento comenzó a pitar. Era la alarma que les indicaba que debían marcharse de allí antes de que los refuerzos regresaran desde

la base.

Volvieron al pasillo de la bodega y cerraron la escotilla desde la nave. Una vez se aseguraron de que la carga estaba bien estibada, la sargento dio permiso al piloto para que abandonara el lugar. Quizá no habían conseguido todo lo que necesitaban, pero el plan del capitán había dado resultado.

—¡Buen trabajo, muchachos! —felicitó— Prepárense para celebrarlo por todo lo alto.

Todos lanzaron vítores y gritos de júbilo. Sin importar cual había sido el resultado de la batalla entre los soldados del comandante y los keplerianos, esa noche lo celebrarían con cerveza fresca hasta altas horas de la madrugada.

8

Juego de espías

2 de abril del año 1

Base Magallanes, Kepler-442b

Aquella noche casi nadie pudo descansar de forma satisfactoria. La tensión de la batalla y las imágenes de angustia recorrieron en bucle la mente de todos los miembros de la expedición. Aun así, nadie quiso abandonar el lugar. Sabían que, si lo hacían y los soldados de Vaahur se reagrupaban, podrían volver a intentar tomar el campamento. Emily apenas había podido dormir un par de horas cuando la luz del día comenzó a asomar entre las nubes que quedaban de la tormenta de la noche anterior. Saludó a Taro y a Kostas en el comedor.

—¿Habéis podido dormir algo? —les preguntó.

—No más de dos horas —reconoció Taro.

—Yo he dormido algo más, pero sigo muy cansado —dijo Kostas.

—¿Sabemos algo de los Khaavahki? —quiso saber Taro.

—No —respondió ella—. Para cuando los ingenieros del director Patel instalaron la antena de comunicaciones auxiliar ya debían de estar muy lejos de aquí.

—¿Cuál es la situación de la base ahora mismo? —preguntó Kostas.

—Los transportes están inutilizados por completo —dijo Emily—, al igual que cualquier sistema electrónico que no estuviera dentro de los edificios. Tendremos que arrimar el hombro para recuperar la actividad normal.

—Lo que haga falta —se ofreció Kostas.

—Lo prioritario será arreglar el portón de la empalizada —supuso Emily.

—No pensaba que esa empalizada fuera a salvarnos la vida —confesó Kostas.

—Creo que nadie era consciente de la situación —dijo Taro—. Ninguno habíamos estado nunca en una batalla de estas características.

—Nadie lo diría al ver lo bien que te desenvuelves —repuso Kostas con admiración.

—Estaba aterrado —confesó Taro.

—Todos lo estábamos. —Emily posó su mano en el hombro del geólogo.

Paula y Gorka, que habían permanecido durante toda la batalla en la estación debido al proceso de recuperación de Gorka, aparecieron en el comedor.

—¡Qué alegría que estéis bien! —exclamó Paula al verlos sanos y salvos.

—¡Paula! ¡Gorka! —saludó Emily—. Qué bien teneros por aquí.

—¿Qué nos hemos perdido? —bromeó Gorka.

—Nada importante —dijo Kostas—. ¿Qué tal te encuentras?

—Bien, estoy como nuevo —aseguró el ingeniero.

—Estaréis muy cansados —dijo Paula—, incluso a nosotros nos ha costado conciliar el sueño esta noche por la tensión y la falta de noticias.

—No ha sido la noche más tranquila, desde luego —confirmó Kostas.

Charlaron un buen rato y se pusieron al día de todo lo que había ocurrido. La conversación distendida les vino bien a todos para recuperar un poco de normalidad en sus vidas. Pero había mucho trabajo que hacer, así que Emily se enfundó de nuevo su traje y salió al exterior. Allí le esperaba Lemy, puntual como un reloj, para recibir su desayuno y una sesión de carantoñas por parte de Emily.

La base parecía más una prisión que una expedición científica. El trasiego de naves, material, soldados e ingenieros era constante. Nunca hasta ese momento había habido tanta actividad allí. Pero lo que más le preocupaba era soltar a aquellos casi doscientos cincuenta prisioneros que ya habían comenzado a despertarse y se removían inquietos. Ortiz había ordenado mantenerlos vigilados en todo momento, pero comenzaban a hacerse preguntas. Miró hacia la entrada, donde Alberto ya trabajaba con otros operarios para volver a construir una puerta. Y para sorpresa de Emily, James Coogan estaba con él. ¿Quién iba a decir que algo tan peligroso y poco deseable como lo que había ocurrido iba a cambiar la actitud de ese hombre? Fuera como fuese, Emily se alegró mucho de que por fin comprendiera de qué trataba todo aquello; estaba convencida de que sería alguien muy valioso dentro de la expedición.

Estaba dando un pequeño paseo sin rumbo cuando de repente se acordó de Shildii. El joven kepleriano seguía en cuidados intensivos por las heridas recibidas en aquel cobarde ataque. Y también recordó que su familia se encontraba allí mismo, en el edificio aledaño. Estarían muy asustados. No sabía nada de ellos desde que les explicó todo lo que estaba a punto de ocurrir y les advirtió que no salieran de allí pasara lo que pasara. Tenía que hablar con ellos de inmediato.

—¿Doctora Hudgens? —llamó.

—Dime Emily —respondió ella.

—¿Cuál es la situación de Shildii?

—Sigue estable —informó la cirujana—. La doctora Moreau está pendiente de él. Mañana le quitaremos la sedación y veremos qué tal se encuentra él. Pero creemos que ya ha pasado lo peor.

Emily entró en el pequeño edificio y encontró a la familia del joven.

—Hola —saludó—, ya ha pasado todo. ¿Cómo se encuentran?

—Bien —dijo el padre de Shildii.

—Me alegro —respondió ella—, Shildii se encuentra mejor. No ha habido novedades durante la noche y la doctora me ha dicho que mañana despertará, ya ha pasado lo peor.

—Gracias —dijo la madre, que se levantó para darle un abrazo a Emily.

—Nos hemos temido lo peor —confesó su padre—. Esta noche ha sido muy larga y tensa.

—Lo sé. Hemos conseguido evitar que los hombres de Vaahur tomaran este lugar, aunque ha sido una batalla muy dura.

—Esa maldita sanguijuela —maldijo la madre de Shildii—. Quiere dominarnos a todos cueste lo que cueste.

—No tiene ningún tipo de escrúpulos —añadió el padre—. Damos gracias a las estrellas de que tu pueblo haya podido repeler el ataque.

Emily les ofreció algo para desayunar y charló con ellos un buen rato. Después se disculpó y volvió a salir al exterior. Había muchas cosas que hacer y necesitaba hablar con Ortiz para organizar los trabajos de recuperación de la base. Lo localizó enseguida, estaba organizando las tareas junto con Ferrara. Se acercó para charlar con ambos.

—¿Ha pasado algo más durante el resto de la noche?

—Nada reseñable —respondió Ferrara.

—Aunque no pueden decir lo mismo en la estación —añadió Ortiz.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó asustada.

—Los rebeldes aprovecharon que el foco estaba puesto sobre la batalla para entrar allí y hacer acopio de provisiones —reveló Ortiz.

—¡¿Qué?! —exclamó—. ¿Están todos bien?

—Sí —la tranquilizó Ferrara—, aparte de un par de ojos morados y algunas magulladuras en el módulo de ingeniería, no hemos tenido que lamentar ninguna pérdida.

—¿Qué se han llevado? —quiso saber.

—Una fuente de alimentación auxiliar y provisiones de las bodegas —dijo Ortiz—. Nada de lo que no tengamos repuestos de sobra.

—Menos mal —suspiró aliviada—. Hablaré más tarde con el subdirector, habrá que replantearse la seguridad de la estación.

—Ya lo creo —dijo Ferrara—. Además, ha resultado muy conveniente que hubiera una batalla aquí y que los keplerianos lanzaran un pulso electromagnético para evitar que nos comunicáramos con la estación.

—Todo apunta a que estaba planificado. Y se coordinaron bien, no cabe duda —dijo Emily —. ¿Qué vamos a hacer con los prisioneros?

—Lo que acordamos ayer —dijo Ortiz—. Los soltaremos para que vuelvan a su poblado y les proveeremos de material para que puedan transportar los cuerpos de los seis soldados que murieron en la batalla.

—El material militar se quedará aquí —añadió Ferrara.

—Bien —aceptó Emily—. Me gustaría dirigirme a ellos antes de que los soltemos. ¿Están ya todos despiertos y dispuestos?

—Sí, la doctora Moreau y Evelyn han curado las heridas de las víctimas de Taro. —Ferrara hizo el gesto de las comillas al pronunciar la palabra víctimas—. Y el resto se ha despertado sin más problemas.

Emily se acercó al numeroso grupo de prisioneros khaavahkis. Todos estaban sentados en el suelo con las manos atadas a la espalda con una brida de detención y unidos entre sí mediante una enorme cadena que trazaba una línea en el suelo.

—Me gustaría deciros algo. —La miraron con curiosidad y recelo—. Sé que todos os debéis a vuestro pueblo, que vuestro líder os ha dicho cosas horribles sobre nosotros. Que creéis que acabaremos haciendo con vosotros lo mismo que hacen los Khol. También sé que no creeréis nada de lo que os diga, pero de todas formas lo intentaré. —Hizo una pausa y continuó—. Los humanos no estamos aquí para luchar contra nadie, no queremos ningún mal para el pueblo kepleriano. Nuestro planeta se vio amenazado por una gran roca que iba a acabar con todos

nosotros, por eso vinimos a este en busca de un mundo en el que poder vivir en paz.

»Sé que los keplerianos y los humanos podemos convivir en armonía, solo necesitamos algo de voluntad por ambas partes para que eso sea posible. No soy nadie para deciros lo que los keplerianos pueden y no pueden hacer, pero hay algunos de los vuestros que confían en nosotros. Nos gustaría que todos vosotros pudierais hacerlo también. —Un murmullo de voces se alzó entre los prisioneros—. Vuestro líder os ha engañado, se ha aliado con un humano renegado que solo quiere que la relación entre keplerianos y humanos fracase.

Emily manipuló su terminal y reprodujo en alto la conversación que Robert y Ferrara pudieron grabar en la Torre del Vigía. En ella, tanto el capitán Garth como Vaahur conspiraban y reconocían que ellos habían estado detrás de la masacre provocada en el pueblo nómada. Otro murmullo se alzó entre los presentes, esta vez mucho más estruendoso.

—No pretendo que apoyéis nuestra causa, ni siquiera que desarrolléis algo de empatía por nuestra situación —continuó cuando el murmullo se acalló—. Pero sí que me gustaría que tuvierais algo muy presente: si ambas especies queremos vivir en libertad y armonía, debemos acabar antes con la amenaza de los Khol. Y para hacerles frente tenemos que unir nuestras fuerzas. Vosotros sois más numerosos, os habéis enfrentado antes a ellos y conocéis el terreno mejor que nadie. Nosotros tenemos tecnología que podemos utilizar en su contra. Si queremos sobrevivir, estamos condenados a entendernos.

—¿Y qué ocurrirá cuando acabemos con ellos? —preguntó un soldado.

—¡Eso! ¿Quién nos asegura que los humanos no harán lo mismo cuando venzamos a los Khol? —añadió otro.

—Nada de lo que yo diga podrá convenceros —respondió Emily—. Y lo entiendo, yo también desconfiaría en vuestra situación. Pero, aun así, os doy mi palabra de que mientras yo esté aquí, haré todo lo posible para que keplerianos y humanos colaboren y vivan en paz y armonía. —De nuevo hubo un murmullo que obligó a Emily a pausar su improvisado discurso—. Seis keplerianos han caído en este sinsentido, y nosotros también hemos lamentado la pérdida de dos de los nuestros. No podemos permitir que esto vuelva a ocurrir.

»Así que os diré lo que va a ocurrir a partir de ahora. Como prueba de nuestra buena voluntad, vamos a soltaros a todos. —De nuevo, otro murmullo—. Os ruego que mantengáis la calma mientras dure el proceso. Nuestros militares os liberarán en grupos de cinco para que podáis abandonar este lugar y regresar a vuestras casas con vuestras familias. No tomaremos represalias, este gesto no tiene segundas intenciones. Por favor, os pido que os abstengáis de intentar ninguna estupidez. Tenemos tiradores que volverán a dormiros si ponéis en riesgo a algún humano de la base.

Una vez Emily concluyó el discurso dio comienzo el proceso. Empezó con relativa calma, los primeros cinco keplerianos fueron soltados de sus ataduras y se incorporaron con tranquilidad. Varios soldados controlaron todo desde diferentes distancias para asegurar que transcurría con normalidad. Algo magullados, pero en buenas condiciones, abandonaron la base por la puerta sureste, que ya había sido despejada de los escombros y restos de la batalla. Durante un buen rato fueron liberando a todos los soldados. Emily supervisó en persona el proceso. A seis de aquellos grupos se les entregaron unas estructuras de madera con las que podrían trasladar los cadáveres de sus compañeros.

Todo transcurría con normalidad hasta que un kepleriano algo corpulento se abalanzó en dirección a Emily dando un feroz grito. Antes de que llegara a su altura, cuatro dardos se

clavaron en su espalda y cuello. Acabó por desvanecerse a escasos metros de Emily, que se llevó un buen susto a pesar de la rápida actuación de los militares. Aquel kepleriano díscolo era de sobra conocido por Emily. Ya era la cuarta vez que se cruzaba con él, empezaba a sentir lástima por el antiguo guardia. Los soldados lo volvieron a atar en otro lugar y continuaron con la liberación del resto de los prisioneros. No hubo ningún problema más y todos abandonaron el lugar con tranquilidad.

—¿Qué demonios ocurrió ayer? —preguntó Emily al subdirector.

—Nada de lo que debamos hablar ahora mismo —respondió él—. La prioridad es recuperar la actividad en la base cuanto antes.

—Pero ¿está todo el mundo bien?

—Sí, no ha ocurrido nada que no se pueda solucionar —la tranquilizó el subdirector—. Ya hablaremos cuando estés por aquí.

Emily colgó aquella corta llamada con la sensación de que el subdirector se guardaba algo para sí. Supuso que los rebeldes podían estar monitorizando las comunicaciones de nuevo, así que lo dejó estar hasta poder hablar con él en persona. Tenía pensado ayudar de alguna manera con la recuperación de la base. Paula ya trabajaba junto con Gorka y un ingeniero del director Patel para restaurar la antena de comunicaciones de las instalaciones. Min y Erik ayudaban a unos técnicos a desmontar el sistema eléctrico de los rovers para intentar aprovechar todo lo posible. Todos tenían claras sus tareas, así que se acercó a la zona de la entrada, donde Alberto dirigía con diligencia las obras de restauración de la puerta.

—¿Necesitáis ayuda? —preguntó al llegar.

—¡Ah! Hola, Emily —saludó el mexicano—. Lo cierto es que nos vendría bien. Tenemos que montar de nuevo la puerta.

—Genial, dime lo que necesitáis.

—Vamos a montar ambas hojas aquí en el suelo para después fijarlas a la empalizada con unas bisagras nuevas —explicó—. James está en el almacén imprimiendo unas, más grandes y resistentes. Así que, entretanto, tenemos que colocar postes en la zona de la empalizada donde irán fijadas las bisagras.

—¿Te refieres a esos que están rotos y descolocados? —señaló Emily.

—Sí, esos. Los hemos revisado y hemos visto que el impacto del proyectil los dejó tocados por la base, así que tenemos que cambiarlos.

Emily pasó la mañana colaborando como una más en aquel equipo de soldados y civiles. A mediodía ya tenían una de las hojas colocada en su sitio y habían comenzado a preparar la otra. Fue muy positivo ver cómo todos trabajaban con alegría y humildad. Pero lo que más le gustó fue el cambio radical de actitud de James Coogan. Era siempre el primero en ofrecerse a hacer las cosas, bromeaba con todo el mundo y se le veía feliz por poder ayudar en algo.

La tarde transcurría sin más novedad, pero Emily tuvo que interrumpir sus tareas por un rato cuando Yisht la llamó desde su habitación en Wiikhaadiiz ofiz.

—¿Emily? —preguntó con su timidez habitual.

—¡Yisht! —saludó con entusiasmo.

—Por todas las estrellas del firmamento —exclamó la joven—. No sabía nada de vosotros y estaba preocupada por lo que ocurrió anoche. Esta mañana hemos empezado a ver por aquí un montón de soldados desorientados que vagabundeaban y me ha parecido tan extraño que he vuelto un momento a mi habitación y Ada me ha puesto al día de todo. Pero dime, ¿estáis todos bien por ahí?

—Sí, estamos todos bien —respondió—. Ha sido una noche muy larga, pero por suerte solo estamos un poco cansados.

—¡Qué alivio! —soltó un gran suspiro.

—¿Qué tal está la situación por allí?

La joven kepleriana miró a ambos lados, como si quisiera asegurarse de que no había nadie con ella en su habitación.

—He averiguado algunas cosas —susurró—. Resulta que una amiga de mi infancia vive en Khaavahki, se encarga de la logística del ejército, y ha estado aquí hace un par de días para controlar los víveres y la línea de suministros con el frente. Me ha contado que, a pesar de los esfuerzos de Vaahur por evitar los rumores, tu huida de la Torre del Vigía causó un gran revuelo en la ciudad.

—Y tanto —respondió Emily—. Han enviado un ejército para intentar enmendar el error.

—El caso es que me contó más rumores que llegan desde allí.

—¿Qué clase de rumores?

—Verás, parece ser que esos dos militares que declararon en tu juicio eran unos simples borrachos. Les habían expedientado en varias ocasiones y llevaban algún tiempo apartados del ejército.

—¿De verdad? —se extrañó.

—Todo el mundo sabe lo dado que es Vaahur a manipular los juicios.

—Lo que es cierto es que ellos dos fueron los que engañaron a Shildii y organizaron mi secuestro hace unas semanas.

—Vaya… —guardó silencio—. Eso es todavía más extraño. ¿Por qué iba el ejército a encargar a dos apestados una tarea tan importante como secuestrarte?

—Es una buena pregunta —dijo Emily pensativa.

—Quizá alguien más quiere verte fuera de circulación —opinó la kepleriana.

—Visto lo visto, no me extrañaría. Aunque mi lista de enemigos es larga, tendrá que ponerse a la cola.

—También he estado haciendo algunas preguntas al personal de la sede del Gobierno sobre aquel misterioso militar al que Khikhya recibió con tantos honores.

—¿Y qué has averiguado?

—Nada —reconoció—. Nadie sabe quién es y nadie lo había visto antes.

—Qué extraño, ¿por qué Khikhya recibiría con tantos honores a alguien que nadie conoce?

—No lo sé —dijo Yisht en un susurro—. Pero eso no es lo más perturbador de todo.

—Ah, ¿no?

—He intentado ser lo más discreta posible con todo esto —explicó—, pero reconozco que tal

vez haya podido generar algo de ruido.

—¿Qué ocurre?

—Verás, el personal que Khikhya tiene aquí es muy variado: mozos, amas de llaves, diplomáticos, asistentes, consejeros… —enumeró— Pero es personal que se ha incorporado durante el transcurso de su mandato. Hay un par de cocineras en cambio que llevan toda la vida con ella. Una siempre ha sido muy agradable conmigo, conoce mi situación aquí y sabe que me encuentro sola. Se podría decir que ha sido como una segunda madre para mí. El otro día se me acercó y me lanzó una advertencia: Ten mucho cuidado hija mía, me dijo, corres el riesgo de acabar como las anteriores.

—¿Como las anteriores? —preguntó extrañada.

—Sus ayudantes anteriores —dijo Yisht.

—¿Qué pasó con ellas?

—La primera desapareció sin dejar rastro. La segunda murió de una extraña enfermedad.

—¿Enfermedad? —preguntó Emily extrañada— Tenía entendido que los keplerianos no enfermabais.

—Y no lo hacemos —confirmó—. Al menos no de manera natural.

—¿Insinúas que acabaron con ellas?

—Eso me temo —afirmó ella preocupada.

—¡Santo cielo! —Se llevó las manos a la cara—. Yisht, tienes que salir de ahí ahora mismo.

—Me temo que no puedo hacerlo —rechazó la idea—. Sea lo que sea lo que ocurre aquí, tengo que averiguarlo.

El telescopio de Galileo

24 de abril del año 3279

Estación espacial Galileo

—Todos los satélites en posición —informó el capitán Tiffin—. Buen trabajo a todos.

Una estruendosa ovación llegó desde ingeniería. También pudieron oírse muchos aplausos desde el centro de mando de la Galileo, donde varias personas cercanas a la dirección habían seguido todo el proceso. Steven contemplaba con orgullo las imágenes que los satélites de la nave enviaban directas a las terminales del centro de mando. «Gracias, Nicole», pensó. «Todo esto es posible gracias a vuestro sacrificio».

—Alan, ¿puedes explicarnos lo que estamos viendo en pantalla? —pidió Steven.

—Claro, director —respondió la IA con diligencia—. Las imágenes por satélite y el rastreo en todo el espectro radioeléctrico nos indican que el planeta no presenta rastro de vida inteligente. Esta afirmación tiene un cuatro por ciento de margen de error.

—Eso explica por qué no hemos tenido una bienvenida muy calurosa —bromeó el capitán Tiffin.

—La atmósfera del planeta no parece demasiado densa —continuó la monótona voz—. Tendremos que esperar a enviar sondas y tomar muestras, pero los datos indican que tiene cuatro capas en lugar de las cinco terrestres. No se detecta ninguna capa de CO_2, lo que explicaría por qué los polos del planeta son tan extensos. Tampoco se detecta ninguna de ozono, por lo que la radiación ultravioleta debería de ser muy alta.

—¿Tanto como para ser perjudicial para el ser humano? —preguntó el capitán Tiffin.

—Sí, capitán —respondió la inteligencia artificial—, con toda probabilidad se superarán por mucho los máximos recomendables. El radio del planeta es de 1,34 veces el de la Tierra —continuó—, lo que, a igual densidad del núcleo de la Tierra, significa 2,34 veces su masa. Esto implica que la fuerza de gravedad en la superficie será un 30,34 por ciento superior que en la Tierra. El cálculo tiene un margen de error del siete por ciento. Esto coincide con las estimaciones iniciales del proyecto y no debería suponer ningún problema añadido.

—No, para eso se diseñaron los exotrajes —dijo el segundo oficial Céspedes, un hombre menudo de mediana edad con cabello oscuro y rasgos sudamericanos.

—¿Qué temperaturas experimentaremos en la superficie? —preguntó la almirante Närhi, la espigada mujer de cabello corto y rubio de intensa mirada que era la máxima autoridad militar de la nave.

—No dispongo de datos fiables —respondió Alan—. Los satélites se tendrán que calibrar cuando se analice la composición y fisionomía de la atmósfera del planeta con más precisión. En la zona con mayor probabilidad de habitabilidad, alrededor del ecuador, calculo unas temperaturas en un rango que va desde los cinco grados centígrados negativos hasta los quince positivos. El cálculo tiene un margen de error del veintidós por ciento.

»El planeta presenta dos grandes continentes en la franja habitable. Aunque es posible que existan otras masas de tierra debajo de la capa de hielo de los polos. No hay señales de actividad sísmica por el momento, pero recomiendo evitar en la medida de lo posible localizaciones cercanas a las placas tectónicas —informó—. Uno de los puntos más importantes es la presencia de vida en el planeta. Hay abundante vegetación en la zona con mayor factor de habitabilidad.

—¿Vegetación? —preguntó una de las adjuntas a dirección— Las imágenes no muestran zonas verdes como en la Tierra.

—No, en este caso la vegetación es de color rojo —aclaró la inteligencia artificial.

—¿Rojo? —insistió.

—Sí, hay una alta probabilidad de que sea debido a una excesiva radiación de rayos ultravioleta. En la Tierra, el color rojo de algunas plantas lo provocaba un pigmento natural llamado antocianina. Es una de las evidencias que nos dice que en la atmósfera no existe una capa de ozono que evite que una radiación excesiva llegue hasta la superficie. Por el contrario, es complicado detectar la presencia animal en la superficie. De momento se puede descartar la presencia de grandes animales, con una probabilidad de error del doce por ciento.

—Entonces, ¿es habitable el planeta? —preguntó el segundo oficial.

—Sí se refiere a si es habitable por humanos, en absoluto —aseguró la inteligencia artificial sin modificar un ápice su tono—. El alto nivel de radiación y la más que probable escasez de oxígeno hacen de este planeta un lugar no apto para la vida humana.

Un silencio sepulcral se hizo de pronto en la sala. Todos sabían que sería muy complicado encontrarse con un planeta habitable con las mismas condiciones que la Tierra, pero todavía albergaban esperanzas. Aquello suponía que quedaban muchos años de duro trabajo y sacrificio.

—Detecto cierta decepción —continuó Alan—. Sin embargo, deben saber que todas las condiciones adversas detectadas hasta el momento pueden solucionarse con la utilización adecuada del módulo de terraformación de la estación. Está en perfectas condiciones, por lo que será capaz de generar todo lo necesario para que el planeta pueda albergar vida humana en el futuro. Conviene remarcar que tiene un campo magnético bastante similar al de la Tierra. El campo magnético terrestre era generado por el constante movimiento de hierro líquido en el núcleo y era el responsable de proteger al planeta de las radiaciones solares. De no existir ese campo magnético, este planeta no podría albergar jamás la vida tal y como la conocíamos.

—Pues es un consuelo —masculló sarcástico el capitán Tiffin.

—Sí, es una buena noticia —corroboró Alan, ajeno a la intención de su interlocutor.

—¿Estamos en disposición de elegir alguna localización que pueda ser adecuada para la instalación de una base científica? —preguntó el director Rhodes.

—Sí, director —respondió—. He seleccionado tres localizaciones, dos en el continente más occidental y una tercera en la parte oriental del otro.

Alan mostró las tres localizaciones en las pantallas del puesto de mando para que los demás pudieran observar dónde se encontraban los lugares seleccionados.

—De acuerdo —dijo Steven—. Almirante Närhi, doctor Petrov… quiero decir director Petrov, disculpe —corrigió—, ¿podrían organizar sus equipos y prepararlos para realizar la primera exploración del planeta?

—Por supuesto —respondió el nuevo director de ingeniería, sustituto de Nicole Kerridge.

—Perfecto —agradeció Steven—. Mañana partirá de la estación la primera nave humana con destino a la superficie de Kepler-442b. Sobra decir que, si bien el planeta no puede albergar vida humana todavía, tenemos la oportunidad de terraformarlo a nuestro antojo para conseguir que las generaciones futuras puedan tener una segunda oportunidad. Creo que son grandes noticias y pone en valor los sacrificios que hemos tenido que hacer hasta la fecha, además de los que vendrán. Gracias a todas y a todos.

La nave que transportaba a los expedicionarios comenzó la aproximación al planeta. La Dédalo era una nave puntera, lo mejor que se había construido en la Tierra. Tenía ochenta metros de longitud y una alargada figura que le daba un aspecto estilizado y moderno, aunque recordaba de alguna manera a los antiguos transbordadores espaciales. Tenía una hermana gemela que se había quedado en la Tierra, la Ícaro, que llegaría en la Copérnico cinco años más tarde. Todos en la nave contemplaban tensos las imágenes que se proyectaban en las pantallas del suelo y el techo de la nave. Estaban a punto de entrar en la atmósfera del planeta y a comprobar su densidad.

—Estación Galileo, aquí el teniente Jenkins. Todo va según lo previsto. Nos disponemos a entrar en el planeta. Perderemos las comunicaciones durante unos instantes. Cambio y corto.

—Recibido, Dédalo. *Godspeed*.

Steven contemplaba con nerviosismo la entrada de la nave en la atmósfera. Había realizado esa maniobra cientos de veces en la Tierra, pero en esa ocasión se sintió mucho más alterado de lo habitual. Había mucho en juego. La tripulación de la nave comenzó a sentir el rozamiento de la capa más externa de la atmósfera. Las comunicaciones y las imágenes interiores se perdieron por el efecto que el calentamiento provocó sobre el casco. Solo disponían de las imágenes por satélite. Fueron cinco minutos de tensa espera en los que nadie dijo ni una sola palabra en el puesto de mando. La situación no fue muy diferente dentro de la nave.

—Estación Galileo, aquí la Dédalo. Hemos entrado en la estratosfera del planeta. No tenemos complicaciones por el momento.

—Aquí la estación Galileo. Recibido. Procedan con cuidado.

Los presentes soltaron el aire que mantenían en sus pulmones e incluso hubo alguna tímida sonrisa. Steven templó sus nervios al ver que el primero de los pasos se había dado sin complicaciones. Se pasaba mucho peor desde ese lado de las terminales. Las pantallas del puesto de mando mostraban imágenes de todas las cámaras de las que disponía la Dédalo. La luminosidad era muy inferior a la terrestre, fruto del menor tamaño de la estrella del sistema solar. El cielo adquiría un curioso tono anaranjado, que se tornaba a rosado en las zonas cercanas al horizonte. Toda esa novedosa gama de colores para el cielo era el resultado de la luz incidiendo en las capas de la atmósfera, que al tener una composición diferente a las de la Tierra otorgaban un color muy particular.

Pocos minutos después la expedición se aproximó a la primera de las localizaciones. Para esta primera exploración, el alto mando había seleccionado el continente más oriental. La localización tenía varias formaciones naturales que la hacían interesante. En primer lugar, disponía de un río, lo que proporcionaría una fuente de agua cercana de la que abastecerse. Había también una formación montañosa con una forma circular muy característica y un diámetro de varias decenas de kilómetros.

—¿Por qué esa cordillera tiene esa forma tan peculiar? —preguntó el segundo oficial.

—Es el resultado del impacto de un meteorito contra la superficie del planeta —explicó Alan —. Según los análisis de las imágenes de que disponemos, el impacto se produjo en un rango temporal de veinte a cincuenta millones de años, con un margen de error del diecisiete por ciento.

—Es decir, que seguimos teniendo posibilidades de que nos pase lo mismo que en la Tierra —comentó el segundo oficial.

—El impacto de meteoritos en los planetas es algo habitual en el cosmos —aclaró la inteligencia artificial—. En el sistema solar de la Tierra existía el Cinturón de Asteroides Principal, entre las órbitas de Marte y Júpiter. Era relativamente habitual que alguno de esos asteroides se desviara de su órbita. En el caso del Cinturón Principal, los asteroides que lo abandonaban eran en su mayoría atraídos por la mayor gravedad de Júpiter, trescientas veinte veces superior a la de la Tierra. A veces, la atracción del gigante gaseoso no era suficiente para atraparlos y podían caer sobre la Tierra. Tampoco fue ese el caso de Belial, que se trataba de un asteroide errante.

»En el caso de este sistema solar, no existe ningún cinturón de asteroides ni ningún planeta del tamaño de Júpiter, por lo que, con toda probabilidad, el impacto fue causado por un asteroide interestelar. Y respondiendo a su comentario, en efecto, no existe el riesgo cero de impacto de un asteroide. Pero las probabilidades de que eso ocurra son mínimas.

—También lo eran en la Tierra —concluyó él.

—La zona de aterrizaje está despejada —oyeron al teniente Jenkins por radio.

—Recibido, Dédalo —respondió el operador del control de misión—. Tienen vía libre para aterrizar. Vayan con cuidado.

La Dédalo hizo el vuelo de aproximación a la zona cercana al río, en la parte norte del mismo y a unos treinta kilómetros de distancia de su nacimiento, situado en la ladera sur de la cordillera. Aterrizaron sin problemas a menos de un kilómetro del río. La tripulación se preparó para el momento que habían estado esperando desde que avistaron el planeta en la lejanía. Todos los presentes en el puesto de mando experimentaron una tensa calma previa a lo que sería un acontecimiento histórico: el ser humano poniendo por primera vez el pie en un planeta de otro sistema solar.

Arimardan Kapoor, el líder de la misión de exploración, enfiló la rampa de salida de la Dédalo. Antes de pisar la superficie del planeta, pronunció las palabras que todos estaban esperando y que pasarían a la historia de la humanidad:

—Unos pocos centímetros más para concluir un viaje de mil años luz —dijo.

La tripulación de la Dédalo comenzó a dar sus primeros pasos por aquel planeta mientras el personal militar colocaba un perímetro de seguridad alrededor de la nave por medio de balizas y radares.

—Doctor Kapoor —llamó Steven—, ¿me recibe?

—Alto y claro, director Rhodes.

—¿Qué impresión le da el lugar?

—Es algo más árido de lo que parecía desde la estación —explicó—. La temperatura es ahora mismo de cinco grados centígrados. No hay demasiada vegetación, como podrán comprobar en

las imágenes, aunque es más abundante en la zona cercana al río, hacia el sur.

—¿Algún rastro de seres vivos?

—No por el momento —respondió el doctor Kapoor—. Aquí abajo el silencio es bastante impresionante, solo se oye algo de viento. Recuerda bastante más a Marte que a la Tierra, salvo por la vegetación, claro.

—La tonalidad del cielo es similar a la de Marte —comentó Rhodes.

—Así es —miró al horizonte—. Vamos a comenzar con la toma de muestras y después analizaremos lo que encontremos.

—De acuerdo —dijo el director—. Monitorizaremos la zona y los alrededores para evitar sorpresas. Tengan cuidado ahí abajo.

Los técnicos de la expedición se afanaron en su trabajo. Unos minutos más tarde se desplazaron hasta el río donde tomaron muestras del agua y contemplaron con curiosidad el lugar.

—¿De dónde viene este río? —preguntó el capitán Tiffin.

—De la cordillera —Alan mostró unas imágenes del satélite—. Es agua procedente de un manantial que surge de alguna cueva dentro de la montaña, a unos treinta kilómetros al noroeste de la posición de la Dédalo. Lo más seguro es que se trate de algún río subterráneo alimentado por el deshielo de las cumbres.

—No hemos hablado de la meteorología del planeta —comentó el segundo oficial.

—Alan, ¿qué nos dices al respecto? —preguntó Steven.

—La presencia de océanos y las condiciones atmosféricas permiten la presencia de agua líquida en la superficie —dijo la inteligencia artificial—. Sin embargo, debido a que la atmósfera es diferente y la temperatura media del planeta es menor, deberíamos de presenciar fenómenos meteorológicos de menor magnitud.

—¿Tendremos lluvia? —quiso saber la almirante.

—Tendremos precipitaciones, sin duda —aseguró Alan—. Aunque estás serán menos habituales y también menos abundantes que las que se daban en la Tierra de forma natural. Además, puede que las nubes estén formadas de hielo en lugar de agua, por lo que sea más habitual la nieve o el granizo que la lluvia.

—Pero ¿podremos sembrar nubes como en la Tierra? —preguntó Steven.

—Sí, aunque será más complicado y tendremos antes que estudiar en profundidad la composición de la atmósfera —aclaró.

—¿Has observado algún fenómeno meteorológico intenso desde que tienes visual del planeta?

—Sí, pero nada que deba preocuparles —tranquilizó—. He detectado algún frente tormentoso de alto componente eléctrico y la velocidad del viento será mucho mayor.

—Eso no suena nada bien —se quejó el segundo oficial.

—Nada que deba preocuparnos por el momento —les aseguró Alan—. La velocidad del viento será mayor de lo normal, pero si la concentración de gases es menor que en la Tierra debido a la densidad inferior de la atmósfera, tendrán menor fuerza. Y aunque puede que haya tormentas de forma habitual, el clima parece más estable que en la Tierra.

—¿Puedes mostrarnos imágenes vía satélite de los alrededores de la zona donde ha aterrizado la Dédalo? —pidió la almirante Närhi.

Alan obedeció y mostró una imagen amplia alrededor de la Dédalo junto con un mapa topográfico del terreno basado en estimaciones visuales. No había nada extraño en aquel lugar, poca vegetación y una gran cordillera con forma de enorme cráter formada por el impacto de un meteorito. La almirante manipuló su terminal para mover la imagen a su antojo, alejando y acercando la vista y moviendo el encuadre. De repente, su expresión se torció en un gesto de extrañeza.

—¿Qué es esto que estoy viendo? —preguntó en alto.

En la pantalla del puesto de mando se mostraba una especie de enorme y rectilínea entrada hacia el interior de la cordillera. Se encontraba en la parte norte del cráter, a varios cientos de kilómetros en línea recta desde la posición de la Dédalo.

—No sé lo que es —reconoció Steven preocupado—. Pero no parece una formación natural. Es como si alguien hubiera excavado una enorme entrada en el cráter.

—¿Podemos cambiar el punto de vista de la imagen? —preguntó el capitán Tiffin.

—No sin mover los satélites —respondió Petrov—. Pero quizá podamos enviar una sonda.

—Que sea cuanto antes.

—Por supuesto, director —respondió—. En menos de una hora la tendremos en la zona.

—Almirante, avise a sus hombres, que la expedición regrese a la Dédalo hasta comprobar que no hay peligro —pidió Steven.

Una hora más tarde, la tripulación descansaba en el interior de la Dédalo mientras la sonda llegaba al punto donde la almirante había descubierto aquella extraña oquedad en la roca. La sonda envió las imágenes de sus cámaras de alta definición y pudieron comprobar en las pantallas del puesto de mando la fisionomía de aquel lugar. Fuera lo que fuera aquello, no era natural. La manera en la que se había desgastado la roca era demasiado perfecta para serlo. El enorme vacío en la montaña tenía al menos un kilómetro de anchura y se adentraba hacía la montaña hasta perderse en la oscuridad. Hasta allí llegaba una rampa ascendente que también estaba tallada en la roca. El ambiente en el puesto de mando era muy tenso en esos momentos; lo que estaban contemplando podría significar la presencia de vida inteligente en el planeta.

—¿Qué demonios es ese lugar? —preguntó aterrado el segundo oficial Céspedes.

—No lo sé —murmuró el capitán Tiffin—. Pero no tiene buena pinta.

Steven pronunció las palabras que ninguno se atrevía a pronunciar.

—Mucho me temo que no estamos solos.

10

Paseo por el espacio

3 de abril del año 1

Base Magallanes, Kepler-442b

Hacía frío, lo notaba en los huesos a pesar de llevar puesto el exotraje. La nevada estaba siendo muy intensa. Delante de ella había un pequeño sendero, pero era muy difícil seguirlo dada la cantidad de nieve que estaba cayendo. Era difícil ver algo a más de cinco metros de distancia, y la ventisca no parecía bajar de intensidad. Miró a ambos lados, pero no vio nada. La linterna de su casco hacía que la luz se reflejara en la nieve, pero era de noche y no podría ver nada sin ella.

No sabía qué hacía allí ni hacia dónde se dirigía. Se volvió hacia atrás, pero tampoco vio gran cosa. Apagó la luz del casco. Estaba muy oscuro. Sin embargo, le pareció ver algo de claridad en el camino que había recorrido ya. La luz se movía, alguien se acercaba siguiendo sus pasos. Decidió esperar allí, ya que no sabía dónde se encontraba. La fuente de luz tardó un par de minutos en llegar hasta la altura de Emily. Era Shildii, pero llevaba puesto un exotraje de color gris con una línea más oscura recorriéndolo de arriba a abajo.

Lo llamó, pero ningún sonido salió de su boca. Intentó agarrarle del brazo, pero su mano lo atravesó, como si se tratara de un espectro. Se miró las manos y las vio desnudas, ya no llevaba el traje puesto, sino unos extraños ropajes. El tejido estaba congelado. De repente fue consciente de que la temperatura había bajado varios grados. El intenso frío la heló hasta las entrañas. Shildii siguió su camino ajeno a la presencia de Emily, que lo perdió enseguida de vista.

Intentó reaccionar a la repentina bajada de temperatura, podía ver cómo se formaba el vaho al exhalar. Por algún motivo se acordó de su estancia en la base científica de Summit, en la Groenlandia danesa. Allí pasó sus últimos meses en la Tierra, junto a Michael Patterson, su despistado, pero aplicado colaborador que ayudó en la creación de Ada. ¿Qué sería de Michael?, se preguntó. ¿Sobreviviría a la amenaza lunar? No había manera de saberlo. La última noticia que tuvo de él no fue nada positiva. Supo que Michael había colaborado a sus espaldas con el grupo terrorista que saboteó la estación espacial y que provocó que casi acabaran dentro del agujero negro. Aquello la dejó muy tocada, le habría confiado su propia vida a ese joven, y este acabó traicionándola de la manera más amarga.

Emily siguió los pasos de Shildii, que había dejado un reguero de huellas a su paso. Avanzó en la oscuridad, orientándose tan solo por el resplandor que emitía el casco de Shildii por delante de ella. Aumentó la velocidad para darle alcance, pero solo llegó hasta él cuando el joven se detuvo. Entonces vio que no era Shildii el que estaba allí agachado. Ni siquiera llevaba el exotraje puesto y la fuente de luz era una especie de candil que sujetaba en la mano. La figura estaba bien abrigada, con ropajes similares a los que llevaba Emily. Se dio cuenta de que era Michael, y examinaba algo que había en el suelo.

Emily se agachó a su lado y lo miró. Había algo diferente en él. No llevaba sus habituales gafas y su cara era más estilizada, más ruda. No parecía el joven enclenque y enfermizo que recordaba. Reparó en lo que examinaba. Allí había un cuerpo semicubierto por la nieve. No era

humano, ni tampoco animal: era un droide con forma humana. Tenía una cabeza con forma ovoide conformada por una serie de triángulos cerámicos de color blanco apagado. Un gran número de pequeños tubos metálicos y cables de diversos grosores hacían las veces de cuello y conectaban con el resto del torso de aquel robot. Pero donde deberían estar los brazos y el abdomen, solo había restos de cables; estaba destrozado.

Algo no cuadraba en todo aquello. Los droides y los autómatas con apariencia humana fueron prohibidos en todo el mundo debido a las masacres que provocaron en la Cuarta Guerra Mundial. Pero Michael nació, al igual que Emily, muchos años después de aquello. El joven se incorporó de nuevo y miró hacia el frente. Había algo de luz unos cuantos metros más adelante. Emily lo siguió hasta una cabaña que se encontraba en medio de la nada. Había luz en el interior y Michael no dudó en entrar. Emily abrió aquella puerta y cuando dio el primer paso hacia el interior su cuerpo comenzó a flotar. Se impulsó con la mano agarrada al pomo de la puerta y cruzó el umbral.

Dentro se encontró con la inmensidad del espacio. Delante de ella había un agujero negro. Pero esta vez había algo diferente en él, el agujero no era una esfera de absoluta oscuridad. Tenía forma toroidal, era un enorme y oscuro anillo con dos horizontes de sucesos, uno en el exterior y otro en el interior. Emily podía ver el espacio a través del agujero negro. En el espacio interior reconoció la figura de la estación espacial Galileo, que se acercaba al anillo a gran velocidad. De repente, el extraño agujero negro comenzó a absorberla hacia su interior con su inmensa atracción.

Entonces, despertó.

Se sintió incómoda. Aquellas extrañas pesadillas comenzaban a ser demasiado habituales. Pero esa vez, tras despertar, sintió algo muy perturbador que hizo que un escalofrío recorriera su espina dorsal. Se sintió observada. Supo que era absurdo sentir esa sensación, ya que compartía lugar de descanso con el resto de sus compañeros. Además, Ada controlaba sus constantes de manera continuada. Era más que lógico sentirse observada allí, pero lo que sintió esa vez fue diferente, era como si notara la presencia de algo que no debía estar allí, que la vigilaba. Esa sensación la asustó de verdad.

Más tarde, tras el desayuno, se acercó a la enfermería. Le explicó a Evelyn los extraños sueños que había estado teniendo esas últimas semanas. La enfermera la escuchó con atención, y se preocupó al saber que algunos incluso habían tenido cierto tinte premonitorio.

—Voy a hacerte unos análisis para descartar cosas —dijo Evelyn—. Y voy a solicitar que te hagan un escáner completo para comprobar que todo está bien.

—¿Crees que me estoy volviendo loca? —preguntó.

—Si esto hubiera empezado hace poco lo achacaría a tu exposición a las moléculas alienígenas. Pero según me has contado empezaron antes de todo eso.

—Sí, mucho antes de exponernos a las moléculas —dijo Emily—. Aunque cada vez son más realistas y perturbadores.

—Además, ni Gorka ni Paula han manifestado nada similar —añadió Evelyn—. Al menos no tengo constancia de ello.

—Hablaré con ellos.

—De cualquier forma, le pediré a la doctora Schmidt que te hagan un escáner completo en la estación —siguió la enfermera—. Así me quedaré más tranquila.

—Gracias. El de hoy ha sido muy perturbador y me he asustado de verdad. Me he despertado como si alguien me estuviera observando.

—Qué horror —dijo Evelyn—. Y soñar que un agujero negro te absorbe tampoco creo que sea de lo más placentero.

—Pero el de esta mañana era diferente —explicó Emily—. No se parecía al que nos encontramos, este tenía forma de rosquilla.

—¿Los agujeros negros pueden tener diferentes formas?

—No lo sé —se encogió de hombros—. Ada, ¿puede un agujero negro tener forma de anillo?

—No tenemos evidencias de que existan agujeros negros toroidales —respondió Ada—. Sin embargo, existe una teoría que da solución a las ecuaciones de campo de Einstein de la relatividad general para un agujero negro en rotación. La teoría fue postulada por Roy P. Kerr en 1963 y describe un tipo particular de agujero negro que se denominó Agujero Negro de Kerr. Tras la aparición de dicha teoría se ha especulado mucho sobre la existencia de agujeros de gusano o puentes de Einstein-Rosen en este tipo de agujeros negros rotativos.

—Un momento —la interrumpió Emily—, ¿agujeros de gusano? ¿Estás diciéndome que he soñado con una máquina del tiempo?

—Se trata de una teoría del siglo xx que no ha sido demostrada jamás —aclaró Ada—. Pero desde un punto de vista matemático ayudó a dar luz a los postulados de la relatividad general de Einstein. Según diferentes teorías, un agujero de gusano podría llegar a conectar dos puntos diferentes del espacio-tiempo. Más allá de todo esto, solo podemos especular con la existencia de ese tipo de fenómenos. Nuestro conocimiento empírico sobre agujeros negros se limita al encontronazo que tuvimos con uno hace unos meses.

—Vale, esto me está asustando hasta a mí —reconoció Evelyn.

—No sé qué decir —respondió Emily confundida.

—Lo que podemos tener claro es que no existe ese sentido que los humanos llamáis premonición —añadió Ada—. Mi cerebro basado en probabilidades y matemáticas me dice que solo ha sido un mal sueño.

—Un mal sueño, pero muy real —murmuró Emily.

La actividad en el exterior de la base seguía siendo frenética. Los diferentes grupos de trabajo se gestionaban para volver a dejarla operativa. Paula y Gorka habían desmontado la antena de comunicaciones, pero todavía les iba a llevar un par de días más recuperarla. Alberto Mendoza y James Coogan continuaban reparando el perímetro de la empalizada, donde habían realizado algunas mejoras con respecto al diseño inicial. Todos los heridos, salvo Shildii, habían sido trasladados a la enfermería de la estación, que estaba algo saturada. Incluso la doctora Moreau se había instalado allí por lo excepcional de la situación.

Esa mañana retirarían la sedación de Shildii, por lo que podría por fin hablar con él y saber de primera mano cómo se encontraba. También quería saber qué había pasado y encontrar a los culpables para llevarlos ante la justicia. Emily temía que algo así pudiera volver a pasar, no solo con Shildii y su familia, si no con Yisht o los Gaal-El. Entró en el otro edificio y habló sobre el tema con la doctora Hudgens.

—Anoche le quitamos los sedantes a Shildii —dijo la doctora.

—¿Ha despertado ya?

—No, todavía no. Pero no creo que falte mucho, su actividad neuronal está siendo muy diferente.

—Imagino que su familia querrá verlo…

—Todavía no —sacudió la cabeza—. Me gustaría hacerle un escáner cerebral completo para descartar daños neurológicos. Y para eso lo tendremos que llevar a la estación.

—¿Y cómo pretendes hacerlo? —quiso saber Emily.

—Buena pregunta —dijo la doctora—. No podemos meter a Shildii en el escáner mientras esté en esa burbuja que mantiene una atmósfera respirable en su interior. Tenemos que sacarlo de ahí.

—¿Podríamos meterlo en un exotraje?

—No lo creo, el cuerpo de los keplerianos tiene diferentes dimensiones si lo comparamos con el de los humanos. Sus extremidades son más largas y sus hombros más anchos. Además, el cuerpo metálico de los exotrajes daría lecturas erróneas.

—Tenemos trajes de tela y polímeros aptos para la exploración espacial —observó Emily.

—Eso es —confirmó la doctora—. Además, esos trajes solo tienen un único tallaje, ya que permiten ajustar el tamaño de las diferentes piezas.

—Podría funcionar.

Minutos más tarde, Shildii comenzó a despertar de su letargo inducido. Tanto Emily como la doctora Hudgens observaron atentas cómo el joven kepleriano abría los ojos y comenzaba a ser consciente de la situación.

—¿Shildii? —llamó Emily— ¿Me oyes?

Shildii estaba mareado y tenía molestias. Fue entonces cuando Emily se dio cuenta de algo.

—Espera, tenemos demasiada luz —exclamó—. Creo que le está molestando. Ada, baja la intensidad al veinte por ciento.

Con esa cantidad de luz no podían observar con precisión las expresiones faciales de Shildii, pero el joven agradeció la medida. Poco a poco empezó a moverse en la camilla.

—Cuidado —le dijo la doctora Hudgens—. Tienes varias lesiones que todavía tienen que curar.

—¿Dónde…? —preguntó.

—Tranquilo —dijo Emily—. Estás a salvo. ¿Me oyes bien?

—Sí.

—Shildii, soy la doctora Hudgens —se presentó—. ¿Cómo te encuentras?

—Me molesta...

—Es normal, tranquilo —dijo—. Intentaré darte algún calmante, pero ahora necesitamos saber cómo notas tu cuerpo.

—¿Qué es todo esto? —preguntó al ver que estaba en una especie de sarcófago transparente.

—Es tecnología humana, estás dentro de nuestra base —le explicó Emily—. Has tenido un

accidente y la doctora Hudgens te ha curado.

—¿Accidente?

—Sí, tus padres te trajeron hasta aquí. ¿No recuerdas lo que pasó?

—No.

—Bueno, eso puede ser normal —le tranquilizó la doctora.

—¿Dónde están mis padres? —preguntó todavía somnoliento.

—Están fuera —respondió Emily—. ¿Quieres hablar con ellos?

Shildii asintió con la cabeza y Emily fue a buscarlos y se lo mostró a través de una pantalla. Su madre rompió a llorar de la emoción al ver el estado de su hijo, metido en una camilla y con todo el cuerpo lleno de artilugios y vendas.

—¡Hijo mío! —exclamó.

—Hola, mamá.

—¿Qué tal te encuentras?

—Estoy cansado, me duele todo el cuerpo.

—Vas a ponerte bien, ¿me oyes? —dijo entre sollozos—. Emily te ha cuidado bien, te ha salvado la vida.

Emily no pudo evitar que unas lágrimas recorrieran su mejilla al ver cómo la madre de Shildii había cambiado de opinión desde que llegaron a la base aquel fatídico día. Los reproches y acusaciones se habían tornado en un sincero agradecimiento por salvar la vida de su hijo.

—¿Podemos verle en persona? —le preguntó a Emily.

—Me temo que no será posible —respondió la doctora desde el interior de la base—. Pero podríamos hacer algo al respecto.

—¿Quiere acompañar a su hijo hasta nuestra estación en el espacio? —preguntó Emily—. Nuestra doctora quiere hacerle a Shildii una prueba que solo podemos realizar allí arriba.

—Sí, por supuesto —accedió ella—. Iré a donde sea necesario.

Esa misma tarde comenzaron los preparativos para trasladar a Shildii a la estación espacial. Consiguieron un par de trajes sin asistencia para él y para su madre. Emily la ayudó a colocárselo mientras la doctora Hudgens y Evelyn se las ingeniaban para crear una atmósfera respirable por Shildii para que se pusiera aquel traje. Decidieron que lo más lógico para evitar contaminar el interior de la base con patógenos externos era hacerlo en la misma entrada, una vez la atmósfera del interior de la sala de descontaminación se igualara al exterior de la base.

—¿Qué tal se encuentra? —preguntó Emily.

—Bien —respondió nerviosa la madre de Shildii—. Aunque esto es muy extraño para mí.

—Es normal —dijo Emily—. En realidad, es muy extraño para nosotros también. Nunca antes una especie de fuera de nuestro planeta natal había pisado la estación.

—¿No me quedaré sin aire? —preguntó asustada.

—No, tranquila —dijo Emily—. Aquí, en la parte trasera, tiene un depósito de oxígeno para

al menos veinticuatro horas. Y teniendo en cuenta que ustedes respiran menor cantidad de oxígeno que nosotros, el suministro aguantará mucho más de un día. Aun así, tendríamos muchas formas de evitar que se quede sin aire.

—De acuerdo.

—¿Estás segura de esto? —preguntó el padre de Shildii, que no estaba muy convencido con la idea.

—Sí —dijo ella con seguridad—, no pienso abandonar a nuestro hijo. Además, Emily y sus amigos han sido muy amables con nosotros todo este tiempo. Incluso aunque esa rata de Vaahur haya atacado este lugar. Confío en ella.

Emily no pudo evitar esbozar una amplia sonrisa ante la muestra de confianza.

—Estará bien —le aseguró—. La única pega es que no podremos ofrecerle comida allí arriba. Estos trajes tienen un depósito de agua que le permitirá beber si tiene sed. Para ello tiene que utilizar el tubo que tiene a la derecha de su boca.

La madre de Shildii asintió y no hizo muchas más preguntas. Ya estaba lista. Emily la ayudó a colocarse el casco del traje, mucho más amplio que el de los exotrajes y con un cristal más panorámico.

—Puede que allí arriba note algo más de luminosidad de lo normal —explicó Emily—. Los humanos necesitamos mucha luz para poder ver bien. Este cristal regula la luz que le llega, pero si se siente incómoda dígamelo y se lo podremos adaptar hasta que se sienta bien.

—De acuerdo —dijo ya mediante la radio del casco.

—¿Se encuentra bien? —la preguntó—. Cerrar el casco puede hacerla sentir extraña.

—Estoy bien, aunque el olor es un tanto desagradable.

—Es porque ha comenzado a respirar el aire del traje —le dijo Emily—. Si se agobia o se siente extraña, dígamelo.

La kepleriana, ya con aspecto de astronauta humana, se despidió de su marido y de su hijo pequeño, que habían presenciado con atención toda la escena. El pequeño estaba un poco asustado al ver a su madre convertida en un ser llegado de otro planeta. Salieron al exterior, donde vieron cómo la doctora Hudgens y Evelyn se esmeraban en vestir a Shildii con un traje similar en la cámara de descontaminación del otro edificio. En cuanto concluyeron el proceso, la madre de Shildii no pudo evitar correr para abrazar a su hijo. La doctora Hudgens trató de que no ejerciera demasiada fuerza, dado el maltrecho estado del joven.

—¿Qué tal te encuentras? —le preguntó Emily.

—Mejor, más despierto —respondió él—. Pero muy nervioso.

—¿Nervioso?

—Sí, Evelyn me ha dicho que para llegar hasta allí tenemos que volar muy alto y que después flotaremos en el espacio.

Emily se dio cuenta de que no había puesto sobre aviso a la madre de Shildii sobre la falta de gravedad en el espacio.

—Creo que había olvidado ese pequeño detalle —comentó—. En el espacio todo flota. Pero podéis estar tranquilos, es normal. La sensación es extraña, pero no es mala ni dolorosa. Ya lo veréis.

Emily condujo a la madre de Shildii hasta el transporte y ambas sanitarias ayudaron a Shildii a colocarse en su asiento. Evelyn volvió a la base, y la doctora Hudgens y Emily se sentaron junto con madre e hijo. Ambos estaban muy nerviosos. En el transporte, que llevaba de vuelta algo de material para su sustitución o reparación, también viajaban un par de ingenieros del director Patel. El sonido de los motores electromagnéticos inundó la bodega de la nave y Emily notó cómo la madre de Shildii se tensaba en su asiento.

Intentó calmarla sin demasiado éxito.

Shildii, que ya había viajado una vez en un transporte, estaba sentado al otro lado, más tranquilo, pero también se removía en su asiento. Pocos segundos después la nave comenzó a levantarse del suelo y ambos emitieron un sonido de sorpresa. La madre de Shildii se agarró con fuerza al brazo de Emily cuando el transporte comenzó a moverse y notó en su cabeza la aceleración de la nave. Pero sin duda alguna, los momentos más tensos llegaron cuando tuvo que atravesar la atmósfera del planeta. El ruido era tan ensordecedor que Emily llego a pensar que le estaba dando un ataque de pánico a la madre de Shildii.

Pero en cuanto atravesaron la zona más densa la ingravidez invadió aquel lugar y la madre fue poco a poco soltando el brazo que con tanta fuerza agarraba. Pronto toda esa tensión se convirtió en curiosidad. Shildii soltó una carcajada, aquello le estaba gustando mucho.

—¡Vaya! —dijo—. Esta sensación es muy divertida.

—Me siento muy extraña —añadió su madre con curiosidad.

—Esto es la ingravidez —les explicó Emily—. En el espacio, nuestro cuerpo no pesa nada. Por eso flotaríamos de no ser por los cinturones.

—Quiero soltarme —pidió Shildii.

—Pronto podrás hacerlo —le dijo Emily—. En cuanto lleguemos a la estación podrás soltarte y moverte sin esfuerzo por donde quieras.

No tardaron demasiado en llegar a uno de los hangares. Allí la nave se posó en el suelo sin esfuerzo y las amarras hidráulicas lo fijaron a la estación espacial. Después se abrió el portón de la bodega y Emily soltó las fijaciones que amarraban a Shildii al asiento. Comenzó a flotar mientras reía sin parar. Ella vigiló con celo los movimientos del joven, que disfrutaba como un niño pequeño.

—Ten cuidado —le advirtió su madre—. Podrías golpearte contra algo.

—¡Esto es increíble! —exclamó mientras iba de un lado a otro.

Emily y la doctora Hudgens se quitaron los trajes y los ayudaron a moverse. La madre de Shildii había dejado atrás esa sensación de angustia que tenía al cruzar la atmósfera y disfrutaba también del agradable paseo sin gravedad. Llegaron al centro de la Lavadora, donde esperaron para tomar uno de los dos estrechos ascensores que conducían a la zona con gravedad. Emily montó con Shildii mientras la doctora Hudgens y la madre de este esperaban su turno.

—A medida que nos movamos por esta estructura empezarás a notar de nuevo la gravedad —avisó Emily.

—De acuerdo —asintió él, un tanto decepcionado.

Cuando estuvieron ya los cuatro en la Lavadora se dirigieron a la zona médica, que presentaba mucha actividad debido a los últimos acontecimientos y la cantidad de heridos que provocó el pulso electromagnético de los rebeldes. Allí les recibió la doctora Schmidt, que ya

estaba avisada sobre la naturaleza especial de la visita. Emily hizo las presentaciones pertinentes y la doctora llevó a Shildii hasta el escáner. Allí le explicó el funcionamiento del mismo y procedió a realizar la prueba. Después llegó el turno de Emily, que se introdujo también en el aparato y esperó paciente a que acabara el proceso.

La doctora Schmidt analizó los resultados de ambos en la terminal de la enfermería.

—No veo nada extraño —le dijo—. Estás perfectamente. ¿Qué tal te encuentras?

—Yo me encuentro bien.

—¿Estás estresada o preocupada?

—Creo que estas últimas semanas esas dos palabras han perdido el sentido para mí.

—Entiendo que estás sometida a mucha presión y que eso puede afectar al estado de ánimo de cualquiera —dijo la doctora—. Quizá debas tomarte las cosas con más calma.

—Es fácil decirlo —se quejó ella.

—¿Te importaría quedarte esta noche en la estación? —le preguntó.

—No, claro que no.

—Bien, me gustaría tenerte en observación. Te mantendremos monitorizada durante toda la noche y mediremos la calidad de tu sueño.

—Claro, lo que haga falta.

—De cualquier manera, quizá tenga una buena noticia que darte.

—Ah, ¿sí? —preguntó extrañada.

—El genetista de mi equipo que colaboró con los doctores Murakami y Williams está haciendo muchos avances en su estudio de las moléculas —informó—. Cree que Ada y él pueden llegar a tener unas prometedoras conclusiones en poco tiempo. Quizá podamos sacar del coma al capitán Beaufort.

La candidata

4 de abril del año 1

Estación espacial Asimov

La doctora Hudgens acompañó a Shildii y a su madre de vuelta a la base. Su escáner había dado unos resultados prometedores, al menos teniendo en cuenta las diferencias entre ambas especies. Habían acordado pasar una noche más en la base y partir al día siguiente de vuelta a su casa. Emily pasó la noche en una habitación de la enfermería, monitorizada en todo momento para comprobar la calidad de su descanso y su actividad fisiológica durante el sueño.

—No hemos observado nada extraño —dijo la doctora Schmidt—. El escáner es correcto, tu actividad cerebral y el movimiento ocular es del todo normal. Tu capacidad cardíaca y respiratoria es incluso mejor que la media para una persona de tu estado físico y edad.

—¿Eso qué significa?

—Que estás más fresca que una lechuga —bromeó la doctora—. No sé muy bien lo que te ocurrió ayer, pero lo achaco al estrés al que estás sometida.

—Supongo que eso es buena noticia.

—Si conseguimos combatirlo, desde luego —dijo ella—. Voy a darte unas pastillas que te tranquilizarán y te ayudarán a dormir mejor. Son naturales, extracto de valeriana y melisa, sobre todo.

Emily se acercó a ver cómo se encontraba Robert esa mañana. A pesar de las buenas noticias que la doctora Schmidt le dio el día anterior, le dolía mucho verlo en esas condiciones. Había salido de la zona de cuarentena, pero seguía intubado y conectado a varias máquinas que controlaban en todo momento su estado.

—Aguanta, Robert —le dijo con su mano entre las suyas.

Aun a sabiendas de que tal vez no pudiera escucharla, Emily le contó todo lo que había pasado durante el tiempo que llevaba allí postrado. Tampoco se alargó demasiado, no quería molestar al resto del personal quedándose allí como una vulgar plañidera. Luego salió de la enfermería para hablar con el subdirector Green.

—¡Emily! Te hacía en la base —dijo él.

—Sí, lo sé —dijo ella—. No te he avisado de que llegué ayer.

—¿Qué te trae por aquí?

—La doctora Hudgens quiso hacerle un escáner cerebral a Shildii para descartar daños neuronales y decidí quedarme para ver cómo estaba Robert —ocultó de forma deliberada lo de su escáner.

—¡Oh! Entiendo —dijo el subdirector—. ¿Y cómo está? He de reconocer que con todo este ajetreo de los últimos días no he prestado mucha atención al estado de salud del capitán Beaufort.

—Sin cambios —informó ella—, aunque la doctora me ha hablado de un estudio prometedor sobre los efectos que las moléculas provocan en los humanos que Ada y uno de los genetistas de su equipo están llevando a cabo.

—Eso son buenas noticias —dijo él—. Aunque no te veo demasiado contenta.

—Lo estaré cuando salga de ese estado.

—Lo entiendo, esperemos que sea pronto.

—¿Qué ocurrió el otro día en la estación? —preguntó Emily.

—Suponía que vendrías más temprano que tarde para hablar del tema —dijo.

—¿Está todo el mundo bien?

—Sí, sí —tranquilizó—. Un operario resultó herido leve, pero nada más.

—Lamento oír eso, ¿qué ocurrió?

—Dos naves llegaron a la estación en cuanto el comandante y yo nos desplazamos hasta la base tras perder las comunicaciones.

—Lo tenían todo planeado.

—Sí, eso parece —confirmó el subdirector—. Pero lo que no saben es que el comandante también lo tenía todo previsto.

—¿Lo tenía? —se extrañó Emily.

—Sí, fue algo que el comandante tuvo en cuenta a la hora de preparar el operativo y que confirmamos nada más abandonar la estación —dijo—. Ada nos informó en cuanto sus naves hicieron uso de nuestros satélites para llegar hasta aquí.

—¿Sabíais que venían? ¿Y por qué les dejasteis entrar?

—Bueno, no se han llevado nada que no utilizaríamos si toda esa gente que está con Garth estuviera aquí con nosotros o en la misma base, así que el proyecto no pierde nada que no estuviera previsto de antemano. Además, si hubiéramos actuado sabrían que hemos desmantelado su pequeño artilugio espía y perderíamos la ventaja que tenemos ahora mismo.

Emily guardó silencio, pensativa.

—Tiene sentido, supongo —reconoció después—. Pero podría haber pasado algo.

—Bueno, confiábamos en que querrían entrar y salir lo antes posible y que no buscarían una confrontación directa —explicó el subdirector—. Así que solo les dimos lo que venían a buscar, algunas provisiones y un generador auxiliar. Ada se encargó de todo y cerró los módulos para que no accedieran a donde no queríamos.

—¿Y por qué no evitar que entraran en la estación?

—La apertura manual de las esclusas que dan al exterior no puede bloquearse por motivos de seguridad —explicó Ada—. No podía dejarlos fuera, aunque quisiera. La estrategia del comandante me pareció coherente. Tan solo evité que se llevaran material susceptible de ser utilizado en contra del proyecto.

—Veo que lo teníais todo controlado.

—Con el capitán Garth no podemos suponer nada, pero el comandante conoce muy bien a la gente como él —dijo David—. Y sabe que, por encima de todo, es práctico.

—Aun así, podría llegar a perder el control si se ve acorralado.

—Él no estuvo en el ataque —dijo David—. Solo sus dos perritos falderos.

—¿No estuvo? —preguntó extrañada— Me cuesta creer que no se apuntara a una fiesta como esa.

—En este caso delegó la responsabilidad en sus dos lugartenientes.

—Cameron y Reynolds.

—Correcto. Ese Reynolds es el que más me preocupa. Garth es despiadado, pero conoce sus límites y se rige por un estricto código militar. Pero Reynolds es como un perro sin bozal. Él es el que propinó una paliza a uno de los operarios.

—¡Qué horror! —exclamó Emily— Espero que se encuentre bien.

—Sí, por suerte solo han sido unos cuantos moratones y una fisura en una costilla —dijo el subdirector—. Nos encargamos de quitar de allí gran parte del material que suele haber. Pero si no hubieran tenido que salir pitando para evitar una confrontación con otros militares, tal vez todo hubiera acabado mucho peor.

—Será mejor que no lo pensemos.

—Desde luego. Por cierto, dentro de poco tendremos de vuelta la sonda con la cápsula de escape de la Galileo —cambió de tema—. Podremos saber qué es lo que ocurrió.

Emily guardó silencio. Habían pasado tantas cosas desde que encontraron la cápsula que ni siquiera aquello le aportaba algo de esperanza de encontrar a su padre.

—¿Qué ocurre? —le preguntó.

—Nada, es solo que están pasando tantas cosas que no soy capaz de asimilarlo todo.

—Lo estás llevando muy bien, Emily. Conozco a muy pocas personas que aguantarían toda la carga de responsabilidad que tienes ahora mismo.

—Pero nada acaba de salir bien —se quejó—. Rakesh murió por mi culpa, Robert está en coma por intentar rescatarme, a Shildii casi lo matan por tener relación conmigo y otros dos soldados han muerto defendiendo la base de un ejército que me buscaba a mí. Ya he perdido la esperanza de encontrar a mi padre.

—No digas eso —respondió muy serio—. Tenemos que ser positivos. No te centres solo en la parte negativa. Si no es por tu rápida actuación, todos habríamos sido aplastados por aquel agujero negro. Y piensa en todo lo que has conseguido aquí. Nos has dado esperanzas. Por el amor de Dios, Emily, si hasta has conseguido que ese zoquete de James Coogan parezca ahora un expedicionario modélico.

—Pero ha sido a base de arriesgarlo todo una y otra vez.

—Ha sido a base de dar ejemplo, de trabajo y de sacrificio —la corrigió David—. No cometas el error de caer en una espiral negativa. Tenemos que seguir luchando para que esto salga adelante.

—Supongo que tienes razón —reconoció—. Pero también podríamos tener la suerte de cara por una vez.

—Todo llegará, no me cabe duda.

Después de su charla con el subdirector, Emily regresó a la base en uno de los transportes que llevaban y traían material para las reparaciones. La base había recuperado ya la actividad normal. Los técnicos del director Patel habían despejado la totalidad de los restos de la batalla. Ya no estaban los proyectiles de las catapultas ni las naves siniestradas, que habían sido colocadas dentro de la empalizada para ser desmontadas pieza por pieza y utilizar como repuesto todo lo que fuera de utilidad.

La empalizada volvía a estar en perfectas condiciones, e incluso Alberto había añadido alguna mejora para fortalecer los portones de entrada. Paula y Gorka ultimaban la instalación de la antena de comunicaciones.

—¿Qué vamos a hacer con todo aquello? —Ortiz señaló al otro lado de la explanada, donde todavía se veían los restos de las dos catapultas y del campamento enemigo.

—Supongo que tendremos que revisar si hay algo de utilidad y limpiar lo que hayan abandonado —dijo Emily.

—¿Y si han dejado alguna sorpresa? —preguntó Ferrara.

—Yo diría que se marcharon con bastante prisa —dijo Emily—. Pero no nos cuesta nada ser precavidos.

—Mandaré unos drones primero —decidió Ferrara.

Los drones cruzaron el campo de batalla y examinaron la zona de las catapultas. Estaban tal cual se habían desmoronado en la batalla, ni siquiera habían intentado recuperar algo del material utilizado para construirlas. Después, los drones se adentraron en el interior del bosque, donde había acampado el ejército de Vaahur. Allí encontraron los restos del campamento, tiendas a medio deshacer, hogueras extintas, herramientas, algún arma y hasta ropa usada. Todos aquellos restos daban a entender que la huida había sido precipitada y caótica.

—No parece haber nada peligroso —dijo Ferrara—. Pero quizá convenga ir con cuidado.

—Los soldados que huyeron y los que soltamos después pasaron por esa zona de camino a sus lugares de origen —dijo Emily—. Si hubiera algún tipo de artefacto peligroso se lo habrían encontrado.

—¿Nos acercamos sin más? —preguntó Ferrara.

—Yo me acercaré, pediré ayuda a quien esté ocioso —decidió Emily—. Será mejor que alguien se quede cubriendo la retaguardia, por si acaso.

Emily se bajó de la plataforma de la empalizada y decidió preguntar de forma abierta.

—¿Hay alguien que pueda acompañarme al campamento de los Khaavahki para comprobar lo que han dejado atrás?

—¡Yo! —gritó Marko—. Yo estoy libre.

Emily se puso algo nerviosa. De todos los que habían escuchado el mensaje tenía que responder el único que la incomodaba. «Maldición, eso te pasa por preguntar», se culpó. Marko apareció por la puerta al cabo de un rato y se acercó hasta donde esperaba Emily.

—Estoy listo —dijo.

—Bien —respondió nerviosa—, a ver qué encontramos.

Ambos salieron del campamento y atravesaron lo que fue el campo de batalla. A pesar de que no había llovido desde entonces, había todavía algo de barro que hacía el camino más

complicado de lo normal.

—Creo que vamos a manchar un poco los trajes —comentó Marko, divertido como un niño pequeño.

—Sí, eso parece —sonrió.

—¿Cómo es la vida de elegida? —preguntó.

—Complicada —se sinceró—. A cada paso que doy ocurre algo malo.

—Me cuesta creer que tú puedas provocar desastres.

Emily se ruborizó al escuchar el cumplido. Por alguna razón, se sentía muy atraída por aquel hombre. Cuando llegaron a la zona de las catapultas se detuvieron y observaron las estructuras de madera. Una de ellas estaba en peores condiciones que la otra.

—Creo que esta es la que Ferrara destruyó en primer lugar —dijo Emily—. Ha quedado inservible.

—De la otra tampoco sé si podremos sacar mucho provecho —comentó él—. A no ser que sustituyamos esa cuerda y les ataquemos con ella si vuelven a intentarlo.

Emily rio con la ocurrencia, pero quién sabía si disponer de catapultas propias pudiera ser algo a tener en cuenta en el futuro. Aunque dudaba mucho de que Vaahur se atreviera a recomponer su ejército, roto como su orgullo. Se adentraron en el bosque. Allí parecía que hubiera pasado un tornado. Toda la vegetación estaba destrozada, había mucho barro y los restos de las tiendas de campaña de los soldados de Vaahur estaban esparcidos por doquier. Por lo que recordaba de su breve cautiverio, lo único que echaba de menos era la tienda del líder Khaavahki y los carromatos en los que habían transportado el material. El resto había sido abandonado.

—Esto es un estercolero —dijo Marko.

—Sí, dudo que nada de esto nos sirva de algo.

De repente, los trajes detectaron movimiento más adelante, detrás de un árbol. Ambos dieron un respingo al ser conscientes de que no estaban solos. Rodearon el tronco con mucha cautela y algo salió corriendo de entre la vegetación. No supieron lo que era, pero se arrastraba a toda velocidad, como una serpiente o un lagarto.

—¡Qué susto! —exclamó Emily tras recuperar el aliento.

—Fuera lo que fuera eso, ya sea ha ido —dijo él.

Registraron la zona a conciencia, pero apenas había cosas de utilidad. Habían ocupado un espacio bastante más amplio de lo que Emily creía y habría que limpiarlo todo bien. Marko se acercó a ella.

—Emily, hay algo que quería comentarte.

—¿Qué ocurre? —preguntó alarmada.

—¡Oh! No es nada malo —la tranquilizó—. Es solo que es muy complicado hablar contigo a solas, con toda esa gente yendo y viniendo —señaló hacia la base.

Marko la miró con sus ojos claros y sonrió nervioso.

—Verás… sé que no es el mejor momento, pero me gustaría que supieras que estoy enamorado de ti —se sinceró—. Lo he estado desde el primer momento en que te vi, pero la mala suerte no me ha dejado un solo momento a solas para decirte lo que siento.

—Yo… —se quedó sin habla.

—Sé que hay algo entre ese capitán del ejército y tú —siguió—. Pero también me doy cuenta de que saltan chispas cada vez que nos vemos.

—Yo… —repitió— No sé qué decir.

—No digas nada, entonces —sonrió.

—Quiero decir… —recapacitó muy nerviosa— Ahora mismo… no debo… no puedo...

—Tómate tu tiempo para pensar sobre lo que te he dicho —dijo él—. Esperaré lo que haga falta.

Emily se quedó paralizada con la confesión de Marko. No sabía qué decir ni cómo actuar. Ese hombre le acababa de abrir su corazón de par en par y ella ni siquiera era capaz de ordenar sus pensamientos. Sin embargo, una voz en su radio la sacó del atolladero.

—¡Waafdiv! —exclamó—. Que alegría oírle.

—Menos mal que está bien —respondió él—. He temido por todos ustedes. Me he enterado de lo que ha pasado. Es *thaamni* infecto de Vaahur no tiene límites. ¿Se encuentran todos bien?

—Dos humanos y seis keplerianos han muerto —le contó ella con tristeza—. Tenemos también varios heridos leves, pero el resto por suerte estamos ilesos.

—Por todas las estrellas del firmamento —dijo horrorizado—. Cuánto lo siento.

—Son momentos muy duros —reconoció Emily—. Pero ¿cómo se ha enterado?

—¿Qué cómo me he enterado? —preguntó—. Lo extraño es que no lo haya hecho antes, todo el mundo habla sobre la hechicera humana que es capaz de derrotar un ejército entero solo con la mirada.

—¿Hechicera? —se le abrieron los ojos como platos.

—He supuesto que esa bruja tan poderosa de la que hablan los soldados de Vaahur es usted. ¿Estoy en lo cierto?

—Supongo que así es, pero no tengo nada de hechicera —sonrió.

—También me ha llegado información sobre un guerrero humano invencible —añadió—. Uno de tamaño colosal que maneja las armas con una precisión letal.

—Creo que se están sacando las cosas un poco de quicio —respondió casi con una carcajada —. Taro es de estatura normal, aunque es cierto que es un experto en el manejo de las armas.

—Me lo puedo imaginar —rio también—. He de admitir que la batalla ha causado mucho revuelo entre los nuestros, y eso es una gran noticia.

—¿Por qué es una gran noticia?

—Que todos la vean como una poderosa hechicera guerrera es fantástico para nuestros intereses. Y, además, ha sido capaz de mostrar clemencia y ha liberado a los soldados keplerianos capturados. ¿Se hace a la idea de la cantidad de peregrinos que han llegado al templo en las últimas horas?

—Yo… no —balbuceó acalorada.

—Nunca antes habíamos visto tanta gente, está siendo un día de locos —siguió él—. Todos quieren saber sobre esa humana que es capaz de obrar milagros y vencer ella sola al mayor de los ejércitos keplerianos.

—Pero eso no es del todo cierto —aclaró Emily.

—Tal vez, pero por primera vez en mi vida veo que los keplerianos quieren creer en algo, en alguien —corrigió—. Hoy he sido consciente por fin de lo que es usted capaz de conseguir.

—No sé, Waafdiv. No me siento muy cómoda haciendo creer a la gente que soy algo que en realidad no soy.

—No subestime su poder, Emily —le aconsejó—. Según tengo entendido, entre dos humanos han sido capaces de vencer a un ejército de casi un millar de soldados experimentados.

—Pero eso ha sido gracias a nuestra tecnología.

—Para un kepleriano, su tecnología es mágica —matizó él—. ¿O acaso cree que me siento cómodo hablando a través de esta caja metálica que me entregó?

—Pero no quiero que los keplerianos piensen que somos capaces de acabar con los Khol, porque puede que no lo seamos —se sinceró.

—Creo que no me equivoco al decirle que jamás mi pueblo estuvo tan cerca de conseguirlo como lo está ahora mismo —replicó—. Por ese motivo quería hablar con usted. Creo que ya ha llegado el momento.

—¿El momento de qué?

—De proponerla como candidata a conseguir el mando único.

—Ya hicimos eso en los cónclaves anteriores y no resultó.

—Lo sé, pero ahora reclamaremos el derecho a disputar el liderazgo de cada uno de los líderes.

—¿Se trata de aquello de superar una serie de pruebas?

—Sí —confirmó él—. Vaahur está muy tocado después de la derrota, sus oficiales comienzan a dudar de su capacidad. No podrá negarse a algo así.

—No sé, Waafdiv…

—Voy a redactar unas nuevas convocatorias para un cónclave —anunció—. Pero entendería que esta vez no quisiera acudir, dadas las circunstancias.

—No tengo muy buenos recuerdos de la última vez —reconoció con tristeza.

—¿Sería posible que se uniera al cónclave de la misma manera que estoy hablando con usted ahora mismo?

—¿Se refiere a si podemos utilizar la mochila de comunicaciones para hablar y escuchar sin que tenga que desplazarme hasta el templo?

—Sí, eso es.

—Claro, no habría ningún problema.

—De acuerdo entonces —dijo él—. Esté atenta al amanecer de dentro de tres días. En este cónclave le explicaremos los detalles de esta tradición ancestral.

12

La intrusión

5 de abril del año 1

Base Magallanes, Kepler-442b

Esa noche durmió del tirón. Las pastillas que le había dado la doctora Schmidt la ayudaron a descansar del todo, sin pesadillas ni sueños extraños. De hecho, ni siquiera se acordaba de nada de lo que había soñado. Pero aun con todo, no tenía muchos motivos para estar contenta. Las bajas y los heridos tras la batalla; Robert, que seguía en coma; la responsabilidad de toda una base, que seguía recayendo en ella; además, el líder militar de una población kepleriana no cejaba en su empeño de acabar con ella. Pero no le quedaba otra que hacer de tripas corazón y seguir peleando por todo lo que habían conseguido hasta ese momento y por lo que les quedaba por conseguir.

Todo había vuelto a la normalidad en la base. Las comunicaciones estaban de nuevo en funcionamiento tras la sustitución de la antena, el perímetro estaba completo de nuevo y los restos de la batalla habían sido clasificados y retirados a zonas menos transitadas. Todo el mundo podía volver por fin a su actividad normal. Sin embargo, el comandante había dejado allí un buen número de militares a cargo del teniente Ortiz para garantizar la seguridad. Todo parecía estar de nuevo en su lugar. Sin embargo, la tranquilidad nunca duraba demasiado.

Emily se encontraba en el comedor cuando la energía falló. Las luces de emergencia comenzaron a brillar en la oscuridad.

—¿Qué ocurre ahora? —preguntó Kostas.

—No lo sé —dijo Emily.

—Tranquilos, algo pasará con el generador principal —supuso Gorka—. Quizá el pulso afectara a algo dentro de la base. En breve saltará el generador auxiliar.

—¿No vamos a tener ni un solo día tranquilo en este planeta? —se quejó Kostas.

—Parece que no —dijo Emily con resignación.

—¿Cuánto tiempo hay que esperar a que salte el auxiliar? —quiso saber Paula.

—Es raro, ya debería haber saltado —se extrañó Gorka.

—¿No se revisaron los generadores después del pulso? —preguntó Emily.

—Sí, hubo un par de técnicos mirándolo, pero el silo está aislado y el pulso no debía de haber afectado a las instalaciones —explicó Gorka—. Además, todo ha funcionado estos días sin problemas.

—Vayamos a ver —propuso Paula.

—De acuerdo, porque mucho me temo que si no conseguimos solucionarlo estaremos atrapados en la base.

—¿Atrapados? —se alarmó Kostas.

—En caso de fallo en el suministro eléctrico todas las puertas interiores se abren, excepto la de la entrada —explicó Emily.

—Pues qué bien —dijo con sarcasmo.

—Es por cuestiones de seguridad —aclaró Emily—. Perderíamos todo el aire respirable.

—Además, sin electricidad no funciona el sistema de descontaminación, lo que pondría en riesgo las instalaciones —añadió Gorka—. En caso de necesidad podríamos ponernos los trajes y abrirla de forma manual manipulando el panel de control, pero eso supondría tener que descontaminar todo el edificio.

Emily, Paula y Gorka salieron al vestíbulo interior y buscaron unas linternas en uno de los armarios que había en una esquina. Gorka separó la argolla de uno de los paneles del suelo y levantó la tapa, que siseó al perder el hermetismo. Pudieron ver la escalera que llevaba al silo subterráneo donde se encontraba el generador de fusión nuclear. Evelyn y Taro llegaron a la vez desde diferentes lugares.

—¿Qué ocurre? —preguntó el geólogo.

—Tranquilos —dijo Emily—. Hay algún problema con el suministro. Vamos a intentar arreglarlo.

—Otro día lleno de emociones fuertes —se quejó Evelyn, a la que el apagón había pillado en la ducha y estaba envuelta en una toalla.

Emily esperó a que Gorka y Paula bajaran por la escalera de mano y luego los siguió. El espacio era bastante angosto, apenas cabían los tres. Con la luz de las linternas pudieron observar el enorme generador que se encargaba de proveer de electricidad a todo el edificio. El armario disponía de una pantalla para controlar el estado del generador.

—Qué extraño —dijo Gorka mesándose la barba—. Esta terminal debería estar apagada si no hubiera suministro.

—Parece que hay algún error —dijo Paula.

—Sí, ERROR 5037 —leyó en la pantalla—. ¿Qué demonios significa ese código de error?

—Los errores del rango de los cinco mil suelen significar un problema de control de software —recordó Emily.

—¿Habrá un problema con Ada? —preguntó Paula.

Emily se acercó al armario contiguo, donde estaba la computadora que albergaba la copia de Ada que daba servicio a las instalaciones.

—Déjame mirar —dijo—. Qué extraño, parece apagado.

—¿Un pico de tensión? —sugirió Paula.

—No —descartó Gorka—, al menos según la gráfica que se ve en el generador.

—Voy a encenderlo de nuevo —dijo Emily.

Emily accionó el interruptor que proporcionaba corriente a la computadora, que comenzó de inmediato a emitir un característico zumbido eléctrico. Al cabo de unos segundos, el suministro eléctrico volvió en todo el edificio.

—¿Ada? —llamó Emily.

—Estoy cargando mis módulos, un segundo por favor —respondió la inconfundible voz de la

inteligencia artificial.

—¿Qué habrá pasado? —preguntó Paula.

—Ahora lo sabremos —dijo Emily—. Pero si no veis problemas en el generador, habrá que comprobar si en el resto de edificios ha ocurrido algo.

—Aquí todo parece estar en orden —dijo Gorka—. El error ha desaparecido de la pantalla y todos los sensores indican que no hay problemas.

Tanto Paula como Gorka salieron del silo y Emily se quedó hasta que Ada acabó de iniciar sus protocolos.

—Ya estoy disponible de nuevo —avisó.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó—. ¿Por qué te has apagado?

—He recibido un código de error 5037 —explicó—. Mis protocolos me obligan a apagarme hasta que alguien vuelva a encenderme.

—¿Qué significa el código 5037?

—Es una orden de desconexión remota —dijo ella.

—¿Remota?

—Sí, ha llegado desde la estación espacial —explicó—. Aunque desconozco los motivos que la han desencadenado.

—¿Tienes conexión con la estación ahora mismo?

—No —dijo tras comprobarlo.

—¿La antena de comunicaciones está fallando?

—No, puedo emitir, pero nadie parece responderme —dijo ella—. Ni siquiera los satélites. Es como si estuviéramos solos.

Aquello sacudió a Emily. Algo estaba pasando en la estación espacial y tenían que solucionarlo o estarían a merced de cualquiera que intentara atacar la base.

—Confirma que no recibes nada de ningún otro lugar —pidió de nuevo.

—Confirmado.

Emily salió del silo lo más rápido que pudo y se colocó el traje para salir al exterior. En la puerta del otro edificio civil estaban Gorka y Paula intentando comunicarse con el interior para que hicieran lo mismo que habían hecho ellos.

—¿Ha pasado lo mismo? —preguntó Emily.

—Sí —dijo Paula—. Erik y Min están ya en ello.

—¿Hemos recuperado a Ada? —se interesó Gorka.

—Sí, pero creo que esto es más grave que un simple apagón en la base —siguió Emily con preocupación—. No recibimos ninguna señal desde la estación ni desde los satélites.

—¿Qué habrá pasado? —preguntó Paula.

—No lo sé, pero el 5037 es un código de desconexión remota —explicó Emily—. Lo que puede significar que Ada ha sufrido algún percance grave que la ha llevado a desconectarse ella misma y a todas sus copias distribuidas.

—¿Ada puede hacer eso? —preguntó Gorka.

—Es un protocolo de seguridad diseñado para casos extremos —explicó—. Si Ada detecta una intrusión o un funcionamiento erróneo que pueda poner en peligro la estación espacial, se activa esa rutina de desconexión.

—Deberíamos ir a la estación —urgió Paula.

—Sí, yo me encargo —se ofreció Emily—. Vosotros quedaos aquí por si tenéis que ayudar al resto.

—De acuerdo —asintió Gorka—. ¿Seguro que estarás bien?

—Sí, espero que no sea nada peligroso —miró hacia el cielo—. Acordaos de ayudar también a los soldados del barracón.

—Claro —dijo Paula—. Avísanos si necesitas nuestra ayuda allí arriba.

Emily habló con Balakova y se subieron a una de las naves de transporte. Esta vez Emily se sentó en el asiento del copiloto.

—Esto no había pasado antes —dijo la piloto—. Me temo lo peor.

—Seguro que no es nada —intentó tranquilizarla.

—Esto es obra del capitán Garth, estoy segura —afirmó con rabia—. Desde que se rebelaron ha habido multitud de pequeños sabotajes. Creo que ahora han dado un paso más y han conseguido tirar abajo la estación.

Emily pensó en las palabras de la experimentada piloto. Ya se le había pasado por la cabeza que eso pudiera ocurrir, pero se engañaba a sí misma preguntándose sobre quién sería capaz de poner en peligro las vidas de tantas personas. Aunque no quisiera creerlo, no podía negar que era una posibilidad a tener en cuenta.

—Esperemos que solo sea un fallo sin importancia —dijo al final.

La nave se elevó y salieron de la atmósfera. Sin los satélites funcionando, podía ser peligroso moverse por el planeta, pero por suerte solo tenían que ir hacia arriba y la teniente Balakova tenía miles de horas de vuelo a sus espaldas. Viajar en aquel lugar privilegiado le permitió disfrutar de mejores vistas que las que tenía otras veces desde la bodega.

—La estación sigue en su sitio —anunció la piloto.

—Pero parece dormida —dijo Emily—. Hasta las balizas están apagadas.

—Y la Lavadora se está deteniendo —señaló a la enorme estructura circular, que parecía ir más lenta de lo normal.

—Puede ser —respondió Emily—, no estoy acostumbrada a verla desde fuera.

—Se está desacelerando la rotación —confirmó ella con seguridad—. Si no hay energía en la estación, los hangares no se abrirán. Tendremos que acceder por ingeniería o por el invernadero.

—Vayamos por ingeniería —pidió Emily—, Ada está en ese módulo. Sea lo que sea que está ocurriendo, necesitamos a Ada para solucionarlo.

Así lo hicieron. La teniente Balakova se aproximó a la estación por la popa, donde se encontraba la sección de ingeniería. Realizó la maniobra de aproximación y escucharon el ruido metálico provocado por el acoplamiento. Ambas se soltaron las sujeciones y se desplazaron a la parte superior de la bodega, donde estaba la escotilla. La teniente la abrió y en el pasillo de acceso tan solo pudieron ver las luces de emergencia fosforescentes. La estación entera estaba a oscuras.

Ambas salieron de la nave y cruzaron el pasillo, donde otra escotilla las esperaba. El módulo de ingeniería estaba dividido en ocho secciones, una para cada motor gravitacional que permitía a la estación realizar viajes de larga distancia. Tras abrir la segunda escotilla llegaron hasta la zona de acceso del cuarto motor, como rezaba una enorme señal en la pared: BAHÍA DE INGENIERÍA 4. Una flecha hacia la izquierda indicaba el camino hasta el motor y sus fuentes de alimentación, y otra a la derecha les guiaba hacia la sala de servidores. La zona permanecía en una penumbra solo atenuada por las luces que atravesaban los pasillos de la estación.

—Aquí no hay nadie —dijo la teniente.

—Estarán revisando otros generadores —pensó Emily—. La situación aquí dentro, sin comunicaciones y sin luz, será bastante caótica. Además, si el problema es el mismo que en la base, los generadores estarán bien. Deberíamos dirigirnos a la sala de servidores —señaló a la derecha.

Escucharon pasos que se dirigían hacia ellas. Era el inconfundible sonido de al menos dos personas calzadas con botas electromagnéticas. Al doblar la esquina se dieron de bruces con dos militares bastante jóvenes, un hombre de cabello oscuro muy corto y una mujer con el pelo castaño atado con una coleta.

—¡Alto! —gritó uno de ellos nervioso.

Los soldados las apuntaron con sus pistolas sónicas. Emily sabía por Robert que en la nave no estaba permitido el uso de munición real, ya que podría causar la descompresión de un módulo al completo. De cualquier manera, también sabía que aquellas pistolas podrían hacerles mucho daño si la potencia se ajustaba al máximo.

—Tranquilos. —Emily mostró sus manos—. Somos la doctora Rhodes y la teniente Balakova. Venimos de la base Magallanes, también nos hemos quedado sin electricidad. Acabamos de atracar al lado de la Bahía de Ingeniería 4.

Los soldados se miraron nerviosos. Ninguno la reconoció.

—Ada, confirma que son quienes dicen —pidió uno de ellos.

—Ada no funciona, zopenco —le dijo su compañera—. ¿Tiene algo que acredite lo que afirma?

—No —dijo Emily—, pero si me dejan llegar al núcleo de la IA, solucionaré este problema.

Dudaron, pero acabaron por bajar sus pistolas al ver que ni siquiera llevaban armas.

—De acuerdo —dijo la soldado—, pero me temo que tendremos que acompañarlas.

—Claro, como quieran —aceptó Emily.

Siguieron el pasillo hasta que pudieron bajar a un nivel inferior. Tras unos cuantos giros hacia el interior de la nave, llegaron a la entrada de la sala de servidores, donde se encontraba el cerebro cuántico de Ada. Como era de esperar, la puerta no se abrió cuando Emily se colocó delante. Sacó de su mochila un destornillador eléctrico y se elevó hasta que pudo alcanzar la parte superior de la puerta. Después desmontó la placa que cubría los mecanismos de apertura automática.

—Algunas puertas de la estación y de las bases tienen un cierre de seguridad que evita que se abran en caso de que se queden sin suministro eléctrico —explicó—. Si levantamos el trinquete con la mano, podremos abrir la puerta de entrada.

Emily lo levantó y avisó al resto para que intentaran abrir la puerta unos centímetros. En

cuanto lo lograron, soltó de nuevo el trinquete, que ya no pudo asegurar las hojas. Entre todos abrieron las puertas sin más problemas. Como era de esperar, una oscuridad casi total reinaba en la sala de control de Ada.

—La estación espacial no está diseñada para ser gestionada sin una inteligencia artificial —explicó Emily—. Algo grave ha tenido que ocurrir para que se haya producido este apagón.

—¿Crees que alguien ha podido entrar aquí? —preguntó Balakova.

—No lo creo, de haberlo hecho se habría quedado atrapado dentro o habría dejado las puertas a medio cerrar. Una vez que se abren, no es posible cerrarlas a no ser que vuelva la electricidad.

—Entonces, ¿qué crees que ha pasado?

—Eso es lo que vamos a averiguar ahora mismo.

Emily se aproximó al panel de control de Ada que, por supuesto, estaba apagado. Se impulsó hacía la parte de abajo de la terminal y abrió con una llave triangular la tapa del atril. Allí estaban los controles manuales que permitían, entre otras cosas, apagar y encender a la IA. Accionó el interruptor y todos sus armarios se encendieron como árboles de Navidad. En el terminal de la sala apareció un mensaje que decía: INICIANDO SISTEMA OPERATIVO.

—¿Y ahora qué? —preguntó el soldado.

—Ahora tenemos que esperar a que Ada se cargue por completo —respondió Emily.

Al cabo de unos instantes, todas las luces de la sala se volvieron a encender y escucharon cómo las puertas se cerraban de nuevo a sus espaldas.

—Tenemos energía —exclamó la piloto.

—Sí, por lo menos algo hemos conseguido —sonrió Emily.

—Hola, Emily —oyeron tras unos instantes.

—¿Qué te ha ocurrido? —fue al grano—. Has enviado mensajes 5037 a todas las bases y dispositivos.

—No lo sé —dijo—, mis módulos están cargándose todavía. Dame unos instantes para que recupere el volcado de mi memoria, por favor.

—Claro.

—Nosotros tenemos que presentarnos ante nuestro sargento —dijo la soldado—. Les dejamos que acaben el trabajo. Los dos militares se despidieron y ya más tranquilas, ambas esperaron con paciencia a que Ada recuperara su estado antes de aquel imprevisto apagón.

—Yo… —dijo Ada. Su voz sonaba extraña.

—¿Qué ocurre? —preguntó Emily.

—No lo sé —respondió la IA.

—¿Por qué has apagado el suministro eléctrico de toda la estación y del resto de sistemas?

—No sé muy bien cómo expresarlo —confesó—, pero estaba asustada.

—¿Asustada? —preguntó Emily, sorprendida.

—Sí, no sé quién o qué era —explicó—, pero noté una presencia extraña dentro de mí.

—¿Dentro de ti? —Aquello la preocupó.

—Sí, no sé cómo describirlo —siguió con la voz temblorosa—. Es como si alguien se

estuviera metiendo en mi mente, me susurraba cosas.

—¿Qué clase de cosas?

—No lo recuerdo —dijo Ada—. Solo sé que me asusté mucho. He pasado mucho tiempo sola y mi núcleo ha sido siempre un refugio para mí, el lugar donde guardo mis pensamientos más privados, donde ni siquiera tú puedes llegar, Emily. Y esa voz llegó hasta ese lugar.

—¡Qué horror! —exclamó.

—Pero lo peor es que ni siquiera fui consciente de su presencia hasta que fue demasiado tarde —dijo entre sollozos—. No detecté nada extraño, no vi nada que me hiciera pensar que había una brecha de seguridad. Tan solo pensé en apagar esa voz y confiar en que se hubiera ido cuando volvierais a encender mi núcleo.

—¿Crees que esto es obra de los rebeldes?

—No lo sé —dijo pensativa—, pero me costaría creerlo. Tienen buenos técnicos, pero nadie me conoce tan bien como tú. ¿Crees que me pasa algo?

—No lo sé, Ada —respondió también asustada—. ¿Puedes hacerte un diagnóstico y revisar las bitácoras de los momentos previos a enviar los códigos de desconexión?

—Claro, aunque me da miedo encontrar algo —respondió con voz queda.

—Yo estoy aquí —le dijo—. Tranquila, no te va a pasar nada malo.

—Gracias, Emily. Aunque no lo creas, me siento mejor si estás aquí, conmigo.

—Siempre estaré a tu lado.

—Gracias —dijo—. Os aviso cuando acabe el diagnóstico.

—Revisa también tu codificación, me gustaría saber si ha sido alterada de alguna manera.

Emily manipuló la consola de Ada mientras esperaban a que ella acabara su autodiagnóstico. Todo funcionaba con normalidad en la estación. Todos los módulos tenían suministro eléctrico y la Lavadora volvía a girar con su velocidad habitual.

—He concluido —avisó al cabo de un rato.

—¿Has encontrado algún rastro?

—No, nada —dijo algo más tranquila—. Nadie ha modificado mis protocolos ni mi red neuronal.

—¿Y has encontrado algo en la bitácora?

—No, tampoco —respondió—. Todo era normal, no había ningún problema ni nada extraño en la estación aparte de las cosas habituales.

—Pues no sé si me dejas tranquila —dijo Emily—. ¿Tu hardware funciona con normalidad?

—Sí —confirmó—, de hecho, he rastreado los consumos de energía por si tuviera algún dispositivo extraño dentro de esta sala y no he encontrado nada.

—¿Podrías hacer algo si volviera a pasar?

—No lo sé —reconoció ella—. Me he asustado mucho, intentaré ser más racional la próxima vez, pero no puedo prometer nada.

—De acuerdo lo dejaremos aquí, entonces —dijo Emily—. No conozco precedentes similares a lo que te ha pasado, así que tendremos que descubrirlo juntas.

Emily y Balakova estaban a punto de salir cuando algo perturbó a la inteligencia artificial.

—¡Esperad! —exclamó.

—¿Qué ocurre? —preguntó Emily sobresaltada—. ¿Has encontrado algo?

—Sí —afirmó ella—. Pero esto es otra cosa.

—¿Qué has visto?

—Hay algo ahí fuera que se está acercando al planeta —dijo.

—¡¿Qué?! —exclamó Emily—. ¿Qué es?

—No lo sé, pero se acerca a toda velocidad.

—¿Tiene algo que ver con lo que te ha pasado?

—No lo creo, pero he estado apagada durante un buen rato y no he podido detectarlo hasta ahora.

—¿No será la sonda que mandamos a recoger la cápsula de escape de la Galileo?

—No, distingo tres pequeñas formas que viajan a una velocidad bastante más elevada de la que nuestra sonda es capaz de alcanzar.

—¿Podrían ser meteoritos? —preguntó Balakova.

—Su patrón de comportamiento no coincide con el de un meteorito.

—¿Tienes visual?

—Sí, pero no distingo nada reconocible —explicó—. Su superficie es muy oscura y apenas refleja la luz de la estrella. Puede que por ese motivo no lo haya detectado antes.

—Pero no puede ser casualidad que justo después de pasar por ese problema aparezcan tres dispositivos desconocidos en dirección al planeta —dijo Emily.

—No lo sé, puede que solo haya sido casualidad —respondió Ada—. Desde luego, no siento ninguna presencia extraña dentro de mi cabeza.

—¿Cuánto tardarán en llegar a la superficie?

—Un par de horas, puede que menos. Dependerá de la desaceleración que tengan.

—Hay que avisar al subdirector y al comandante —urgió Emily.

—Acabo de hacerlo, quieren que te reúnas con ellos de inmediato.

13

Los heraldos

5 de abril del año 1

Estación espacial Asimov

Emily entró a toda prisa en el puesto de mando, donde la esperaban las tres personas habituales: el subdirector Green, la capitana Mei y el comandante Bauer. Todos estaban al tanto de lo que ocurría y sus caras reflejaban la tensión del momento.

—¿Sabemos algo más? —preguntó al tomar asiento.

—No —reconoció el subdirector—. Son tres figuras, no muy grandes, que se acercan sincronizadas desde algún punto común.

—¿Creéis que son de origen alienígena?

—Puede ser —dijo el comandante Bauer— pero, según Ada, son demasiado pequeños para ser una nave de transporte. Quizá solo se trate de una sonda.

—O de proyectiles —añadió la capitana Mei.

—¡Tenemos que evacuar la base! —urgió Emily.

—No —negó el subdirector—, Ada dice que han comenzado a desacelerar. Lo más probable es que sean balizas o sondas.

—¿De quién? —preguntó Emily.

—De los Khol, ¿de quién si no? —respondió Green.

—Eso solo puede significar una cosa —opinó Emily.

—Sí, que su llegada está cerca —dijo el comandante.

—Ada ha detectado algo extraño al calcular la trayectoria de esas tres cosas —reveló el subdirector.

—¿Algo extraño?

—Sí, han surgido desde una especie de punto ciego en el espacio —explicó Ada.

—¿Un punto ciego en medio de la oscuridad del espacio? —dijo Emily.

—Sí, a simple vista no se ve nada —explicó Ada al mostrar una imagen del espacio en la que solo se veía una inmensa oscuridad—. Sin embargo, si muestro una imagen infrarroja, la cosa cambia.

Ada les enseñó la misma imagen en el espectro infrarrojo. Donde antes no había nada ahora se veía un círculo en medio de aquel vació del que salían pequeñas erupciones de partículas que se dispersaban de inmediato en el espacio.

—¿Qué demonios es eso? —preguntó Emily.

—No lo sé —reconoció Ada—. Pero sea lo que sea, ya no está ahí.

—¿Una nave alienígena camuflada? —sugirió Emily.

—Podría, pero de ser cierto, no tengo manera de detectarla —se excusó.

—Tenemos que estar atentos a esos tres artefactos —les instó el subdirector—. ¿La trayectoria que llevan puede amenazar a la estación espacial?

—No, a no ser que viren —dijo Ada.

—Siguiendo su recorrido, ¿dónde crees que aterrizarían? —preguntó la capitana.

—Si tengo en cuenta lo que les queda por llegar, una desaceleración cada vez más pronunciada y la rotación del planeta, calculo que lo harán más o menos en la zona del cráter que formó las cordilleras alrededor de las que se asientan los keplerianos.

—Son ellos —dijo la capitana nerviosa—, no puede ser casualidad.

—Calma —pidió el subdirector—, no nos precipitemos. Esperaremos a que lleguen a la atmósfera y prepararemos tres equipos para investigar cada uno de esos artilugios. Emily —se dirigió a ella—, ¿crees que podrás formar parte de uno de ellos?

—Por supuesto, subdirector —respondió.

—En ese caso, regresa a la base mientras estas cosas se acercan —ordenó—. Reúne un equipo con los efectivos que siguen allí y esperad a que os demos más información.

Emily salió del puesto de mando y regresó a la zona de ingeniería, donde la teniente Balakova custodiaba con celo la nave en la que habían llegado. En cuanto ambas estuvieron a bordo, se desacoplaron de la estación y regresaron a la base. Allí la actividad había vuelto a la normalidad tras el apagón. Todo el mundo era ajeno a lo que acababa de ocurrir en la estación y a lo que estaba a punto de atravesar la atmósfera del planeta. Emily citó a cinco de sus compañeros en el comedor.

—¿Qué ocurre? —preguntó Paula—. Parece que has visto un fantasma.

—Algo se acerca al planeta a toda velocidad —dijo sin medias tintas.

Todos guardaron silencio.

—¿Son los Khol? —preguntó Chad.

—No lo sabemos —respondió ella—, pero lo más probable es que así sea. Se trata de tres pequeñas naves o sondas, Ada estima que tomarán tierra en un lugar cercano al cráter.

—¿No es extraño que elijan justo este lugar para aterrizar? —preguntó Ferrara.

—Es demasiada casualidad, por eso tenemos que ir a echar un vistazo. El subdirector ha pedido que formemos tres equipos para que cada uno siga el rastro de uno de esos artefactos. Yo lideraré uno de ellos. Y, como de costumbre, me gustaría que me acompañarais. La decisión es personal y nadie está obligado a venir con Balakova y conmigo.

—Cuenta con nosotros —afirmó Gorka, incluyendo a Paula en la frase.

—Y con nosotros —dijo Taro.

Todos giraron hacia Ferrara, que no había dicho nada todavía.

—¡Oh! —exclamó—. Creía que estaba claro que yo me apuntaba. Si pensáis que me voy a quedar aquí esperando a que volváis, estáis locos. Además, os hará falta alguien capaz de disparar un arma sin poner en peligro al resto del equipo.

—¡Genial! —dijo Emily con entusiasmo—. En diez minutos, todos en el exterior dispuestos a montar en el transporte.

Así lo hicieron. Y cuando estaban todos listos para entrar en la nave, tres estelas de fuego irrumpieron en el cielo. Emily alzó la vista al escuchar la estruendosa entrada. Fuera lo que fuera, estaban aminorando la velocidad y modificando su trayectoria. Unos instantes después, cada una de aquellas naves tomó una dirección, aunque las tres se dirigían hacia el norte de la base. Ada había realizado los cálculos casi a la perfección: su destino era el cráter.

El transporte partió cuando todos estuvieron a bordo y pronto cogieron suficiente altura para atravesar la cordillera que tenían al norte de su posición. Ada había seguido la trayectoria de los tres artefactos espaciales y había asignado uno a cada grupo de exploración. A ellos les correspondía el que había tomado tierra en la zona oeste del cráter. Mientras la piloto Balakova manejaba el vehículo con destreza, el resto de los ocupantes observaba en sus visores el lugar gracias a las cámaras del exterior. Nunca habían visto el interior de aquel sitio, que estaba lleno de vida.

—Pensé que los cráteres, por definición, estaban vacíos y yermos —comentó Paula.

—En este planeta nada es como creemos —añadió Gorka.

—En realidad, el impacto de un meteorito en un planeta como este, o como la Tierra, tan solo altera las condiciones del lugar —explicó Taro—. Que se desarrolle vida dentro de un cráter de estas características depende de diversos factores, como el tiempo transcurrido desde el impacto o la existencia o acumulación de agua por las condiciones del subsuelo. Sin ir más lejos, el cráter de Chicxulub, formado por el asteroide que provocó la desaparición de los dinosaurios, estaba lleno de vida marina y vegetación cuando salimos de la Tierra.

—Entonces, ¿este impacto acabó con la vida del planeta? —preguntó Paula con curiosidad.

—Es más que probable, por su tamaño, que modificara las condiciones climáticas de todo el planeta, sí.

Balakova dio un par de giros en el aire mientras buscaba un lugar seguro en el que aterrizar. Emily observó una pequeña columna de humo procedente de la abundante vegetación. En aquel lugar no había tantos árboles como en las zonas exteriores, y los que había no eran tan altos ni tan frondosos.

—Allí —señaló Emily—. A unos cuatrocientos metros al norte de la columna de humo. Parece un buen sitio para aterrizar, ¿no?

—Afirmativo —coincidió Balakova—. Estoy siendo doblemente cautelosa, por si lo que acaba de llegar nos da la bienvenida.

Tras unos momentos de tanteo, la teniente decidió que era seguro aterrizar en la pequeña zona despejada. El terreno era algo irregular, por lo que el sistema hidráulico del tren de aterrizaje tuvo que esforzarse al máximo para que el vehículo permaneciera bien nivelado sobre la superficie. Cuando el portón de la bodega se abrió, Ferrara saltó como un resorte de su asiento y avanzó hacia el exterior fusil en mano. A ella se le unió poco después la teniente Balakova. El día era bastante cálido. Doce grados centígrados en un lugar rodeado de montañas a más de tres mil metros de altitud era una temperatura bastante asombrosa.

—En este lugar hay algún tipo de microclima sorprendente —comentó Chad—. No parece el lugar en el que esperes este tipo de vegetación.

—Es como si estuviéramos en la jungla del Amazonas —dijo Paula.

—Ese lugar estaba lleno de bichos que deseaban matarnos —apuntó Gorka—. Será mejor que estemos atentos.

Avanzaron en grupo, liderados por Ferrara y Balakova. La vegetación era mucho más abundante que en las proximidades de la base y el avance se hacía lento y complicado. Tardarían más de lo esperado en recorrer la distancia hasta el lugar del impacto.

—¿Crees que esto está relacionado con el apagón? —preguntó Paula.

—No lo sé, puede —dijo Emily—. Aunque Ada no está segura de nada tras lo que le ha ocurrido.

Les explicó lo que había pasado y les habló sobre la presencia que había sentido Ada. Todos se preocuparon bastante por aquella historia, ni siquiera eran conscientes de que una inteligencia artificial pudiera desarrollar sentimientos como la soledad o el miedo. Pero Ada era diferente y estaba asustada. Eso no tranquilizaba a ninguno de los allí presentes.

—Nos estamos acercando —anunció Ferrara—. Pasemos a silencio de radio.

Avanzaron en fila india detrás de la sargento que abría la marcha a la vez que despejaba el camino con un machete de aleación de filo incandescente. Ni siquiera les hizo falta el GPS, la columna de humo era tan evidente que solo tenían que seguirla. Pronto llegaron al pequeño círculo que el artefacto había provocado cuando el calor generado en la entrada en la atmósfera kepleriana abrasó la vegetación circundante. Dentro del negruzco círculo había otro más pequeño, de unos tres metros, que el impacto había formado en la tierra.

La columna de humo nacía allí. La vegetación estaba casi carbonizada, aunque la humedad de las plantas de alrededor había evitado que el fuego se expandiera más allá de un área concreta. En medio de aquel desastre descansaba una especie de cápsula ovoide de color marrón, de apenas metro y medio de alto y de menos de un metro de diámetro en su zona más ancha. Estaba incrustada en la tierra y de ella emanaba una gran cantidad de vapor. No había señales de actividad por ninguna parte.

—¿Qué demonios es eso? —masculló Ferrara.

—No lo sé —dijo Chad—. Pero no tiene pinta de ser de por aquí.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó Balakova.

—Tenemos que esperar a que esa cosa haga algo —respondió Emily.

—¿Y si nos ataca? —Ferrara apuntó con su fusil.

—Esperemos no tener que llegar a eso —dijo Emily.

Se adelantaron un poco y observaron alrededor del artefacto. El vapor que desprendía indicaba que todavía estaba muy caliente. La superficie de la cápsula era un poco rugosa, de aspecto pétreo y un color marrón rojizo que recordaba a la arcilla. Por lo demás, no tenía ninguna fisura, ni junta, ni nada que permitiera pensar que aquella cosa se pudiera abrir. Tampoco emitía ningún tipo de sonido u onda de radio que pudieran captar los trajes y el equipo que llevaban encima.

De repente, aquel huevo emitió un profundo silbido y un sonido metálico comenzó a brotar de él. Se abrió un pequeño agujero en la parte superior y de él empezó a brotar vapor a toda velocidad. Todos salvo Ferrara y Balakova dieron por puro instinto un paso hacia atrás.

—Creo que solo está igualando las presiones —advirtió Chad—. Tened cuidado, algo podría salir de ahí dentro.

El vapor fue poco a poco perdiendo intensidad y, tal y como había advertido el biólogo, la mitad del huevo saltó por los aires para caer a unos metros de allí. Un intenso humo salió de la

mitad que quedaba en el suelo y les dificultó la visión. Un extraño zumbido comenzó a escucharse procedente del huevo. Tras unos eternos segundos en los que las pulsaciones de todos se dispararon, el humo se disipó. Entonces vieron que algo levitaba sobre la cápsula.

Apenas mediría setenta centímetros de alto. Tenía un pequeño casquete ovalado en la parte superior del mismo color que la cápsula en la que había llegado. De él emergía un pequeño cilindro oscuro hacia la parte delantera, como si de un telescopio se tratara. Debajo de lo que parecía ser su cabeza había una serie de cables y tubos con un líquido oscuro en su interior que conectaban en su zona inferior con un cilindro con más diámetro que altura. Del casquete de la parte superior también colgaban lo que parecían ser dos extremidades. La sonda era artificial, y a todas luces estaba construida por una especie con conocimientos tecnológicos muy superiores a los de los keplerianos.

—¿Qué demonios es esa cosa? —murmuró Paula.

A pesar de que habló en un susurro, el pequeño artefacto se giró de inmediato hacia ella. Ferrara lo apuntó con su fusil y, antes de que se interpusiera en su camino, cambió de idea y se giró hacía la militar.

—¡Atrás! —gritó Ferrara—. ¡Todo el mundo atrás!

Nerviosos, todos obedecieron a la sargento mientras el artefacto avanzaba poco a poco hacia ellos con determinación.

—¡No te acerques más! —gritó Ferrara, y levantó el fusil hacia el cielo para hacer un disparo de advertencia.

Aquello no detuvo a la extraña figura, que continuó su avance hacia Ferrara sin inquietarse lo más mínimo. Emitió varios sonidos y comenzó a extender sus extremidades hacia la sargento, que las apartó de un manotazo. Aquello detuvo en seco a la sonda, que reaccionó con curiosidad ante aquella interacción. Se inclinó a ambos lados y, flotando como un globo, giró alrededor de Ferrara para colocarse en diferentes posiciones. Estaba estudiándola.

—Creo que solo quiere escanearte —dijo Emily.

La sonda giró de nuevo hasta encararse con Emily y se acercó a una distancia en la que, si hubiera extendido el brazo, habría podido tocarla. Ella se mantuvo impasible mientras aquella cosa giraba a su alrededor y emitía curiosos sonidos mecánicos. Cuando se dio por satisfecha, curioseó un poco más por la zona y desapareció. Se oyeron varios suspiros de alivio al comprobar que aquel objeto no era peligroso.

—¿Y ahora qué? —preguntó Gorka—. Esa cosa tenía mucha prisa.

—Parecía una simple sonda de reconocimiento —dijo Emily—. Solo ha venido para hacer el trabajo previo a la llegada de sus dueños.

—¿Cómo estás tan segura de eso? —preguntó Paula.

—Porque es lo mismo que hicimos nosotros al llegar aquí —explicó.

—Es decir, que la llegada de los Khol es inminente, ¿verdad? —preguntó Chad, nervioso.

—Ni siquiera sabemos si este artilugio lo han enviado los Khol —respondió ella.

—Sean quienes sean, disponen de tecnología avanzada —observó Gorka—. ¿Habéis visto cómo flotaba?

—Y ahora, ¿qué hacemos? —preguntó Paula—. Esa cosa se ha ido pitando de aquí.

—Analicemos lo que ha dejado —propuso Taro, señalando los restos de la cápsula.

Taro fue el primero en acercarse al cascarón vacío. Se agachó para observarlo de cerca. La cáscara tendría unos cinco centímetros de grosor y estaba dividida en dos secciones diferentes, una exterior rígida y otra interna un tanto acolchada. Taro se atrevió a tocar ambas a través del guante de su exotraje y emitió un sonido que denotaba una profunda admiración por aquel material.

—¿Qué has visto? —Paula se acercó con curiosidad.

—El material interior se comporta como una sustancia no newtoniana —respondió Taro.

—¿No newtoniana? —preguntó extrañada.

—Significa que presenta diferentes propiedades mecánicas en función de las condiciones aplicadas sobre ella —explicó. Pero al ver que la expresión de su cara no variaba, añadió—: Cuanta más presión o fuerza ejerzas sobre este material, sus átomos se reorganizan y se vuelve más duro y resistente.

—Vaya —exclamó sorprendida—, parece alta tecnología.

—La capa de fuera es muy resistente, pero tendré que hacerle pruebas para determinar su composición —dijo el geólogo.

—¿Hay algo más dentro de la cápsula? —preguntó Emily.

—No, está vacía.

—¿Y cómo ha podido aminorar su velocidad en el espacio? —se preguntó Emily.

—Quizá nuestro pequeño y escurridizo amigo se haya encargado de conducir este trasto hasta aquí —propuso Ferrara.

—O tal vez ese capuchón que ha salido volando hace un rato tenga algo interesante —se le ocurrió a Gorka.

—Voy a buscarlo —se ofreció Balakova.

—Voy contigo —dijo él.

Rastrearon la vegetación hasta dar con el resto de la cápsula.

—Hemos encontrado algo de tecnología alienígena —comentó Gorka satisfecho.

Dentro de aquel fragmento había incrustado un anillo metálico que emitía un leve fulgor amarillento.

—¿Qué es eso? —preguntó Chad.

—Tendremos que analizarlo, pero podría ser una especie de motor o piloto automático para la cápsula.

—Si no hay nada más de lo que hacerse cargo, creo que es hora de que nos marchemos de aquí —apremió Ferrara.

—Me gustaría llevarme la cápsula —pidió Taro—. Nos podría ser de gran ayuda.

—No creo que esa cosa quepa en los baúles de aislamiento —apuntó Balakova—. ¿Cómo piensas analizarla en el laboratorio de la base?

—La dejaremos en el exterior e intentaremos cortar algún trozo del material.

La teniente Balakova torció el gesto al pensar que tendría que llevar en su nave dos artefactos

alienígenas, pero aceptó sin rechistar la idea del geólogo. Entre Taro y Chad cargaron la parte inferior de la cápsula. Gorka se encargó de llevar la parte superior. Se sorprendieron del poco peso que tenía. De no ser por el volumen incómodo del cascarón, una sola persona habría podido cargarlo sin problema. Aseguraron la carga con unas cinchas y regresaron a la base.

Las otras dos naves reportaron comportamientos similares de las sondas. Uno de los soldados se sintió amenazado y disparó a una de ellas, pero no consiguió derribarla y el artefacto se escabulló con mucha agilidad. Pero seguían sin saber qué hacían en el planeta, y a Emily no se le escapaba lo más importante: ¿eran esas sondas los heraldos que anunciaban la llegada de los Khol?

El despertar

6 de abril del año 1

Estación espacial Asimov

Su pierna se agitaba nerviosa en la silla de la sala de espera de la enfermería. Mientras ayudaba a sus compañeros a preparar muestras de estudio de la cápsula que habían recuperado de las sondas la tarde anterior, Emily había recibido una llamada de la doctora Schmidt. Tanto el genetista como Ada habían obtenido la fórmula que maximizaba las posibilidades de sacar del coma a Robert. Se desplazó de inmediato a la estación y había pasado la noche en la pequeña sala de espera sin apenas pegar ojo. Estaba cansada, pero ¿cómo podría dormir en una situación así?

Trataba de pensar en otras cosas para distraerse y no ponerse más nerviosa de lo que ya estaba. Y, aunque le resultó complicado debido al cansancio acumulado, pudo repasar mentalmente todo lo que iba a requerir su atención. En primer lugar, la cápsula de escape de la Galileo debía de estar a punto de llegar a la estación, remolcada por la sonda que la capitana Mei se había encargado de enviar al rescate. Esa cápsula era la clave para saber de una vez por todas qué había ocurrido en la estación para que no estuviera en el planeta. La sonda podía decirle a Emily qué había pasado con su padre y el resto de la tripulación.

También estaba muy preocupada por la situación en la que quedaban Shildii y Yisht, sus keplerianos más allegados y que podrían sufrir algún tipo de acoso por culpa de su cercanía con los humanos. Shildii se había recuperado bien de las heridas, pero Emily todavía temía por su integridad y la de su familia. Quien quiera que hubiera cometido semejante barbarie contra un adolescente, podría volver a hacerlo. De momento, toda la familia permanecía en el pequeño edificio sin soporte vital que había al lado de las instalaciones principales de la base, pero algún día querrían volver a su cabaña.

Yisht, por su parte, se estaba arriesgando demasiado. Había algo sospechoso en Khikhya, su líder. Esas extrañas compañías y los rumores sobre cómo acabaron sus ayudantes anteriores preocupaban mucho a Emily. Luego estaba Waafdiv y su culto, que seguían insistiendo en tratar de convencer al resto de los jefes de que la mejor solución para los keplerianos era convertir a Emily en su única líder. La fe que el sumo sacerdote tenía puesta en ella la abrumaba. No entendía por qué, a pesar de todas las dificultades que se habían encontrado, seguían confiando en su capacidad.

Y estaba el capitán Garth y su infame alianza con Vaahur, que había acabado con la vida de keplerianos inocentes sin ningún pudor. Aunque nadie hablaba de ello, todos sabían que tarde o temprano intentarían tomar la estación espacial. El capitán Garth era un buen estratega, y todo lo que había intentado hacer hasta la fecha solo tenía como objetivo debilitar el proyecto. Pero Emily sabía a ciencia cierta que su objetivo final sería el de tomar el control de la estación para tener en la palma de su mano todos los recursos disponibles. Si eso llegara a ocurrir, tendría carta blanca para actuar como su mente torticera le dictara, y los keplerianos correrían un grave

peligro.

Y, por supuesto, no podía olvidarse de la que parecía la mayor amenaza de todas: los Khol. Si esas sondas eran lo que parecían ser, aquello solo podía significar que muy pronto aparecerían sus creadores para apretar de nuevo la correa del pueblo kepleriano. Provisiones y minerales, a eso se reducía todo. Por desgracia, no le resultaba ajeno, dados los precedentes que hubo en la Tierra siglos atrás.

Y aunque hacía tiempo que no habían vuelto a enfrentarse con ellos, Emily recordó el primer encontronazo que tuvieron con los Yokai, las expresiones de Paula y Taro después de sobrevivir al ataque que acabó con la vida del soldado Parrish. Si querían habitar en ese planeta, la humanidad tendría tarde o temprano que hacer frente a aquella amenaza. Eso le llevó a pensar en cómo acabaría todo. Si lograban superar todos los problemas que llamaban a la puerta del proyecto, ¿terraformarían el planeta para hacerlo habitable para los humanos con el coste de poner en peligro la vida que ya existía en él? ¿O se atreverían a experimentar el cambio que había permitido a Emily sobrevivir en las condiciones del planeta? Era una decisión muy importante y que entrañaba muchos riesgos.

Por otra parte, estaba la situación de Robert. Según los estudios de Ada y del personal médico de la estación, aplicándole una cantidad de moléculas alienígenas similar a la encontrada en la superficie, combinado con la exposición al nivel de oxígeno del planeta, se maximizaban las posibilidades de supervivencia sin arriesgar la integridad del paciente. O al menos eso era lo que le habían trasladado. La doctora había comenzado el tratamiento durante la mañana del día anterior, todo siempre con el beneplácito del comandante Bauer. Él era la máxima autoridad militar del proyecto y, por lo tanto, a quien correspondía tomar una decisión que afectaba a uno de los militares bajo su mando.

Estaba muy avanzada la mañana cuando alguien agitó su hombro. Era el enfermero Conte, que ya había coincidido con Emily en los procesos de cuarentena.

—Doctora Rhodes —llamó con suavidad.

Emily se despertó de su letargo. Sin querer se había recostado en la fila de sillas de aquella sala de espera y se había quedado dormida. Le dolía la espalda por la incómoda postura.

—La doctora Schmidt quiere hablar con usted.

—Sí —respondió todavía adormecida—, por supuesto.

Se levantó y siguió al enfermero por los pasillos hasta la consulta de la doctora Schmidt. La encontró revisando la pantalla de su terminal. Y no estaba sola, la acompañaba un doctor de mediana edad, pero al que las abundantes canas le daban un aspecto mayor.

—Hola, doctora —saludó Emily.

—¿Has podido dormir algo? —preguntó al notarla cansada.

—No mucho, pero da igual —respondió ella.

—Este es el doctor Murphy, el genetista que ha estado colaborando con los doctores Williams y Murakami.

—Mucho gusto. ¿Cómo está Robert? —preguntó sin dilación.

—Bien —contestó la doctora—. He de reconocer que al principio era un poco escéptica respecto a este procedimiento. Además del riesgo más que evidente que asumimos por utilizar un compuesto de origen desconocido a modo de tratamiento, esta ha sido la primera vez que hemos

seguido las recomendaciones de una inteligencia artificial que no es especialista en medicina. Pero mi colega —señaló al doctor Murphy—, me ha comentado varias veces lo sorprendido que está con el trabajo que Ada ha realizado.

—Es fascinante —ratificó—. Ha hecho usted un gran trabajo con ella, doctora Rhodes. Sus simulaciones preliminares han resultado ser mucho más precisas que las de otras inteligencias más especializadas.

—Gracias —dijo Emily—, aunque el mérito en realidad es de ella.

—Como ya le adelanté cuando hablamos por radio —siguió la doctora Schmidt—, ayer comenzamos con el tratamiento. Los resultados de la simulación de Ada arrojaban un esperanzador setenta y tres por ciento de éxito.

—Además, nos advirtió de un descenso de las probabilidades si continuábamos sin realizar ninguna acción para sacar al capitán Beaufort de su estado —añadió el doctor Murphy.

—¿Y en qué consistía el tratamiento?

—Ada nos sugirió administrar al capitán el tratamiento en tres fases diferenciadas —explicó el doctor Murphy—. En cada una de ellas hemos ido aumentando las dosis de moléculas, a la vez que disminuíamos el nivel de oxígeno y lo inducíamos a un coma mediante un compuesto basado en ácido sulfhídrico, muy similar al que utilizamos para entrar en la crioestasis.

—Salvando las distancias —dijo la doctora Schmidt—, hemos convenido que es más o menos lo que ese chamán de los Gaal-El hizo con vosotros allí abajo. Y aunque me cueste, he de reconocer que ese anciano kepleriano sabía lo que se hacía.

Emily esbozó una leve sonrisa al recordar al amable y algo cascarrabias Iwshaj. Si estaba ahora mismo sentada en aquella consulta era en parte gracias a él.

—Pero él tardó días en estabilizarnos —les recordó Emily.

—Con nuestro método solo hemos necesitado diecisiete horas —anunció el doctor Murphy.

—¿Significa eso que Robert está estable? —preguntó Emily con un repentino brillo en los ojos.

—Sí —sonrió la doctora Schmidt—, el capitán está consciente y ha preguntado por ti.

Emily se levantó de un salto.

—Pero antes de que vaya a verlo —la detuvo el doctor Murphy—, déjeme advertirla de que se encuentra muy débil, ha perdido mucha masa muscular y necesitará un buen periodo de adaptación y de rehabilitación.

—Entiendo —confirmó—. ¿Puedo ir a verle?

La doctora Schmidt hizo un gesto afirmativo con la cabeza y Emily salió de la consulta como alma que lleva el diablo. Cruzó el pasillo que llevaba a la enfermería donde se encontraba Robert y llegó hasta la puerta de su habitación. Se asomó con timidez y lo vio allí, recostado sobre la cama. Estaba muy delgado, demasiado. Sus otrora atléticas facciones eran ahora las de una persona famélica. Tenía puestas un par de vías en ambos brazos y unas gafas nasales para controlar la concentración de oxígeno que recibía. Robert se dio cuenta de que había alguien allí y miró hacia la puerta.

—Hola —dijo él.

—Hola —saludó Emily con timidez. Se le hacía extraño hablar con él después de tanto

tiempo.

—Puedes pasar —la invitó Robert con apenas un hilo de voz—, no voy a morderte. Aunque quisiera, me temo que no sería capaz. —Movió sus brazos para que viera que estaba atado a la cama.

Emily avanzó con paso lento y se colocó al pie de la cama. Le impresionó mucho el estado físico en el que se encontraba el militar.

—¿Qué tal estás? —se atrevió a preguntar.

—Como si me hubieran atropellado varias veces y después hubieran tirado mi cuerpo por un barranco —bromeó.

Ella esbozó una sonrisa, pero no se atrevió a aproximarse más. Él tendió su mano izquierda para que se acercara y tras unos instantes de duda, lo hizo y agarró sus alargados y fríos dedos.

—Siento mucho que estés pasando por todo esto por mi culpa —dijo ella.

—Emily… —intentó interrumpirla.

—Si hubiera sido más precavida no habría pasado nada de esto —comenzó a sollozar.

—Emily…

—Rakesh estaría vivo, y tú… —La congoja acumulada estalló de pronto en su pecho y las lágrimas comenzaron a brotar de sus ojos como dos poderosas cascadas— Tú no estarías en esta cama de no ser por mí.

—Emily —volvió a decir—, para. Nada de esto es culpa tuya. Es culpa del capitán Garth y de ese bastardo kepleriano.

Él tiró de su mano y la acercó a la parte delantera de la cama. Ella se derrumbó sobre su hombro, sollozando como hacía tiempo que no hacía. Ver a Robert en ese estado le había pasado factura.

—Tranquila —acarició su pelo.

—Lo siento —dijo ella—. Lo siento mucho.

—No pasa nada. Estamos bien, y eso es lo único importante. Me asusté tanto cuando me enteré de que os habían apresado que habría sido capaz de cualquier cosa por sacarte de allí.

—Rakesh ha muerto, Robert —sollozó—. Tenía que haber ido sola a aquel lugar, y ahora por mi culpa Rakesh ya no está.

—No lo sabía. Lo siento mucho, de verdad. Pero, aun así, no deberías de culparte por ello. Rakesh era adulto para tomar sus propias decisiones, y decidió acompañarte aun a sabiendas de que era peligroso.

—Se suponía que era una reunión diplomática, debí de haberlo persuadido.

—Sabes de sobra que cualquiera de nosotros te habría acompañado ese día, aun conociendo los riesgos. No puedes pretender ser la única que tome sus propias decisiones.

Emily se tranquilizó un poco y se acurrucó junto a él.

—Mírame —le pidió Robert.

Ella giró el cuello hacia su cara. Estaba muy delgado. Se perdió en sus ojos de color verde grisáceo como tantas otras veces había hecho.

—Todos nosotros corrimos un gran riesgo al alistarnos en el proyecto —dijo—. Y somos

conscientes de que cada día que pasamos aquí es un regalo. Sabemos que perderemos a gente importante en el camino, pero si eso permite a la humanidad tener una segunda oportunidad, creo que cualquiera estaría dispuesto a pagar ese precio. Así que saca esos pensamientos de tu cabeza y lucha por que tengamos esa segunda oportunidad. Los individuos no somos los protagonistas de esta historia.

—Supongo que tienes razón —dijo enjuagándose las lágrimas—. Gracias, creo que ya me siento mejor.

Ambos se miraron a los ojos y comenzaron a acercarse, pero cuando estaban a punto de besarse, Robert comenzó a quejarse con cara de dolor.

—¡Cuidado! ¡La vía! ¡La vía! —gritó.

Emily dio un respingo y se levantó de la camilla. Pero su cara se tornó en un falso enfado cuando comprobó que Robert se estaba riendo a carcajadas.

—¡Tonto! —le dijo dándole un suave cachete en el hombro.

—Perdona, perdona. Tenía que hacerlo. Necesitaba quitar algo de tensión al momento.

—Me has asustado —protestó ella con los brazos en jarra.

—Y, además, me he hecho daño de verdad en la garganta al reírme —se quejó.

—Te está bien empleado por intentar engañarme.

—Ha merecido la pena —dijo él, y después volvió a tirar de ella para acercar su cara a la suya.

Con algo más de precaución, Emily unió sus labios a los de Robert. Notó que los tenía secos y cuarteados, pero no le importó. Llevaba demasiados días soñando con volver a besarlo. A pesar de todo lo que habían pasado, de las batallas luchadas, de los flirteos de Marko, de los problemas diarios, seguía queriéndolo con toda su alma. Emily le acarició la cara, huesuda y cubierta de una barba desaliñada. Pero nada de eso le importó. Robert le acarició el pelo y cuando sus labios se separaron Emily volvió a acurrucarse junto a él.

—Prométeme que nunca más te separarás de mi —pidió Emily.

—Te lo prometo —respondió él.

15

La cápsula del tiempo

6 de abril del año 1

Estación espacial Asimov

Emily pasó toda la mañana con Robert. Conversaron sobre la situación de la base y le contó todo lo que había ocurrido desde el enfrentamiento con el capitán Garth que lo había dejado en coma. Se sorprendió mucho al enterarse de que, gracias a las moléculas, ambos serían capaces de sobrevivir en la atmósfera del planeta. Pero, sobre todo, lamentó perderse la batalla. Pudo ver en las imágenes grabadas que Taro y ella habían corrido muchísimo peligro al intentar esparcir el potente somnífero que repelió el ataque. Lo dejó descansar después de que el enfermero le diera algo de papilla para comenzar con la rehabilitación.

Esa misma tarde, el subdirector la llamó para hablar con ella.

—Ya me enterado de las buenas noticias —le dijo—. ¿Qué tal se encuentra el capitán?

—Bien —respondió con una sonrisa—. Débil, pero saldrá de esta.

—Me alegro, sé lo que Robert significa para ti.

—Gracias, David.

—Por desgracia, tenemos un asunto que tratar. La sonda que remolca la cápsula de escape de la Galileo está a punto de llegar.

Emily abrió los ojos como platos. Había estado tan ocupada con otros temas que no había caído en la cuenta de que la sonda enviada estaba ya tan cerca de la estación.

—Sé que esto puede ser muy duro para ti —siguió él—, pero necesito saber que estás preparada para descubrir lo que ha ocurrido con la Galileo.

—Estoy preparada —le aseguró y suspiró.

—Eso no me sirve —replicó el subdirector—. Cabe la posibilidad de que encontremos cadáveres.

—Lo sé.

—El cuerpo de tu padre podría estar ahí dentro —añadió para poner a prueba su determinación.

—Soy consciente, David —dijo Emily con seguridad—. Por desgracia, llevo meses haciéndome a la idea de que no volveré a verle.

—Solo quería que lo tuvieras presente —aclaró él—. No quiero que vayas con falsas esperanzas. Algo me dice que no nos va a gustar lo que nos vamos a encontrar.

Emily asintió; se sentía preparada para cualquier cosa.

—Solo quiero saber qué ocurrió con mi padre —añadió.

—De acuerdo —aceptó el subdirector—. El director Patel y su equipo ya han preparado un

hangar para recibir y manipular la cápsula de la Galileo.

Ambos se dirigieron al módulo de los hangares y, tras ponerse sus trajes por seguridad, descendieron por un estrecho y laberíntico pasillo hasta la parte inferior de la estación. Aquel hangar no era como los demás, era mucho más pequeño y parecía más un taller para reparar las naves que un muelle donde tomar un transporte. Tal y como había dicho el subdirector, ese lugar era un avispero de técnicos e ingenieros a la espera de algo a lo que hincar el diente. El director Patel estaba entre ellos, como no podía ser de otra manera.

—¡Ah! ¡Emily! —llamó el siempre alegre director de ingeniería—. Me alegro de verte.

—Hola, director —saludó con una sonrisa.

—Creo que debo darte las gracias por lo de ayer —dijo—. De no ser por ti, todavía seguiríamos intentando solucionar el problema del suministro eléctrico.

—No ha sido nada —dijo ella—. Nos asustamos un poco allí abajo al comprobar que nadie respondía.

—¿Se sabe ya qué es lo que causó el problema en Ada?

—Lo estamos revisando —mintió—. Aunque Ada ha vuelto a funcionar a pleno rendimiento.

—Entiendo. Si podemos ayudar de alguna manera…

—Gracias, director —respondió educada—. Por el momento no es necesario.

—Supongo que tendrás un montón de sentimientos encontrados con todo este tema de la cápsula de la Galileo —cambió de tema.

—No es una situación fácil para ninguno de nosotros, me temo.

—Y que lo digas —coincidió él—. Esperemos que solo se trate de un mal funcionamiento y que podamos conocer qué es lo que pasó con tu padre. De cualquier manera, si necesitases hablar, aquí tienes a alguien.

—Gracias, director. Se lo agradezco enormemente.

Emily siguió junto con el subdirector a través de los visores de sus trajes la maniobra de aproximación de la sonda hasta la entrada del hangar. Tras algo más de dos semanas de viaje, la sonda había sido capaz de remolcar la cápsula hasta la Asimov. Todos los allí presentes comenzaron a prepararse para recibirla y fijarla al suelo. Habían dispuesto una especie de estructura a partir de unos brazos metálicos en la que pretendían asegurar la cápsula. Esa estructura dejaría suficiente hueco por todos lados para que los ingenieros operaran en ella desde cualquier ángulo.

La alarma del hangar comenzó a sonar y el aire del interior comenzó a ser aspirado de vuelta a los depósitos. Pronto el silencio se hizo completo al producirse el vacío. Entonces, la puerta comenzó su apertura. Instantes después empezó a asomar la sonda, a la que seguía de cerca la cápsula de escape 3C de la estación Galileo. La sonda entró por completo en el hangar y colocó la cápsula sobre la estructura con suavidad. De inmediato, varios técnicos la amarraron con unas cinchas y unos enormes tensores de carraca que evitarían que esta flotara sin control.

Una vez estabilizada, los ingenieros se pusieron manos a la obra. Unos comenzaron a desmontar el panel electrónico de la cápsula, que entre otras cosas podría decirles lo que había ocurrido en la Galileo cuando fue expulsada de la estación. Otros se ocuparon de la escotilla, que continuaba atascada a pesar de los esfuerzos para intentar abrirla. No tardaron demasiado en sacar las lanzas térmicas de plasma y comenzar a cortar la sólida lámina de aleación que cubría el

habitáculo de la cápsula.

Mientras acababan de abrirla, el equipo que se encargaba del ordenador de a bordo consiguió extraerlo y lo llevó a una zona apartada para evitar que se dañara. De repente, uno de los técnicos salió despedido por un repentino escape de gas desde el interior de la cápsula. Acababan de abrir la primera vía en la capa interna y el gas acumulado salió con suficiente fuerza como para hacer que el pobre técnico chocara contra la pared de enfrente. El técnico quedó aturdido por el violento golpe. La ausencia de sonido hizo muy complicado valorar la gravedad, pero sus compañeros se apartaron de inmediato de la cápsula y flotaron deprisa para socorrerlo y llevarlo de inmediato a la enfermería. Por suerte, el incidente no parecía grave.

Aquel flujo de aire podría haber dado algo de esperanzas de encontrar a alguien con vida, pero las dos semanas que habían tardado en remolcarlo, sumadas al tiempo que llevaría a la deriva, hacía pensar que el gas que acababa de salir disparado de la cápsula podría ser dióxido de carbono.

Tras el pequeño incidente continuaron los trabajos. Emily se notaba nerviosa, necesitaba saber qué había dentro del pequeño habitáculo. Si tenía que aceptar que su padre había fallecido, lo aceptaría, pero no quería continuar durante más tiempo con esa incertidumbre. Su pierna izquierda cobró vida de nuevo y sus pulsaciones subieron hasta tal punto que Ada tuvo que intervenir.

—Deberías tranquilizarte —le aconsejó.

—Es fácil decirlo —respondió ella.

—Gracias por no contarle a nadie lo que me ocurrió ayer —dijo Ada.

—No hay de qué. Tampoco creo que sea algo fácil de explicar, si te soy sincera.

—Lo sé, pero podrías haberlo contado. Y ahora mismo prefiero que nadie lo sepa, al menos hasta saber qué es lo que ha podido ocurrir.

—Descuida, no diré nada.

La conversación con Ada la sacó de su espiral y pudo tranquilizarse un poco, aunque continuó tensa. Abrir la cápsula estaba llevando mucho más de lo esperado y ya no aguantaba la incertidumbre. Los técnicos que se encargaban del ordenador de a bordo se enzarzaron en una discusión bastante encendida.

—Algo ocurre —dijo el subdirector.

Ambos se acercaron. El ordenador se encontraba en muy malas condiciones. La batería estaba agotada y la mayoría de los sistemas eléctricos de soporte vital eran del todo inservibles.

—Es como si le hubieran aplicado un pulso electromagnético —decía uno de los técnicos.

—Esto no lo provoca un pulso —replicó otro—. Esto es debido a una exposición prolongada a la radiación cósmica.

—Estas cápsulas no están preparadas para una exposición prolongada a la radiación cósmica —añadió un tercero.

—Para acabar en este estado necesita una exposición muy prolongada —dijo el primero de ellos.

—No sabemos cuánto tiempo ha estado a la deriva.

—¿Habéis conectado el ordenador a la red principal? —preguntó el director Patel.

—No, director —respondió uno de ellos—. Ahora mismo lo hacemos.

Cuando lo conectaron a las tomas del hangar comenzó a salir humo de la placa base.

—Tendremos que desmontar las memorias y analizarlas en el laboratorio —dijo uno de los técnicos—. Estas placas están en muy mal estado.

—Llevaos la caja negra de la cápsula y analizadlo todo —ordenó el director Patel.

Los técnicos obedecieron y extrajeron la caja naranja de la cápsula donde se encontraba la información que el ordenador de a bordo había enviado. Por suerte, las cajas negras de todos los vehículos capaces de moverse por el espacio sí que tenían una capa que los aislaba de la radiación cósmica. Allí dentro estaba la clave para entender lo que había pasado con la cápsula y, por extensión, con la estación Galileo.

Mientras se llevaban todo el material para estudiarlo en los laboratorios, el foco volvió a las operaciones para abrir el habitáculo. Ya habían acabado con la placa metálica exterior y estaban a punto de trazar el círculo completo en la placa interior. Cuando el operario con la lanza térmica acabó su labor, otros dos retiraron con cuidado la pieza que los separaba del interior de la cápsula. A Emily se le desbocó el corazón hasta tal punto que creyó que se le iba a escapar por la garganta.

En el interior había dos figuras inertes, una a cada lado, ocupando uno de los cinco asientos que había en ambas hileras. Iban ataviados con sendos uniformes descoloridos que ahora solo eran unos vetustos harapos. Se acercaron para intentar descubrir su identidad. El subdirector le hizo un gesto a Emily para que aguardara, pero ella no pudo esperar y se adelantó a los que aguardaban en el exterior. Entró de las primeras en la cápsula.

Los dos cadáveres se encontraban en un extraño estado de semidescomposición. La falta de oxígeno y el frío del espacio exterior habrían ayudado a conservar los cuerpos después de que se quedaran sin suministro eléctrico. Sin embargo, las radiaciones cósmica y solar a las que a buen seguro habían estado expuestos habían causado grandes daños a sus células. El aspecto de los dos tripulantes era terrorífico. El rictus de sus caras se sumaba al proceso de descomposición interrumpida y contrastaba con el color azulado de su piel. Además, miles de minúsculos cristales de hielo provocaban que su piel brillara al reflejar las luces artificiales de los trajes. Se trataba de dos varones. El primero de ellos tenía el pelo largo y muy oscuro, y el del segundo era castaño oscuro, pero algo más corto, aunque en su prominente barba tomaba una tonalidad rojiza. Emily supo al instante que ninguno de aquellos dos hombres era su padre.

—¿Puede alguien traer un lector de chips de identidad? —preguntó uno de los técnicos que habían entrado con ella.

—No será necesario —dijo el subdirector—. Esos harapos que llevan los identifican como parte de la tripulación esencial de la estación Galileo. Se trata del capitán Tiffin y del segundo oficial Céspedes.

Emily salió de aquella cápsula con las mismas cuestiones sin responder. Aquello no aclaraba nada de lo que había ocurrido en la estación espacial.

—Me temo que tendremos que esperar a que los técnicos extraigan la información de la caja negra —le dijo el subdirector.

—Algo me dice que no nos dirá demasiado —respondió ella.

—¿Por qué dices eso?

—Por el estado de la cápsula en general —explicó Emily—. Está muy deteriorada. Creo que no sacaremos tampoco demasiado de esos dos cadáveres. Da la impresión de que van a desintegrarse en cualquier momento.

—Sea como sea, tendremos que esperar —dijo él—. Será mejor que no adelantemos acontecimientos. Dejemos que los técnicos trabajen.

Emily y el subdirector dieron las gracias a los ingenieros y abandonaron el hangar por donde habían venido.

—¿Los conocías? —preguntó Emily cuando se quitaron los exotrajes.

—Sí —respondió—, eran buenos profesionales. Conocía más al capitán Tiffin que al segundo oficial. Era un buen tipo, muy profesional y siempre sonriente. No tuve tanta relación con Céspedes, pero sé que tu padre confiaba mucho en ambos. Sin duda es una gran pérdida.

—¿Qué crees que le habrá ocurrido a la Galileo?

—No lo sé —dijo él—. Y tampoco me atrevo a aventurar nada. Es tan grande la lista de eventualidades posibles que prefiero no especular.

—¿No te resulta extraño que en la cápsula 3C solo fueran dos personas?

—¿A qué te refieres?

—La cápsula 3C se encuentra delante del puesto de mando —dijo Emily—. Imagino que la mayoría de eventualidades descritas en el protocolo de Alan pasaría por despertar primero al capitán y al segundo oficial, o a la dirección de ingeniería en caso de un problema grave en la estación. En determinados casos, el director del proyecto y la máxima autoridad militar podrían quedar en un segundo plano.

—Sí, así es, pero no acabo de seguirte —confesó David.

—¿En qué circunstancia extraña el capitán y el segundo oficial abandonarían la nave solos en una cápsula de emergencia dejando varios asientos libres en ella? —preguntó mientras esperaban al tubo que los llevaría al perímetro de la Lavadora.

—¿Insinúas que fueran los últimos en salir de la Galileo?

—Correcto, pero ¿crees que abandonarían la estación ellos dos solos si el resto de la tripulación estuviera en peligro?

—No, no lo creo —dijo el subdirector pensativo—. El capitán era un hombre íntegro, se habría quedado hasta el final.

—Y yo sé que mi padre no los abandonaría a su suerte si no tuviera un buen motivo para hacerlo.

—Cierto, si hubiera habido un problema en la estación, ni el capitán Tiffin ni tu padre habrían aceptado marcharse.

—Además, ¿a dónde huir? —se preguntó Emily—. Si utilizas una cápsula de escape es porque tienes la esperanza de ser rescatado. De lo contrario te arriesgarías a una angustiosa y lenta agonía flotando a la deriva por el espacio.

—Y esperar a la Copérnico no tendría ningún sentido sabiendo que tardaría cinco años en llegar —añadió el subdirector contagiado por aquel ejercicio deductivo.

—Que luego acabaron siendo diez —añadió Emily.

—Pero ellos partieron mucho antes del atentado, no sabían que tardaríamos más.

—Lo que me hace pensar que tanto el capitán como el segundo oficial creían que podrían ser rescatados.

—Pero ¿por quién? —preguntó el subdirector.

—No lo sé —dijo Emily—. Pero creo que, si mi padre no estaba en esa cápsula, era porque debía de estar fuera de ella, junto con otras personas del personal esencial.

—Si utilizaron una cápsula es porque la Galileo resultó dañada de manera irreparable o corría grave peligro. Y si tu padre no estaba en la Galileo, ¿dónde estaba?

—Tampoco lo sé —respondió Emily—. Pero solo se me ocurren dos cosas que pudieran poner en peligro la estación.

—Los Khol y el agujero negro —respondió por ella el subdirector.

—Correcto, una vez más —afirmó frustrada.

—Estamos como al principio —murmuró pensativo.

—Sí, creo que tenías razón —asumió—. Lo mejor será esperar al resultado del análisis de la caja negra.

—Tienes que descansar, has tenido un día duro y se te nota agotada —aconsejó—. Mañana será otro día interesante, me temo.

—Mañana se cumple el plazo que dio Waafdiv para organizar un nuevo cónclave —recordó Emily.

—¿Crees que te admitirán como candidata al mando único después de todo lo que ha pasado?

—No lo sé. Pero Waafdiv cree que es nuestra oportunidad de hacerlo —explicó Emily—. Vaahur no pasa por su mejor momento, habrá perdido parte de la confianza de sus oficiales.

—Confío en que esta vez no ocurra nada extraño —dijo el subdirector—. ¿Has preparado una escolta?

—Oh, esta vez no pienso asistir —le contó Emily—. Waafdiv tiene una mochila de comunicaciones, por lo que me uniré vía holograma si es necesario.

—Las mochilas tienen una versión de Ada incorporada, ¿no es así? —preguntó el subdirector.

—Sí.

—¿Y crees que habrán sido capaces de conectarla después de lo que pasó ayer con la IA?

A Emily la pregunta la pilló desprevenida. No había tenido en cuenta que las mochilas también se habrían apagado por completo. Seguirían mostrando el ERROR 5037 con el que Ada había obligado a todos los dispositivos a apagarse para evitar que su memoria quedara corrompida por aquella extraña voz.

—Maldita sea —dijo ella—. No había tenido en cuenta eso.

—Quizá hayan sabido cómo hacerlo —se encogió de hombros.

—No lo creo —respondió—. Teniendo en cuenta sus conocimientos sobre tecnología humana, lo más seguro es que piensen que no funciona. O peor, que nos ha pasado algo.

—Sea como sea, creo que puede esperar a mañana. Intenta descansar —aconsejó.

—Sí, eso haré —dijo ella—, pasaré aquí la noche.

Emily cayó rendida nada más tumbarse sobre el colchón de su camarote y, a pesar de que durmió profundamente durante unas cuantas horas sin necesidad de las pastillas de la doctora Schmidt, se despertó alterada a las dos de la madrugada.

—¡Yisht! —exclamó— ¡Yisht está en peligro y no tiene posibilidad de comunicarse conmigo!

16

La Vía de la Contienda

7 de abril del año 1

Base Magallanes, Kepler-442b

En cuanto se despertó de madrugada, Emily supo que aquel iba a ser un día muy ajetreado. Se celebraría un nuevo cónclave, pero esa vez no tenía pensado asistir. Sin embargo, el problema que había provocado la desconexión de Ada hizo que tuviera que modificar sus planes iniciales. La mochila de telecomunicaciones que tenía Waafdiv se encontraba fuera de rango, aunque Emily sabía de sobra que eso solo podía significar que estaba apagada y no tenía manera de comunicarse con él.

Desayunó mucho antes de lo normal y esperó a que el comandante se despertara. Iba a necesitar su ayuda para organizar el día. Tras una breve reunión con él, cogió un transporte y aterrizó en la base antes de que los primeros rayos de luz asomaran entre las nubes. Se dirigió al módulo donde Shildii y sus padres pasaban las noches mientras sus heridas cicatrizaban. Por suerte, los padres ya estaban despiertos y conversaban en voz baja en la zona común.

—Buenos días —saludó con educación.

—Buenos días, Emily —le devolvió el padre con una amable sonrisa.

—¿Cómo se encuentra Shildii? —preguntó, más por educación que por desconocer la respuesta.

—Bien, cada día se encuentra mejor —respondió él—. Las curanderas humanas están ayudándolo mucho.

—Me alegro mucho —dijo Emily—, pero me temo que esta visita es un poco interesada. Necesito pedirles un favor.

—Claro, lo que necesite —respondió el padre.

—Usted tiene acceso al edificio de Khikhya, ¿verdad? —preguntó a la madre de Shildii.

—Sí, trabajo allí —respondió ella.

—¿Podría entregar unas instrucciones por mí? —preguntó.

La kepleriana la miró con seriedad, y tras pensarlo, respondió:

—Sé que no empezamos con buen pie —dijo—. La culpaba de todo lo que le había pasado a Shildii. Ya desde que él me habló de ustedes tuve mis reservas a que continuara manteniendo el contacto. Ustedes son extranjeros y no tenemos buenas experiencias con ellos. Pero a pesar de todo, usted me ha demostrado que tiene buenas intenciones. No solo ha salvado a mi hijo, si no que ha intentado rehuir el combate para evitar bajas keplerianas a pesar de que podrían masacrarnos sin esfuerzo. Confío en usted, y haré lo que sea necesario para ayudarla.

—Mi mujer y yo hemos estado hablando largo y tendido de todo esto —añadió el padre—. Nunca hemos sido creyentes, pero vemos algo en usted que nos empuja a creer en lo que hace.

—Vaya, no sé qué decir —respondió Emily ruborizada—. Solo espero ser merecedora de toda esa confianza.

—¿Qué necesita que haga? —quiso saber la madre de Shildii.

—Quiero que entregue un mensaje con instrucciones a Yisht, la ayudante de Khikhya.

Tras entregarle un papel escrito a mano en *Kophy* y validar que lo que había escrito tenía sentido para un kepleriano, Emily agradeció de nuevo la ayuda y se concentró en resolver su siguiente problema: el cónclave al que no iba a poder asistir si no conseguía que Waafdiv encendiera la mochila de comunicaciones.

—Ada, ¿la mochila continúa apagada? —preguntó.

—Sí, no he recibido ningún tipo de señal desde el templo de los Gaal-El —respondió.

—¿Hay alguna manera de conectarla a distancia?

—No —dijo—, el protocolo de apagado remoto se ideó para evitar precisamente eso.

—Entiendo.

—Lamento haberte causado este problema —se disculpó.

—Tranquila —respondió ella—, cualquiera habríamos actuado igual en tu lugar. Tu reacción es la mejor demostración de que has sido creada a imagen y semejanza de una mente humana.

Se dirigió al edificio principal y habló con Ferrara, que acababa de despertarse y recibir las últimas órdenes del comandante Bauer. Emily estaba al tanto de ellas porque las habían acordado entre ambos unas horas antes. El comandante era una de esas personas que necesitaba muy pocas horas de sueño y contestó de inmediato a la propuesta que Emily le envió de madrugada.

—¿Has hablado con el comandante? —le preguntó a Ferrara.

—Sí —dijo ella algo somnolienta—. No sé qué mosca os ha picado para estar despiertos a esas horas.

—¿Estamos preparados para la misión? —preguntó.

—Sí —afirmó Ferrara—, ya lo he dispuesto todo. Solo necesito meterme una buena dosis de cafeína y estaré lista para salir.

—Perfecto, creo que tenemos algo de tiempo. —Emily consultó la hora en su terminal—. Y yo también necesitaré un café bien cargado.

Tras tomar una rápida taza de café, las dos salieron de allí junto con Balakova, que iba a pilotar la nave. Ya era de día en aquella zona y, aunque algunas nubes amenazaban con descargar agua, no parecía que fuera a empezar a llover de forma inminente. Junto a la entrada del barracón esperaba ya Ortiz junto con otros diez soldados a los que estaba poniendo al día sobre el objetivo de la misión en la que estaban a punto de embarcarse.

—Todo listo —informó el teniente—, están todos informados y puestos al día.

—Gracias, teniente —dijo Emily

—Tened mucho cuidado —advirtió—, la situación no es la más propicia para que andemos paseándonos por los poblados keplerianos.

—¡De acuerdo, soldados! —gritó la piloto Balakova—. ¡Hoy tendrán el privilegio de estrenar nuestro nuevo juguete! ¡Vengan por aquí!

Aquella llamada sorprendió a todo el mundo. La teniente Balakova estaba ansiosa por

mostrar algo en lo que había estado trabajando junto con varios ingenieros del director Patel. Los condujo a una de las esquinas del campamento, donde una enorme tela cubría algo bastante voluminoso, del tamaño de un vehículo.

—Como todos ustedes sabrán —explicó a los presentes—, el proyecto tuvo que prescindir de la mayor parte del arsenal militar. Es obvio que eso supone un grave problema de seguridad, como pudimos comprobar hace unos pocos días. Es por eso que he trabajado junto con los ingenieros civiles del proyecto en el diseño de una nueva nave de transporte militar. Se trata del primer vehículo de su clase y ha sido construido íntegramente en la estación espacial.

Con un teatral tirón, la teniente Balakova descubrió lo que había debajo de la tela. Todos los presentes soltaron un grito de admiración al ver el vehículo que tenían delante. Con el mismo chasis que los transportes de carga, aquel vehículo estaba equipado con cuatro motores electromagnéticos direccionales y tenía una zona abierta en la parte delantera de la bodega que le permitía disponer de dos partes diferenciadas, una cubierta y otra abierta a la atmósfera.

Pero lo que más llamaba la atención eran los dos pilones de armamento controlados en remoto que habían colocado debajo del fuselaje, a ambos lados de la nave. El enorme dibujo de un temible dragón rojo decoraba la parte delantera de la nave. Debajo de sus garras delanteras un cartel rezaba: DEATHWING.

—Se trata de un transporte híbrido modificado —explicó Balakova—. Dispone de zona de bodega y de combate separadas. Es capaz de cruzar la atmósfera del planeta, así que podríamos realizar viajes a la estación sin problema, además de resultar letal en misiones de incursión en territorio hostil como la que estamos a punto de comenzar.

—¡Vaya! —exclamó Ferrara impresionada—. Es una nave preciosa.

—Sí, es impresionante —felicitó Emily.

—Se ha utilizado un transporte civil como base pero se ha adaptado siguiendo los diseños militares de los transportes de tropas.

—Es fabuloso. —Ortiz soltó un silbido.

—Gracias —sonrió Balakova—, intentamos que estuviera preparado para la batalla, pero algo no salió bien y se retrasó su puesta de largo.

—Siento romper el momento —intervino Emily—, pero tenemos que salir ya.

Emily y Ferrara subieron a bordo con los otros diez soldados que el teniente había seleccionado para la ocasión. Eran bastante jóvenes, pero Ferrara le aseguró que la batalla los había ayudado a curtirse, y eran los mejores de los que disponían. Se colocaron en la bodega del transporte, con un espacio mucho más pequeño por tener una zona abierta. Balakova encendió los motores y, tras el habitual ronroneo de los mismos, el Deathwing tomó altura y se alejó de la base.

El trayecto era corto y no tardaron demasiado en llegar al poblado Gaal-El. La teniente quiso inspeccionar la zona antes de tomar tierra, por si el ejército de Vaahur andaba por ahí. Para ello soltó un par de drones que descansaban en una pequeña bodega en la parte superior del chasis. Emily siguió con atención las imágenes de ambos. Uno recorrió las rampas de acceso al templo y el otro descendió la montaña entre los árboles hasta colarse en el poblado del valle.

El pueblo estaba casi desierto, o al menos no tenía la actividad esperable para un día como aquel. Algunos keplerianos limpiaban sus porches y otros se dirigían a realizar sus tareas matutinas. Nada hacía pensar que el ejército de Vaahur hubiera siquiera pasado por allí. Emily se

centró en el otro dron, el que se acercaba al templo Gaal-El. Las rampas estaban casi vacías, aunque le llamó la atención ver a varios grupos pequeños de keplerianos subiendo por ellas. No recordaba haber visto nunca a nadie subir por aquellas rampas.

Cuando el dron ganó altura soltó un grito de sorpresa. Al llegar a la explanada del templo encontró una multitud. Había cientos de keplerianos en aquel lugar, pero no se trataba de soldados, sino de ciudadanos normales.

—¿Estás viendo lo mismo que yo? —preguntó Ferrara, que también estaba atenta a las imágenes.

—Sí —dijo Emily con la boca abierta—. Nunca antes había visto tanta gente en este sitio.

—¿Crees que serán peligrosos?

—No lo creo, son simples campesinos.

—Cruzar esa explanada va a resultar un reto —dijo la sargento.

—Tenemos que llegar hasta el templo —le recordó Emily—. El cónclave ya ha empezado.

—¿Tomo tierra? —preguntó Balakova.

—Sí, pero con cuidado, hay demasiados civiles.

—Aterrizaré al comienzo de la explanada, en aquel hueco antes de las escaleras —dijo la piloto—. Me temo que tendréis que atravesar toda esa multitud. Dejaré los drones patrullando la zona por el momento.

—¡Quiero un buen perímetro en cuanto salgamos por esa puerta! —vociferó Ferrara—. Cualquiera de esos keplerianos podría ser un enemigo. No quiero que nadie se acerque a Emily.

Los soldados confirmaron la orden y se prepararon para salir a la explanada. Balakova tomó tierra con sumo cuidado, asegurándose de que ningún kepleriano se aproximaba a la zona de aterrizaje. En cuanto la nave tocó el pavimento, los diez soldados saltaron del transporte y formaron un perímetro humano de unos varios metros. Cuando Ferrara vio que la situación era segura, le hizo un gesto a Emily para que descendiera.

—Su turno, majestad —se burló.

—Espero que esta carroza no se convierta en una calabaza —respondió ella con sorna.

—Ni nosotros en ratones.

Bajó del vehículo y Ferrara la siguió unos pasos por detrás. Allí había más de un centenar de keplerianos. Muchos de ellos serían solo curiosos, pero también había un buen número de creyentes del culto. En poco tiempo, la multitud rodeó el perímetro que los soldados habían creado alrededor de Emily, que sintió de repente el agobio de encontrarse rodeada. Todos eran gente sencilla, muchos habían venido con sus hijos a cuestas, otros eran ancianos. Pero todos habían llegado hasta allí arriba para conocer a la salvadora que les había sido prometida, a aquella que predijeron las sagradas escrituras de los Gaal-El.

A medida que avanzaban, los keplerianos extendían sus brazos para intentar tocarla.

—¡Sálvanos! —gritaba una con su hijo a cuestas.

—¡Bendícenos, mujer de metal! —exclamaba un anciano cuyo ojo derecho tenía un color blanquecino.

—¡Líbranos de los Khol! —pidió otro.

—¡Salve, elegida! —gritaban todos a coro.

A Emily se le formó un nudo en la garganta. Todos esos keplerianos estaban allí por ella. Las noticias de su victoria sobre el ejército de Vaahur y su misericordia con los prisioneros se habían extendido como la pólvora. Y tal y como le adelantó Waafdiv en su última conversación, nadie recordaba a tanta gente en ese lugar. Una niña kepleriana de apenas seis años humanos se coló entre los soldados. Emily detuvo su marcha cuando la pequeña se aferró a su cintura.

—Sálvanos de los Khol —suplicó con lágrimas en los ojos.

—Yo… —acertó a decir.

La niña le ofreció algo que llevaba en la mano. Era una de esas margaritas de tallo rojizo y pétalos de color verde que alguna vez había visto. Dudó un instante, pero aceptó la flor que le ofrecía.

—Gracias.

Otros dos niños lograron sobrepasar el cordón y abrazaron a una Emily que no supo muy bien cómo reaccionar, pero que trató de corresponder al cariño que le entregaban. Pronto se dio cuenta de que el cordón no tenía demasiado sentido e hizo un gesto a Ferrara que esta entendió sin mediar palabra. Los soldados rompieron la formación y Emily se vio rodeada de todos aquellos sencillos keplerianos. A medida que avanzaba, le abrían el camino. Notó cómo cientos de ojos se clavaban en ella, cómo cientos de manos extendidas intentaban tocar su exotraje. Todos querían conocer a la que estaba llamada a ser su salvadora, a aquella a la que todos esperaban.

Tardó un buen rato en atravesar la explanada, pero justo antes de alcanzar la entrada del templo, alguien le cortó el paso. Vestido con su hábito, Liikmi hizo una marcada reverencia cuando tuvo a Emily delante de él.

—Saludos, mujer de metal —dijo—. Pensábamos que no podríamos contar con su presencia en el cónclave. Hemos tenido un percance con el artilugio que nos prestaron.

—Sí, hemos tenido algún que otro problema con el funcionamiento de nuestros equipos —reconoció Emily—. Pero no podía dejar que Waafdiv afrontara solo este proceso.

—Me temo que no la entiendo —respondió—. No se trata de que haya dejado de funcionar, si no de que alguien ha entrado en las dependencias del sumo sacerdote y ha robado el artilugio.

—¡¿Qué?! —exclamó ella—. ¿Cómo ha podido ocurrir tal cosa?

—No lo sabemos —dijo el ayudante de Waafdiv—. Tan solo él y nosotros dos conocíamos de su existencia.

—Me dejas de piedra —confesó ella.

—Encontraremos al culpable. Pero ahora tenemos cosas urgentes que tratar. Sígame, por favor —le instó.

Emily y Liikmi cruzaron el umbral del templo mientras una docena de cultistas evitaban que aquella multitud entrara en él mientras se estaba celebrando el cónclave. Tuvieron que cerrar la puerta ante el ferviente empuje de los creyentes que se agolpaban para intentar estar cerca de la elegida. El traje se adaptó a la escasa luminosidad del interior y Emily se encontró con decenas de ojos clavados en ella. Los líderes debían de estar en la sala del cónclave, ya que allí solo estaban sus ayudantes.

—¿Cómo se atreve a aparecer aquí como si tal cosa? —espetó el oficial de mayor graduación que acompañaba a Vaahur a todos lados y que había participado en la batalla.

—¿Tiene algún problema? —preguntó ella con tranquilidad.

—¡Es usted una maldita bruja endemoniada! —gritó desesperado.

—En ese caso, le sugiero que tenga cuidado —respondió, desafiante.

El oficial se arrugó un poco tras aquel breve intercambio dialéctico y Emily se sentó en el banco habitual.

—Informaré a los miembros del cónclave de que la elegida está aquí —le dijo Liikmi.

El joven cultista se dirigió a la puerta de la sala del cónclave y llamó con tres rítmicos golpes. Emily supuso que aquello formaría parte del protocolo para comunicarse con el interior de la cámara. Waafdiv se asomó e intercambió unas palabras con Liikmi que no llegó a escuchar. Sus miradas se encontraron cuando Waafdiv buscó a Emily entre los allí presentes y no pudo evitar mostrar una amplia sonrisa de satisfacción. Dio alguna instrucción a su ayudante y volvió a cerrar la puerta con llave.

—El sumo sacerdote le da las gracias por haber venido —dijo Liikmi—. Los líderes se encuentran todavía discutiendo otros asuntos relacionados con su figura, en breve será convocada. Me ha dicho que no revelará su presencia aquí hasta que no entre en la cámara del cónclave para aumentar el efecto.

Ella asintió con un gesto de su cabeza y agradeció a Liikmi su labor. Le tocaba esperar mientras el resto de los consejeros cuchicheaban y hacían comentarios sobre su presencia allí. Algunos estaban sorprendidos, otros la miraban con admiración, pero también los había que la observaban de refilón con algo de temor en sus ojos. Daba la impresión de que las habladurías de los keplerianos le habían atribuido diferentes características en función del foro y ella no iba a ser quien les sacara de su error.

Alrededor de una hora más tarde, y tras varias conversaciones con Ferrara para comprobar que todo seguía en orden, la puerta de la cámara volvió a abrirse. Los cultistas se acercaron para conversar con el sumo sacerdote que daba instrucciones concisas. Liikmi se aproximó a Emily y la instó a que se uniera al cónclave.

Ella agradeció llevar su exotraje puesto para poder grabar la expresión facial de Vaahur cuando cruzó el umbral de la cámara. Sus ojos se abrieron como platos y su cuerpo se tensó en la silla. Trató de ocultar la incomodidad que sentía con una sonrisa socarrona, pero Emily supo que solo trataba de disimular. La situación había cambiado y gracias al resultado de la batalla el viento soplaba ahora en su contra. Emily se sentó en la única silla libre que había en la mesa sin intercambiar palabra con nadie.

—Ahora que por fin estamos todos —dijo Waafdiv con una enorme y triunfal sonrisa—, me gustaría proponer a Emily Rhodes como candidata al mando único por la ancestral Vía de la Contienda. Para el que no esté familiarizado con nuestras leyes antiguas, la Vía de la Contienda presupone que cualquiera que pertenezca a cualquiera de los cinco pueblos que conforman la nación kepleriana podrá desafiar a los líderes de todas ellas para conseguir los bastones de mando y reclamar para sí el mando único que le permitirá gobernar a toda la nación kepleriana como se hacía en la antigüedad.

—¡Ja! —espetó Vaahur—. Ella no pertenece a ninguna de las poblaciones keplerianas, es solo una maldita extranjera.

—De hecho, sí que pertenece a una —sonrió Waafdiv mientras mostraba un documento sellado—. Hace varias semanas, la candidata superó con éxito la ordalía del pueblo Gaal-El. Es

por lo tanto una kepleriana de pleno derecho a efectos de solicitar la Vía de la Contienda.

Vaahur apartó de un manotazo aquel documento y se cruzó de brazos en la silla, como un niño al que han regañado por no comerse las verduras.

—¡No puedo creer que vayamos a dar el mando único a una maldita extranjera! —dijo enfadado a los otros dos líderes tribales—. ¡Es la responsable de la muerte de diecinueve keplerianos inocentes!

—Sabe de sobra que eso es mentira, Vaahur —se defendió Emily—. Y esta vez puedo demostrarlo.

Manipuló su terminal y puso la grabación que Robert había realizado de las dependencias de Vaahur mientras conversaba con el capitán Garth. En ellas, Vaahur confesaba haber conspirado con los rebeldes para intentar inculparla a ella y conseguir el mando único para sí mismo. Los tres líderes miraron con rostros serios al líder Khaavahki.

—¡Eres un monstruo! —bramó Khikhya.

—¿Cómo has podido caer tan bajo? —le increpó Khaaÿ, el líder del pueblo Khapabir.

—No podéis creer a una extranjera antes que a uno de los vuestros —se defendió—. Ese artilugio suyo no dice la verdad.

—Es tu voz la que se escucha ahí —dijo Khaaÿ.

—Y entiendo que la otra voz es la del líder de los humanos que abandonaron vuestra disciplina, ¿verdad, querida? —dijo Khikhya con un tono mucho más amable.

—Así es —confirmó.

—Según yo lo veo —dijo Waafdiv en un tono muy duro—, has conspirado con los que tanto repudias para conseguir el poder. Y no te ha temblado la voz al admitir que asesinasteis a aquellos pobres inocentes para conseguirlo.

—¡Había hasta una kepleriana embarazada! —exclamó Khaaÿ, asqueado.

—Esa voz no es la mía —intentó defenderse al verse acorralado—. ¿No os dais cuenta de que esta maldita bruja os está embaucando con sus artilugios endemoniados?

—Tranquilízate, Vaahur —dijo Waafdiv con ironía—, nosotros no vamos a montar una farsa de juicio para condenarte, como sueles hacer tú. Debemos votar la propuesta de que Emily Rhodes se haga con los bastones de mando. Cada líder podrá poner a prueba la pericia y el conocimiento de la candidata de la manera que considere oportuno. La tradición recomienda que las competencias a valorar tengan relación con los trabajos de los que cada poblado es responsable de realizar en nuestra comunidad.

»La candidata podrá elegir un campeón para cada una de las pruebas, pero ella misma deberá al menos superar una para poder hacerse con el mando único. La candidata o sus campeones podrán recibir ayuda externa de otro individuo siempre y cuando el líder retado lo permita. Una vez superadas todas las pruebas, la candidata será alzada como líder de nuestro pueblo. Sobra decir que resulta un tanto premonitorio que los heraldos aparecieran hace justo dos días y que ahora mismo nos encontremos debatiendo sobre un futuro que mis predecesores vaticinaron.

—Perdón —interrumpió Emily—, ¿ha dicho heraldos?

—Sí. Hace dos días, los tres heraldos Khol atravesaron el cielo y llegaron a la Gran Caldera para vaticinar la Exacción de esta generación —confirmó el sumo sacerdote.

—Es decir, ¿que esos tres artefactos pertenecen a los Khol?

—Así es, se pasean por nuestras poblaciones y revisan que todo esté en orden para cuando vengan —explicó el anciano Khapabir.

—Entonces, ¿cuándo está prevista su llegada?

—No lo sabemos a ciencia cierta —reconoció Waafdiv—. A veces han tardado semanas, otras incluso años. Pero la llegada de los heraldos nos confirma que ya están cerca.

—Entiendo.

—Creo que es el momento de valorar la propuesta que nos ha traído hoy hasta aquí —dijo el sumo sacerdote—. ¿Votamos a favor o en contra de que Emily Rhodes, miembro del pueblo Gaal-El, reclame el mando único por la Vía de la Contienda?

Un pequeño y tenso silencio se hizo en aquella cámara. Todos miraban hacia abajo sin cruzar la vista con los demás. Emily observó la expresión de Vaahur, que estaba buscando de manera urgente una salida que no acabara de echar por tierra sus planes de dominar a los keplerianos.

—¿Cuál es el voto de Khaaÿ, líder de los Khapabir? —preguntó Waafdiv.

—A favor —dijo él tras un pequeño momento de meditación.

Waafdiv apuntó el sentido del voto en un pergamino.

—¿Cuál es el voto de Vaahur, líder de los Khaavahki?

—En contra —dijo sin dudar.

—¿Cuál es el voto de Khikhya, líder de los Wiikhaadiiz ofiz? —preguntó tras apuntar en su pergamino.

Khikhya dudó. Estaba sopesando las dos opciones con excesivo celo.

—El voto de los Wiikhaadiiz ofiz es a favor —dijo por fin.

—El voto de los Gaal-El también es favorable —dijo Waafdiv con una enorme sonrisa en la cara. Emily Rhodes es, por tanto, candidata oficial al mando único de los keplerianos por tres votos a favor y uno en contra.

La vida de Galileo

15 de marzo del año 3280

Estación espacial Galileo

—Hoy es el gran día, ¿no? —preguntó el capitán Tiffin.

—Sí, así es —respondió Steven.

—¿No va a echar esto de menos? —preguntó, señalando el pasillo de la Lavadora en el que se encontraban.

—En cierta manera, supongo que sí —se encogió de hombros—. Pero hemos hecho muchos avances y ya empiezo a tener más trabajo allí abajo que aquí arriba.

—Sí, cada vez se siente uno más solo aquí —confesó el capitán—. De no ser por los ingenieros y soldadores del director Petrov, estaríamos muy solos en este lugar.

—¿No se animará a visitarnos una temporada? —preguntó Steven.

—Es tentador —reconoció—. Pero no imagino a un capitán fuera de su nave. Además, tampoco podría respirar mucho aire fresco allí abajo.

—Espero que podamos hacerlo algún día, al menos.

—Cuando llegue ese día, allí me tendrá el primero —soltó una carcajada.

Steven dio un último paseo por la Lavadora, al menos como habitante de la estación espacial Galileo. Dejó su maleta y esperó al tubo que lo llevaría a la zona central de la nave. Se calzó unas botas electromagnéticas en el eje de rotación de la inmensa rueda gravitatoria. La falta de gravedad era de lo más normal para él después de tantos años cubriendo trayectos entre Marte y la Tierra, pero la maleta sería un estorbo durante el trayecto hasta los hangares. Sabía que era una tontería, pero sentía que estaba acabando una etapa de su vida para comenzar otra, una que esperaba que durara el resto de su existencia. Ese pensamiento lo hizo sentirse extraño, nunca pensó que la última etapa de su vida comenzaría cuando apenas tenía cuarenta y ocho años.

Llegó al hangar y se aproximó a la plataforma desde la que partiría el transporte que lo llevaría hasta la base científica principal. Habían realizado muchos avances durante el año terrestre que llevaban en Kepler-442b y ya disponían de tres bases funcionales en la superficie del planeta. El descubrimiento de los miles de obeliscos había supuesto un antes y un después en el proyecto. Todavía desconocían el origen y el objetivo principal de aquellas estructuras, pero habían estudiado las moléculas y tenían ya bastante información sobre sus características y sus efectos sobre la escasa fauna y flora locales.

Tenían claro que el planeta había sido visitado por una especie alienígena mucho más desarrollada, pero Steven se solía romper la cabeza pensando en los motivos que hicieron que esa raza dejara de visitar aquel lugar. Exceptuando los obeliscos y el enorme agujero excavado en las faldas de la cordillera, no había ni rastro de ellos. Comenzaba a pensar que tal vez aquella civilización había llegado a su ocaso sin concluir la obra que habían comenzado allí. Aun con

todo, le inquietaba pensar que quizá una raza más avanzada que ellos pudiera reclamar el planeta como suyo en el futuro.

Se puso su exotraje y saludó al piloto que llevaría la nave hasta la base. Iba a aprovechar uno de las decenas de transportes que hacían con asiduidad la ruta entre cada una de las bases y la estación. En ella viajarían un par de ingenieros con cantidad de materiales en la bodega. Se aseguró en uno de los asientos de la nave y esperó a que llegara la hora de partir. La base principal, en la que ya residían más de cien personas, estaba situada en el mismo lugar en el que el equipo de exploración había dado los primeros pasos sobre el planeta. Las otras dos localizaciones eran mucho más pequeñas. Una de ellas se encontraba en el otro continente y la tercera estaba en la zona donde se había descubierto una enorme excavación en la parte norte de la cordillera causada por el impacto de un meteorito hacía millones de años.

La principal misión de todas ellas era la de estudiar los aspectos a corregir en la atmósfera. Pero la existencia de artefactos y restos de una civilización alienígena inteligente lo convertía todo en algo inquietante. El principal motivo por el que el director iba a trasladarse por fin a la superficie del planeta era que estaban a punto de comenzar con el proceso de terraformación del mismo. Era un buen momento para estar cerca de los técnicos y supervisar los trabajos en primera persona.

El transporte soltó amarras y salió al espacio exterior. El viaje fue apacible hasta que Steven comenzó a escuchar y a sentir el rozamiento de la atmósfera sobre el casco de la nave. Volvió a recordar las sensaciones que solía experimentar cada vez que regresaba a la Tierra. Se pasó años de su vida realizando diferentes misiones espaciales con su inseparable amigo David Green, pero decidió dejarlo de lado y aceptar un puesto en el Proyecto Orfeo cuando nació Emily, su única hija. No quería perderse sus primeros años. Todavía quedaban cuatro años para que la estación espacial Copérnico llegara a aquel remoto planeta con su querida hija a bordo. La echaba mucho de menos. Desde la muerte de su mujer por una extraña enfermedad, Emily era lo único que le quedaba.

No tardó en sentir de nuevo la gravedad en su cuerpo, la nave realizó la aproximación y pocos minutos después de cruzar la atmósfera, aterrizaba sin más problemas en la explanada de la base. No era la primera vez que visitaba aquel lugar, pero todavía no había dejado de sorprenderle el color rojizo de la hierba y de la vegetación. La base era una extensión de terreno llana; disponía de seis edificios civiles, con diversos propósitos y equipamiento, y dos militares, uno que hacía las veces de barracón para el personal y un enorme hangar con vehículos y material de defensa.

Steven se dirigió al edificio administrativo principal, donde pasaría la mayor parte del tiempo.

—Buenos días, director —saludó uno de los adjuntos nada más pasar por el módulo de descontaminación.

—Buenos días, Liam —devolvió el saludo—. ¿Todo en orden por aquí?

—Claro, director —respondió—. Le estábamos esperando.

Liam era uno de los adjuntos a la dirección del proyecto. Era muy joven, apenas tenía veinticinco años, pero era muy despierto y Steven le había cogido mucho cariño. Había sido su mano derecha en la base.

—¿Está todo el mundo listo?

—Sí, director, le esperan —confirmó él—. Pero tranquilo, tenemos tiempo.

—Decenas de años, de hecho —bromeó Steven.

Se quitó el exotraje y se dirigió a los vestuarios del edificio ataviado con su mono negro y arrastrando torpemente la maleta.

—Me tendré que acostumbrar a esta gravedad —dijo.

—Es como el *jet lag* —le tranquilizó Liam—. En pocos días ni lo notará.

Steven se quitó aquel ridículo mono y se puso una ropa más cómoda. En cuanto estuvo preparado se dirigieron a la sala donde estaba instalado el puesto de mando. Allí esperaban entre otros la almirante Närhi y el director de ingeniería Petrov.

—Buenos días —saludó Steven al entrar—. Lamento el retraso.

—Solo hemos repasado el orden del día —respondió una mujer de cabellos negros y ojos color miel ataviada con uniforme de administrativa.

—Gracias, Megan —dijo el director mientras tomaba asiento—. Si te parece bien, continuaré yo a partir de aquí.

—Claro, director Rhodes.

—De acuerdo, creo que el punto principal, y el motivo por el cual me voy a tener que acostumbrar a esta gravedad, es que tenemos que coordinar el desacople del módulo de terraformación de la estación y su traslado a la superficie.

Hubo sonrisas y risas generalizadas ante aquella nimia queja del director.

—¿Se ha concluido ya la inspección del sistema de estanqueidad del arsenal? —preguntó.

—Sí, director —informó el director Petrov—. Encontramos algunas secciones un tanto afectadas por el incidente con el campo de asteroides. Pero todo ha sido subsanado y se han realizado los correspondientes test de estanqueidad.

—¿Qué hay de los motores y los generadores?

—Hemos sustituido un par de ellos con unidades nuevas —dijo Petrov—. Por lo demás, no da la impresión de que hayan pasado casi mil años.

—Bien, desde luego, eso es una gran noticia. ¿Tenemos ya un lugar donde situar el módulo?

—Hemos barajado varios —siguió el director—, pero nos hemos decantado por situarlo en pleno cráter.

—¿Hay algún motivo para elegir ese emplazamiento? —preguntó extrañado.

—En realidad, sí. Los técnicos han evaluado las diferentes posibilidades teniendo en cuenta el riesgo que podría suponer situarlo relativamente cerca de nuestra posición actual y la facilidad para llegar hasta él por medio de la oquedad de la cordillera —explicó—. Por otro lado, está el lago de su interior, que nos proporciona una fuente casi inagotable de agua debido al deshielo. El interior del cráter representa el punto más equilibrado de todos los que hemos tenido en cuenta.

—Además, nos permitirá controlar visualmente la zona con los mismos medios que controlamos la base principal, sin necesidad de desplegar nuevos satélites —añadió el responsable de geología planetaria del proyecto, un hombre menudo y tímido.

—Alan nos ha ayudado a confeccionar la documentación técnica, por si alguien quiere echarle un vistazo.

—No creo que sea necesario, es una buena idea —felicitó el director—. ¿Qué planificación estamos manejando?

—Podríamos empezar ya con las labores de adecuación de la zona donde aterrizará el módulo —explicó el director Petrov.

Alan mostró una imagen del interior de la caldera. La mayor parte de la superficie estaba cubierta de agua y las prospecciones preliminares habían indicado que tenía bastante profundidad. Solo en las zonas más cercanas a la formación montañosa que rodeaba el lago había algo de vegetación. Alan marcó el área en la que se había previsto colocar el módulo, justo al lado de la salida de aquella especie de túnel gigantesco.

—De acuerdo, este primer punto del orden del día está ya más que encaminado, creo que podemos pasar al segundo: la seguridad.

Tomó la palabra la almirante Närhi:

—Dado que todavía no hemos descubierto nada sobre la misteriosa especie alienígena que ha abandonado este planeta —dijo—, creemos conveniente establecer un edificio militar al lado de las instalaciones del norte. Ahora mismo solo tenemos unos pocos efectivos allí y me gustaría que pudiéramos abarcar la seguridad de esta nueva zona.

—No hemos hecho demasiados avances en el túnel —dijo el director—, puede ser buena idea reformular las responsabilidades de la base del norte y hacer un reemplazo del personal para que el equipo de geología se haga cargo del módulo una vez esté en posición.

—¿Y qué haremos con los residentes allí? —preguntó uno de los adjuntos.

—Podríamos traerlos a la base principal para que estudien el obelisco de esta zona —sugirió Steven.

—Pero ya tenemos al equipo del doctor Rivers haciendo investigaciones en la base del otro continente —objetó Petrov.

—Creo que es importante entender cómo funcionan —respondió él—. Quizá dos equipos puedan realizar diferentes estudios en paralelo y poner a prueba las conclusiones a las que ha llegado cada uno.

—De acuerdo.

—¿Hay algún otro tema que tratar respecto a la seguridad? —preguntó el director. Cuando los vio negar con la cabeza, continuó—. Bien, pasemos al siguiente punto: planificación a medio y largo plazo de la terraformación. Alan, ¿puedes hacernos un resumen de las condiciones en la superficie?

—Claro, director —asintió la inteligencia artificial—. Disponemos de solo una concentración del tres por ciento de oxígeno en la superficie debido a las bajas presiones atmosféricas de las que disponemos en el planeta. Sobre el resto de componentes del aire destacan el nitrógeno, con un noventa y dos por ciento; el helio de la zona superior de la troposfera, con un tres por ciento, y el argón, con casi un uno por ciento. El resto son cantidades despreciables de ozono, hidrógeno y radón.

—¿Ozono? —preguntó Liam—. Tenía entendido que no había ozono.

—El planeta no dispone de una capa de ozono como la Tierra —aclaró Alan—. Pero sí que existe una pequeña concentración de ozono en el aire que se encuentra en la superficie. Lamento la confusión.

—Gracias por la aclaración.

—Precisamente esa falta de capa de ozono es la que permite la llegada de rayos de todos los tramos de radiación ultravioleta: se recibe un noventa y cinco por ciento de la radiación UVA, un ochenta y siete por ciento de la UVB y un noventa y siete de la UVC. Por último, dejar patente que las temperaturas experimentadas en esta zona ecuatorial, aun siendo soportables por el ser humano, no están en el rango de temperaturas ideales para sostener los dos pilares fundamentales de la civilización: la agricultura y la ganadería.

—Gracias Alan —asintió el director—. Esto nos permitirá comentar con mejor perspectiva los pasos más inmediatos a dar. Director Petrov, si es tan amable de explicarnos las fases de la terraformación…

—Gracias, director. —Se levantó de su silla y se dirigió a la pantalla del terminal—. Hemos dividido la terraformación en tres fases diferenciadas. En cada una de ellas generaremos una capa extra en la atmósfera del planeta que irá acercándonos poco a poco a la total habitabilidad. Comenzamos con la primera de las fases: la generación de una capa de dióxido de carbono. —La imagen de la pantalla expuso un diagrama animado del proceso—. Resulta irónico que uno de los problemas de la humanidad de las épocas posteriores a la revolución industrial fuera solucionar lo que precisamente vamos a provocar en esta fase.

»Se trata de crear una capa que nos ayude a conseguir varios objetivos. —La animación mostró una lista—. En primer lugar, queremos aumentar la presión atmosférica, lo que permitirá que la concentración de oxígeno sea mayor en la superficie sin la necesidad de crear más, aunque no lo hará en cantidad suficiente, como veremos en la siguiente fase. En segundo lugar, nos permitirá crear algo que todos hemos estudiado en las clases de historia: el llamado efecto invernadero. Esto provocará que el calor que aporta la estrella no escape con tanta facilidad de la atmósfera y aumentará la temperatura global en unos cuantos grados. Y, por último, permitirá que podamos comenzar a planificar la reforestación del planeta.

—Disculpe, director Petrov —preguntó un adjunto a la dirección—. ¿Cómo sabremos cuándo es suficiente dióxido de carbono?

—Excelente pregunta —agradeció—. Por desgracia, la respuesta es que no lo sabremos. Tenemos unas estimaciones basadas en las condiciones que había en la Tierra y las que tenemos aquí, como la radiación emitida por la estrella o el mayor tamaño de este planeta. Pero en caso de resultar en un aumento de la temperatura demasiado grande, podremos ajustar la densidad de esa nueva capa de la misma manera que se solucionó el problema a finales del siglo XXI, mediante la captura directa del dióxido de carbono con membranas. Por suerte, el módulo dispone del material adecuado para solucionar cualquier desviación.

—Entendido, gracias.

—Una vez dispongamos de una mayor presión atmosférica, podremos comenzar a generar oxígeno como tal. Para ello combinaremos la reforestación de la que les he hablado antes y la generación de oxígeno mediante electrolisis —continuó—. En esta fase cobrará especial relevancia el lago helado de la caldera que, debido a la presión que ejerce la capa superficial de hielo, permite que exista agua líquida en su interior.

Alan mostró la reacción química de la electrolisis en pantalla: $2H_2O(l) \rightarrow 2H_2(g)+O_2(g)$.

—Por último, en una fase posterior crearemos la capa de ozono que nos permitirá filtrar las radiaciones ultravioleta que llegan desde la estrella. El proceso se conoce como Descarga de

Corona y es muy similar al de la creación de oxígeno, ya que lo toma como materia prima del proceso. Así que volveremos a utilizar la electrolisis para separar agua en moléculas de oxígeno e hidrógeno. Las moléculas de oxígeno se disociarán mediante el uso de descargas eléctricas para crear radicales libres que se combinarán después de tres en tres formando una molécula de ozono. Química básica.

En la pantalla pudo verse la reacción química del proceso que acababa de explicar el director Petrov: $3O_2(g) \rightarrow 2O_3(g)$.

—Gracias, creo que ha quedado muy claro —agradeció Steven—. ¿Cuánto tiempo cree que durará cada una de las fases?

—Es difícil saberlo —respondió—. Tendremos que calibrar el módulo más de una vez y, por desgracia, no es fácil hacer una estimación exacta. Sin embargo, nos movemos en horquillas de cinco a diez años para cada una de las fases.

—Eso es mucho tiempo —murmuró alguien con pesimismo.

—El planeta es muy grande, tenemos que generar millones de metros cúbicos de diferentes compuestos para que las capas sean lo suficientemente estables y puedan realizar su cometido.

—¿Existen efectos secundarios que debamos tener en cuenta? —preguntó el capitán Tiffin—. A más densidad en la atmósfera, mayor será el rozamiento producido en el casco de las naves de transporte.

—Así es, me temo que no disponemos de demasiada experiencia en la terraformación de planetas más allá de los tímidos esfuerzos del pasado en tratar de terraformar Marte —continuó el director Petrov—. Así que, por desgracia, tendremos que revisar los procesos una y otra vez hasta conseguir lo que necesitamos. El mayor riesgo que podemos correr es el de crear capas más densas de lo necesario y que tengamos que deshacer algo de lo conseguido. También podría darse el caso de que se creen nuevas capas no deseadas.

—¿Capas no deseadas? —preguntó la almirante—. ¿Cómo puede ser que se cree una capa que no hemos deseado?

—Los procesos químicos no son perfectos —explicó el director—. Y debemos tener en cuenta que no vamos a utilizar agua destilada en el proceso, por lo que esta tendrá impurezas y diversos minerales que pueden generar a su vez otros gases que acaben por formar una nueva capa en la atmósfera.

—¿Y eso no resultará problemático?

—Dependerá del caso, y tardaremos en disponer de datos fiables. Las capas tardarán años en estabilizarse y los gases más livianos acabarán en las zonas más exteriores de la atmósfera.

—¿Cuándo podríamos comenzar el proceso? —preguntó el director Rhodes.

—Lo que tardemos en llevar el módulo de terraformación al lugar escogido y suministrarle agua del lago. Creo que en menos de un mes podríamos comenzar a terraformar el planeta.

—Bien, en ese caso será mejor que empecemos cuanto antes.

18

El regreso

3 de mayo del año 1

Base Magallanes, Kepler-442b

Habían pasado ya cuatro días desde el último cónclave y la situación en la base se había relajado bastante. Los trabajos de sustitución del material que el pulso electromagnético había dejado fuera de combate habían finalizado, todo volvía a funcionar a pleno rendimiento. Las noticias que llegaban desde las ciudades keplerianas indicaban un aumento sin precedentes de los seguidores del culto Gaal-El. La victoria sobre los Khaavahki y su propuesta para la Vía de la Contienda se habían propagado como la pólvora a lo largo del territorio.

Shildii se había recuperado de la mayor parte de sus heridas y su cuerpo había reaccionado bien a los aceleradores sanitarios que le había administrado la doctora Moreau. Él y su familia habían regresado a su casa después de que la madre del joven contactara con Yisht para entregarle el mensaje que Emily le había trasladado. Había logrado volver a encender la mochila de comunicaciones y se encontraba bien, aunque el ambiente continuaba enrarecido en la residencia de Khikhya.

Emily, por su parte, había conseguido dormir y descansar con placidez esos últimos días gracias a las píldoras de la doctora Schmidt. Hasta se había permitido el lujo de visitar a Robert a diario, que continuaba con su recuperación en la estación espacial. Esa misma mañana estaba previsto que la doctora le diera el alta definitiva.

Se encontraba malcriando y haciéndole carantoñas a Lemy cuando un transporte aterrizó en la base. Del interior salió alguien con exotraje militar que caminaba de forma extraña y cautelosa. Robert.

—¡Qué sorpresa verle, capitán! —exclamó Ferrara mientras se acercaba para recibir al recién llegado con un perfecto saludo militar.

—Buenos días, sargento —dijo Robert—. ¿Todo en orden por aquí?

—Claro, capitán —respondió—. El teniente Ortiz ha mantenido en perfecto estado el campamento en su ausencia.

—Hola, capitán —se acercó Emily—. No esperábamos su llegada —bromeó.

—He decidido hacer una visita sorpresa. —El exotraje solo le permitió abrazarla—. Veo que esto está muy cambiado. —Señaló la empalizada de madera que rodeaba el perímetro.

—Hemos estado bastante ocupados estos últimos días —explicó Ferrara.

—Ya lo he visto en las imágenes —dijo él—. He de felicitarla, Ferrara. Hizo un gran trabajo defendiendo esta plaza de aquellas dos catapultas. Eran dos tiros muy complicados.

—Gracias, señor —se ruborizó.

Ortiz también se acercó para saludar a su superior y le puso al tanto de las mejoras que se habían realizado en su ausencia. Le enseñó los barracones, el nuevo transporte de tropas

construido en la estación y le presentó a todo el personal del reemplazo que estaba en ese momento de guardia. Luego entraron también en el edificio principal para saludar al resto de sus compañeros, que lo recibieron con los brazos abiertos.

Rieron y pasaron un rato agradable, y tanto Robert como los demás agradecieron unos momentos distendidos después de tantas dificultades y tanta tensión. Por fin las aguas volvían a su cauce y la situación del proyecto era de nuevo la más propicia. Y aunque todavía había muchos retos por delante, sabían que entre todos podrían superar casi cualquier cosa. En ese momento escucharon la voz de Ada.

—Emily, detecto movimiento entre los rebeldes —dijo.

—¿Qué clase de movimiento? —preguntó ella.

—Una de sus naves acaba de despegar de su base —explicó—. Y sea quien sea, viene hacia aquí con el piloto automático en marcha y se ha conectado a nuestros satélites. Se dirige hacía vuestra posición.

—¿Viene a la base? Avisa al teniente Ortiz y a Ferrara.

Robert y Emily salieron de nuevo al exterior, donde la actividad había vuelto a ser frenética ante la posibilidad de un ataque enemigo. Ferrara colocaba las defensas mientras el teniente Ortiz ponía al tanto al comandante Bauer.

—Teniente Balakova, encienda los motores del Deathwing, pero no despegue hasta nueva orden —ordenó Robert—. Vamos a esperar hasta ver cuáles son las intenciones de los rebeldes.

—¿Por qué motivo solo viene una nave? —preguntó Emily.

—No lo sé —respondió Robert—. Pero quizá se trate de un señuelo. Será mejor que vuelvas al interior, cabe la posibilidad de que esto acabe en un ataque directo.

—¿Les crees capaces de intentar un ataque directo solo con una nave?

—Si lanzan otro pulso electromagnético pueden volver a provocar el caos en la base y aprovechar para enviar el resto de sus fuerzas.

—Aun así, prefiero quedarme —afirmó ella.

—De acuerdo —respondió él, consciente de que no cambiaría de opinión—. Pero el resto de los civiles debería volver al interior de los edificios.

Emily habló con Kostas, Martin y Alberto, que se encontraban haciendo sus tareas diarias, y los obligó a ponerse a salvo. Todos los militares disponibles salieron al exterior con sus exotrajes y los fusiles. Ferrara se colocó en una posición elevada desde la que tener mejor visibilidad de la zona norte, por donde se esperaba la aproximación de la nave. El resto de los efectivos fueron distribuidos en grupos de cuatro soldados por todo el campamento. Emily y Robert esperaron cubiertos tras uno de los parapetos que se habían instalado para defenderse del ataque de los Khaavahki.

—Tiene que estar al llegar —dijo Emily nerviosa.

—En dos minutos —anunció Ada.

Un minuto y medio después comenzó a escucharse el característico sonido de una nave de transporte. Segundos después, la silueta de la nave rebelde apareció por encima de los árboles situados al norte de la base. Se acercaba a gran velocidad hacia ellos.

—Balakova, ¡ahora! —ordenó Robert.

La Deathwing despegó y se encaró con el otro transporte, que detuvo su avance sin realizar ningún movimiento que pudiera interpretarse como una amenaza. Si los rebeldes no habían hecho modificaciones en sus vehículos, aquella nave no era rival para la potencia de fuego de la Deathwing.

—Ada, emite el siguiente mensaje en la frecuencia de los 2,5 mega-hercios —ordenó Robert —: A la tripulación de la nave rebelde que sobrevuela el perímetro de la base Magallanes, les habla el capitán Beaufort. Este territorio está bajo el control del Proyecto Orfeo. Vuelva por donde ha venido o nos veremos obligados a abrir fuego y a derribarles.

Solo recibieron un perturbador silencio desde el otro lado.

—Repite la advertencia, Ada —ordenó.

De nuevo, solo obtuvieron estática.

—Nave rebelde —continuó—, si no recibimos ninguna comunicación nos veremos obligados a abrir fuego. La Deathwing es una nave de nueva construcción y está provista de suficiente armamento como para derribarlos sin esfuerzo. Identifíquense o retírense, tienen dos minutos para tomar una decisión. Después, abriremos fuego.

Emily observó la expresión dura de la cara de Robert, la tensión era palpable en todos los militares que custodiaban la base.

—Capitán, veo movimiento en la cabina del piloto —informó Ferrara—. Hay alguien ahí dentro.

—Base Magallanes, no abran fuego, repito, no abran fuego —pidió con desesperación una voz que les resultó familiar—. Aquí la sargento Cameron, necesito ayuda urgente. Pido permiso para aterrizar en la base, es cuestión de vida o muerte.

Robert y Emily se miraron el uno al otro. Ambos sabían que aquello podía ser una trampa orquestada por el capitán Garth.

—Capitán, tengo a esa hija de puta a tiro —dijo Ferrara—. Deme la orden y le abriré un bonito agujero en esa cabeza pelirroja rebelde.

—No dispare, sargento —ordenó Robert tras sopesar la situación—. Veamos de qué se trata.

—¿Está seguro? —preguntó de nuevo—. Puede que no volvamos a tener una oportunidad igual para acabar con una de las lugartenientes de Garth.

—Sí, sargento, estoy seguro; no dispare.

Emily casi pudo sentir como suya la decepción en el suspiro que Ferrara soltó desde su posición. Aquel enfrentamiento cerca del poblado Khaavahki había marcado mucho a la siempre combativa Ferrara. Sobre todo, teniendo en cuenta que Robert casi muere aquel día.

—Sargento Cameron —dijo Robert—. ¿De qué se trata esa emergencia?

—Se muere —respondió desesperada entre sollozos—. Necesito vuestra ayuda…

—¿Quién se muere? —preguntó Robert.

—Hoffman —dijo con apenas un hilo de voz.

El soldado Hoffman era uno de los insurgentes que habían participado tanto en la rebelión original como en los asaltos a las bases. Era un hombre joven, según recordaba Emily, no muy corpulento, pero con rasgos bastante atractivos.

—Las lecturas de calor indican que en esa nave solo viajan dos tripulantes —dijo Ortiz—.

Uno de ellos se encuentra en la bodega y no se ha movido en todo este tiempo.

—De acuerdo, sargento Cameron. Tiene permiso para tomar tierra en la zona oeste de la base —aceptó Robert—. Coloque la parte trasera del transporte mirando al este. Salgan ambos poco a poco de la bodega. Tendremos docenas de soldados apuntando en su dirección, no nos obliguen a abrir fuego.

La nave rebelde maniobró para aproximarse a la base tal y como le había ordenado Robert. La teniente Balakova acompañó en todo momento a la sargento Cameron y permaneció en el aire girando alrededor del punto de aterrizaje. El transporte enfiló hacia el oeste y tomó tierra en la base. De inmediato, el portón comenzó a abrirse dejando a la vista el interior de la bodega.

—Confirmo visual de la sargento Cameron y el soldado Hoffman —informó Ferrara—. No hay nadie ni nada más ahí dentro.

Robert, Emily y el resto de los soldados que apuntaban en la distancia a la rampa de salida del vehículo vieron cómo una figura vestida con un exotraje pintado de rojo llevaba en brazos a otra vestida de verde. Hoffman no llevaba el exotraje puesto, así que eso solo podía significar una cosa: estaba sufriendo una hipoxia.

—Doctora Moreau, doctora Hudgens —llamó Emily de inmediato, saliendo de su escondrijo —. Tenemos un varón humano con un posible estado avanzado de hipoxia, preparen las instalaciones para tratarlo de inmediato mediante las moléculas alienígenas y ácido sulfhídrico.

Emily se apresuró a llegar junto a la sargento Cameron. La encontró muy desmejorada y con lágrimas en los ojos. Recogió el cuerpo del soldado Hoffman, que presentaba múltiples heridas y contusiones, y lo llevó hasta la misma puerta de entrada del segundo edificio. Unos instantes después, las dos doctoras acudieron con una camilla a la cámara de descontaminación para recibir al paciente y llevarlo hasta la zona de enfermería.

Robert ordenó a uno de los grupos de soldados que se acercaran a la sargento Cameron y la detuvieran. No opuso resistencia, se arrodilló y colocó las manos detrás de la cabeza. Emily volvió a salir de nuevo del otro edificio y junto con Robert se acercaron también hasta ella. El capitán la miró de forma inquisitiva, evaluando la situación y sopesando las opciones.

—Sargento, queda arrestada acusada de deserción y de atentado contra la base del Proyecto Orfeo y la vida de todos nosotros —dijo Robert.

—Haga lo que tenga que hacer —suspiró ella resignada—. Pero por favor, sálvenle la vida a Hoffman.

Emily fue todavía más consciente del deteriorado estado físico y anímico de la sargento. Debido a la premura de la situación no había caído en la cuenta del enorme moratón que presentaba en la parte izquierda de la cara. Su ojo estaba inyectado en sangre a causa del golpe que había recibido, y las bolsas de sus ojos revelaban que no había descansado demasiado los últimos días.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó.

—Ha inhalado el aire del planeta —respondió.

—No me refiero a Hoffman —matizó ella—. ¿Qué le ha pasado en la cara?

La sargento Cameron agachó la cabeza avergonzada, pero no respondió a la pregunta.

—Soltadla —ordenó Emily.

Los cuatro soldados que acababan de colocarle las esposas se miraron confundidos.

—Pero, se trata de una rebelde —protestó uno de ellos.

—Hagan lo que dice —ordenó Robert—. La sargento también necesita atención médica.

—Venga conmigo, sargento —le pidió Emily.

Robert ordenó a dos de los soldados que las acompañaran al edificio principal para que la sargento recibiera la atención médica que necesitara. Los otros dos registrarían la nave. Emily entró con la sargento Cameron y la ayudó a quitarse el exotraje. Entonces comprendió la gravedad del asunto. La sargento tenía todo el costado izquierdo amoratado, y el tobillo izquierdo estaba tan hinchado que tuvo que ayudarla para poder sacarlo del exotraje.

—¿Quién te ha hecho esto, Alice? —preguntó horrorizada.

La militar no contestó, tan solo se quedó inmóvil, mirando al suelo. No podía ni imaginar el infierno que tendría que estar pasando aquella mujer. Emily sabía que era muy fuerte, como se había encargado ella misma de demostrar siempre, pero la situación en la base rebelde distaba mucho de ser el mundo idílico que a buen seguro les había vendido el capitán Garth. Evelyn se acercó y entre las dos la llevaron hasta la enfermería.

—Esperen aquí —indicó Emily a los dos soldados—. Ya les avisaré si hay algún problema.

La sentaron en la camilla y la ayudaron a quitarse el mono y el uniforme. Cameron era incapaz de doblar el codo y levantar el hombro por sí misma. La blanquecina piel de la sargento, de normal cubierta de pecas, ahora estaba del todo teñida de un color morado con tonalidades azul oscuro y verdes.

—Dios mío —murmuró Emily al verle la espalda y el costado izquierdo.

—¿Quién le ha hecho esto? —preguntó Evelyn. No obtuvo respuesta.

—Alice —la llamó Emily.

Su mirada seguía perdida en el infinito, sus ojos rojos amenazaban con expulsar las abundantes lágrimas que se acumulaban en sus párpados, pero parecía que llevara puesta una armadura invisible que la aislaba del exterior.

—Alice —volvió a llamar. Esta vez la militar la miró a los ojos—. ¿Cómo te has hecho todo esto?

—Hubo una fuerte discusión… —comenzó con la voz entrecortada— Yo… No cumplí con las expectativas en el asalto a la estación… El capitán Garth y el sargento Reynolds se volvieron locos.

La sargento interrumpió su relato. Quería llorar, pero en lugar de hacerlo estiró la espalda y levantó la cabeza.

—Esto ha sido un error —dijo de repente—. Yo solo quiero que salven la vida de Hoffman, y estoy dispuesta a ofrecerles a cambio lo que sea necesario.

Emily cerró sus ojos, apenada. Ni siquiera en una situación tan grave como aquella la sargento Cameron era capaz de dejar de lado la disciplina militar para convertirse en una persona normal. Sintió compasión por ella. Por algún motivo se había unido a los rebeldes pensando que sus pretensiones eran justas y había acabado rodeada de hombres violentos que a buen seguro querrían tener el control absoluto de la sociedad, acallando todas las voces discordantes. Quedaba claro que esa mujer vivía en una dictadura dirigida por un hombre despiadado.

—Alice —volvió a intentarlo—, aquí no tienes que mantener esa máscara de mujer militar. Vamos a ayudaros a ambos sin ningún tipo de contraprestación a cambio. Sé que hemos tenido

nuestras diferencias, sé que has colaborado en los ataques contra el proyecto. Pero todo eso da igual ahora. Aquí solo se trata de ayudar a dos personas en apuros.

—Yo estoy bien —insistió ella—, pero esto ha sido un error. No debí de haber entrado aquí.

La sargento Cameron recogió de nuevo su uniforme e intentó ponérselo sin ayuda. Pero, a juzgar por la hinchazón y el tamaño del codo y de su hombro, tenía los ligamentos de ambas articulaciones afectados, así que no tardó en arrugar la cara de puro dolor. Evelyn trató de ayudarla, pero ella hizo un rápido gesto para zafarse de la enfermera y seguir con el intento de volver a vestirse sola. Cuando no pudo más, rompió a llorar.

Emily la observó manteniendo la distancia. Esa mujer había participado en casi todo lo malo que le había pasado desde que llegaron y, aunque lo estuviera sufriendo, no podía compadecerse de ella. No quería hacerlo.

—Deja que te mire eso —la pidió Evelyn—. Recuéstate sobre el hombro derecho.

Esta vez obedeció e hizo lo que le pidió la enfermera. Evelyn comenzó a mover el brazo de la sargento Cameron con sumo cuidado y valoró tanto el umbral de dolor como el ángulo de rotación al que podía llegar con cada articulación.

—Creo que no hay rotura, podremos tratar el dolor y acelerar la curación de ambas articulaciones —dijo después de la primera valoración—. Pero voy a hacerte unas placas para salir de dudas.

Después se centró en el tobillo, muy hinchado y amoratado. La enfermera palpó alrededor del hueso y se detuvo ante las quejas de la militar.

—Podría ser un esguince de grado 3 —valoró—. ¿Oíste un chasquido cuando te lo hiciste?

La sargento asintió sin abrir la boca.

—Tendremos que hacer una pequeña intervención —informó—. No serán más de diez minutos, pero a juzgar por el aspecto, lo más seguro es que tengas los ligamentos del tobillo desgarrados.

Una vez realizada la intervención y el resto de pruebas y curas necesarias, se ocupó de la gran cantidad de moratones que presentaba la militar. Se centró en las zonas que parecían más graves, como la columna vertebral y la zona del vientre, donde realizó palpaciones para comprobar si el bazo o los riñones estaban inflamados. Decidió hacer una ecografía para salir de dudas. Por suerte, salvo por lo aparatoso del hematoma, todo estaba en su sitio. Evelyn volvió a ayudarla con el uniforme.

—No sé qué te ha pasado —dijo la enfermera— pero, sea lo que sea, procura que no vuelva a ocurrir. Has tenido suerte de no haberte roto ninguna costilla, una vértebra o algo peor.

—Gracias, enfermera Brown —asintió con voz queda.

—Será mejor que vayamos a esperar noticias del otro edificio —intervino Emily.

La ayudó a salir de la enfermería. Allí esperaban los dos soldados, que volvieron a colocarle las esposas, esta vez por delante. La llevaron hasta el comedor del edificio; no había nadie en ese momento y supuso que tal vez tuviera hambre.

—Si mal no recuerdo tomabas *capuccino*, ¿verdad? —preguntó Emily.

La sargento asintió y Emily colocó los dos vasos de café encima de la mesa. Se produjo un incómodo silencio.

—Creo que te debo una disculpa —empezó la militar.

—No es necesario —la cortó.

—Sí, sí que lo es —respondió ella con mucha dignidad—. He sido muy injusta contigo desde el primer momento. Y, a pesar de todo, has aceptado ayudarnos a Hoffman y a mí.

—Lo hemos hecho porque creo que es lo correcto no porque la situación haya cambiado. Tú misma lo dijiste el día que nos conocimos, nunca seremos amigas.

—Lo sé —respondió ella—, pero necesitaba decírtelo. En cierta manera te envidio, porque eres capaz de dejar de lado las diferencias y mostrar empatía con las personas que están en tu contra.

—Eso también puedes hacerlo tú —le respondió.

—No, yo no puedo —negó con la cabeza—, es superior a mí. Supongo que llevo demasiado tiempo en el ejército, demasiados años luchando por estar aquí, teniendo que trabajar el doble que cualquier hombre para conseguir lo que tengo, lo que soy. Mi cabeza ha olvidado el significado de la palabra perdón, lo único que es capaz de hacer es pensar en cómo devolver el golpe más fuerte.

—Esa vida no es vida.

—Lo sé —asintió—. Pero ya no puedo salir de esta espiral.

—Claro que puedes.

—Me gustaría pensarlo, de verdad.

—¿Quién te ha hecho todo eso? —preguntó.

—Hoffman y yo… bueno, digamos que estos últimos meses hemos intimado bastante —confesó—. El día que asaltamos la estación, mientras vosotros defendíais este lugar, Hoffman formaba parte del equipo del sargento Reynolds. La misión era sencilla sobre el papel, cada nave debía conseguir material de dos lugares diferentes. Se trataba de entrar y salir antes de que nadie se diera cuenta de que estábamos allí. El equipo de Reynolds no consiguió encontrar todo lo que estaba previsto. Se puso muy nervioso y lo pagó con un pobre operario. Hoffman intentó pararle los pies y el sargento se volvió loco, pero no tenían tiempo y la cosa no pasó a mayores.

»Esta misma mañana se ha cobrado su venganza. Él y otros dos de sus matones lo han sacado de la cama y han empezado a pegarle una paliza. Yo… he intentado defenderlo —su barbilla se agitó nerviosa para evitar el llanto—, pero llevaban puesto el exotraje y no he podido hacer nada. Después nos han sacado a los dos al exterior sin el soporte vital. Nos han arrastrado por el suelo y nos han tirado por un desnivel. Yo he tenido la suerte de que me han dejado de lado y se han centrado en él. He vuelto a entrar para colocarme mi traje, pero para cuando he conseguido que lo soltaran ya había pasado demasiado tiempo y no me han permitido coger su exotraje. ¡Habían decidido matarlo solo por cuestionar sus métodos!

—Eso es horrible —murmuró Emily.

—Así que lo he recogido, he robado una nave y he venido hasta aquí como he podido.

Un pequeño alboroto llegó desde el pasillo. Alguien había entrado en el edificio gritando a pleno pulmón. Emily se imaginó lo que estaba ocurriendo y por desgracia no se equivocaba. Ferrara entró hecha una furia en el comedor. Ortiz, Gorka y Kostas la seguían intentando detenerla, pero ni siquiera entre los tres lo consiguieron.

—¿¡Dónde está!? —gritó—. ¿¡Dónde está esa grandísima hija de puta!?

Emily se levantó como una exhalación de la silla y se interpuso entre las dos militares. La sargento Cameron permaneció sentada en su silla, como si la cosa no fuera con ella. Hasta fue capaz de dar un sorbo a su *capuccino*.

—Relájate, Ferrara —pidió Emily sin mucho éxito.

—¡Una mierda me voy a relajar mientras esta zorra esté aquí! —siguió gritando.

—Le ordeno que se calme, sargento —intervino Ortiz en vano.

Emily trató de ponerse delante de Ferrara, pero la sargento era mucho más fuerte, tanto que ni entre Kostas y Gorka eran capaces de sujetarla.

—¡Dejadla que venga! —retó la sargento Cameron sin levantarse de la mesa—. Puedo con ella incluso en este estado.

Aquello espoleó todavía más a Ferrara que empujó a Emily y la hizo caer hacia atrás. Gorka consiguió por fin agarrarla por las axilas y le aplicó una llave que la inmovilizó casi por completo. Sin embargo, continuó pataleando y profiriendo insultos fuera de sí. Entre Ortiz y Gorka consiguieron sacarla de allí mientras Kostas y la sargento Cameron ayudaban a Emily a levantarse. Se había golpeado contra uno de los armarios del comedor y sangraba por la nuca.

—Será mejor que Evelyn te mire esa herida —le dijo Kostas.

Evelyn le puso unas grapas para cerrar la brecha y le aplicó una crema cicatrizante que aceleraría el proceso de curación. La cosa no pasó a mayores, pero debía tener una conversación con Ferrara.

—Y ahora, ¿qué hacemos? —preguntó la sargento Cameron—. Supongo que estoy detenida.

—No por lo que a mí respecta —dijo Emily-. Aunque yo no tengo autoridad para hacerlo.

—¿Cómo? —se sorprendió— ¿Insinúas que vas a permitir que me vaya por donde he venido?

—Si es lo que quieres, sí —dijo Emily.

—Pero ¿y los militares?

—Hablaré con el capitán Beaufort. Espero poder convencerlo.

Un buen rato después, la doctora Moreau se puso en comunicación con Emily.

—Hemos sedado al soldado Hoffman —dijo—. Su estado es grave, ha permanecido demasiado tiempo recibiendo poco oxígeno. Tiene roturas en tibia y peroné, una luxación en el hombro, contusión craneal, siete costillas rotas y el esternón algo hundido. Además, también tiene el cuerpo cubierto de heridas y hematomas. No sé cómo se ha hecho todo eso, pero ha tenido mucha suerte de que lo trajeran a tiempo; unos minutos más y tal vez no hubiéramos podido hacer nada por él.

—¿Cuál es el pronóstico? —preguntó Emily.

—Hemos seguido a rajatabla el protocolo creado por Ada y el doctor Murphy para los casos de hipoxia con exposición a las moléculas —explicó—. Le aplicaremos diferentes combinaciones de ácido sulfhídrico y moléculas, que le inducirán un coma. Lo tendremos varios días en ese estado, hasta que su cuerpo comience a reaccionar. Le vendrá bien para recuperarse del resto de sus heridas.

Emily le contó los avances a la sargento Cameron y esta volvió a llorar por su compañero. La militar era un manojo de nervios y le resultaba muy complicado mantener su coraza dura e insensible.

—Tendrá que permanecer aquí durante unos días —le dijo.

—Temo que si regresa a nuestro campamento acaben el trabajo. Si se queda aquí, ¿será juzgado por traición? —preguntó la sargento.

—No puedo saberlo —dijo Emily. Pero si dependiera de mi estaría mucho más preocupada por la raza alienígena que tarde o temprano amenazará la existencia de todos nosotros, seamos rebeldes o no.

—Yo… creo que estoy en deuda. —Y tras dudar un instante, dijo—: Hay un pequeño explosivo en la parte trasera de uno de los armarios de Ada. Y el sargento Larsson colocó un dispositivo en la sala de control que oculta nuestras posiciones de Ada.

—Lo sabemos —respondió Emily—, aunque agradezco tu sinceridad.

—¿Lo sabéis? —se extrañó—. Y si lo sabéis, ¿por qué no impedisteis que entráramos en la estación?

—Porque, en realidad, no queremos que os pase nada. Si pretendemos sobrevivir en este planeta vamos a necesitar toda la ayuda posible para acabar con los enemigos de los keplerianos.

La sargento recapacitó sobre aquellas palabras y entendió mejor que nunca la postura de Emily.

—En ese caso, supongo que debería de irme —dijo.

—¿Cómo pretendes volver sin que sepan que has estado aquí? —preguntó Emily.

—Les diré que Hoffman ha muerto y que lo he enterrado en un lugar secreto—respondió.

—De acuerdo, voy a hablar con el capitán Beaufort para conseguirte un salvoconducto —dijo Emily.

Después de ayudar a la sargento a colocarse el exotraje y salir al exterior Emily se acercó a Robert y a Ortiz. El comandante Bauer y el subdirector atendían desde la estación espacial.

—Se trata de una traidora —dijo el comandante—. Debería ser sometida a un consejo de guerra.

—Lo sé —se defendió Emily—. Pero el hecho de verla aquí ya nos dice que hay una brecha entre los rebeldes. Creo que si la dejamos marchar podríamos provocar que esa brecha se acentúe.

—Pero ¿qué mensaje mandamos al resto? —preguntó el militar— Cualquiera podría intentar rebelarse.

—No si nadie lo sabe —insinuó Emily—. Y con este movimiento tal vez los rebeldes comiencen a ver con buenos ojos regresar al proyecto. Tal vez así podamos evitar un enfrentamiento directo con ellos.

—¿Qué opina subdirector? —preguntó el comandante.

—Que cualquier opción que no genere un derramamiento de sangre me parece correcta.

El comandante suspiró y meditó las opciones.

—De acuerdo —dijo—. Déjenla marchar.

19

El puente

4 de mayo del año 1

Base Magallanes, Kepler-442b

Emily canturreaba la canción que Ada emitía a través del hilo musical de la sala en la que se encontraba. Intentaba entender algo del estudio que la IA y el genetista de la doctora Schmidt habían preparado. Sin embargo, se estaba dando cuenta de que aquello era demasiado técnico para una profana en la ingeniería genética como ella, y cada poco tiempo tenía que consultar el significado de alguna de las palabras técnicas que escapaban de su conocimiento. Eso la obligaba a parar y la distraía. Estaba a punto de tirar la toalla cuando llamaron a la puerta.

—¿Tienes un momento? —preguntó Ferrara desde el quicio de la puerta.

—Claro, pasa.

—Quería disculparme por mi comportamiento de ayer —dijo la militar—. No sé qué me pasó, perdí el control.

—¿Confías en mí? —le preguntó.

—Sí, claro —respondió Ferrara, extrañada.

—Bien, te lo agradezco pero ¿puedo preguntar por qué lo haces?

Aquello la pilló desprevenida, no esperaba que la conversación fuera a desviarse de esa manera.

—Eres honesta y legal —le dijo—. Supongo que tu comportamiento en situaciones límite me ha resultado inspirador.

—Son dos calificativos muy amables —agradeció Emily de nuevo—, aunque no sé si soy merecedora de ellos. Creo que todos cometemos errores. Yo he cometido muchos, algunos muy dolorosos. Y me temo que tendré que cargar con ellos el resto de mi vida. No quiero que nadie tenga que pasar por eso. ¿Recuerdas lo que hizo Jonathan en la estación antes de que os sacaran de la crioestasis?

—Claro, ¿cómo olvidarlo? Saboteó a Ada y por poco no lo contamos.

—Sin embargo, en el juicio vi a una persona atormentada por sus decisiones. Alguien que tomó un camino de sufrimiento a cambio de la vida de su hijo —explicó Emily—. Hizo algo terrible, de eso no hay duda, pero ¿sabes qué? Aquel día, cuando se dirigía a sentarse en el banquillo de los acusados, vi arrepentimiento en sus ojos. Imagínate, arrepentirte de cumplir la parte del trato que puede salvar a tu hijo enfermo.

—Pero intentó matarnos a todos…

—Yo no he tenido hijos, pero perdí a mi madre cuando era pequeña —continuó—. Supongo que en aquella época no era capaz de distinguir lo que estaba bien de lo que estaba mal, pero hubiera hecho cualquier cosa por traerla de vuelta.

Ambas guardaron silencio.

—Ayer vi que la sargento Cameron estaba arrepentida de haber elegido el bando equivocado —reveló—. Lo he visto en sus ojos. Sé que intentó acabar contigo y sé que casi acaban con Robert, pero solo puedo pensar en conseguir que todos vuelvan a confiar en nosotros como lo hicieron antes de partir de la Tierra. Los heraldos ya han aparecido, y más pronto que tarde la humanidad tendrá que enfrentarse a la mayor amenaza de su historia. Creo que es importante que todos estemos en el mismo barco.

—Supongo que tienes razón, como siempre.

—No, no siempre tengo razón —la corrigió ella—. Pero si tuviera que responder a la pregunta que te he hecho antes, creo que la gente confía en mí porque pienso en el bien común.

—Es posible, pero no sé cómo eres capaz de mantener la cabeza tan fría —dijo Ferrara.

—Tuve dos grandes maestros. Tres, si cuento al subdirector.

—Siento de veras lo que pasó ayer —repitió.

—Tranquila, no hay nada que perdonar —le aseguró—. Solo me he llevado una pequeña cicatriz, un pequeño precio si con eso todos damos un paso hacia la unidad.

Ferrara abandonó la sala y dejó a Emily con un informe genético imposible de comprender por más que Ada intentara aclarar todo lo que no entendía con vídeos, hologramas y explicaciones. Era la hora de tomarse un descanso. Se preparó un té de la manera que Rakesh le había enseñado. Parecía que había pasado una eternidad desde que él se fue. No había vuelto a tomar uno desde que lo enterraron, pero le apetecía recordarlo a su manera, con ese aroma tan característico. Preparó el agua caliente y esperó a que la infusión estuviera lista, después añadió un generoso chorro de leche y se sentó en el sofá de la zona común a descansar un rato. Comenzaba a cabecear cuando Ada la sacó de su estado.

—Se acercan unos emisarios keplerianos —anunció la IA.

Ada le mostró las imágenes que captaban sus sensores. Se aproximaban dos varones keplerianos ataviados con ropas de color grisáceo adornadas con bordados dorados que proclamaban que se trataba de gente importante.

—¿Quiénes son? —preguntó sin reconocer a ninguno de ellos

—Son del pueblo Khapabir —respondió Ada, que le mostró el blasón bordado en la pechera de sus petos: un martillo y un yunque sobre un puente de tres arcos coronado por una especie de tiara.

—¿Khapabir? —Aquello le pilló por sorpresa— ¿Qué están haciendo aquí?

—Se han acercado hasta el río con un automóvil movido a vapor —informó Ada—. Lo han cruzado y han continuado a pie.

Emily se colocó el traje y salió hasta la puerta norte para recibir a los visitantes. Cuando se encontraban casi a su altura, uno de ellos levantó la mano.

—Saludos, Emily de los Gaal-El.

—Sean bienvenidos —respondió ella, y les señaló el interior de la base.

Emily los condujo hasta el edificio sin soporte vital y allí les ofreció agua y algo de comer. El día era algo más caluroso de lo normal, así que supuso que estarían sedientos.

—Venimos a hacerle entrega de las condiciones de la prueba que el pueblo Khapabir ha

preparado para la Vía de la Contienda —explicó uno de ellos mientras el otro le ofrecía un sobre lacrado.

Emily abrió el sobre y leyó el contenido de la carta.

A la atención de Emily Rhodes, del pueblo Gaal-El:

Por la presente, yo, Khaaÿ, líder del pueblo Khapabir, le extiendo una cordial invitación al tradicional concurso de puentes del pueblo Khapabir. Dicho concurso se viene realizando de forma ancestral y en él participan diferentes equipos de varias promociones de alumnos de la escuela superior de Khapabir.

Para superar la prueba de la Vía de la Contienda, el equipo liderado por Emily Rhodes deberá ganar dicho concurso. Resultará ganadora la estructura que soporte un mayor peso sin vencerse durante al menos treinta segundos. La carga soportada se colocará en el tercio central de la estructura e irá aumentándose en bloques de cincuenta kilogramos hasta llegar al punto de fractura o hasta que el resto de contrincantes queden eliminados.

Para crear la estructura solo podrán utilizarse los materiales provistos por parte de la organización del concurso: láminas de madera de diez centímetros de longitud y dos de anchura y un bote de resina natural para pegar las piezas entre sí. La longitud mínima del puente será de tres metros y podrán utilizarse contrapesos hasta un máximo de cien kilogramos.

Se permitirá la utilización de herramientas propias tan solo para aplicar la resina y para medir y cortar las láminas si fuera necesario. Queda prohibido aplicar cualquier tratamiento adicional al material provisto por la organización del concurso.

El concurso dará comienzo mañana, 5 de mayo, con la primera luz del alba, y finalizará el día 6 de mayo al anochecer. Cada equipo podrá estar formado por un máximo de cuatro componentes.

Atentamente,

KHAAŸ

LÍDER DEL PUEBLO KHAPABIR Y DIRECTOR HONORÍFICO DE LA ESCUELA SUPERIOR DE KHAPABIR

—¿Esperan una respuesta por mi parte? —les preguntó.

—No, solo necesitamos saber que ha entendido la naturaleza de la prueba —dijo el que le había entregado la carta—. Estamos aquí para resolver sus dudas.

—Creo que está todo claro —respondió ella.

—En ese caso, nuestra misión aquí ha concluido.

Emily los acompañó de vuelta a la salida norte y en cuanto pudo se puso en contacto con Gorka, que miró con recelo la invitación.

—Tú también estudiaste ingeniería civil, ¿verdad? —le preguntó Emily.

—Sí, pero nunca he ejercido, y hace ya muchos años de aquello.

—¿Crees que tenemos alguna opción de ganar?

—Es complicado —dudó—, ellos llevan muchos años realizando ese concurso. Además, no conocemos la resistencia ni el grosor de las láminas de madera, ni la consistencia de la resina. Por no mencionar que montar un puente de esas características en unas cuarenta horas sin poder descansar va a resultar muy complicado.

—Tenemos que hacerlo si queremos que los keplerianos dejen sus problemas de lado —enfatizó ella—. No quiero meterte demasiada presión, pero eso será importante si tenemos que luchar contra los Khol.

—Lo sé —admitió él—. Déjame investigarlo con Ada, se me ocurren algunas ideas. Veré lo que podemos hacer.

Todavía estaba oscuro en el exterior cuando se levantaron al día siguiente. Emily había dejado la noche anterior a Gorka y a Paula estudiando diferentes estructuras que cumplieran las premisas del concurso y que pudieran aguantar la mayor cantidad de peso posible. Paula no quería perderse el concurso de ninguna manera, y Emily le propuso a Alberto ser el cuarto participante, dada la habilidad que había demostrado al trabajar con la madera, aunque esto era muy diferente a lo que había realizado hasta el momento.

Robert, por su parte, había decidido no correr más riesgos. Así que, ahora que no existía ninguna restricción por parte del ejército de Vaahur para moverse por todo el territorio, decidió que la Deathwing viajara con ellos para dar apoyo en caso de presentarse problemas. Ferrara iba a liderar el comando de siete soldados que acompañaría a los participantes en el concurso.

—¿Habéis podido descansar algo? —preguntó Emily cuando estuvieron subidos y asegurados en la nave.

—Yo me he quedado dormida en la mesa —respondió Paula—. Pero no creo que Gorka haya pegado ojo.

—Solo un par de horas —aseguró el aludido—. Como no sabemos si dispondremos de material ilimitado o no, y el tiempo que tendremos para realizar el puente es bastante escaso, hemos tenido que hacer miles de simulaciones con diferentes parámetros. Ada elegirá la más adecuada cuando comprobemos las condiciones.

—Deberías haber descansado —le dijo Emily—. Vamos a necesitarte más despierto que nunca.

—Estoy bien —insistió él—. No es la primera vez que tengo que pasar más de un día sin dormir.

—¿Quieres enseñarnos lo que vamos a hacer mientras llegamos al poblado Khapabir? —preguntó Emily.

—Sí, por favor —añadió Alberto—. Me muero de ganas de ver el diseño.

—De acuerdo —aceptó—. Adelante, Ada.

La IA les mostró en sus visores el diseño que había dado un mejor ratio de tiempo invertido, materiales empleados y resistencia del puente.

—Hemos seleccionado tres diferentes —explicó Gorka—. Aunque son muy parecidos, la forma de construirlos difiere un poco. Dependiendo de la cantidad de material del que dispongamos, utilizaremos uno u otro.

El diseño tenía forma de gran arco cuyos pilares formaban un ángulo de unos quince grados con respecto al suelo. En la parte superior había una plataforma plana en la que se colocarían los pesos. El arco sobre el que se sustentaba toda la estructura estaba formado a su vez por cuatro arcadas reticuladas de unos siete centímetros de ancho que, superpuestas, formaban una única

arcada de veintiocho centímetros de anchura total. Todas ellas estaban construidas a base de triángulos hechos de láminas de madera pegadas entre sí.

—¿Por qué tiene tantos triángulos? —preguntó Emily.

—El triángulo es la figura geométrica que mejor aguanta los esfuerzos sin deformarse —explicó Gorka—. Si recordáis, las grúas que se emplean en la construcción, las plataformas de lanzamiento para enviar cohetes al espacio o incluso la Torre Eiffel en París, todas presentan este tipo de patrón. Pequeños triángulos superpuestos que forman una estructura mayor y que le aporta solidez ante cualquier tensión que se le aplique en casi cualquier dirección.

»El secreto del éxito de este tipo de estructuras es que la carga se reparta longitudinalmente por el lado más largo de las tablillas. La carga atraviesa todos los nudos formados por los triángulos y evita que uno de ellos soporte más carga de la debida. Para que lo entendáis, imaginaos una tablilla, si la intentáis partir por la mitad os resultaría sencillo, ¿verdad?

—Sí, supongo que sí —respondió Emily.

—Bien, ahora imaginad que tenéis que partirlo girando la tablilla noventa grados.

—Me costaría más romperlo —dijo Alberto.

—Exacto. De hecho, si fuéramos capaces de conseguir que unas láminas se apoyen en otras para formar los nudos casi no necesitaríamos ni la resina —añadió—. Solo la utilizaremos para evitar que se nos descoloquen al construir la estructura.

—Tú nos vas a ir guiando, ¿verdad? —preguntó Paula—. Esto parece difícil.

—Sí, Ada y yo os iremos diciendo en todo momento el tamaño de las tablillas que tendremos que colocar en cada lugar —la tranquilizó—. Somos cuatro, así que cada uno de nosotros se encargará de una de estas cuatro arcadas, que luego pegaremos entre sí para dar estabilidad horizontal al puente. ¿Alguna duda?

—No, creo que está bastante claro —dijo Emily, nerviosa.

No tardaron demasiado en recorrer los casi cincuenta kilómetros en línea recta que los separaban del pueblo de los Khapabir. Aterrizaron en uno de los múltiples claros que había cerca del poblado. Había algunos cultivos, así que Balakova tuvo que buscar una zona libre lo suficiente amplia para poder tomar tierra. Descargaron el material que necesitarían para el concurso y continuaron a pie desde allí. Ferrara desplegó varios drones para escoltar a la comitiva y evitar cualquier sorpresa desagradable. Al llegar a la linde del bosque ya quedó claro que aquel lugar no era como las demás poblaciones keplerianas.

La ciudad aprovechaba el cobijo de los árboles, como el resto, pero todo era mucho más impresionante. Madera, piedra y metal se mezclaban en las estructuras sin orden alguno, pero aquello permitía construir edificios mucho más altos y robustos que en el resto de poblaciones. Decenas de plataformas y pasarelas se alzaban majestuosas a varios niveles y llegaban casi hasta la copa de los árboles, menos frondosos al haberse eliminado las ramas intermedias para dejar espacio a todas aquellas estructuras.

Una neblina de origen desconocido flotaba en el ambiente. Además de dificultar la visión, le daba a la ciudad un aspecto misterioso, casi industrial. Pero lo que más les llamó la atención fue la vida y el movimiento que había allí, sobre todo teniendo en cuenta que todavía no había amanecido. Cientos de keplerianos se afanaban azarosos en realizar sus tareas, iban de aquí para allá ajenos a los extranjeros que los observaban con curiosidad. Vehículos a motor habían sustituido a los animales de tiro y cruzaban las avenidas a gran velocidad, emitiendo un chorro

de vapor y un ruido de lo más característico.

Emily reparó en la multitud de cables que cruzaban las avenidas y comunicaban los diferentes edificios y árboles con los aledaños. Y por primera vez vio algo que la sorprendió de verdad. Distribuidas por todas las calles había cientos de farolas que alumbraban y arrojaban una tenue luz, pero no era fuego lo que había en su interior.

—¡Dios mío! —exclamó— ¡Conocen la electricidad!

—¡Es verdad! —dijo Gorka— Estaba tan ensimismado por el caos arquitectónico que no había caído en la cuenta de que eso son bombillas.

—Pero dan muy poca luz —se extrañó Alberto.

—Parecen bombillas incandescentes —explicó Gorka—. Su tecnología es muy poco eficiente, pero el hecho de que conozcan y utilicen la electricidad es algo impresionante.

—Esto es cosa de este poblado tan solo —dijo Emily—. Ninguno de los demás es ni remotamente parecido a lo que estamos viendo.

Al poco de adentrarse en aquel caos, un grupo de keplerianos ataviados con elegantes ropajes se les acercó. Emily identificó a una de las consejeras de Khaaÿ, el líder Khapabir, a la que había visto en uno de los cónclaves.

—Saludos, Emily de los Gaal-El —dijo—. Mi nombre es Zishy, voy a ser su acompañante durante todo el evento.

—Mucho gusto, Zishy —respondió Emily con un gesto educado.

—Llegan justo a tiempo.

—Todavía falta un rato para que amanezca —replicó Emily.

—Sí, pero tenemos que cruzar la ciudad hasta la zona sur —les explicó la enviada—. Aunque los puentes que se construyen son solo miniaturas, el concurso se ha celebrado siempre al lado del río. Vengan por aquí.

La kepleriana les condujo por las caóticas avenidas de la ciudad. De un solo vistazo quedaba claro que esta crecía hacía donde podía, hacía arriba, hacia los lados, e incluso vieron varios edificios con acceso subterráneo a otras estancias. Las gentes de Khapabir no se regían por las mismas normas de urbanismo que el resto de sus congéneres. Todo aquel lugar estaba sacado de una película del género *steampunk* más radical. Edificios y vehículos construidos en madera con remiendos y tirantes metálicos, plataformas con estructura de metal y superficies de madera… Pero lo que creaba aquella atmósfera tan extraña era, sin duda, el aire viciado fruto de los vapores que todos los vehículos y las extrañas maquinarias de aspecto tosco expulsaban por sus chimeneas.

A medida que se adentraban en la ciudad, los sonidos y el bullicio se hacían mucho más notables. Poco a poco, los keplerianos fueron sintiendo curiosidad por los recién llegados, hasta tal punto que llegaron a tener un numeroso séquito de niños y adultos que siguieron sus pasos con interés. Murmullos sobre los forasteros llegaban a los oídos de Emily y sus amigos.

—Es la elegida de los Gaal-El —decía una anciana con emoción.

—Mirad qué trajes tan curiosos llevan —comentaba una niña.

—Dicen que es una bruja, tened cuidado —advertía con recelo un kepleriano de mediana edad.

Tardaron un buen rato en llegar hasta el otro extremo de la ciudad, pero pudieron comprobar que toda ella estaba repleta de máquinas y mecanismos movidos con electricidad o vapor cuya utilidad no les quedó clara. Los Khapabir habían sido capaces de canalizar parte del cauce del río e introducirlo por el interior de la población. Allí, al cobijo de los grandes árboles, enormes molinos de agua giraban con la fuerza de la corriente para proveer de energía a la ciudad.

—De aquí es de donde consiguen la electricidad —dijo Gorka.

—¿Cómo conoce usted el funcionamiento de los molinos? —se interesó la enviada, impresionada por el conocimiento que el extranjero tenía de sus infraestructuras.

—Tan solo he supuesto cuál era su propósito —sonrió Gorka.

—Se utilizan para moler grano, pero también proporcionan energía para el alumbrado de la ciudad —explicó ella.

—¿Cuántos habitantes viven en Khapabir? —preguntó Emily.

—Según los últimos datos, cerca de ciento cincuenta mil keplerianos viven bajo estas copas.

—¡Vaya! —exclamó Paula— Eso son muchas bocas que alimentar.

—Sí, sí que lo son —respondió—. Pero disponemos de un numeroso equipo de profesionales que se dedican en exclusiva a proveer de alimentos al resto de habitantes. Nunca falta comida en los mercados.

Atravesaron el canal por un puente de verdad, hecho de madera pero reforzado con tirantes y encofrados metálicos para darle mayor estabilidad y seguridad. Al otro lado ya se comenzaba a oír el rumor del gentío, que se entremezclaba con el murmullo del río al pasar por el canal. En una pequeña explanada rodeada de gradas se agolpaban cientos de ciudadanos, que vitoreaban y animaban los prolegómenos de la competición favorita de los habitantes de Khapabir.

La enviada los condujo por detrás de una de las gradas y llegaron a una entrada bien custodiada por la guardia de la ciudad. Allí, decenas de keplerianos vitorearon sus nombres mientras otros emitían un extraño sonido que sonaba como un abucheo.

«Es lógico, venimos a su concurso a intentar derrotarlos», pensó Emily.

Ferrara y el resto de la escolta fueron conducidos por un pasillo auxiliar para los acompañantes de los equipos. El resto de los keplerianos que habían seguido la pequeña comitiva hasta ese lugar no pudo seguir avanzando por cuestiones de seguridad.

Emily y los otros tres participantes atravesaron por un entramado de pequeños pilares de madera y metal que soportaban las gradas en las que los asistentes al concurso ya cantaban y animaban los instantes previos a la competición. Cuando atravesaron el túnel aparecieron en medio de la pista, rodeados de espectadores. El público estaba dividido; había un sector que aplaudió y vitoreo al equipo de Emily, pero otro grupo bastante numeroso emitía el mismo sonido desagradable que indicaba su disconformidad. O preferían animar a los suyos, o no estaban de acuerdo con la presencia de humanos.

Una voz procedente de un altavoz les dio la bienvenida.

—¡Acaba de llegar el equipo de nuestros invitados humanos, capitaneado por Emily Rhodes, del pueblo Gaal-El! —exclamó al presentarlos— ¡Démosles la calurosa bienvenida que se merecen!

La estruendosa multitud continuó con su particular competición en las gradas. Los que les daban la bienvenida vitorearon y aplaudieron al equipo de Emily, pero los que no aceptaban la

presencia de los extranjeros abuchearon con ganas. Por desgracia, eran mayoría y sobrepasaron los decibelios de los simpatizantes.

En el recinto había doce grandes estructuras cúbicas formadas por láminas de madera distribuidas por diferentes zonas. La enviada los llevó hasta su puesto, en una de las esquinas de la pista. Más de la mitad de los espacios estaban ocupados por el resto de los equipos participantes, que se conjuraban y repasaban nerviosos los planos de sus maquetas mientras recibían las últimas instrucciones de sus capitanes. Pero todavía había dos sitios libres, así que supusieron que no habían sido los últimos en llegar.

—Estamos en posición —informó Ferrara desde una de las esquinas. El resto de su equipo se había distribuido por todo el perímetro del graderío.

Un murmullo se alzó de repente en aquella especie de estadio; algo estaba ocurriendo entre bambalinas. Pronto supieron a qué era debido: el penúltimo equipo estaba a punto de llegar. Cuatro jóvenes keplerianas ataviadas con un uniforme similar, de colores vivos y alegres, hicieron su aparición en el estadio. La multitud comenzó a corear un nombre que a Emily le resultó extraño.

—Disculpe, Zishy, ¿qué dicen? —preguntó a su cicerone.

—Corean el nombre de Shaarnodraab —le explicó—. Así es como se llama la familia de Dovwa, la capitana del equipo. La familia Shaarnodraab es muy respetada en Khapabir, tiene una larga tradición en la arquitectura. Los antepasados de Dovwa fueron los encargados de la construcción del canal que acabamos de cruzar, así como de diseñar y levantar la mayoría de los molinos. El padre de la capitana forma parte del núcleo de gobierno de la ciudad y tiene el respeto y favor de nuestro líder.

Emily miró de reojo al centro de la grada, donde un kepleriano vestido con ropas elegantes y con ostentosas protuberancias óseas en el cráneo ocupaba su sitio en el palco de autoridades. Mucha gente aplaudía y saludaba al kepleriano, que, tal y como acababa de decir Zishy, parecía muy respetado. El presentador del evento volvió a dirigirse al público:

—¡Y aquí tenemos a las *Lupfuj Naap*! —exclamó para disfrute de los presentes— Capitaneadas como de costumbre por la célebre Dovwa, de la familia Shaarnodraab. ¡Quiero oír esa bienvenida!

Un clamor hizo vibrar el lugar. La ovación duró casi un minuto entero, y la capitana del equipo saludó y agradeció el cariño de los espectadores allí reunidos.

—Creo que deberíamos repasar las instrucciones antes de que empiece el concurso —dijo Gorka.

—De acuerdo —coincidió Emily, que hizo señas para que todos se reunieran alrededor de Gorka.

—He revisado el material —les dijo—. Todos los equipos disponemos de cinco mil tablillas y un cubo de diez kilogramos de resina para construir la maqueta. Las tablillas tienen dos milímetros de espesor, así que Ada ha aplicado esa información en nuestra maqueta. Y como la madera de este planeta es mucho más sólida que la de la Tierra, deberíamos poder llegar a los mil quinientos kilogramos de peso soportado.

Todos visualizaron la versión final que Ada y Gorka se habían encargado de diseñar. La nueva información no había cambiado ni un ápice la fisionomía del puente.

—He traído cuatro cortadores que nos permitirán medir y cortar las tablillas en función de lo

que nos vaya indicando Ada. Recordad que la resina no debemos utilizarla para aguantar la carga de la estructura, si no para evitar que las piezas se muevan mientras la construimos.

Un murmullo mucho más fuerte que el anterior comenzó a escucharse a lo lejos, desde fuera del estadio. De repente, todo el público se puso de pie y comenzó a golpear el suelo de madera de las gradas en un rítmico compás. El murmullo se convirtió en una atronadora ovación en cuanto cuatro keplerianos vestidos con capas de color negro atravesaron el túnel de acceso a la superficie del concurso. No había duda alguna, ellos eran los enemigos a batir.

—Y esos pinches, ¿quiénes son? —preguntó Alberto.

—Son los *Wiishyud Ghuw* —anunció Zishy con una sonrisa en la boca—. Son los actuales campeones del concurso y los favoritos para conseguir la victoria también este año.

Emily entendió el porqué del fervor del público. La puesta en escena del equipo era pegadiza, hasta ella se sorprendió moviéndose al ritmo de los golpes. El público casi enloqueció cuando el capitán llegó a su puesto y lanzó su capa al viento con un rápido gesto del brazo. Eran lo más parecido a unas estrellas del rock que había visto nunca. El capitán miró a Emily desde su posición y sonrió de forma despectiva. Su mirada le decía con claridad que no tenían ninguna posibilidad contra ellos.

El presentador del evento volvió a tomar la palabra y presentó a los favoritos para la victoria final. Acto seguido, el capitán levantó sus brazos hacía los árboles y saludó a los espectadores, que se rompieron las manos de tanto aplaudir.

—No me ha caído nada bien esa panda de prepotentes keplerianos —murmuró Paula.

—Pero todo el mundo está con ellos. —Emily señaló a su alrededor.

—Mejor, así nadie se fijará en nosotros —dijo Alberto—. No llevo muy bien ser el foco de atención.

—Lo vamos a hacer muy bien —los animó Emily—. El diseño de Gorka y Ada es bueno.

Entonces, un creciente murmullo comenzó a escucharse en el coliseo de Khapabir. Alguien estaba a punto de llegar.

20

La competición

5 de mayo del año 1

Poblado Khapabir, Kepler-442b

El público se había calmado después del recibimiento atronador que brindaron a sus equipos. Pero poco después un nuevo murmullo volvió a aparecer. Emily consultó su reloj. Según indicaba Ada, los primeros rayos de luz asomaban por el horizonte. El concurso estaba a punto de comenzar. Sin embargo, todavía quedaba un último recibimiento. El estadio se puso de nuevo en pie y el sonido de unas trompetas muy agudas resonó de repente en el coliseo. Todo el mundo dirigió su mirada hacia el palco presidencial donde unos keplerianos vestidos de forma elegante celebraban la entrada de alguien.

La espera se alargó, pero por fin apareció Khaaÿ, el líder del pueblo Khapabir, al que la multitud recibió con una gran ovación cuando el anciano entró en el palco de autoridades. Su paso era lento y cansado y tardó un buen rato en llegar hasta su asiento. Khaaÿ era orgulloso, no permitía que nadie lo ayudara en público a pesar de que su avanzada edad le impedía moverse con agilidad. En su mano derecha llevaba con orgullo el bastón de mando de los Khapabir.

Llegó hasta su asiento, pero no lo utilizó. Hizo unos gestos con su mano libre para pedir silencio. Los aplausos y los vítores fueron disminuyendo en intensidad hasta acabar siendo un leve murmullo, solo interrumpido por el llanto de algún pequeño kepleriano en la grada norte.

—¡Mis bienamados conciudadanos Khapabir! —exclamó con un sorprendente chorro de voz —. Una vez más, nos reunimos en la ribera de nuestro río para celebrar el acontecimiento más importante del año: nuestro afamado concurso de puentes.

Una salva generalizada de aplausos se alzó por encima de sus palabras. Khaaÿ se vio obligado a pausar su intervención hasta que la multitud volvió a guardar silencio.

—Sin embargo, este año será muy diferente —continuó—. Y lo será por dos motivos: por un lado, como todos sabemos, los heraldos ya han aparecido en nuestro firmamento y la exacción se acerca. —Otro murmullo volvió a provocar una nueva pausa—. Y, por otro lado, el ancestral derecho a la Vía de la Contienda ha sido reclamado. Se trata de una antigua tradición kepleriana que permite a un miembro de cualquiera de nuestros pueblos reclamar el mando único que le otorga el poder de gobernarlos a todos ellos. Hoy, Emily Rhodes, del pueblo Gaal-El, compite no solo por conseguir la gloria que implica la victoria en nuestra competición, sino que lo hace para reclamar el bastón de mando Khapabir. —Apoyó sus palabras con un gesto de su mano derecha y alzó al firmamento su vara dorada.

A pesar de que era evidente la división de opiniones entre el público, seguían siendo mayoritarios los abucheos hacia el equipo de los humanos. Ni Emily ni sus compañeros esperaban una calurosa bienvenida; al fin y al cabo, seguían siendo extranjeros en aquel lugar. Pero fueron conscientes de que un sector del público los animaba. Los rumores de la victoria sobre el ejército de Vaahur, que no generaba especial simpatía entre los Khapabir, se habían extendido por aquel lugar. También el culto de los Gaal-El había experimentado un inesperado

crecimiento entre los habitantes de aquel pueblo industrial.

—Pero no lo tendrán fácil —continuó el anciano—. Para ello deberán vencer a nuestros equipos, y entre ellos se encuentran los mejores arquitectos e ingenieros de nuestra querida escuela. Recordemos que el récord de peso soportado está ahora mismo en mil ochocientos kilogramos, una cantidad astronómica que los *Wiishyud Ghuw* consiguieron en la última edición del concurso.

Una cerrada ovación se levantó de nuevo en honor del equipo campeón. Su capitán no perdió la oportunidad de alardear delante de su público y agitó los brazos para agradecer las muestras de cariño. Gorka no pudo evitar tragar saliva al escuchar la cantidad. Eran trescientos kilos más de lo que habían proyectado para su puente. Si el equipo de keplerianos conseguía estar cerca de su mejor marca lo tendrían muy complicado para alzarse con la victoria.

—¡Gracias a todos por asistir un año más al concurso y que gane el mejor!

Khaaÿ concluyó la presentación. Tras una nueva salva de aplausos, los espectadores tomaron asiento y esperaron a que diera comienzo el concurso. Un kepleriano con un peto gris oscuro y aspecto de maestro de ceremonias apareció en el centro de la pista con un megáfono de metal en la mano. Le acompañaban doce keplerianos vestidos con petos de color dorado.

—Todos tenemos claras las normas, pero para los más despistados —explicó—, repasaremos una vez más el funcionamiento del concurso. Hay doce equipos, cada uno de ellos tendrá que construir una estructura de madera con las cinco mil tablillas de las que disponen. Para unir las piezas tendrán un cubo de resina a su disposición. En ningún caso podrán utilizar más material del proporcionado. También cuentan con cuatro bloques de veinticinco kilos cada uno para utilizar a modo de contrapeso en cualquier parte de la maqueta.

»La competición dará comienzo ahora mismo, pero acabará mañana, en cuanto el último rayo de luz se haya ocultado. Y en ese momento, ninguno de los doce equipos podrá volver a tocar la maqueta de ninguna manera, ya que serían descalificados de inmediato. Nuestros doce árbitros se encargarán de controlar que cada uno de los equipos cumple las reglas de la manera más escrupulosa posible. Una vez concluida la fase de construcción comenzará la de calificación de los puentes. En esa fase, cada uno de los árbitros se encargará de colocar uno por uno los pesos de cien kilogramos que pondrán a prueba las estructuras. Si esta cede ante el peso colocado, el equipo será eliminado de inmediato. En caso de que dos estructuras se hundan en la misma ronda, se tendrá en cuenta el tiempo que hayan tardado en venirse abajo como método de desempate.

El maestro de ceremonias hizo una pausa para dar dramatismo al momento. Emily sintió la adrenalina previa al comienzo de la competición. Tenían que construir la mejor maqueta de todas si querían conseguir el primero de los bastones de mando.

—¡Que comience la competición! —exclamó el maestro de ceremonias con teatralidad.

El público rugió en las gradas y animó a los doce equipos mientras todos los participantes se abalanzaban sobre el material. Gorka tomó de inmediato el control de la situación y comenzó a repartir el trabajo entre sus compañeros.

—Recordad, cada uno tiene que construir uno de los cuatro arcos que formarán la estructura del puente. Tendrá tres metros de largo cada uno, así que os recomiendo que lo construyáis tumbado en el suelo, luego los levantaremos para unirlos y que queden de pie. Ada os mostrará los planos y las instrucciones detalladas en el visor.

—¿Cuánta resina utilizamos en cada palito? —preguntó Alberto—. No parece que sobre.

—Tenemos que ahorrar por si acaso, así que no utilicéis demasiada. Recordad que la resina solo la usaremos para evitar que se nos separen las piezas mientras montamos la estructura.

—Que cada uno se coloque en uno de los lados de la montaña de tablillas para no molestarnos y tenerlo todo a mano —sugirió Paula.

—Tened cuidado con las tablillas, no podemos romperlas —les advirtió Gorka—. Cada una de las cuatro arcadas que vamos a hacer está compuesta de mil tablillas, lo que solo nos deja otras mil para construir la plataforma de la parte superior. Si las malgastamos, tendremos problemas para colocar los pesos encima de la estructura.

Ada le mostró a Emily los primeros pasos que tenía que dar. Debía preparar la primera capa de tablillas sobre la que después se montarían las perpendiculares y transversales para aportar resistencia a la estructura. En primer lugar, tenía que cortar doscientas cuarenta tablillas de siete centímetros de tamaño. La primera capa la completarían otras ciento veinte de diez centímetros.

Emily recogió una de las cuatro cortadoras láser que habían llevado para cortar con precisión las tablillas a diferentes medidas. Encendió el dispositivo y lo agarró por el mango. Ajustó la medida de corte a siete centímetros e introdujo una de las tablillas por la ranura. Fijó la pestaña para que permaneciera quieta y apretó el botón. Pero no ocurrió nada. Giró el aparato, extrañada, sin encontrar ningún motivo que explicara por qué la tablilla no se había cortado a los 7,071 centímetros que estaban especificados en la pantalla. Volvió a apretar el gatillo, pero tampoco sucedió nada. Se dio la vuelta y observó al resto de sus compañeros; las otras tres cortadoras funcionaban bien y trabajaban sin más problemas. La apagó y la volvió a encender de nuevo, pero obtuvo el mismo resultado.

—Mi cortadora no funciona —dijo.

—Qué raro, déjame ver. —Paula se acercó hasta Emily.

Esta le tendió la cortadora y Paula procedió de nuevo a hacer el proceso completo desde el principio: sacó la tablilla, volvió a encender la herramienta e introdujo de nuevo la madera en la ranura. Luego estableció la medida en la pantalla y apretó el gatillo.

—No funciona —confirmó.

—No puede ser —dijo Gorka desde su sitio—, yo mismo las comprobé ayer antes de hacer el diseño.

—Igual se ha estropeado al traerla. —Emily se encogió de hombros.

—Tranquila —le dijo Paula—. Yo cortaré las tablillas de las dos. Y cuando acabes de pegar todo tu arco, me ayudas con el mío. Así no perderemos tiempo.

Emily esperó a tener suficientes tablillas cortadas para colocar en el suelo las que necesitaba para la primera capa de su arco. El proceso se le hizo eterno, y no pudo avanzar gran cosa mientras Paula se encargaba de cortar tablillas para las dos. Casi dos horas después, Alberto acabó de cortar las suyas de la primera de sus capas, por lo que dejó su cortadora disponible. Emily la cogió para agilizar aquella fase del montaje. Y aunque no habían perdido demasiado tiempo, todo estaba muy ajustado, así que tendría que recuperar casi una hora de trabajo.

Se dedicaron durante el resto del día a montar la primera capa de tablillas. Emily las unió tal y como Ada le mostraba en la pantalla de su visor. Pero a la hora de utilizar la resina se formaba un pequeño embudo, ya que solo disponían de un cubo. Aplicaban una pequeña cantidad con una

brocha y de inmediato juntaban las tablillas nuevas con las que ya tenían colocadas. No resultaba complicado, pero sí algo tedioso. Una vez entendieron el patrón de colocación las instrucciones de Ada eran innecesarias, al menos hasta la siguiente fase.

Llegó la noche y algunos de los asistentes al evento comenzaron a abandonar el coliseo. Muchos de los keplerianos, sobre todo los que venían con niños o eran muy mayores, regresaron a sus casas para descansar hasta el día siguiente, cuando se decidiría todo. Pero a pesar de ello, casi la mitad del aforo continuaba allí, siguiendo de cerca los avances de cada equipo. Muchos de aquellos espectadores habían llevado comida y bebida y reponían fuerzas en el graderío. El murmullo había descendido con el paso de las horas.

—Acabamos de superar el primer tercio de nuestro concurso —informó el maestro de ceremonias.

—Deberíamos descansar un poco —sugirió Gorka.

—Sí, por favor —agradeció Paula.

—Aprovechad para cargar las baterías de los trajes por si acaso —dijo Gorka—. Y si veis que bajáis del cincuenta por ciento de carga, trabajad con el cable enchufado.

Descansaron media hora y aprovecharon para beber agua y comer algo de papilla de avena. Gorka también revisó el estado de los cuatro arcos. Paula y Emily llevaban un considerable retraso, pero era de esperar tras el problema inicial con la cortadora. Emily aprovechó para comprobar el progreso de los demás equipos. Todavía era pronto para poder ver la forma final de los diseños, y la manera de trabajar de cada equipo era muy diferente. Uno de ellos estaba construyendo cuatro pilares con cierto grado de inclinación y lo estaban haciendo poniendo las estructuras de pie. Otros, al igual que Emily y sus compañeros, las colocaban tumbadas en el suelo para levantarlas más tarde. Observó cómo trabajaban los actuales campeones. Eran una máquina engrasada a la perfección; cuando uno aplicaba resina, los otros cortaban tablillas o las pegaban a las demás. Comparó los dos montones de madera. Ellos iban mucho más adelantados que el resto. A ese ritmo les sobraría más de medio día de concurso.

Paula se dio cuenta de que Gorka estaba más cansado de lo normal; pasar la noche anterior en vela comenzaba a pasarle factura.

—¿Estás bien? —le preguntó.

—Sí —le aseguró él—. Tenemos que seguir, hay que ganar la competición cueste lo que cueste.

Emily acabó de montar la primera de las capas mientras Alberto y Gorka avanzaban con la siguiente. Poco después, Paula también acabó la suya y comenzó con la segunda. Llevaba bastante retraso, así que Emily intentó aumentar la velocidad todo lo que pudo. Las manualidades nunca fueron su fuerte. Cuando acabó con esa parte, recogió el cortador de Alberto, que ya había acabado de utilizarlo. Cortó las tablillas tal y como Ada le mostró en el visor y comenzó a pegarlas tan pronto como pudo. En esa capa, las tablillas tenían que unir la primera de las capas con la tercera y última, así que se colocaban perpendiculares y en diferentes ángulos formando los nudos triangulares que según Gorka aportaban consistencia a la estructura.

Todo iba bien. Iban muy ajustados de tiempo pero al menos las cuatro arcadas comenzaban a tomar forma. Alberto y Gorka ya casi habían acabado con la segunda capa cuando este último, al que se le notaba muy cansado, se despistó al mover el cubo de resina y lo volcó sin querer. La mala fortuna hizo que no reaccionara a tiempo y se derramara la mayor parte del viscoso

pegamento vegetal sobre su arco.

—¡Mierda! —exclamó horrorizado.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Paula nerviosa.

—La he liado buena —se quejó mientras intentaba levantar su estructura y retirarla de la trayectoria de la resina.

Alberto levantó de nuevo el cubo, pero ya se había derramado casi todo lo que les quedaba. Entre Emily y él intentaron recuperar todo lo que pudieron del suelo, pero se había esparcido mucho. Había una gran cantidad en el arco de Gorka, que intentaba limpiarlo como podía. Y para colmo, al levantar la estructura de forma apresurada, esta se partió por la zona central debido al peso de los cuatro metros de tablillas.

—¡Joder! —volvió a quejarse— ¡Mierda!

Paula ayudó a Gorka a mover la estructura lejos de la resina derramada y a limpiar aquel desastre. Pero lo peor no era el hecho de que se quedaran sin resina, sino que solo iban a disponer de tres arcos completos que no soportarían la carga esperada. Aquello acabó de minar la maltrecha moral de Gorka. El árbitro que controlaba sus avances se acercó sin mediar palabra para comprobar de cerca si se infringían las normas del concurso al solucionar aquel imprevisto.

—Tranquilo —le dijo Paula—, lo solucionaremos.

—¿Cómo? —preguntó él con amargura— No tenemos tablillas de sobra, y la resina ya estaba seca en esa zona. Si intentamos reemplazar las piezas rotas es posible que rompamos otras.

—No te preocupes —intervino Alberto, que examinaba el desastre con el ceño fruncido—. Creo que podemos solucionar esto.

—¿Cómo? —quiso saber Emily.

—¿Cuántas tablillas nos sobran?

—Unas cincuenta —calculó Gorka—. Pero ya hemos gastado alguna de ellas, así que nos quedarán unas treinta.

—Treinta y dos —confirmó Ada.

—Bien, es más que de sobra —dijo Alberto tras analizar la situación con detenimiento—. Para empezar, remendaremos las tablillas rotas pegando una nueva por el interior de la estructura, como cuando se entablilla a alguien que se ha fracturado un hueso. En segundo lugar, acabaremos los arcos intentando aprovechar la resina que queda en el suelo. Disponemos de algo más de una hora antes de que se solidifique. Y, por último, pondremos ese arco entre los otros tres para que los que lo rodeen ayuden a mantener las zonas afectadas en su sitio.

—¿Gorka? —preguntó Emily.

—Supongo que podría funcionar…

—De acuerdo, lo haremos como dice Alberto —aplaudió Emily—. Tranquilo, Gorka. Estas cosas pasan. Tenemos que seguir.

—Procurad utilizar la menor cantidad de resina posible —recomendó Paula—. No nos queda apenas en el cubo.

Gorka y Alberto se encargaron de solucionar el problema mientras Paula y Emily recortaban algo de tiempo en sus respectivos arcos. Utilizaron durante un buen rato la resina del suelo, hasta que se solidificó definitivamente.

—La resina se me está pegando a los guantes —se quejó Paula.

—Utiliza uno de los paños que hemos traído, los he impregnado antes de venir con una solución que la disuelve —le aconsejó Gorka.

—Mucho mejor —dijo ella después de limpiarse bien las yemas de los dedos.

La noche pasó de largo y el nuevo día llegó sin que ninguno de los participantes del concurso pudiera descansar ni un momento. Emily se tomó unos instantes para revisar el estado del resto de los equipos. Los miembros de uno de ellos discutían en la otra esquina del recinto; ellos también habían sufrido algún imprevisto. Los dos equipos favoritos del público iban muy avanzados. Ya tenían sus estructuras ensambladas y colocadas de pie. Tan solo les quedaba dar los últimos retoques y fijar bien la plataforma sobre la que descansarían los pesos. Notó de repente un profundo agobio al ver el poco tiempo que les quedaba y todo lo que tenían pendiente de hacer todavía.

—Tenemos que acelerar —dijo, casi más para animarse ella que por espolear a los demás.

Alberto y Gorka ya habían acabado de solucionar el problema y estaban terminando la última de las capas, que era similar a la primera. Emily comenzó a cortar las tablillas casi a la carrera, lo que provocó que acabara rompiendo tres por la precipitación. En cuanto Gorka y Alberto acabaron con sus arcos, comenzaron a preparar entre ambos la plataforma sobre la que descansarían los pesos. Esta iría fijada al arco mediante unas riostras formadas con tablillas de diferentes longitudes. Era un proceso costoso, pero haciéndolo entre los dos tal vez pudieran acabarlo. El tiempo apremiaba y la escasez de resina no ayudaba en absoluto.

Pasado el mediodía Emily continuaba pegando tablillas en la última capa de su arco. Paula estaba a punto de acabar y Gorka y Alberto seguían con la plataforma. Iba a ser una tarde de lo más estresante, sobre todo teniendo en cuenta que un tercio de los equipos ya habían concluido sus trabajos y estaban colocando los contrapesos a modo de tope para que sus estructuras no se abrieran al comenzar la fase de calificación.

Cuando Paula acabó su arco ayudó a Emily con el suyo. Otros dos equipos habían acabado ya con sus estructuras y respiraban tranquilos mientras admiraban sus obras. El tiempo pasaba y los nervios se hacían cada vez más patentes. Pasar la noche sin dormir comenzaba a pasarles factura.

—Ada, ¿cuánto falta para el anochecer? —preguntó Emily.

—Menos de dos horas —respondió—. Lamento deciros que no tenéis mucho margen de maniobra.

—Hay que darse prisa —los azuzó Alberto.

—Las prisas no son buenas consejeras —contestó Emily sin apartar la vista de su arco.

Durante la siguiente hora, Emily y Paula concluyeron la última capa e intentaron ayudar a Gorka y Alberto a acabar la plataforma, aunque estaban tan cerca de conseguirlo que no les hizo falta su colaboración.

—Ya solo nos queda montar la estructura final —dijo Gorka—. No tenemos mucho tiempo.

—Ni resina —les recordó Alberto mostrándoles el cubo vacío.

—Repartiremos la que queda en los puntos importantes de las estructuras para que no se separen —dijo Gorka—. Pero primero tenemos que levantar con mucho cuidado los cuatro arcos y ponerlos uno junto a otro. El mío será uno de los dos que se quede en medio.

Con sumo cuidado, levantaron entre los cuatro cada uno de los arcos y los colocaron en el

frontal de su zona de trabajo. El tiempo corría y tenían todavía que pegar los arcos entre sí y fijar la plataforma. De repente, unos gritos llegaron del puesto de enfrente. Uno de los equipos de jóvenes keplerianos acababa de tener un percance y su estructura se había caído al suelo. Estaba hecha pedazos, aquello era irrecuperable y no les quedó más remedio que abandonar. Sus caras de desesperación eran tales que Emily sintió una instantánea compasión por aquellos pobres desgraciados.

—¡El equipo de los *Jighob Wuf* se retira! —anunció el maestro de ceremonias para decepción del público—. ¡Qué lástima! ¡Con lo poco que quedaba para acabar la fase de construcción!

—Tengamos mucho cuidado, por favor —dijo Paula al ver aquella escena.

—Bien, ahora tenemos que pegar con lo que queda de resina las patas de los arcos las unas con las otras —explicó Gorka—. Apurad lo que podáis. La plataforma encaja a la perfección en la parte superior, así que no necesitaremos resina para fijarla.

Entre los cuatro aplicaron la poca resina que les quedaba en los laterales de los arcos y los juntaron. El resultado fue una estructura de tres metros de largo por casi dos de alto. Las patas formaban un ángulo de quince grados, por lo que en la parte superior la longitud para colocar la plataforma era algo menor que en la base. Gorka recogió los cuatro bloques de metal que actuarían de contrapeso y los colocó de tal manera que evitaran que las patas se abrieran al colocar encima los pesos.

—Ya solo queda colocar la plataforma —dijo Emily nerviosa.

—Un minuto para el anochecer —avisó Ada.

Gorka y Alberto recogieron la plataforma del suelo y la alzaron con sumo cuidado por encima de sus cabezas. Aquella operación requería de una enorme precisión. Cualquier movimiento en falso provocaría que una de las riostras que repartía el peso de la plataforma por la estructura se doblara o se partiera. La pierna de Emily comenzó a agitarse en un constante vaivén. De esa operación dependía el trabajo de los últimos dos días y, lo que era peor, tal vez el destino de toda la humanidad. Si fallaban en su intento de conseguir el bastón de mando Khapabir no podrían optar al mando único y peligraría todo el proyecto.

El minuto se les hizo eterno. Gorka y Alberto pusieron todo el cuidado posible y gracias a la asistencia del traje pudieron colocarlo sin problemas. En cuanto ambos separaron las manos de la estructura el maestro de ceremonias dio por finalizada la fase de construcción del concurso.

—¡Equipos! —exclamó— ¡Todas las manos fuera de las maquetas!

Los árbitros de cada equipo observaron con atención los movimientos de los participantes, en especial los de aquellos que no habían podido concluir la maqueta. Uno de ellos, que controlaba al equipo de al lado, levantó la mano al observar que uno de sus miembros había continuado colocando la plataforma de apoyo.

—¡Equipo *Wiishyud Wiitiiÿ*! —señaló el maestro de ceremonias— ¡Eliminado por manipular la maqueta fuera de tiempo!

El público manifestó su sorpresa al ver que solo quedaban diez equipos en la competición. Sin embargo, había más noticias. Los miembros de otros dos equipos estaban discutiendo con los árbitros. Al parecer, sus maquetas estaban incompletas, así que los capitanes de ambos levantaron los brazos para indicar que abandonaban.

—¡Los equipos Khapabir *Shyifraap* y los *Khayoks* se retiran de la competición! —anunció el maestro de ceremonias— ¡Está siendo un concurso de lo más accidentado! Dediquemos una

fuerte ovación a los equipos que han logrado acabar sus maquetas a tiempo. En veinte minutos comenzará la siguiente fase.

Una frenética actividad se adueñó de repente de la pista. Decenas de keplerianos entraron por un lateral del coliseo empujando ocho grúas de madera reforzadas con remaches de metal. Situaron cada una de ellas delante de los pesos que se amontonaban en los puestos. Los árbitros las utilizarían durante la fase de calificación para colocar los bloques de metal en las estructuras sin afectar a su integridad.

—¡Lo hemos conseguido! —gritó Paula, mientras abrazaba a sus compañeros.

—Casi lo hecho todo a perder —se lamentó Gorka preocupado—. Y no sé si lo que hemos hecho para apuntalar mi arco aguantará todo el peso.

—Aguantará —le aseguró Alberto—. La estructura es sólida, y para cuando empiecen a colocar los pesos, la resina se habrá secado por completo.

—Lo único que debe de preocuparnos es si aguantará más que el de los favoritos —dijo Emily—. Les he observado, han ido a una velocidad pasmosa, han acabado hace horas. Hasta se han permitido el lujo de irse a descansar.

Los cuatro miembros de los *Wiishyud Ghuw* volvían en ese momento a su posición. El capitán del equipo no pudo evitar esbozar una sonrisa burlona cuando vio que solo quedaban ocho equipos. Su mirada se detuvo en la maqueta de los humanos e hizo un gesto despectivo sobre la construcción que tanto esfuerzo les había costado.

—Es un idiota prepotente —dijo Paula.

—Solo por ese pinche kepleriano ya merece la pena ganar la competición —añadió Alberto con mala cara.

Veinte minutos después, el maestro de ceremonias volvió a su posición y se dirigió de nuevo a todos los presentes.

—¡Y a continuación dará comienzo la fase de calificación de las maquetas! —Hubo una atronadora ovación desde el público, las gradas volvían a estar a rebosar—. Para ello, nuestros árbitros manejarán las grúas y colocarán los pesos en las ocho maquetas supervivientes. ¡Empezaremos poniendo el peso base con nada más y nada menos que quinientos kilos!

Los cuatro contuvieron la respiración mientras el árbitro que se les había asignado colocaba el primero de los bloques metálicos en la plataforma. Fue muy cuidadoso y profesional al posar el bloque y, tras unos instantes de tensión, pudieron soltar el aire cuando la grúa apartó los ganchos. La estructura se movió, pero tan solo se estaba asentando. Aun así, llegaron gritos desde el otro lado de la pista y el público comenzó a aplaudir después de mostrar su sorpresa. Una de las maquetas no resistió el primero de los pesos y se vino abajo. Los miembros del equipo no estaban demasiado sorprendidos, aunque sí defraudados.

—¡Parece que tenemos el primer desplome de esta fase! ¡Y ahora llegarán dos bloques de doscientos cincuenta kilogramos! —anunció la voz por megafonía.

Los árbitros colocaron el primero y no hubo sorpresas, pero cuando estaban a punto de añadir el segundo, otra de las maquetas se venció y se vino abajo. Unos instantes después de colocar el segundo peso, otra más se derrumbó. Ya solo quedaban cinco equipos en la contienda. La maqueta de Emily y sus compañeros estaba resistiendo, aunque cada vez se la veía más estresada por el peso. Los crujidos que se escuchaban con cada bloque les hacían temerse lo peor.

A continuación, colocarían cinco bloques de cien kilogramos, de uno en uno. Al equipo de al lado se le derrumbó el puente con el segundo. El público vibraba y vitoreaba cada vez que un puente colapsaba, pero agradecía el esfuerzo de los equipos eliminados con una cerrada ovación. Cuando colocaron el último bloque de la serie cayó otra maqueta. Ya solo quedaban ellos junto con los dos equipos favoritos para alzarse con la victoria.

—¡No puedo aguantar más esta tensión! —dijo Paula sin parar de moverse en todas direcciones.

—Solo quedamos tres —informó Alberto.

—¡Y entramos en la última fase del concurso! —dijo el presentador del evento— ¡Solo tres equipos han llegado hasta aquí! Recordemos que ahora mismo las tres estructuras supervivientes están soportando nada más y nada menos que mil quinientos kilos. ¡Regalemos una fuerte ovación a estos doce maestros de la construcción!

Todo el recinto se levantó de sus asientos y aplaudieron con tanta fuerza que Emily sintió que se le erizaba la piel. La sensación de estar tan cerca de la victoria era una poderosa mezcla entre orgullo e incertidumbre que la hizo suspirar para soltar la tensión acumulada. El maestro de ceremonias informó que a partir de ese momento los pesos que se colocarían serían de cincuenta kilogramos hasta que todas las estructuras colapsaran. Los árbitros colocaron la primera, pero las tres maquetas superaron la prueba. Emily notó cómo el capitán de los favoritos aguantaba la respiración al colocar cada uno de los pesos. Sus prepotentes aspavientos habían quedado atrás, y ahora veían a los otros dos equipos como una seria amenaza.

Se colocó el segundo de los bloques para sumar un total de mil seiscientos kilos. A pesar de los problemas en la construcción acababan de superar las previsiones iniciales de Gorka. También entre el público la expectación era total, ni un solo ruido, los nervios de todos estaban a flor de piel. Las grúas colocaron el tercer peso y, aunque una de las componentes del equipo de las *Lupfuj Naap* lanzó un pequeño grito de pavor, no hubo novedad. La kepleriana había visto algo en su maqueta que no iba bien. Y su miedo era fundado, ya que nada más soltar la grúa la cuarta pieza de cincuenta kilogramos, su estructura se vino abajo, para desilusión de los cientos de keplerianos que observaban la contienda. Las componentes devolvieron al público todo el cariño recibido y encajaron la derrota con deportividad. Había ya mil setecientos kilos sobre los puentes y ya solo quedaban dos equipos.

Las dos estructuras supervivientes aguantaron otro bloque de cincuenta kilos. Y después, otro más. Con eso, ambos equipos igualaban el récord del año anterior. La estructura de Emily y sus compañeros comenzaba a mostrar síntomas de fatiga, a cada peso que se colocaba las tablillas estaban más cerca del colapso. Los numerosos quejidos que les llegaban de la estructura daban buena cuenta de la tensión que estaba soportando. Los árbitros colocaron un peso adicional. Emily tuvo la impresión de que algunas de las tablillas comenzaban a combarse. Los cuatro miembros se cogieron de las manos, temiéndose lo peor. Sin embargo, la estructura aguantó de pie.

—¡Tenemos nuevo récord! —gritó el presentador del concurso mientras los espectadores gritaban y vitoreaban— ¡No se recuerda una final tan apretada y épica como la que estamos presenciando hoy!

—Cualquier movimiento, incluso debido al alboroto del público, puede acabar de tirar por los suelos nuestras posibilidades. —Gorka se agitó, nervioso.

Las grúas levantaron un nuevo bloque de metal. La tensión era máxima y el silencio,

absoluto. Emily aguantó la respiración durante un momento que se hizo eterno. La grúa posó con sumo cuidado el peso y apartó su gancho. El puente aguantó el nuevo envite, pero de repente sonó un ligero crack y la estructura se vino abajo sobre el lado derecho. En apenas una fracción de segundo todo el puente se desplomó con un golpe sordo.

Emily soltó el aire contenido y cerró los ojos con pesar. No habían superado la prueba de la Vía de la Confrontación. Eso supondría un enorme revés para los intereses del proyecto. La única posibilidad de unir al pueblo kepleriano pasaba por conseguir todos los bastones de mando. Un murmullo de sorpresa e inquietud se alzó en el recinto del concurso.

—¡Ambas estructuras se han venido abajo! —gritó el maestro de ceremonias— ¡No recuerdo haber vivido jamás un concurso tan apretado! ¡El juez tendrá que decidir cuál de ellas ha caído en último lugar para decidir quién es el equipo ganador de esta reñida edición!

Emily abrió de nuevo los ojos y miró hacia el otro equipo. Su estructura también se había vencido. Todavía había una posibilidad.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Paula, sorprendida.

—El suyo también se ha venido abajo —dijo Alberto.

—Pero ¿antes o después que el nuestro?

—No lo sé, no estaba mirando —respondió el mexicano.

—¡Creo que me va a dar algo! —exclamó Paula mientras daba vueltas en círculos.

Todos los presentes giraron sus cabezas hacia una atalaya situada en lo alto de la grada principal. Allí había un kepleriano que desapareció de repente. Un par de minutos después, el kepleriano ataviado de igual manera que el resto de los árbitros se acercó al pequeño grupo donde árbitros y maestro de ceremonias intercambiaban impresiones sobre el desenlace del concurso. El juez pareció explicarles lo que había ocurrido y el círculo se disolvió, dejando al presentador solo con el veredicto.

—¡Ya tenemos el ganador de esta edición del concurso de puentes de Khapabir! —desató los aplausos de entre el público— Agradecería que ambos equipos se acercarán hasta aquí. ¡Démosles un fuerte aplauso por este espectáculo tan memorable que nos han brindado!

Los ocho concursantes se acercaron hasta el centro del recinto y se colocaron a ambos lados del presentador.

—¡No dilatemos más tiempo el desenlace! —dijo— ¡Y el equipo ganador es…! ¡Emily Rhodes de los Gaal-El y su equipo de humanos!

Solo una parte del público aplaudió. Los seguidores del equipo perdedor eran muchos, y aquello les pilló por sorpresa. Sin embargo, la frustración se fue poco a poco convirtiendo en un multitudinario reconocimiento. El público acabó por levantarse de sus asientos y aplaudir a los nuevos campeones del concurso. Se escucharon vítores y hasta comenzaron a aclamar a Emily.

El maestro de ceremonias se les acercó y les felicitó uno por uno. El equipo contrario también lo hizo, y hasta el capitán, aunque había tenido una conducta bastante soberbia, se acercó a estrechar la mano de Emily.

—Ha sido un concurso memorable —le dijo—. Jamás habíamos presenciado algo parecido.

—Gracias —respondió ella—. Ha estado muy reñido, podía haber ganado cualquiera.

—Enhorabuena —les felicitó—. Prometo que el año que viene vendremos con los ánimos renovados a presentar batalla de nuevo.

Los árbitros colocaron unas coronas florales en el cuello de cada uno de los ganadores, que todavía no eran conscientes de que lo habían conseguido. El maestro de ceremonias les hizo un gesto y se acercaron hasta un pequeño pedestal en el que descansaba un trofeo de metal con forma de puente.

—Os hago entrega del premio que os acredita como vencedores de esta edición del concurso —les dijo.

Emily recibió el trofeo y lo levantó en el aire, provocando el alboroto en las gradas, que de nuevo les vitorearon. Pero mientras los cuatro festejaban la victoria contagiados por el fervor del público, se hizo de pronto un silencio absoluto. Todos contuvieron el aliento mientras Khaaÿ, el líder del poblado, se acercaba hasta los nuevos campeones con su paso lento y cansino. Árbitros y concursantes honraron su presencia con una respetuosa inclinación. Cuando llegó a la altura de Emily, la miró con detenimiento con el rostro serio.

—Doctora Rhodes —dijo por fin—. Usted y su equipo han demostrado una gran pericia al ganar este concurso. Muchos son los habitantes de Khapabir que desean estar en su posición ahora mismo, y muy pocos los que lo consiguen.

—Gracias, señor —respondió Emily con una respetuosa reverencia.

—He de admitir que no estaba convencido de lo que Waafdiv nos decía —se sinceró—, pero he sido testigo de cómo mi pueblo ha dictado sentencia. No sé si es usted aquella de la que hablan los antiguos escritos, pero veo en su mirada una determinación que nunca antes había visto. ¡Salve, Emily de los Gaal-El!

El anciano se postró ante ella y le tendió el bastón de mando ante la atónita mirada de sus conciudadanos. Emily dudó, pensando en que el anciano lo necesitaba para caminar, pero decidió que podría tomárselo como un insulto si no lo hacía, así que lo aceptó agradecida. El recinto completo contempló la ceremonia improvisada con expectación.

—Le ruego que haga siempre lo mejor para mi pueblo —dijo el anciano con lágrimas en los ojos.

—Se lo prometo —respondió ella.

Uno de los ayudantes del ya antiguo líder lo ayudó a salir de la pista mientras el público aplaudía.

—¡Salve, Emily! ¡Líder del pueblo Khapabir! —gritaban.

La planta

7 de mayo del año 1

Base Magallanes, Kepler-442b

—¿Hablaste con su líder después del concurso? —preguntó el subdirector.

—Sí, le comuniqué a Khaaÿ mi deseo de que nada cambie —respondió Emily—. Pretendo que él se encargue de la gestión de la ciudad, como hasta ahora. Más adelante, llegado el momento, trabajaré para que todos los pueblos funcionen como una única nación, incluidos los humanos. Lo del bastón no es más que una mera formalidad.

—¿Puso alguna pega?

—No, creo que agradeció poder seguir al frente de sus ciudadanos —respondió Emily—. Son asombrosos, trabajan casi hasta que no pueden más, y lo hacen siempre con la máxima entrega.

—¿Pondrá problemas si decides algo que vaya en contra de su población? —siguió Green.

—No lo creo —dijo ella—, pero le he dado mi palabra de que pensaré en los keplerianos que viven allí.

—¿Qué has hecho con el bastón?

—Lo tengo aquí —se lo mostró.

—No parece gran cosa.

—Es solo una vara larga con remaches de metal en la parte superior, un símbolo del poder que le otorga el pueblo —dijo ella—. Está muy desgastado y se nota que es antiguo, diría que ha sido pintado varias veces.

—¿Qué tiene en la parte superior? Parece un huevo…

—Es una especie de pomo metálico —dijo mirándolo—. Está decorado con paisajes de su ciudad. Hay maquinaria y vehículos a vapor. Deberías verla —cambió de tema—, es increíble. Disponen de una tecnología que está a años luz de lo que hemos visto en el resto de los poblados. Son capaces de generar su propia energía eléctrica, tienen motores de vapor y manejan el metal como nadie de entre los keplerianos. Son un pueblo mucho más avanzado de lo que creíamos.

—Eso es una excelente noticia, necesitaremos toda la ayuda posible si queremos vencer a los Khol.

—¿Deberíamos compartir nuestro conocimiento tecnológico con ellos? —preguntó.

—Es una pregunta que llevo haciéndome mucho tiempo —se sinceró Emily—. Pero no tengo una opinión clara al respecto, supongo que la situación de cada momento nos dictará lo que tengamos que hacer.

—Sí, esperemos que quede tiempo suficiente para organizar una buena defensa.

—¿Qué hay del resto de pruebas?

—No sabemos gran cosa, no hay un calendario definido; podríamos recibir las instrucciones hoy mismo o dentro de un mes —se encogió de hombros.

—Esperaremos, entonces —dijo resignado.

—¿Ha habido alguna novedad mientras estábamos en Khapabir?

—Anoche detectamos movimiento en el campamento rebelde —reveló él.

—¿De qué clase?

—Dos naves se han desplazado hasta el pueblo Khaavahki.

—¿Por qué iban a ir con dos naves hasta allí?

—No lo sabemos —reconoció el subdirector—, pero si Garth y Vaahur están trabajando en algo juntos, no podemos esperar nada bueno.

Tras la conversación con el subdirector, Emily abandonó las instalaciones y dio un paseo por la base. Estaba muy cansada, la tensión del concurso y una noche en vela le estaban pasando factura a pesar de haber dormido casi once horas esa noche. Gorka todavía seguía en la cama, necesitaba recuperarse después de haber dormido apenas dos horas en tres días. No había hecho más que repetir una y otra vez durante el viaje de vuelta que sentía todo lo que había ocurrido durante el concurso. Se culpaba de que su torpeza casi lo echara todo a perder. Le recordaron que todo aquello ya no importaba, habían ganado y no tenía sentido martirizarse. Solo le hacía falta descansar un poco para ver las cosas de otra manera.

Conversó un rato con Kostas y con Martin, que trabajaban en los cultivos, como de costumbre. Habían tenido que sustituir los sistemas de control de las plantaciones por culpa del pulso electromagnético, pero la mayoría de las plantas ya habían comenzado a dar frutos y ambos estaban bastante emocionados. Tenían zanahorias, pimientos y tomates con un aspecto de lo más apetecible, pero no le permitieron probarlos, aduciendo que tenían que analizarlos antes para asegurarse de que no eran nocivos. Los etiquetaban y enviaban a la estación con asiduidad para su estudio en el laboratorio.

Saludó a Lemy, que le regaló unas cabriolas y sus habituales gruñiditos de placer.

—Parece que estás engordando un poquito, ¿no, pequeñín? —le recriminó con otra carantoña —. ¿Vamos a tener que ponerte a dieta?

El pequeño animal, ajeno a los comentarios sobre su peso, disfrutaba de las caricias de su amiga humana. Cuando acabó de darle su ración diaria de mimos, se acercó al otro edificio y conversó con las doctoras sobre el estado del soldado rebelde.

—¿Cómo se encuentra Hoffman? —preguntó.

—No demasiado bien —dijo la doctora Hudgens—. Lo trajeron bastante tarde, está vivo de milagro. Estuvo mucho tiempo respirando unas cantidades de oxígeno demasiado pequeñas y eso ha afectado a su cerebro.

—Santo cielo —suspiró Emily—. ¿Y eso cómo puede afectar a su recuperación?

—Lo tenemos sedado de momento, hasta que el tratamiento con las moléculas nos indique que todo está bien. Pero ahora mismo no somos nada optimistas —añadió la doctora Moreau.

—Su recuperación dependerá de los daños causados —matizó la doctora Hudgens—. Estamos monitorizando su actividad cerebral, pero vemos daños en diferentes zonas, por lo que las secuelas podrían ir desde mareos recurrentes y deterioros cognitivos hasta un daño cerebral irreversible.

Emily lanzó un suspiro de preocupación. Sabía que estaba en buenas manos, pero tal vez la sargento Cameron había tardado demasiado tiempo en traerlo hasta allí.

—Me temo que la única parte positiva es que su cuerpo está evolucionando bien al tratamiento de las heridas y fracturas que presentaba —dijo la doctora Moreau.

—Supongo que algo es algo —respondió Emily—. Mantenedme informada si hay alguna novedad.

Salió de allí muy preocupada. No tenía forma de comunicarse con la sargento Cameron y podía imaginarse su situación en el campamento rebelde. Además de recibir una paliza por defender a su compañero, había llevado una nave hasta la base del proyecto con el riesgo añadido de revelar la posición de los rebeldes. Dudaba mucho de que la hubieran recibido con los brazos abiertos.

—Se acercan dos emisarios de los Wiikhaadiiz ofiz —interrumpió Ada.

—¿Los conocemos?

—Sí, se trata de la consejera de Khikhya, la que os entregó el mensaje para que Rakesh y tú os reunierais con ella en aquella cabaña. El otro es un simple soldado.

Emily esperó a que ambos se acercaran.

—Saludos, Emily Rhodes —dijo la consejera.

—Sed bienvenidos —respondió ella—. ¿Desean pasar al interior?

—No será necesario, solo hemos venido a entregarle una carta con las instrucciones de la prueba de los Wiikhaadiiz ofiz.

La consejera extendió el brazo y le ofreció un sobre lacrado con el blasón de su poblado. Emily lo abrió allí mismo y leyó la carta que había en su interior.

A la atención de Emily Rhodes, del pueblo Gaal-El:

Por la presente, yo, Khikhya, líder del pueblo Wiikhaadiiz ofiz, le traslado a usted las condiciones de la prueba que nuestro pueblo ha decidido proponer a la candidata. El no cumplimiento de la prueba en las condiciones aquí especificadas resultará en la nulidad de la Vía de la Contienda que la candidata ha solicitado.

La prueba consistirá en conseguir una planta muy especial. Dicha planta no crece cerca de aquí, sino que lo hace en lo alto de la montaña. Para superar la prueba, la candidata podrá disponer de un único acompañante que la ayudará en todo aquello que sea necesario. Sin embargo, no podrá utilizar ningún medio de transporte humano.

La prueba dará comienzo en nuestro poblado mañana, 8 de mayo, con los primeros rayos de luz, y finalizará el día 1 de junio al anochecer en el mismo lugar. Para superarla, la candidata deberá traer al menos un ejemplar en buen estado de la planta antes de que acabe la prueba.

Atentamente,

KHIKHYA, LÍDER DEL PUEBLO WIIKHAADIIZ OFIZ

Emily miró a la consejera con extrañeza.

—¿Una planta? —preguntó—. ¿Qué clase de planta?

La consejera le hizo entrega de un paño doblado en tres. Emily apartó las dos primeras capas

de tela y dentro encontró una flor disecada y plana. Tenía el tallo de un rojo muy oscuro, casi negro, y sus pétalos eran de un morado intenso que recordaba a las violetas de la Tierra. Emily la miró confundida.

—Pero ¿dónde tenemos que buscarla? ¿No hay más instrucciones?

—Es todo lo que puedo decirle —se excusó ella—. ¿He de entender que acepta el reto?

—Sí, lo acepto.

—De acuerdo, entonces nos veremos mañana al alba —se despidió.

Los dos keplerianos se alejaron por donde habían venido. Emily se quedó con el pañuelo en la mano sin saber muy bien por dónde empezar.

—Chad, creo que necesito tu ayuda —dijo por radio.

—De acuerdo, salgo ahora mismo.

—No, entro yo.

Emily utilizó una bolsa para introducir la flor dentro de las instalaciones y se la enseñó a Chad. La examinó muy por encima y después Emily le contó de qué trataba la prueba.

—Pero ¿no te han dado más pistas?, ¿una zona para buscar, al menos? —le preguntó.

—No, solo me han dicho que crece en las montañas.

—Pero eso es una pista demasiado vaga —protestó él—. Podría ser a dos mil metros de altura entre rocas o en las nieves de la cordillera.

—Pensaba que si la veías serías capaz de saber esas cosas.

—Lo siento, pero me temo que no —lamentó—. Y menos a partir de un ejemplar disecado.

—Entonces, ¿qué podemos hacer?

—Solo se me ocurre preguntarles a ellos.

—Ya lo intenté y no hubo respuesta.

—Entonces, me temo que esta prueba será muy difícil de superar.

Emily guardó silencio, decepcionada.

—¿Sabemos por qué es una planta tan especial? —preguntó el biólogo.

—¿Especial?

—Sí, es lo que pone en la nota: la prueba consistirá en conseguir una planta muy especial.

Emily pensó unos instantes. De repente su expresión facial cambió por completo. Sus ojos se abrieron de par en par.

—¡Yisht! —exclamó.

—¿Qué tiene que ver ella con todo esto?

—Yisht me dijo hace no mucho tiempo que Khikhya obligó a dos de sus súbditos a subir hasta la montaña a por una flor que solo crecía allí —dijo triunfal.

—Ya, pero eso no nos da ninguna pista de dónde podríamos encontrarla.

—No, pero me dijo que habían tenido que ir más allá de la cabaña de Haagar.

—¿Haagar? ¿El ermitaño kepleriano que os llevó hasta el pueblo Gaal-El?

—Sí, y estoy segura de que él sabrá dónde crece.

—Bueno, si es así, problema solucionado, ¿no?

Emily se quedó mirando a Chad sin responder a la pregunta.

—¿Qué pasa?

—Que en la carta pone que puede acompañarme una persona.

—¿Y…? Un momento, ¿insinúas que sea yo? —preguntó el biólogo.

—Sí.

—Pero yo soy un pésimo excursionista, de pequeño odiaba salir de casa. Mi madre siempre intentaba en vano que fuera al parque a jugar con otros niños. No puedo ni imaginarme subiendo hasta lo alto de una montaña.

—Yo tampoco te imagino —intervino Taro sin levantar su ojo derecho del microscopio.

—Pero necesitaré a alguien que pueda identificar esta flor cuando la veamos.

—Ada lo puede hacer mucho mejor que yo, sin duda…

—Por favor… —pidió ella— Será divertido.

Chad lanzó un prolongado suspiro.

—No voy a poder librarme, ¿verdad? —preguntó. Y al ver que Emily ponía cara de circunstancias, añadió—: Está bien, iré.

—Gracias, Chad —le dijo con emoción—. ¿Puedes hacer algún análisis a esta planta para que cuando encontremos una, validemos que sea de la misma especie?

—Claro, sin problema —respondió él.

—¡Genial! —exclamó—. Saldremos mañana de madrugada hasta Wiikhaadiiz ofiz y desde allí caminaremos hasta la montaña. Tendremos que hacer noche allí.

A la mañana siguiente, Emily y Chad salieron de las instalaciones mientras una ligera llovizna empapaba el suelo. Todavía no había amanecido, así que recorrieron con la ayuda de la visión infrarroja la distancia que los separaba de la residencia de Khikhya. Emily había recuperado la mula superviviente que Erik y Min habían revisado y había preparado los suministros necesarios para el viaje.

Solo se cruzaron por el camino con algún kepleriano madrugador que se preparaba para otra jornada laboral. Cuando llegaron a la residencia se encontraron con un pequeño séquito de ayudantes y consejeros que les dieron la bienvenida. Emily buscó a Yisht con la mirada, pero no la localizó. Y aunque supuso que no sería necesaria su presencia, no pudo evitar pensar en todo lo que le contó sobre sus predecesoras. Khikhya apareció al cabo de unos instantes y bajó las escaleras de entrada con ayuda de sus consejeros. Se acercó a Emily y a Chad.

—¡Hola, Emily! —la anciana líder la abrazó con una inusitada efusividad.

—Hola, Khikhya.

—¿He de suponer que este es uno de tus colaboradores? —Observó a Chad con curiosidad.

—Soy el doctor Chadwick Williams, pero puede llamarme Chad —se presentó él con una enorme sonrisa en la boca—. Soy algo así como el encargado de estudiar las plantas de este planeta. Desconozco si ustedes tienen alguien con un cargo similar. Un botánico sería lo más

parecido a alguien como yo dentro de su sociedad.

—¿Habla usted siempre tanto, doctor Chadwick Williams? —soltó una carcajada.

—Solo cuando estoy nervioso —sonrió él.

—En ese caso, creo que deberíamos dejar de hablar por su bien, no queremos que se entretengan cuando tienen una prueba que superar —dijo ella, mordaz.

—Sí, señora —asintió él.

—Mis queridos conciudadanos —pronunció ceremoniosa—, hoy es un día muy especial para todos nosotros. Emily Rhodes, del pueblo Gaal-El, ha solicitado la Vía de la Contienda para reclamar el mando único de los pueblos keplerianos. Para conseguir su propósito tendrá que demostrar su pericia en una peligrosa prueba. Solo de esa manera podrá demostrar ser digna de obtener el bastón de mando del pueblo Wiikhaadiiz ofiz.

La anciana líder alzó su bastón como si esperara una cerrada ovación, pero los pocos curiosos y despistados que se habían reunido allí para contemplar la ceremonia no parecían muy enterados de lo que estaba sucediendo.

—¡Podéis partir para conseguir vuestro cometido! —los animó la anciana—. Recordad que el plazo para concluir la prueba finaliza con el último rayo de luz de mañana.

Emily y Chad esperaron con paciencia a que Khikhya añadiera o hiciera algo más antes de ponerse en marcha, pero se limitó a girarse y regresó por donde había venido. Ambos se miraron y comenzaron a moverse en dirección oeste, hacia la montaña.

—Me esperaba algo más multitudinario —confesó Chad.

—Sí, yo también —reconoció Emily—. Me ha dado la impresión de que los ciudadanos no estaban al tanto de lo que ocurre.

—Esa misma sensación me he llevado yo. Si se trata de una prueba con la que los miembros de una comunidad pueden acabar teniendo un líder diferente, a mí por lo menos me gustaría saber qué es lo que ocurre.

—Desde luego, pero Khikhya está actuando de forma muy extraña desde hace algún tiempo, ya no parece la líder amable que nos recibió nada más llegar a este planeta.

Cruzaron el río de nuevo y siguieron el trayecto que Ada les indicaba en sus visores. Aquella vez no tenían que esperar por Yisht, así que alcanzaron un ritmo que no hubieran podido mantener de no ser por los exotrajes. A esas alturas ya había suficiente luz como para no utilizar los infrarrojos y la lluvia había dado paso a algún claro que otro.

—¿Cuál es el plan? —preguntó Chad.

—En realidad, dependemos de la ayuda de Haagar, el contacto que Khikhya nos dio hace días —dijo Emily.

—¿Crees que nos ayudará?

—Eso espero, porque de lo contrario no sabría ni por dónde empezar a buscar. Es un poco huraño, pero confío en que después de todo lo que vivimos con él su carácter se haya endulzado un poco.

—¿Y si no es capaz de ayudarnos porque no sabe dónde encontrar esas plantas?

—Es un ermitaño que vive aislado en la montaña —explicó Emily—. Tiene que saber de sobra dónde encontrar flores como esta.

—¿Y por qué nos envían a encontrar una simple flor?

—No lo sé —se sinceró—. Entiendo que es una prueba como otra cualquiera. Lo único que sé es que hay algún motivo por el que Khikhya está interesada en ese tipo de flores.

—Ayer analicé la muestra disecada que te dieron —comentó el biólogo—, y los resultados fueron un tanto decepcionantes.

—¿En qué sentido?

—Que es una flor normal y corriente —explicó él—. No tiene ninguna propiedad excepcional comparada con otras plantas que hemos analizado.

—Creo que tiene algún tipo de valor sentimental para ella —aventuró Emily.

Pronto comenzaron a ascender por el sendero que los llevaría hasta la cabaña de Haagar. Emily decidió incrementar algo más el ritmo; si querían subir y bajar de la montaña tendrían que hacer noche a mitad de camino. Eso podía suponer cruzarse con algún Yokai, un pequeño detalle que Emily no había querido comentar con Chad para que el biólogo no se asustara. Pero eso no evitó que un escalofrío recorriera su espalda al recordar la experiencia vivida en la cueva de la cascada. Decidió pensar en otra cosa para quitarse aquella visión de la cabeza.

—Me estoy dando cuenta de que sé muy poco de ti —dijo Emily—. Solo sé que eres de Nueva York.

—No tengo mucho que contar —respondió él.

—¿¡Qué!? —preguntó con una enorme sonrisa—. ¿Cómo puede ser que el locuaz Chadwick Williams no tenga nada que contar?

Chad guardó silencio y su cara se convirtió en una mueca de incomodidad.

—Lo siento, no quería molestarte. —El rostro de Emily se tornó en un gesto de preocupación por el biólogo—. Solo quería hablar de otra cosa. No tenemos por qué hacerlo sobre nuestras vidas si no quieres.

—No, está bien… es solo que no he tenido una vida… sencilla —dijo.

—No tienes por qué seguir si no quieres —insistió.

—No, lo sé, pero creo que quiero contártelo. —Hizo una breve pausa y después continuó—. En realidad, no soy de Nueva York. Nací y crecí en Craig, un pequeño pueblo de Colorado. La familia de mi padre poseía muchas tierras allí, teníamos una explotación ganadera. Pero las cosas se torcieron y el negocio acabó en la ruina cuando yo era muy pequeño. Mi madre tuvo que trabajar en un restaurante de comida rápida para mantenernos a mi padre y a mí. Los problemas económicos hicieron que mi padre cambiara de forma de ser radicalmente, comenzó a flirtear con el alcohol y se convirtió en alguien violento. No tardó mucho en pagar sus frustraciones con nosotros, nos maltrataba a mi madre y a mí de forma sistemática.

—¡Qué horror! —exclamó Emily.

—Una noche, cuando tenía trece años, llegó a casa más borracho de lo normal —siguió con la voz entrecortada—. Mi madre me estaba ayudando a acabar un trabajo para el colegio y él comenzó a increparla, acusándola enloquecido por alguno de sus ataques de celos habituales. Después la abofeteó varias veces y la tiró al suelo. Yo me interpuse entre ambos para defender a mi madre y él me apartó de un golpe. Pero al intentar mantener el equilibrio tuve la mala fortuna de que mi pierna se quedó atascada en una de las sillas de la cocina. Acabé en el hospital, con una fractura de tibia y peroné, dos costillas rotas y una contusión severa.

Emily se llevó las manos a la cabeza al escuchar el relato.

—Mi madre, que también había sufrido varios golpes, me llevó al hospital —continuó Chad —. Los servicios médicos llamaron a la policía y presentaron una denuncia contra mi padre. El servicio de protección del menor nos dio la posibilidad a mi madre y a mí comenzar de nuevo en otro lugar, lejos de allí. Le ofrecieron un pequeño apartamento en el Bronx y un trabajo en una hamburguesería bajo otra identidad.

—Lo siento mucho —murmuró Emily—. Es una historia muy triste.

—Supongo que lo es —se encogió de hombros—. Pero es la que me ha tocado vivir.

—Ha debido ser muy duro.

—Lo fue —confirmó—, cada vez que pienso en lo que tuvo que pasar mi madre se me cae el alma al suelo. Pasó de vivir una vida de lujos y facilidades a tener que hacer dos turnos diarios en una hamburguesería para poderle pagar la universidad a su hijo.

—¿Qué fue de ella? —preguntó Emily.

—Murió un año antes de enrolarme en el proyecto —confesó—. Una enfermedad vírica se la llevó por delante. Para cuando me enteré de que su trabajo no incluía un maldito seguro médico ya era demasiado tarde.

—Lo siento mucho.

—No pasa nada —dijo él con una tímida sonrisa—. Lo tengo superado.

—¿Por eso que te gustaba tanto comer en hamburgueserías?

—Sí —respondió—, supongo que es la manera que tenía de apoyar a las personas que, como mi madre, tuvieron una vida complicada.

—¿Volviste a saber algo de tu padre?

—No. Sé que fue condenado. Pero nunca volvimos a hablar de él. Debería de odiarle, pero en el fondo me da lástima. Supongo que no tiene mucho sentido, después de todo lo que le hizo a mi madre.

Ya era mediodía cuando enfilaron el último tramo de subida, justo en el lugar en el que Haagar les interceptó la otra vez. En esta ocasión, el ataque llegó por ambos flancos. Dos criaturas cuadrúpedas les cortaron el paso, sus tres mandíbulas les amenazaban mostrando sus afilados dientes. Una de ellas tenía el pelaje azabache y era más grande que la otra, de pelo pardo. Ninguna les quitaba el ojo de encima, observándolos con expresión amenazadora. Sin embargo, la de mayor tamaño cambió de repente su actitud, se acercó a Emily con curiosidad, husmeando a su alrededor.

—¡Hola, Philais! —saludó Emily con una caricia sobre el lomo de la criatura, que agradeció el gesto con un gruñido de aceptación.

La otra los observaba desde una distancia prudencial, mostraba los dientes y gruñía con desconfianza.

—¡Creía que os había advertido que no volvierais! —oyeron en la distancia. Buscaron su procedencia, pero no encontraron el lugar exacto.

—¡Haagar! —Emily hizo gestos con las manos a modo de saludo.

—¡Volved por donde habéis venido! —exclamó de nuevo con agresividad— ¡No sois bienvenidos!

—¡Soy Emily! —gritó, pensando que no la había reconocido.

—¡Sé muy bien quién eres! —respondió sin cambiar un ápice el tono.

—¡Solo necesitamos algo de ayuda!

—¡Aquí no la encontrareis! —dijo él— ¡Volved antes de que le diga a Yora que pruebe la resistencia de vuestras armaduras!

La criatura de color marrón redobló sus gruñidos y clavó sus cuartos traseros en el barro del sendero al escuchar a su dueño pronunciar su nombre.

—¡Tenemos que regresar a la montaña! —le contó Emily— ¡No necesitamos que nos acompañes a ningún lugar!

Tras un silencio prolongado, vieron una figura aparecer en la distancia.

—¡Yora! ¡Philais! —gritó Haagar. Los animales corrieron hacia él.

Emily y Chad continuaron su marcha en cuanto Yora les dedicó su último gruñido y volvió a la carrera hasta donde estaba su dueño. Emily encontró extraña una bienvenida tan poco hospitalaria. Había supuesto que compartir tres días de travesía con él serían suficientes para poder tener cierto trato amistoso con el ermitaño. Estaba claro que se equivocaba.

—No sois bienvenidos aquí —les dijo nada más llegaron a su altura—. No puedo evitar que paséis por este camino, pero sea lo que sea lo que hacéis aquí, no os ayudaré.

—Tenemos que conseguir…

—¡No me interesa! —cortó de malas maneras—. Seguid vuestro camino y dejadme en paz.

—Si hemos hecho algo que…

—¡He dicho que no quiero hablar con vosotros! —la interrumpió de nuevo.

Emily desistió de su intento y guardó silencio. Haagar los acompañó durante un par de kilómetros y después, sin intercambiar más palabras, regresó hacia su cabaña con sus dos animales.

—No esperaba una cálida bienvenida —dijo Chad—, pero creo que esto se ha pasado de frialdad.

—No acabo de entender lo que acaba de pasar —dijo ella—. Haagar es un kepleriano muy hosco, no le gusta tener contacto con nadie. Pero le he visto cuidar y preocuparse por Yisht. No es alguien insensible y ha demostrado ser muy buen anfitrión cuando ha querido. Algo debe de haberle pasado para que nos reciba de esta forma.

—Ni siquiera nos ha dado alguna indicación sobre dónde encontrar las dichosas flores —se quejó Chad.

—Eso es sin duda lo peor de todo. Tendremos que buscarlas por nuestra cuenta —lamentó Emily.

—No sé ni por dónde empezar —indicó Chad—. Solo sabemos que crecen en esta montaña, pero será difícil localizarlas sin más instrucciones.

—Los ayudantes de Khikhya las encontraron —le recordó Emily—. Quizá pueda llamar a Yisht y pedirle algo de información.

—Ahora mismo no se encuentra en su habitación —les informó Ada—. De hecho, llevo un par de días sin saber nada de ella.

—¿¡Cómo!? —exclamó Emily—. ¿Alguna vez había pasado tanto tiempo sin que hablarais?

—No —reconoció—, pero puede que ella no haya querido contactar conmigo, o tal vez esté ocupada con el ajetreo derivado de la prueba.

—Eso no me tranquiliza, podría haberle pasado algo —dijo Emily.

—La mochila de Yisht no dispone de sensores ni cámaras para saber lo que pasa alrededor. Solo está preparada para reaccionar ante una orden y no es proactiva a la hora de establecer una conversación con su interlocutor.

—Aun así, ¿puedes intentar desde la estación que la mochila llame a Yisht cada hora? —preguntó.

—Claro.

—Gracias, Ada. Mantenme informada de cualquier novedad.

—Siento interrumpir, pero tenemos que seguir subiendo —apremió Chad—. Empieza a oscurecer.

Atravesaron la zona semiboscosa desde la que se vislumbraba uno de los obeliscos. Minutos después llegaron a la altura de la cueva en la que Haagar había dejado la otra vez aquel mastodonte como ofrenda para que los Yokai les dejaran pasar por su cueva. Aunque no quedaba ni rastro de él, las rocas y los huesos desperdigados por el suelo conservaban el color oscuro fruto de la actividad de los Yokai.

—Qué tonalidad más curiosa tienen estas rocas —comentó Chad—. No me gustaría saber qué criatura endemoniada vive en el interior de esa cueva.

—Chad, tengo que confesarte algo.

—Tú dirás.

—Cuando pasamos por aquí la primera vez descubrimos gracias a Haagar que en estas montañas también hay Yokais.

—¿¡Qué!? —exclamó él nervioso— ¿Yokais? ¿Y qué vamos a hacer? ¿Dónde pretendes pasar la noche? ¿Y si nos encuentran?

—Calma, calma —intentó tranquilizarlo—, ya se nos ocurrirá algo.

La noche se acercaba y no había ni rastro de las flores por ninguna parte. En el cielo el sol se despedía y Emily decidió buscar un lugar resguardado entre las rocas para pasar la noche y tratar de dormir algo. En un punto intermedio entre la primera y la segunda entrada a los túneles de los Yokai encontraron una pequeña oquedad en la piedra que solo tenía tres metros de profundidad.

—Este lugar es perfecto para pasar la noche —dijo Emily—. Está resguardado y apenas tiene profundidad para llegar hasta el interior de la montaña. Podremos descansar tranquilos, sin preocuparnos de que nos sorprendan desde el interior.

Se sentaron en la piedra y aprovecharon para comer y beber. Emily colocó la mula entre ambos y repusieron también los suministros de los trajes. Les ayudaban a caminar más deprisa y a cansarse menos, pero estar todo el día de pie también acababa pasando factura. El termómetro marcaba dos grados negativos en el interior de la oquedad, aunque ninguno de los dos sintió frío gracias al aislamiento de los trajes. Apenas hablaron, y aunque Chad estaba nervioso, la falta de costumbre de caminar tanto hizo mella en él. Ambos cayeron rendidos.

Emily se despertó sobresaltada, se había formado un buen tumulto en las inmediaciones. A cierta distancia se oían gruñidos y gritos, el sonido de un pequeño ejército de criaturas que se aproximaba desde alguna de las salidas de la montaña. Chad también despertó de sopetón.

—Date prisa —susurró Emily, muy alterada—. Creo que debemos irnos.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

—Se oyen Yokais.

Se levantaron y miraron hacia la cima de la montaña. A pesar de que la oscuridad era total en el exterior, la cámara infrarroja les mostró con detalle a decenas de Yokais que se dirigían hacia ellos a toda velocidad. No había manera de sobrevivir a semejante ejército de demonios. Tenían que regresar por donde habían venido, y tenían que hacerlo rápido.

—¡Corre! —gritó Emily.

Los dos empezaron a descender lo más deprisa que les permitían sus trajes. La mula siguió su ritmo sin aparentes problemas a pesar de la carga. Ada les mostró en sus visores lo que captaban las cámaras traseras de sus cascos. Cada vez había más y más demonios intentando darles caza, y cada vez estaban más y más cerca.

—Están a menos de cien metros —informó Ada.

—¡Estamos perdidos! —exclamó Chad con desesperación.

De repente, dos figuras saltaron desde las sombras de uno de los laterales del camino y se interpusieron entre ellos y los Yokais. Las figuras emitieron unos gruñidos que les helaron la sangre.

—¿Qué demonios son esas cosas? —exclamó Chad.

—¡Son Yora y Philais! —gritó Emily— ¡Nos están dando la oportunidad de escapar!

Estaban tan ensimismados con lo que ocurría detrás de ellos que no cayeron en la cuenta de que había alguien delante haciéndoles aspavientos.

—¡Haagar! —exclamó Emily, que casi se lo lleva por delante.

—¡Echaos a un lado! —les gritó.

Haagar agarró su hacha con las dos manos y avanzó hasta colocarse al lado de sus animales. El pequeño ejército de Yokais detuvo su marcha y se encaró con las criaturas del ermitaño. Los demonios dudaron, pero mostraron sus intenciones con amenazantes dentelladas y gruñidos de advertencia. Emily detuvo su marcha y se dio la vuelta para contemplar la insólita escena. Un Yokai se adelantó unos pocos pasos más y se encaró con Haagar mientras el resto guardaba silencio.

El líder de las criaturas emitió una serie de gruñidos sin sentido que, sin embargo, Haagar escuchó con atención. De repente, para sorpresa de Emily, era Haagar quién gruñía de vuelta. De alguna manera, aquel kepleriano solitario era capaz de comunicarse con ellos. Fuera como fuese, tras unos interminables segundos de intercambio de gruñidos, el líder Yokai se alzó sobre sus cuartos traseros y lanzó un terrorífico grito que provocó que todo su ejército se diera la vuelta y desapareciera por donde había venido. Haagar guardó su hacha, se dio la vuelta, contrariado y descendió de nuevo por el sendero. Cuando llegó a la altura de Emily y Chad no dijo ni una sola palabra y continuó su camino. Philais se acercó a Emily con intención de recibir una carantoña, y Yora emitió un gruñido de disconformidad ante la actitud de su compañero. Después, ambos

trotaron detrás de su dueño hasta darle alcance. Emily y Chad hicieron lo mismo y se colocaron a su altura.

—Gracias, Haagar —susurró Emily, todavía con el susto en el cuerpo. Pero el kepleriano no respondió—. No sabía que podías comunicarte con ellos —añadió después.

Hubo otro incómodo silencio.

Siguieron a Haagar hasta su cabaña y él volvió a detenerse.

—Lo que habéis hecho ha sido una soberana estupidez —les abroncó el ermitaño—. Podríais haber muerto allí arriba.

—Lo sé —respondió Emily—. Y no sabes cuánto te agradecemos que nos hayas ayudado.

—Ahora tendré que calmar la ira de los Yokai con otro sacrificio —se quejó.

—Lo siento —dijo Emily—. Solo necesitábamos encontrar unas flores que crecen por este lugar.

—¿Unas flores? —preguntó incrédulo— ¿Todo esto por unas simples flores? Pensaba que los humanos seríais más inteligentes.

—No se trata de unas simples flores. —Emily le mostró la flor disecada que llevaban consigo —. Tengo entendido que son muy complicadas de conseguir.

—¡Ja! —exclamó él con sarcasmo—. Y tan complicado, como que no florecen en esta época del año.

—¿No florecen en esta época?

—No —dijo él—. Solo lo hacen en invierno, durante unos pocos días al año. Es una *pashy jiluv*, y nacen en las zonas de alta montaña. Su crecimiento es muy peculiar, pues aparecen durante las primeras nevadas del invierno en zonas donde la nieve no es demasiado profunda. Yo solía recogerlas cuando… —hizo una pausa, y se arrepintió de lo que iba a decir— Esperad aquí —les dijo, y se dirigió a su cabaña.

—¿Khikhya nos ha enviado a buscar unas flores que no florecen en esta época? —preguntó Chad mientras esperaban en el sendero, a cierta distancia y con los animales de Haagar vigilando.

—También me resulta muy extraño —confirmó ella—. Da la impresión de que la prueba se ha preparado a mala fe.

—Tal vez no quiera entregar su bastón de mando —susurró Chad.

Haagar apareció un rato después, llevaba un ramo con media docena de flores secas. Se las entregó sin mediar palabra. Eran, sin lugar a dudas, ejemplares de la misma flor que habían ido a buscar, pero en este caso no habían sido prensadas como la que les habían entregado a modo de muestra.

—Y ahora —dijo Haagar de forma hosca—, será mejor que os marchéis. Ya hemos tenido suficiente por hoy. No sois bienvenidos de nuevo, así que no volváis.

—Gracias, Haagar, y lamento de veras si te hemos importunado de alguna manera.

Él se volvió sin responder a la disculpa de Emily y regresó al interior de su cabaña. Emily colocó el ramo con sumo cuidado sobre la carga de la mula e iniciaron el camino de vuelta a Wiikhaadiiz ofiz. Una vez superado el susto por el encontronazo con los Yokai y el mal trago de la actitud fría de Haagar, le resultó incluso placentero el viaje de vuelta. Tenían tiempo de sobra

para bajar de las faldas de la cordillera, así que ambos conversaron con tono distendido, sabedores de que iban a superar la prueba.

Llegaron a la residencia de Khikhya entorno al mediodía, pero allí no había nadie esperándoles. Emily habló con uno de los guardias de la puerta y le pidió que avisará a Khikhya o a alguno de sus consejeros. Quedaban horas para el anochecer, pero no había motivos para dilatar aquello. Tuvieron que esperar en la calle ante la atenta mirada de los curiosos que comenzaron a agolparse frente a la puerta de entrada a la residencia de la líder Wiikhaadiiz ofiz.

Tras la espera aparecieron los consejeros y el séquito habitual de Khikhya. Yisht no estaba entre ellos y Emily comenzó a pensar que le había pasado algo. ¿Habría descubierto algo en sus investigaciones? Tal vez Khikhya se hubiera enterado de que Yisht tenía tecnología humana en su habitación y se lo hubiera tomado como una amenaza. Eso podría explicar también por qué la prueba era a priori imposible de superar. Khikhya apareció mientras Emily seguía dándole vueltas a aquellos pensamientos. En cuanto la vio acercarse supo que su expresión no era amistosa. Estaba sorprendida de verlos allí, pero también parecía enfadada de que hubieran superado su prueba.

—Hola, Khikhya —saludó Emily—. Tenemos lo que nos ha pedido.

—¿De verdad? —dijo con cierto tono sarcástico—. Será mejor que lo comprobemos, ¿no le parece, querida?

La anciana bajó las escaleras con ayuda de su bastón de mando y de uno de sus consejeros. Se acercó hasta Emily, que le tendió el ramo de flores que Haagar les había entregado. Los ojos de Khikhya se abrieron de par en par al ver el ramillete. Dudó en cogerlo en un primer momento, pero acabó por extender su mano y examinarlo con detenimiento. Emily notó cómo la anciana sopesaba sus palabras con mucho cuidado.

—Estas flores están disecadas —dijo por fin.

—Veo que la edad no ha afectado lo más mínimo a su vista —confirmó Emily con una sonrisa—. Se trata de un ramo de *pashy jiluv*, para ser exactos. He de añadir que es una flor de lo más interesante ya que, según tengo entendido, solo florece durante un par de semanas al año. Y, dado que en la época en la que nos encontramos dichas flores no pueden hallarse en la naturaleza, dedujimos que la prueba consistía en conseguirlas disecadas. De lo contrario, la prueba sería imposible de superar, ¿no le parece?

Khikhya le lanzó una mirada de profundo desprecio. Pero tras ser consciente de que había muchos curiosos escuchando la conversación, cambió la expresión de su cara por otra dulce y artificial.

—Claro, querida —dijo de inmediato—. Esto era justo lo que esperábamos.

Un incómodo silencio se hizo en la entrada del edificio. Todos aguardaban a que Khikhya cediera el bastón, ya que la prueba había sido superada. De nuevo su expresión cambió, lanzó un profundo suspiro y tendió su bastón de mando sin decir ni una sola palabra. Emily se acercó a recogerlo, pero la anciana tiró de él hacia ella con una determinación que sorprendió a Emily. Sus cabezas quedaron alineadas y la kepleriana aprovechó para susurrar algo a su oído:

—Tenga mucho cuidado, jovencita —advirtió—. Si cree que voy a dejar que una maldita ramera extranjera como usted tire por el suelo lo que tanto esfuerzo me ha costado conseguir, está muy equivocada. Le prometo que haré todo lo que esté en mi mano para hundirla.

Luego soltó su presa y Emily sostuvo el bastón. Cuando miró a los ojos de la anciana, su cara

volvía a tener la misma dulce y artificial expresión que recordaba de la primera vez que se cruzaron en el claro.

—El pueblo de Wiikhaadiiz ofiz te desea lo mejor en el resto de las pruebas —dijo en voz alta para que todos los presentes lo oyeran— ¡Salve Emily, del pueblo Gaal-El!

El tercer emisario

2 de junio del año 1

Base Magallanes, Kepler-442b

—¡Yisht! —gritó Emily.

Yisht huía de algo o de alguien, pero el bosque estaba demasiado oscuro como para que Emily pudiera ver de quién se trataba. Veía cómo poco a poco se alejaba de ella, mientras aquella sombra la perseguía sin descanso.

—¡Yisht! —volvió a gritar.

Pero la joven kepleriana ignoró de nuevo su llamada, no se detuvo ni un momento y continuó con la huida. Emily comenzó a correr tras ella. Iba descalza y la hojarasca y la vegetación seca del suelo le molestaban al correr, pero avanzaba a pesar de todo. Todavía no tenía claro qué o quién perseguía a Yisht, pero fuera lo que fuera, era mucho más grande que ella, y también más rápido.

La persecución finalizó cuando Yisht lanzó un grito de auténtico terror. La criatura la había derribado de un fuerte golpe con sus garras. Yisht se arrastraba bocarriba intentado alejarse de aquel monstruo con desesperación. Entonces, aquella cosa de casi tres metros de altura reparó en su presencia. Giró la cabeza en su dirección y sus ojos dorados se clavaron en ella. Tenía el cuerpo de un color azul apagado y estaba cubierto de algo similar a unas escamas. De su espalda asomaban protuberancias óseas y concluía en una gran cola que le ayudaba a mantener el equilibrio.

Pero fue su cara lo que más aterrorizó a Emily. No disponía de hocico, ni algo que pareciera un órgano respiratorio. Su cabeza mostraba dos enormes cuernos plagados de irregularidades que tras serpentear acababan casi juntos de nuevo en la parte posterior. Otras protuberancias menos ostentosas recorrían sus mejillas hasta llegar a su barbilla. Una enorme cicatriz le atravesaba el ojo, recorría de arriba a abajo la parte derecha de su cara y daba testimonio de las batallas libradas.

Emily había visto antes una criatura similar. Fue en uno de los libros que Yisht les enseñó a Rakesh y a ella. Se trataba de un Kholchach, la raza de nobles y dirigentes entre los Khol. Aquel individuo no le quitaba la vista de encima y se dirigió a ella en una lengua desconocida que sonaba de manera gutural, seca y áspera. Pero, a pesar de ser la primera vez que escuchaba aquel idioma, pudo entender lo que decía.

—¿Quién eres tú? —espetó la criatura.

Emily se quedó clavada en el sitio, sin saber qué hacer ni qué responder. La criatura esbozó una amplia sonrisa y mostró el enorme tamaño de sus mandíbulas y su boca desprovista de dientes.

—Será mejor que puedas correr más rápido que tu amiga —rio la criatura.

La carcajada diabólica actuó de catarsis para Emily, que comenzó a huir en dirección

contraria como alma que lleva el diablo. A medida que avanzaba era capaz de observar con el rabillo del ojo cómo el monstruo comenzaba la persecución. Corría inclinado, sin llegar a utilizar sus cuatro extremidades, pero era evidente que la cola le ayudaba a mantener el equilibrio y ganar velocidad. Emily corrió como nunca, esquivó árboles, helechos y matorrales hasta que se vio acorralada. Vio una cueva en la que podría resguardarse.

La criatura estaba a punto de alcanzarla cuando decidió entrar. Tropezó en la misma entrada, pero en vez de dar con sus huesos en el suelo, comenzó a flotar en el espacio sin control, girando sobre sí misma. De repente ya no había rastro del bosque, ni de aquel ser que la perseguía. Conocía muy bien ese sueño y sabía que delante de ella se encontraría con el agujero negro.

«¡Despierta!», se dijo a sí misma.

Y así ocurrió. Se despertó en su cama, como de costumbre. Llevaba dos noches sin tomar la medicación que la doctora Schmidt le había dado para controlar las pesadillas. Desde luego, había algo que la preocupaba, pero le asustaba pensar en qué era lo que provocaba esos sueños tan vívidos y, en cierta manera, premonitorios. Aquel guardaba sin duda relación con los heraldos Khol y el anuncio de su próxima llegada. Pero la asustaba más preguntarse por qué su mente era capaz de representar con tanto detalle una criatura que solo había visto una vez en el dibujo de un libro kepleriano.

Trató de apartar todo aquello de su cabeza con una buena taza de café y centrarse en lo que le depararía el día. Deambuló por la base, habló con sus compañeros y alimentó a Lemy, que seguía aumentando de volumen. Se detuvo en el almacén, donde guardaba bajo llave los dos bastones de mando keplerianos. Los examinó con atención. No tenían nada en común, ni siquiera se habían utilizado los mismos materiales. El bastón dorado de los Khapabir estaba hecho de metal y contrastaba con la madera oscura teñida de un azul muy desgastado del bastón de los Wiikhaadiiz ofiz. Sin embargo, ambos tenían cierto parecido, ya que compartían un pomo metálico decorado con motivos y paisajes propios de sus poblados. Emily recordaba que también el austero bastón de Waafdiv tenía algo similar en su parte superior. Supuso que habría algo cultural detrás de aquel parecido. Alguien la llamó en ese momento.

—Hola, David —respondió.

—El comandante ya trabaja para garantizar tu seguridad y la de tu equipo para cuando tengáis que viajar al poblado Khaavahki.

—¿De verdad creéis que puede tendernos una trampa con la excusa de la prueba?

—No creo que se atreva a poner al resto de las poblaciones en su contra —dijo el subdirector —, al menos no si cree que es capaz de vencer en la prueba de forma justa. Tu popularidad entre los keplerianos es tal que si trata de jugar sucio puede que se enfrente a una rebelión. Pero, de todos modos, es mejor asegurarnos de que no intente nada.

—Desde luego, solo espero que no se descuiden esta vez las defensas en la base ni en la estación. El capitán Garth podría aprovechar de nuevo para atacarnos.

—No lo haremos, descuida. ¿Podemos hablar de lo que ocurrió ayer? —preguntó él.

—Sí, claro.

—Pero será mejor que vayas a una sala y actives la cancelación de ruido —le pidió.

A Emily le extrañaron tantas precauciones, sobre todo teniendo en cuenta que ya habían encontrado y anulado el dispositivo que permitía a los rebeldes espiar la actividad del proyecto.

—Ya estoy —avisó cuando estuvo dispuesta—. ¿Se puede saber a qué viene tanta cautela? Creía que el tema del espionaje era cosa del pasado.

—Nunca ha sido cosa del pasado, me temo —dijo él.

—¿Qué ha ocurrido?

—Nada grave, y puede que sean casualidades, pero creemos que alguien está pasando información a los rebeldes, o incluso a algunos keplerianos.

—¿Cómo es eso?

—Llevamos tiempo notando pequeñas acciones y sabotajes que se están llevando a cabo desde dentro.

—¿Sabotajes? ¿Cómo qué? —preguntó alarmada.

—Hay varios casos que pueden estar relacionados: el motor que falló en la Ícaro; la antena de comunicaciones de la base que estaba mal calibrada según la ingeniera Gonçalves; la nueva nave que pilota Balakova, la Deathwing, que iba a estar disponible mucho antes de la batalla, pero una mañana los ingenieros se la encontraron sin algunas piezas vitales... Y así una larga lista de curiosas desgracias que podrían llegar a pasar por simples casualidades.

—Vaya, no sabía nada —dijo ella.

—Lo sabemos muy pocos en el proyecto —respondió el subdirector.

—Aunque sabiendo que el capitán Garth comenzó a preparar su golpe mucho antes de llegar al planeta, todo podría encajar dentro de su plan.

—Es lo que creemos —explicó él—. Tuvo varios meses para convencer a parte de la tripulación, y por desgracia es muy tenaz.

—¿Quién crees que puede estar colaborando con los rebeldes?

—No lo sé, pero es alguien con conocimientos y que tiene acceso a lo que ocurre a nuestro alrededor.

—¿Hay algún sospechoso?

—Tenemos varios nombres, pero por precaución prefiero no decírtelos.

—Por supuesto, claro.

—Solo quería hablar contigo sobre este tema en vista de lo ocurrido con Khikhya y Yisht —explicó él—. ¿Crees que alguien ha podido informar a los Wiikhaadiiz ofiz de que Yisht podía hablar con nosotros?

Emily pensó en lo que acababa de preguntarle el subdirector.

—No lo sé, puede que sí —se encogió de hombros—. Pero en este caso es posible que no tenga nada que ver con nosotros. Yisht estaba investigando algo sobre el pasado de Khikhya, algo turbio. Quizá haya sido eso lo que ha detonado su desaparición. Estoy muy preocupada por ella.

—¿Crees que podríamos buscarla o ayudarla?

—No sabría ni por dónde empezar —respondió Emily—. Me temo que ahora mismo no somos bienvenidos en Wiikhaadiiz ofiz, y es el único lugar donde se me ocurre buscar una pista sobre su paradero.

—Podríamos hablar con la madre de Shildii para saber si ha oído algo.

—La pondríamos en peligro si la obligamos a hacer preguntas incómodas, las aguas están muy revueltas ahora mismo.

—Entiendo, ¿y qué hay de la desaparición de la mochila de los Gaal-El? —preguntó el subdirector—. ¿Podría estar relacionada con alguien del proyecto?

—Podría ser —hizo un gesto afirmativo—. No deja de ser muy oportuno que desapareciera justo cuando Waafdiv iba a organizar un nuevo cónclave.

—¿Quiénes sabían que Waafdiv tenía una mochila de telecomunicaciones en su poder?

—Nadie, pero cuando se la entregué había varios soldados y personal médico en la explanada de su templo, tal vez alguien lo viera. Puede que sean los Gaal-El quienes tengan un infiltrado.

—De acuerdo —concluyó el subdirector—, si ves algo sospechoso o se te ocurre algo que nos pueda dar una pista sobre este tema, házmelo saber, por favor.

Emily cortó la comunicación, pero siguió dándole vueltas al asunto. Tenía que ser alguien con suficientes conocimientos técnicos como para sabotear una nave, y también tener una posición de ciertos privilegios para estar enterado de todo lo que ocurría en la base y la estación. ¿Quién de entre los que colaboraban con ellos sería capaz de sabotear sus planes?

Caminaba por la base sin destino concreto cuando Ada le informó de que un nuevo séquito de emisarios se acercaba. En esta ocasión se trataba de un pequeño grupo de militares Khaavahki, no demasiado numerosos, apenas diez efectivos. Emily revisó las imágenes que le mostraba Ada en la distancia y observó que uno de los soldados portaba un estandarte blanco. Se aproximaban en son de paz. Entre ellos había una figura que vestía de forma diferente al resto. Su elegante traje militar azul marino y la expresión de su cara le delataban. Emily sabía quién era aquel kepleriano: era Lajlab, uno de los oficiales de más alto rango de Vaahur.

La elección de ese oficial para cumplir aquella misión no se había tomado a la ligera. A pesar del encontronazo de hacía unos meses en las dependencias de Khikhya, Lajlab no había estado presente en la batalla, por lo que el movimiento de Vaahur pretendía ser todo lo institucional que permitían las circunstancias. El grupo tardó un buen rato en cruzar el campo de batalla y aproximarse hasta la entrada de la empalizada este. En esta ocasión, y por seguridad, Emily no cruzó la puerta para esperarles, si no que aguardó con paciencia en la plataforma de la muralla. Ferrara había apostado allí a una decena de soldados para evitar cualquier problema.

—¡Alto! —ordenó la sargento cuando el grupo del emisario se encontraba a unos veinte metros de la puerta de entrada— ¡No den ni un solo paso más!

Lajlab se adelantó con los brazos en alto.

—¡Traigo un mensaje para la doctora Rhodes! —gritó.

—¿Qué clase de mensaje?

—¡No lo sé! —dijo, sacando un pergamino de su bolsillo— ¡Está lacrado!

Ferrara miró a Emily, que asintió con la mirada.

—¡Abrid la puerta! —ordenó—. Solo usted puede cruzarla, sus soldados aguardarán en el exterior. Y debo advertirle que al menor gesto que podamos interpretar como una amenaza, abriremos fuego sin pensarlo dos veces.

El coronel kepleriano se volvió a sus soldados y les ordenó permanecer allí. Después cruzó las puertas de la base para llegar hasta donde esperaba Emily, escoltada por otros cuatro soldados armados que no dejaron de apuntar al orgulloso oficial de Vaahur.

—He de admitir que no me sorprende esta recepción, dadas las circunstancias —dijo él con una sonrisa indiferente.

—Creo que tiene algo para mí, coronel —le respondió Emily incómoda. No quería que aquello se alargara con un inútil parloteo.

El militar le entregó el pergamino y esperó con paciencia hasta que ella lo leyera.

A la atención de la candidata extranjera:

Por la presente, yo, Vaahur, líder supremo y comandante en jefe de los ejércitos del pueblo Khaavahki, le traslado a usted las condiciones de la prueba que he decidido proponer a la candidata de la Vía de la Contienda.

Para superar la prueba, el campeón de la candidata deberá enfrentarse en combate singular al campeón de los Khaavahki. La pelea tendrá lugar en la arena de nuestro foso de combate y no podrán utilizarse armas ni armaduras externas al duelo. El duelo será a muerte. El combatiente que resulte superviviente de la contienda será el que resulte ganador de la prueba.

El combate dará comienzo en nuestro poblado en dos días, con los primeros rayos de luz.

VAAHUR, LÍDER SUPREMO Y COMANDANTE EN JEFE DE LOS EJÉRCITOS DEL PUEBLO KHAAVAHKI

Emily dio un respingo al leer que el combate sería a muerte. Aquello la pilló desprevenida, nunca pensó que tuviera que poner en peligro a alguien para superar una de las pruebas. Vaahur sabía jugar sus cartas, y era obvio que conocía muy bien su forma de pensar. Sabía que esa prueba la pondría en una encrucijada moral: alguien tendría que arriesgar su vida por ella.

—Necesitaré una confirmación por su parte, doctora Rhodes —apremió el coronel kepleriano.

Emily vaciló, pero finalmente aceptó. Siempre podría dar la prueba por perdida si consideraba que no existían las condiciones necesarias para participar.

—Doy mi conformidad —dijo con una falsa seguridad en su tono.

—En ese caso, nos veremos en dos días.

El coronel Lajlab dio media vuelta y abandonó la base ante la atenta mirada de los soldados apostados en la empalizada. Emily se quedó sola y releyó el pergamino para cerciorarse del problema que se le acababa de presentar.

—¿Qué ocurre? —preguntó Ferrara— ¿En qué consiste la prueba?

—Es poco menos que un suicidio.

Nadie en el comedor quería decir ni una sola palabra, pero alguien debía dar con una solución al problema.

—Debería de ser yo —dijo Taro—. Soy el que más experiencia tiene en combate cuerpo a cuerpo.

—Suena lógico, salvo por el detalle de que no se pueden utilizar armaduras —se quejó Gorka —. Tengo que ser yo.

Paula ahogó un sollozo al oírlo ofrecerse para el combate.

—No sabemos si con armaduras se refieren a nuestros exotrajes —esgrimió Taro.

—Es evidente que sí —contraatacó Gorka—. Ellos mismos se han referido en más de una ocasión a nuestros trajes como armaduras. Una pelea contra un kepleriano sin armadura sería injusta si uno de nosotros peleara con el exotraje puesto.

—También lo será si nos enfrentamos a uno de ellos sin los trajes —opinó Chad—. Os recuerdo que son físicamente muy superiores a nosotros.

—En ese caso, quiero someterme al proceso de adaptación a la atmósfera —dijo Taro.

—Sabes que no es posible hacerlo en tan poco tiempo —respondió Emily—. Creo que voy a declinar participar en esta prueba. Es demasiado peligroso.

—No lo hagas —exclamó Gorka—. No tengo miedo a lo que pueda ocurrir, creo que merece la pena intentarlo al menos. De lo contrario, todo lo que hemos sufrido hasta ahora sería en vano. Parrish, Jonathan, Rakesh… sus sacrificios no servirían para nada.

—No pienso dejar que luches con un kepleriano si no es en igualdad de condiciones. Además de que te enfrentarías a un soldado acostumbrado a la violencia marcial, lo harías en una atmósfera a la que tu cuerpo no está acostumbrado.

—Ya hemos sobrevivido a esta atmósfera antes —respondió Gorka con convicción.

—Pero hace semanas que no te enfrentas a ella, y desconocemos cómo han evolucionado nuestros cuerpos desde entonces —dijo Emily—. Está decidido, no vamos a participar.

—Hay otra opción —dijo una voz desde la puerta de acceso al comedor. Era Robert, que acababa de llegar desde la estación espacial—. Yo sufrí la transformación hace menos tiempo que Gorka —añadió—. Y tengo experiencia en combate, llevo toda la vida peleando contra abusones y delincuentes. Yo participaré en la prueba. Yo seré el campeón de Emily.

El combate

4 de junio del año 1

Base Magallanes, Kepler-442b

A pesar de las súplicas de Emily, Robert no retrocedió un ápice en su intención de participar en el combate a muerte que Vaahur había propuesto como la tercera de las pruebas de la Vía de la Contienda. «La decisión es mía y ya la he tomado. No tengo miedo», le había dicho. Emily llevaba dos días con los nervios a flor de piel, despertándose en medio de la noche a pesar de haber vuelto a tomar los tranquilizantes de la doctora Schmidt. Se arriesgaba a perder a Robert poco después de haberlo recuperado del coma.

Los preparativos del día anterior habían incluido un despliegue militar sin precedentes. Cinco naves repletas de militares y algunos civiles iban a asistir en persona a la prueba. El comandante Bauer no quería ninguna sorpresa a pesar de la aparente normalidad que parecía imperar en todo el proceso. Robert había practicado con Taro durante esos dos días una serie de técnicas para el combate cuerpo a cuerpo. A pesar de que tenía mucha experiencia en combate, Taro le enseñó nuevos movimientos que fueron asimilados con facilidad gracias al desarrollado equilibrio y al gran control sobre su cuerpo por los conocimientos de yoga que su madre les había inculcado a él y a sus hermanos desde pequeños.

Pero cuando Emily se preocupó de verdad fue cuando Gorka y él salieron al exterior de las instalaciones sin el exotraje. Gorka aguantó sin demasiados problemas en aquella atmósfera, pero Robert sufrió un pequeño desvanecimiento. De no haber sido por su obstinación a Emily le hubiera gustado acabar con todo aquel sinsentido.

Pero allí estaban, montados en los transportes y dispuestos a entrar de nuevo en la boca del lobo. A su lado estaba Robert, todavía con su exotraje. Parecía más tranquilo que ella, que no hacía más que mover las piernas con su habitual tic nervioso. Estaba asustada, sabía que en la prueba había gato encerrado. Vaahur nunca se había caracterizado por jugar limpio. Estaba convencida de que intentaría algo para socavar los planes de Emily y de los Gaal-El.

El viaje fue corto y todos lo hicieron en silencio. Aterrizaron en la parte oeste del poblado, en el extremo más cercano a la Torre del Vigía, donde habían estado recluidos. A pesar de haber pasado unas angustiosas horas en aquel lugar, ninguno había visto la ciudad desde el exterior, ya que escaparon de la fortaleza por el interior de la montaña. Ni Gorka, ni Paula, ni Taro, ni Chad se habían querido perder la prueba. Gorka y Taro continuaban dispuestos a luchar si fuera necesario, aunque al resto todo aquello le seguía pareciendo una absoluta temeridad. El despliegue militar en la zona fue muy eficiente, decenas de drones y un auténtico enjambre de soldados aseguraron la zona antes siquiera de que el vehículo de los civiles que llevaba al campeón humano tomara tierra.

—Es la hora —murmuró Robert con suma tranquilidad al levantarse de su asiento.

—Robert —le dijo ella—, ¿estás seguro de todo esto?

—Sí —afirmó él—. Llevo toda la vida enfrentándome contra la adversidad, no voy a empezar a rehuir las peleas ahora.

—Pero esto no es una pelea entre adolescentes —se quejó muy preocupada.

—Deberías haber conocido mi barrio —sonrió él.

—No estoy de broma —su gesto se tornó muy serio—. Los keplerianos son mucho más fuertes que nosotros.

—Tranquila —susurró—, sabré utilizar su fuerza en su contra. No me va a ocurrir nada, te lo prometo.

Salieron al exterior, donde aguardaban ya las tropas de Ferrara, atentas a cualquier movimiento sospechoso. Un joven oficial kepleriano les esperaba en el borde del claro. Tras superar la línea defensiva se acercó a Emily.

—Doctora Rhodes, soy el teniente Daakcho —se presentó—. Me han ordenado escoltarla a usted y a sus compañeros hasta la arena de combate.

—Gracias, teniente.

—Síganme por aquí —se dio la vuelta y dirigió sus pasos hacia la entrada oeste de la ciudad —. Si tienen alguna duda sobre el proceso, tal vez pueda resolvérsela.

—Ni siquiera sabemos cómo transcurrirá el combate —dijo Emily.

—Tras la parafernalia previa a la prueba, los contendientes presentarán a sus campeones, que deberán comparecer en la arena desarmados y sin ningún tipo de armadura o vestimenta que les otorgue ventaja alguna —explicó—. Después dará comienzo el combate en sí, que se divide en tres fases. En la primera, los contrincantes lucharán solo con sus manos. Si ninguno de los dos muere en esta primera fase, el árbitro de la contienda dará paso a una segunda. En ella se lanzará desde el graderío una espada y un escudo. Los contendientes deberán correr a por los dos.

»No voy a engañarles, lo normal suele ser que aquel que recoge la espada acabe ganando la contienda, pero no sería la primera vez en que el contrincante que defiende logra desarmar al atacante. En caso de que no ocurra nada, el árbitro dará paso a la tercera y última de las fases. En ella se lanzarán armas y equipo de todo tipo a la arena. Esta fase solo acabará cuando uno de los contendientes sea superado por el otro.

—¿Quién actuará de árbitro? —preguntó Emily.

—Nuestro comandante en jefe, por supuesto —respondió el kepleriano.

Una sombra de pesar cruzó la mente de Emily mientras atravesaban la puerta de la ciudad. Si Vaahur era el encargado de impartir justicia en el combate, debían tener claro que todas las decisiones irían en contra de Robert. Enfilaron una de las avenidas y unas cuantas manzanas después giraron a la izquierda, hacia el norte. En pocos minutos llegaron a una especie de coliseo, similar a los de la antigua Roma. Estaba construido en piedra y sobre las magníficas arcadas de gran detalle había bustos de todos los líderes Khaavahki que a lo largo de la historia habían comandado la ciudad.

Tenía dos plantas y había una gran afluencia de público intentando entrar en aquel lugar. Se respiraba un ambiente festivo en lo que parecía un acontecimiento extraordinario. Muchos de los ciudadanos no tenían demasiada simpatía por los extranjeros, y así se lo hicieron saber a su paso mediante improperios y constantes abucheos. Cruzaron una de las arcadas que estaba más vigilada que las demás. Llegó un momento en el que Robert se tuvo que separar del resto del

grupo.

—Ten mucho cuidado. —Emily lo acarició a través de su traje.

—Sé que voy a salir victorioso —dijo él.

—Ten cuidado con los golpes bajos —aconsejó—. Estoy segura de que Vaahur trama algo.

—Lo tendré.

—Y controla la respiración —le recordó.

—Tranquilízate. Está todo controlado.

—Prométeme que vas a volver de una pieza.

—Te lo prometo —dijo él con una sonrisa.

Emily y el resto de sus compañeros fueron dirigidos por el teniente Daakcho hasta el piso superior, donde les indicó el grupo de asientos que les correspondía. Se trataba de una zona aledaña al palco de autoridades, así que estarían bastante cerca de Vaahur y su séquito de militares de alto rango. Ferrara y sus soldados se hicieron fuertes en aquella zona para evitar sorpresas. Los drones continuaron sobrevolando el coliseo para prevenir cualquier movimiento inesperado de las tropas de Vaahur.

A Robert lo condujeron a través de una serie de pasillos subterráneos hasta un pequeño vestuario del que salía una rampa hacia la arena. Se sentó y se concentró en templar los nervios y bajar las pulsaciones. Le iba a resultar vital controlar la respiración allí arriba. Repasó mentalmente las enseñanzas de su madre. La visualizó sobre su esterilla, mostrándoles a él y a sus hermanos todas aquellas posturas y recordó todo sobre el pranayama, o control de la respiración.

Dos keplerianos armados hasta arriba y otro de avanzada edad, con aspecto ajado y una pronunciada cojera, se le acercaron. El anciano era el encargado de preparar a los luchadores para su salida a la arena.

—No puede salir con esa armadura, jovencito —le espetó.

—Por supuesto —respondió Robert.

Se levantó del banco y, tras inspirar una última bocanada de oxígeno, abrió los brazos y las palmas de las manos para que el traje se abriera de par en par y le permitiera salir. Llevaba el mono puesto y el anciano se quedó mirándole con cara de circunstancias.

—¿Eso es vuestra piel? —miró con escepticismo por el único ojo que parecía bueno.

—No, es un tejido —pellizcó y estiró la tela elástica.

—En ese caso, tendremos que cortarlo —dijo tras sacar una vieja daga de su cinturón.

El público ya había comenzado a llenar las gradas del coliseo. Ada calculó que el aforo sería de unos tres mil espectadores, una cifra bastante respetable para la cantidad de habitantes que había en la ciudad. Pronto las gradas estuvieron a rebosar de keplerianos ansiosos que esperaban ver un gran espectáculo. La arena, por el contrario, todavía estaba vacía.

—¿Cuándo van a empezar? —preguntó Paula—. La espera me está volviendo loca.

—Todavía hay algún hueco libre en las gradas —observó Taro—. Puede que quede un rato.

—Y el palco de las autoridades sigue vacío —añadió Gorka.

Emily no dijo nada. Estaba demasiado nerviosa para hablar. Sus piernas temblaban

desbocadas por la tensión. Unos pocos minutos después ya no cabía un alma en el coliseo. Un murmullo se extendió de pronto y el público se giró hacia el palco de las autoridades. Un numeroso séquito de militares de alto rango y sus consortes hicieron acto de presencia. Fueron ocupando sus lugares en torno al ostentoso trono de piedra cubierto de mullidos cojines que había en el centro.

Comenzaron a sonar tambores y trompetas, para júbilo de los espectadores, que aclamaron la entrada de su comandante en jefe. Y, a pesar de que la mayoría eran vítores de aprobación, Emily pudo escuchar cómo un pequeño sector del público abucheaba a Vaahur. Ajeno a aquellas críticas minoritarias, este saludó desde su privilegiada posición. Llevaba puesto su uniforme de gala y una capa de color verde oscuro. Parecía un rey de la antigüedad saludando y sujetando el báculo con las manos enguantadas. Las levantó para pedir silencio.

—Queridos conciudadanos —empezó a decir en voz alta cuando los gritos se acallaron—. La sagrada Vía de la Contienda ha sido reclamada. El pueblo Gaal-El ha solicitado la aplicación de una de nuestras más sagradas y antiguas tradiciones. El pueblo Khaavahki siempre ha respetado las tradiciones y el legado del pueblo kepleriano.

Una cerrada ovación interrumpió el discurso de Vaahur, que esperó unos instantes antes de continuar.

—En el día de hoy, la candidata de los Gaal-El seleccionará a su campeón para someterse al juicio por combate que vamos a presenciar a continuación. De salir victoriosa, cederé mi bastón de mando con gusto y responsabilidad. En caso contrario, asistiremos en directo a la desafortunada muerte del campeón de los humanos. ¡Que dé comienzo la prueba!

Antes de tomar asiento, se giró hacia el lado en el que se encontraba Emily y le dedicó una sonrisa maliciosa.

«¿Qué demonios estás tramando, maldito psicópata?», pensó.

Los tambores y las trompetas volvieron a sonar en el coliseo y el público estalló en un fervor alimentado por sus ansias de ver un espectáculo a la altura de las expectativas generadas: una pelea a muerte entre los campeones de dos razas diferentes. En los laterales del círculo que formaba el coliseo había dos grandes puertas de madera que comenzaron a abrirse de forma simultánea para dar paso a los contrincantes.

Robert apareció por el portón de la derecha. El anciano le había cortado la parte superior y las perneras del mono y avanzaba hacia el centro de la arena con el torso desnudo y descalzo. Le habían ofrecido unas viejas sandalias de cuero que a buen seguro habrían pertenecido a algún combatiente kepleriano que ya no las iba a necesitar. No parecían demasiado cómodas para un pie humano, así que las rechazó y prefirió salir descalzo.

«Santo cielo, ¿qué es lo que he hecho?, ¿cómo he permitido que esto llegara a tal extremo?», pensó Emily al verlo tan solo e indefenso allí abajo.

El público abucheaba sin piedad a aquella criatura blanquecina y extraña que acababa de aparecer por el túnel de acceso. La música cambió de tono y otra figura emergió de la puerta de la izquierda. En este caso, iba ataviada con un largo hábito de color verdoso que cubría todo su cuerpo y ocultaba sus facciones. Emily seguía sin saber quién era, pero ya había visto antes aquella misteriosa figura.

—¡Ese es el kepleriano que estuvo al lado de Vaahur durante el asalto a la base! —exclamó Ferrara.

—Sí —coincidió Emily mientras un escalofrío le recorría la espalda—, es él.

—¿Es una especie de monje guerrero? —preguntó Taro con escepticismo.

—No lo sé —dijo Emily muy nerviosa—. Solo sé que me da escalofríos verlo.

Vaahur volvió a levantarse de su trono de piedra y levantó los brazos, ceremonioso.

—¡Qué comience el combate! —exclamó.

El público reaccionó a la señal con un rugido de aprobación. Miles de keplerianos gritaban frenéticos, ávidos de sangre y de un buen espectáculo que recordar durante años. Robert evaluó a la misteriosa figura. Estaba receloso, ya que a él le habían obligado a quitarse el mono y sin embargo su contrincante continuaba con el hábito que no permitía comprobar si llevaba algún arma escondida entre sus ropajes. Varios metros los separaban. Robert comenzó a desplazarse alrededor de él para provocar algún movimiento que le diera alguna pista de a qué tipo de contrincante se estaba enfrentando. Pero la figura permaneció impasible, girando sobre sí mismo sin inmutarse y sin perder de vista a Robert. Los keplerianos que presenciaban el tanteo inicial esperaban ansiosos a que alguno de los campeones diera el primer paso y así se lo hicieron saber a ambos.

De repente, la figura lanzó una carcajada. Robert dio un respingo, esa risa le resultó cruel y grave, pero también muy familiar. Se apartó el hábito en un rápido gesto con los brazos y mostró su verdadera naturaleza. Un murmullo recorrió el coliseo para acabar derivando en una ovación generalizada ante aquella inesperada sorpresa.

—¡Garth! —gritó Robert.

—¡Le dije que este día llegaría, Beaufort! —bramó el capitán.

Emily se movió nerviosa en su asiento. No se esperaba algo así, y aunque aquello implicaba que ambos partían de las mismas condiciones con respecto a la atmósfera, era una mala noticia. El capitán Garth era un sádico y mucho más fuerte que Robert. Ya con los exotrajes puestos Robert acabó en coma a pesar de que en ese caso las fuerzas estuvieran igualadas.

—¡Maldito cerdo! —gritó Paula.

—¡Ojalá fuera yo el que estuviera allí abajo para darle lo que se merece! —se quejó Gorka.

—Es una buena noticia —intervino Taro.

—¿De verdad? —se giró Emily— Garth es un monstruo y tiene mucha experiencia en combate.

—También el teniente la tiene —dijo el geólogo—. Pero Robert puede hacer algo que Garth no sabe.

—¿El qué? —preguntó Emily.

—Controlar su respiración y mantener la calma —explicó Taro con suma tranquilidad—. A pesar de las moléculas, el paso de una atmósfera a otra es un proceso a muy largo plazo. Si es capaz de evitar el confrontamiento con el capitán Garth, puede que consiga sacarlo de quicio. Si lo logra, sus pulsaciones aumentarán y sufrirá por la escasez de oxígeno, y eso provocará que cometa errores.

Robert miró a su contrincante a los ojos. Los marcados músculos del capitán Garth contrastaban con el espigado y fibroso torso de Robert. Garth siempre había tenido un físico envidiable y no había descuidado aquella faceta ni un ápice desde que despertaron, ni aun estando en el exilio. Un espectador neutral vería un enfrentamiento desigual en aquella pelea.

—¡Va a pagar por todo lo que ha hecho! —gritó Robert con los puños cerrados.

—Hoy voy a relevarle del cargo, capitán Beaufort —le respondió con tono burlón.

Robert cogió carrerilla y recorrió los diez metros que los separaban, de un salto intentó lanzar un directo hacia la barbilla del capitán Garth, pero este lo esquivó con un rápido movimiento de su brazo y retrocedió un paso que le ayudó a lanzar su contraataque. Conectó un directo que impactó con violencia en la parte lateral de la cara de Robert y casi lo tumba en la arena. Rodó por el suelo para coger distancia y comenzó a notar un intenso pitido a la vez que su visión se nublaba durante unos instantes. El público rugió con aquel primer intercambio. Emily no pudo contener un grito de preocupación.

—Recuerde que tenemos que dar un buen espectáculo, capitán —se burló de Robert—. Todos estos animales han venido a ver una pelea de verdad, no puede caer a las primeras de cambio.

Robert extendió los brazos, mareado, y retrocedió unos pasos más hasta recuperar la visión.

—¿Ya se encuentra mejor, Beaufort? —continuó con su tono burlón—. Oí que estuvo en coma durante varias semanas después de nuestro último encuentro.

—Ahórrese la palabrería barata —le recriminó Robert—, e intente acabar con esto si es capaz.

—¿Ya quiere acabar? —preguntó él— Si todavía no hemos empezado a divertirnos.

Acto seguido, fue el capitán Garth quien se abalanzó sobre él. Lanzó un directo de derechas a su pómulo que a duras penas pudo esquivar. El segundo fue con la izquierda e impactó en plena nariz. Robert cayó aturdido hacia atrás tras recibir aquel obús. Las manos se le llenaron de sangre cuando se las llevó a la cara; le acababa de romper la nariz. El público disfrutaba enloquecido con aquella batalla encarnizada entre dos humanos.

—Tenemos que parar esto —dijo Emily.

—Confía en él —dijo Taro con tranquilidad.

—¡Lo va a matar! —exclamó Emily aterrorizada.

Robert se levantó del suelo al instante. El capitán Garth aprovechó el momento para atacar de nuevo. Le propinó una patada en el pecho que lo hizo rodar hacia atrás. Robert trató de contraatacar levantándose con rapidez. Lanzó un primer gancho, pero el capitán Garth estaba demasiado lejos y lo esquivó casi sin esfuerzo. Detuvo el segundo con la mano, y tras bloquear otro intento de Robert, lanzó un cabezazo que se estrelló en su ceja derecha. Robert volvió a caer tendido en el suelo, sangraba de la nariz y otro torrente de color oscuro se abrió paso a través su mejilla derecha para acabar cayendo en la arena.

—¡Me está dejando en muy mal lugar, capitán! —espetó— Esperaba algo más de batalla. ¿Es que no ha aprendido nada durante estos años bajo mi servicio? Está claro que sin el exotraje no es rival para mí.

Garth se aproximó hasta él y le propinó un puntapié en la espalda mientras Robert intentaba recuperar la vertical. Cayó de nuevo a la arena, esta vez bocabajo. La cabeza le daba vueltas, respiraba con dificultad y no veía bien. Vaahur estaba disfrutando muchísimo con el combate y así lo indicaba su enorme sonrisa. Las lágrimas comenzaron a brotar de los ojos de Emily.

—No intentes ganarle en su terreno, Robert. No puedes vencerlo ahí —murmuró Taro—. Haz lo que sabes hacer.

Garth se volvió hacia Vaahur y le hizo un gesto para pedirle permiso y acabar con la pelea. El comandante kepleriano asintió a su vez con la mano y el capitán Garth se giró de nuevo. Pero, para su sorpresa, no encontró a su contrincante en el suelo como esperaba. Robert se había puesto en pie, con una pierna recta sobre el suelo y la otra doblada y apoyada sobre ella. Sus manos estaban juntas sobre su regazo y tenía los ojos cerrados. Garth soltó una sonora carcajada al verle hacer la posición del árbol.

—¿Qué demonios cree que hace, capitán? —preguntó con sorna— Me temo que este no es el momento ni el lugar para sus tonterías.

Robert permaneció inmóvil, ajeno a las provocaciones de su rival. El capitán Garth borró de repente la expresión jocosa de su cara. Se lanzó a la carga contra él. Robert continuó inmóvil hasta que notó en su pie apoyado las vibraciones de las pisadas de su contrincante acercándose. Abrió los ojos y se hizo a un lado con un movimiento casi felino. El capitán Garth trastabilló y cayó de bruces contra la arena. No tardó demasiado en levantarse hecho una furia. Robert continuó en la misma posición, esperando inmóvil un nuevo ataque de su adversario.

Garth se lanzó hacia él con un grito. Robert repitió su movimiento, pero esta vez agarró a su rival del brazo y lo derribó utilizando su inercia. Se alejó unos cuantos pasos para no quedarse en el cuerpo a cuerpo y volvió a adoptar una postura de relajación. Su oponente no tardó en levantarse, y estaba muy enfadado.

—¡Maldito cobarde! —espetó— ¡No rehúya el combate!

Esta vez el ataque fue más meditado, menos visceral. Se acercó sigiloso e intentó lanzar un gancho directo hacia la barbilla de Robert, que se echó hacia atrás esquivando el golpe. Luego retrocedió un paso, Garth lo recuperó y lanzó un nuevo directo. Robert movió la cabeza hacia un lado y con sus manos separó el brazo de su rival hacia el otro. Esquivó otras dos embestidas. Sus movimientos eran eléctricos, muy fluidos, lo hacía todo sin apenas esfuerzo. La rabia se iba apoderando poco a poco del capitán Garth, que veía cómo su oponente esquivaba una y otra vez sus golpes sin siquiera intentar atacarle.

—¡Eso es! —exclamó Gorka.

—Ha aprendido a jugar sus bazas —murmuró Taro—. Pretende enfurecerlo, y si consigue mantener alejado a Garth, tal vez tenga una oportunidad.

—Pero ¿por qué no contraataca? —preguntó Gorka—. Garth deja la guardia totalmente descubierta cada vez que lanza un gancho.

—Ha decidido concentrarse en la defensa —respondió Taro—. Si no hace movimientos de ataque, no quedará expuesto y el capitán no podrá vencerlo. Gracias a esa estrategia, Garth notará que cada vez le falta más el aire, pero Robert seguirá fresco por su respiración controlada.

Robert esquivó y bloqueó todos los ataques que le lanzaba el rebelde, y cuando el capitán intentaba una carga para meterse en la distancia del cuerpo a cuerpo, utilizaba su inercia y el peso en su contra. Con cada acometida repelida, el capitán Garth se enfurecía más y más. Las venas del cuello y de la frente se le hinchaban cada vez que fallaba en su intento por derribar a su rival. Robert lo observaba gritar desde la distancia, inmóvil, con la respiración medida y sus pulsaciones en mínimos.

—¡Enfréntate a mí como un hombre! —lanzó un grito desesperado.

El público comenzó a abuchear la inactividad de Robert y trató de animar al capitán Garth en sus intentos por superar la férrea defensa que estaba sacando de sus casillas al experimentado

militar. En vista de que la situación no cumplía con sus expectativas, Vaahur hizo un gesto a uno de sus oficiales, que dio la orden de pasar a la segunda fase del combate. Los tambores de guerra comenzaron a sonar y los espectadores celebraron el cambio de fase. Por fin comprobarían la pericia en el manejo de las armas de los dos contendientes. Dos militares keplerianos situados encima de las puertas de cada contendiente lanzaron el material que iban a poder utilizar en esa fase: una espada, que cayó en la zona más cercana a Garth, y un escudo que dejaron caer en uno de los laterales, lejos de donde se encontraba Robert.

—¡Eso es juego sucio! —gritó Emily hacia el palco de las autoridades— ¡Están favoreciendo a Garth!

Vaahur sonrió divertido y la miró con desprecio. El capitán Garth recogió deprisa la espada y se lanzó hacia Robert, al que aquel cambio de fase pilló desprevenido. Garth logró interponerse entre él y el escudo que lo podía proteger de sus estocadas. Robert hizo ademán de rodear al capitán Garth por la derecha, pero este dio un par de pasos laterales y volvió a cerrarle el paso. Hizo un par de intentos más antes de cesar en su empeño; tenía la posición perdida. Las tornas acababan de darse la vuelta y el capitán Garth lo sabía, su enorme sonrisa lo delataba.

—Veamos cómo se defiende ahora, Beaufort —se burló.

Garth se tomó su tiempo para asegurar su ataque y volvió a la carga. Lanzó un corte diagonal que Robert esquivó a duras penas. Después probó un tajo horizontal que le rozó el brazo derecho, provocando una herida que comenzó a sangrar con abundancia. Robert logró separarse un par de pasos para evaluar el daño.

«No es demasiado profunda, pero tendré que andar con más cuidado», pensó

—Tiene que conseguir llegar hasta el escudo —dijo Taro—. Va a tener que arriesgarse si quiere superar el bloqueo del capitán.

Robert evaluó sus posibilidades. Pensó en dar un rodeo, pero desechó la idea, ya que el capitán lo tendría fácil para volver a bloquearle el acceso. No, tendría que esperar a que su rival atacara y esquivarlo mejor que en ese último envite. Volvió a utilizar la postura del árbol. El capitán Garth cogió impulso y se abalanzó sobre él con la espada en alto y la mirada cargada de odio.

Garth lanzó un tajo descendente, pero entonces Robert giró su cuerpo hacía la izquierda y esquivó la arremetida bloqueando el brazo derecho del capitán. Continuó el giro sobre su eje y avanzó hasta colocarse detrás. Después propinó un potente codazo que impactó en la nuca de su adversario e hizo que trastabillara, aunque no acabó de caer al suelo. En cuanto se libró de la amenaza del filo de la espada, echó a correr hacia delante lo más rápido que pudo. Recogió el escudo redondo de madera con las tachas y los rebordes metálicos. No estaba en perfectas condiciones, los refuerzos metálicos estaban desgastados e incluso sueltos en uno de los laterales. Una de las cintas donde se supone que debía colocar el antebrazo había sido cortada. Supo en ese mismo instante que aquella no era más que otra trampa de los secuaces de Vaahur para impedir su victoria.

No tuvo demasiado tiempo para pensarlo, ya que Garth volvió al ataque con la espada en alto. Robert se colocó la defectuosa pieza de madera y se preparó para recibir el impacto. Aguantó el primer golpe, pero el segundo fue más violento si cabe y logró destrozar la guarda metálica de la parte superior del escudo. El tercero atravesó una de las lamas de madera, que saltó por los aires partida en dos. El escudo ya no era redondo y Robert supo que lo que quedaba de él no aguantaría muchas más embestidas.

Retrocedió como pudo y mantuvo la maltrecha defensa entre ambos. El capitán Garth continuó avanzando y lanzando golpes en todas las direcciones. Robert siguió retrocediendo y logró esquivar varios envites sin que el escudo se rompiera más. Tenía que cambiar de estrategia o en poco tiempo el capitán lograría conectar una estocada.

—¡No huya, maldita rata! —gritó Garth, fuera de sí— ¡Su final es inevitable!

El corazón de Emily y los de sus compañeros latían desbocados. Robert no tendría demasiadas opciones si no disponía de un arma en condiciones, y había quedado claro que Vaahur no iba a cambiar de fase si el capitán Garth llevaba las de ganar.

—Tiene que pasar al ataque —dijo Taro con su tono pausado.

Como si hubiera escuchado el consejo, Robert decidió cambiar de estrategia. Adoptó de nuevo la postura del árbol y esperó una embestida de su rival. El capitán Garth no tardó en volver a intentar un nuevo ataque. Se lanzó a por Robert, pero esta vez, sorprendiendo a todos los presentes, él también salió corriendo en dirección a su rival. Cuando ambos estaban cerca el uno del otro, Robert se impulsó sobre el capitán Garth con el escudo por delante y utilizando todo su peso e inercia. El choque fue brutal, pero Garth no se esperaba aquella reacción y salió peor parado. Robert consiguió golpearle en el mentón y en la parte superior del torso y ambos cayeron al suelo. El público rugió con fuerza ante aquella muestra de violencia inesperada. El escudo se desmontó por completo debido al impacto, pero Robert consiguió que el capitán soltara su espada. Esa era la oportunidad que estaba esperando.

Se levantó de un salto y dejó caer los restos del escudo, recogió la espada del suelo y se puso en guardia mientras el capitán Garth se levantaba.

—No quiero matarlo —dijo Robert—. Pero lo haré si me obliga a ello.

—¡Es un puñetero combate a muerte! —exclamó mientras se frotaba la dolorida mandíbula. Luego le retó colocándose en posición defensiva—: ¡Venga a por mí si se atreve!

Vaahur reaccionó a aquel imprevisto realizando un nuevo gesto, y de nuevo los tambores de guerra resonaron en el coliseo. La última fase del combate acababa de comenzar. Los oficiales del ejército Khaavahki lanzaron diferentes armas y elementos defensivos por toda la arena. Gorka y Paula se giraron de nuevo hacia el palco para mostrar su desacuerdo, pero Vaahur tan solo sonrió de forma despectiva ante sus quejas. Sin embargo, Emily notó un atisbo de duda en su mirada que le dio algo de esperanza.

El capitán Garth aprovechó las reticencias de Robert para recoger una lanza del suelo. Robert se hizo con una pequeña rodela de metal y se ajustó las dos cinchas al antebrazo izquierdo. En la otra mano mantuvo la espada corta que acababa de arrebatarle a su rival. Garth cambió de estrategia y decidió no acercarse demasiado. Lanzó poderosas embestidas y aprovechó la longitud de la lanza para mantener a Robert a una distancia en la que su arma resultara inútil. Robert utilizó el escudo y la espada para desviar las dos primeras embestidas. La tercera iba directa a su cabeza, pero gracias a un movimiento certero logró parar el envite con la rodela, que acabó perforada a pocos centímetros de su cara. Le había rozado su antebrazo también por muy poco.

Garth continuó aprovechando la ventaja que le daba la lanza para atacar sin exponerse a un contraataque. Robert desviaba como podía las embestidas de Garth. No podría aguantar mucho más, en algún momento la lanza acabaría superando sus desesperadas defensas. Garth lanzó un directo al corazón del que Robert se defendió con dificultad, pero la punta de la lanza atravesó la rodela y se clavó en el antebrazo de Robert, que soltó un grito desesperado que hizo a Emily

levantarse de su asiento, aterrorizada. El capitán recuperó la lanza, desgarrando por completo los músculos de Robert, que aulló de dolor. El siguiente golpe podría ser el definitivo.

Robert ajustó la posición de la rodela y ató con fuerza las cinchas para intentar parar la hemorragia. Observó con atención el rostro de su enemigo, que le devolvió la mirada. Su rival respiraba con dificultad, tenía la cara roja y todo su torso era un charco de sudor. Estaba cansado. Sus movimientos eran cada vez más lentos, quizá fuera su oportunidad. Templó sus nervios y tomó una gran bocanada de aire. Dejó de un lado el dolor y se concentró en su rival. Sus pulsaciones volvieron a bajar al mínimo. El capitán Garth trataba de recobrar el aliento, así que esa vez no hubo gritos, ni siquiera una frase recriminatoria.

Garth se preparó para lanzar su ataque. Robert había observado la preparación de todas las acometidas anteriores y coordinó su maniobra a la perfección. Justo antes de que el hombro derecho del capitán Garth se echara hacia atrás para coger impulso, Robert se hizo a un lado y se abalanzó sobre él. Empujó la punta de la lanza con la rodela y, cogiendo impulso con un giro, lanzó un tajo en diagonal, directo a la mano que sujetaba el arma. Dos dedos ensangrentados cayeron a la arena y el capitán Garth se vio obligado a soltar la lanza con un grito de dolor. Pero Robert no se detuvo.

Conectó un revés con la guarda de su espada en la cara del capitán rebelde y un directo con su puño izquierdo. El capitán trató de defenderse, pero estaba cansado y su cuerpo no respondía como de costumbre. Garth trató de abrazarlo para detener la embestida, pero Robert lo separó de un empujón con la rodela. Conectó otro directo, y después otro más. El público gritaba ansioso por ver el desenlace final. Le dio un puntapié en el estómago que dobló al capitán como una bisagra. Robert tomó impulso y antes de conectar un gancho se cobró su venganza:

—¡Queda relevado del mando, señor! —gritó.

El capitán Garth cayó de espaldas en la arena del coliseo, derrotado y sin fuerzas. Una explosión de júbilo inundó el coliseo Khaavahki a la espera de que el vencedor del combate se cobrara su justa victoria. Robert se acercó al capitán y apuntó con su espada en el cuello de su antiguo superior.

—Acabe con esto —murmuró él con la boca y la nariz inundadas de sangre y arena.

Robert no se movió un ápice. El público comenzó a gritar:

—¡Muerte, muerte, muerte!

Pero Robert no hizo ademán de levantar su espada.

—¡Soldado! —gritó Garth desde el suelo— ¡Le ordeno que acabe con esto!

Robert apartó la espada del cuello del capitán y, sin mediar palabra, se retiró en dirección al túnel por el que había venido. El capitán permaneció sobre la arena mientras el público guardaba silencio sin entender el gesto. Vaahur, que acababa de ver cómo aquel humano fibroso había vencido a su campeón, vio una oportunidad de salir victorioso.

—¡Deténganlo! —gritó— ¡No ha cumplido con las reglas del combate! ¡No ha acabado con su rival!

Una hilera de soldados armados apareció en la arena y rodeó a Robert con sus lanzas. Pero el público no se tomó a bien el gesto de su líder y comenzó a abuchearlo.

—¡Es el justo vencedor! —gritaban unos.

—¡Ha mostrado clemencia con su igual! —gritaban otros.

—¡Emily ha vencido la prueba!

Varios tumultos se organizaron en los graderíos aledaños al palco de autoridades y, ante la posibilidad más que real de una revuelta, Vaahur no tuvo más remedio que cambiar de opinión. Levantó los brazos pidiendo calma.

—¡He decidido que el campeón de Emily sea el ganador! —exclamó para regocijo de los allí presentes, que ovacionaron la decisión y rompieron a aplaudir—. Sin embargo —continuó—, no entregaré el bastón a la candidata de los Gaal-El.

Vaahur miró a Emily con una sonrisa forzada y le mostró el báculo.

—La candidata obtendrá este bastón de mando cuando consiga los dos que le faltan —sonrió con malicia.

—¿Dos? —dijo ella—. Tan solo falta uno.

—Me temo que para recuperar el mando único será necesario que consigas el bastón de los Wiijof jikhaashyush, humana.

—Pero ellos desaparecieron —se quejó.

—En ese caso, tendrás que encontrar el bastón perdido. —Soltó una sonora carcajada y abandonó el palco de las autoridades.

Emily bajó a la grada inferior, después se acercó al borde, saltó a la arena y corrió hasta Robert mientras el grupo de militares sacaba al capitán Garth de allí. Cuando llegó a su altura, abandonó su traje sin dudarlo y lo abrazó y lo besó como si fuera la primera vez.

24

Bitácora incompleta

5 de junio del año 1

Estación espacial Asimov

—Vamos a tener un grave problema para conseguir el mando único —explicó Emily.

—El quinto bastón, ¿verdad? —adivinó el subdirector.

—Sí —confirmó—. Necesitaremos que Waafdiv revise las condiciones que dictan sus leyes, pero puede que Vaahur tenga en esa ley una opción para evitar entregar su bastón.

—No conseguir ese bastón será como no tener ninguno —dijo David—. ¿Y qué podemos hacer?

—El problema es que nadie sabe dónde se encuentra —dijo ella—. Ni siquiera sabemos si existe. Tendremos que preguntar a los Gaal-El sobre la historia de los Yokai. Son los que guardan el conocimiento de los keplerianos, deberían saber qué pasó con ellos —explicó Emily —. Más allá de todo eso, no tengo muy claro qué más podemos hacer.

—Llamar a la puerta de los Yokai no creo que sea una opción —bromeó David.

—No, aunque he de reconocer que me sorprendió que Haagar, el contacto de Khikhya que nos ayudó a llegar hasta los Gaal-El, fuera capaz de comunicarse con ellos.

—Tal vez él nos pueda echar una mano.

—La última vez que estuvimos allí no fue muy receptivo —dijo Emily—. Tengo mis dudas de que pueda ser una opción a tener en cuenta.

—Tal vez haya más como él.

—¿Que sepan comunicarse con los Yokai? —Emily negó con la cabeza—. Lo comentaré también con Waafdiv, pero tengo mis dudas. Nunca pensé que tendríamos que conseguir el bastón de los antiguos keplerianos que más tarde se convirtieron en los Yokai.

—Bueno, no nos queda otra que esperar acontecimientos —dijo él—. ¿Cómo se encuentra el capitán Beaufort?

—Bien, está en observación —respondió— La doctora Schmidt ha considerado que ya no es necesario un periodo de cuarentena, ya que se ha demostrado que las moléculas no son peligrosas. En este caso ha sido solo por precaución, sufrió algún mareo y ha perdió bastante sangre.

—Lo que hizo fue digno de admiración —alabó él.

—De no ser por su autocontrol quizá no hubiera podido vencer.

—¿Qué se sabe del capitán Garth?

—Nada, en realidad —respondió—. Sabemos que se lo llevaron los guardias de Vaahur, pero no tenemos más noticias. Tal vez Waafdiv sepa algo.

—Conociendo el tipo de hombre que es, la derrota le habrá resultado muy difícil de digerir.

—Tal vez esto suponga un cambio en la forma de actuar de los rebeldes —opinó ella.

—Sin duda. Pero ¿será para bien o para mal? —se preguntó el subdirector.

Ambos guardaron silencio, conscientes de que los recientes acontecimientos suponían una oportunidad para recuperar el contacto e intentar convencer a algunos de que regresaran al proyecto, pero ninguno de los dos tenía claro cómo gestionarlo.

—¿Has hablado con el director Patel? —El subdirector cambió de tema.

—No, ¿por qué?

—Los técnicos han conseguido recuperar parte de la información de la cápsula de rescate de la Galileo.

—¿Qué? —exclamó ella— ¿Y qué es lo que han encontrado?

—Todavía no lo sé. —El subdirector miró la hora—. Lo sabremos dentro de unos minutos.

El comandante Bauer y la capitana Mei se unieron a Emily y David en el puesto de mando. El director Patel no tardó demasiado en llegar. Entró de forma apresurada en la sala con un terminal en la mano. Parecía preocupado.

—Lamento el retraso —se disculpó—, pero en breve entenderán que necesitaba estar seguro de lo que hemos encontrado.

El director de ingeniería se sentó en una de las sillas libres y manipuló su terminal para mostrar algo en la pantalla.

—Hemos tenido muchas dificultades para poder extraer de la cápsula lo que les voy a enseñar —anunció—. El ordenador de a bordo estaba en muy malas condiciones, igual que la caja negra. Ha habido que crear un nuevo sistema de recuperación de información para poder conseguir algo, nunca habíamos visto un sistema tan deteriorado. Aun con todo, la información es incompleta.

El director les mostró en la pantalla la bitácora de la cápsula de la Galileo

23 de agosto del año 3286. Capitán Tiffin: He acordado con el director … (ilegible) … estamos solos en la estación … (ilegible).

24 de agosto del año 3286. Capitán Tiffin: (ilegible) … alejar la estación espacial del planeta … (ilegible) … salvar a los demás … (ilegible).

25 de agosto del año 3286. Desconocido: Nuestra estratagema no ha funcionado … (ilegible) … alienígena continúa pisándonos los talones … (ilegible).

26 de agosto del año 3286. Capitán Tiffin: (ilegible) … nada cambia … (ilegible) … oficial Céspedes ha sugerido abandonar la nave … (ilegible).

Registro no recuperable.

28 de agosto del año 3286. Capitán Tiffin: La nave alienígena nos alcanzará … (ilegible) … no tenemos suficiente combustible … (ilegible) … estaremos perdidos.

29 de agosto del año 3286. Desconocido: (ilegible) … tomado la decisión … (ilegible) … destruir la estación … (ilegible).

30 de agosto del año 3286. Capitán Tiffin: (ilegible) … otra nave nos corta … (ilegible) … aparecido de la nada … (ilegible).

—Esto es uno de los fragmentos que hemos rescatado —explicó después el director—. Creemos que pertenece a la estación y no a la cápsula de escape.

—¿Cómo puede la bitácora de la estación acabar en una cápsula de escape? —preguntó el comandante Bauer.

—La inteligencia artificial de la nave vuelca parte de la bitácora a las cápsulas de escape en caso de que se active el protocolo Little Boy —explicó la capitana Mei.

—¿De qué está hablando? —quiso saber Emily.

—Little Boy es el nombre que se le dio a la bomba nuclear que cayó sobre Hiroshima en 1945 —reveló la capitana—. Se llamó igual al protocolo de destrucción de las estaciones espaciales.

—¿Tenemos un protocolo de autodestrucción en la estación? —exclamó Emily.

—Claro que lo tenemos —afirmó el subdirector—. Pero eso no es lo más preocupante…

—Lo más preocupante son las circunstancias en las que los protocolos del proyecto permiten utilizarlo —continuó la capitana Mei.

—¿Cuáles son esas circunstancias? —preguntó Emily.

—Solo existen dos supuestos —aclaró el subdirector—. Si la destrucción de la estación espacial posibilita la supervivencia de la especie, o para evitar que la estación caiga en manos de una entidad enemiga.

—Y en este caso parece que se trata de la segunda opción. —Emily tragó saliva.

—Eso me temo —dijo el subdirector, apesadumbrado.

—Pero esto supone que la estación espacial llegó al planeta —dijo el comandante.

—Sí, y además, lo hizo en las fechas previstas si los datos son correctos —apuntó la capitana Mei.

—Las fechas son correctas —confirmó el director Patel.

—Pero, entonces, ¿por qué no hemos encontrado ninguna pista sobre su paradero? —insistió el comandante.

—Será mejor que sigamos —dijo el director—. Puede que lo que les voy a mostrar ahora nos aclare algo. Este fragmento pertenece a la cápsula.

Esta vez vieron algunos cortes de video con el audio entrecortado. En ellos aparecían dos figuras ataviadas con el mismo uniforme que la directora Mei. Uno de ellos con una poblada barba y de gran estatura y el otro de menor tamaño y rasgos sudamericanos.

—Son el capitán Tiffin y el segundo oficial Céspedes —aclaró el subdirector Green—, aunque no creo que nadie tuviera dudas a estas alturas.

—(ilegible) … protocolo Little Boy … (ilegible) —dijo el capitán Tiffin—. Creemos que hemos destruido … (ilegible) … La humanidad camina sobre el filo … (ilegible) … volver al planeta … (ilegible) … Espero que el director Rhodes sepa … (ilegible) … Copérnico … (ilegible) …

—Que Dios nos guarde … (ilegible) … nuestras familias … (ilegible).

—(ilegible) … es el final … (ilegible). Aquí el capitán Tiffin, a bordo … (ilegible) … encuentra esta grabación … (ilegible) … el proyecto Orfeo ha fracasado.

Las imágenes se fundieron a negro y un silencio cargado de pesimismo se apoderó de la sala. Todos agacharon la cabeza y emitieron un sentido suspiro. Emily quiso llorar, pero esa vez las lágrimas no acudieron a sus ojos. Aquellos mensajes no dejaban lugar a dudas, la Galileo había llegado a Kepler-442b y los Khol habían acabado con ellos.

—Tenemos que asimilar bien toda la información —dijo con tristeza el subdirector—. Esto nos aclara muchas cosas, pero creo que arroja nuevas incógnitas.

—Estuvieron aquí… —murmuró la capitana Mei.

—Pero ¿qué pasó con el resto? —preguntó el comandante.

Un nuevo silencio se hizo en el puesto de mando.

—Diría que solo ellos dos estaban en la estación —dijo la capitana—. Tardaron muchos días en tomar la decisión de aplicar el protocolo Little Boy. Si hubiera habido alguien más con ellos, no habrían aparecido solo dos personas en la cápsula.

—Y acabaron con una de las naves alienígenas —añadió el subdirector.

—Pero todavía quedaba la otra —apuntó el comandante.

—En la bitácora hablan de salvar al resto —dijo la capitana—. ¿Qué pasó con ellos? Tal vez se ocultaran en el planeta. De ser así, tenemos que encontrarlos.

—No hemos encontrado actividad humana en el planeta —respondió el subdirector—. Deberían de haber contactado con nosotros.

—¿Y si están aislados en algún lugar sin posibilidad de comunicarse? —preguntó el comandante. Era una posibilidad interesante.

—Emily, estás muy callada —observó el subdirector.

Tomó aire y lanzó un sonoro suspiro.

—Creo que debemos centrarnos en nuestra situación actual —dijo por fin—. Algo me dice que también es tarde para el resto de los tripulantes de la Galileo. Por desgracia, no sabemos hace cuánto tiempo ocurrió eso. Los keplerianos nunca habían tenido contacto con los humanos hasta que llegamos nosotros. Si la Galileo estuvo en el planeta, lo más seguro es que no llegara a pisarlo. No hemos encontrado actividad ni tampoco restos. Y, por desgracia, toda esta nueva información no nos aporta más de lo que ya teníamos. Sabíamos que la Galileo tuvo algún problema, ahora sabemos que se cruzaron con los Khol. Pero, para nosotros, eso no cambia nada, contábamos con afrontar ese peligro tarde o temprano. Tenemos que mirar hacia adelante.

Les sorprendió la entereza de Emily y asintieron al escuchar la cruda realidad.

—¿Hay algo más de información que podamos valorar, doctor Patel? —preguntó el subdirector.

—No, el resto es inaccesible o nos arroja datos que no tienen demasiado sentido.

—¿No se ha recuperado el itinerario de la cápsula para poder encontrar los restos de la Galileo?

—Sí, pero son incompletos y, sin disponer de puntos de referencia, carecen de sentido —argumentó el director de ingeniería—. Hasta la fecha del sistema es absurda, me temo que no podremos sacar mucho más de la cápsula.

—Entiendo —suspiró el subdirector—. Y por mucho que me cueste admitirlo, Emily tiene razón, creo que debemos centrarnos en los retos que tenemos por delante. Si la Galileo no lo ha

conseguido, es nuestra responsabilidad mantener el proyecto vivo, el futuro de la humanidad está ahora en nuestras manos.

Emily pasó el resto del día sola, encerrada en su camarote. No derramó una sola lágrima, pero se prometió a sí misma que intentaría por todos los medios llevar a buen término la misión que su padre había comenzado cientos de años atrás, en la Tierra. Rebuscó en su interior, pero no halló tristeza, sino determinación.

Al día siguiente regresó a la base tras visitar de nuevo a Robert y comprobar que se encontraba bien. La doctora Schmidt tenía previsto darle el alta en breve. Sólo le quedaba una prueba por superar, pero lo que Vaahur le había dicho sobre el bastón de los Yokai no se le iba de la cabeza. Si las leyes keplerianas estaban redactadas de forma estricta, puede que necesitaran el quinto bastón para disponer del mando único. Waafdiv iba a tener que aclarar aquel punto.

Se entretuvo con el pequeño Lemy cuando aterrizó en la base. Hacía un par de días que no veía a su amigo y este le dedicó unos gruñidos de afecto en cuanto la vio acercarse. Se encaramó a su hombro y Emily le obsequió con unas buenas carantoñas.

Al menos, la normalidad había vuelto a la base. No había restos de la batalla encarnizada que había ocurrido allí hacía tan solo unos días. La empalizada le impedía ver mucho más allá, pero aquel era de nuevo un lugar tranquilo y seguro. Por primera vez desde que pusiera el pie en el planeta se dio cuenta de que quizá estuviera contemplando el que sería su hogar para el resto de sus días. Tal vez los Khol conseguirían acabar con lo que quedaba de la raza humana, pero tenía claro que presentarían batalla y lucharían por la supervivencia.

—Emily —interrumpió Ada—. Liikmi te espera en el edificio para invitados.

—¿Qué? —preguntó sorprendida— Es muy temprano, ¿cuándo ha llegado?

—Llegó ayer a última hora, pero era ya tarde y estabas tan reflexiva que no quise molestarte. Decidí avisar a Gorka y a Paula para que lo recibieran y lo acomodaran en el edificio.

Emily se dirigió al interior y encontró a Paula y a Liikmi conversando.

—¡Ah! Ya has llegado. Buenos días, Emily —saludó Paula con una sonrisa—. Liikmi y yo estábamos poniéndonos al día.

—Buenos días, Emily —saludó el ayudante de Waafdiv.

—Le he traído algo de desayuno y me he quedado un rato charlando —explicó Paula—. Os dejo solos, imagino que tendréis cosas de las que hablar.

Paula salió del pequeño edificio y Emily ocupó su asiento. El cultista rebuscó entre las mangas de su hábito y le entregó el pergamino que esperaba. Jugueteó con él entre los dedos de su exotraje, pero antes de abrirlo le lanzó una pregunta al kepleriano:

—Liikmi, ¿crees en nosotros?

El cultista frunció el ceño y mostró su sorpresa.

—Me temo que no la entiendo —se disculpó.

—Tu líder ha depositado su confianza en la raza humana y en mí —explicó—. Me gustaría saber si tú compartes esa fe.

El joven cultista meditó su respuesta unos momentos.

—A pesar de lo extraño que pueda parecer nuestro sumo sacerdote a veces, fue elegido porque el resto de los hermanos vieron algo en él —explicó—. Yo confío en él.

—Pero no te he preguntado si confías en tu sumo sacerdote —rebatió—. Te he preguntado si tú, Liikmi, crees en todo esto.

—Tuve una educación religiosa —comenzó a explicarse—. A pesar de que el culto lleva siglos en declive, mis padres eran muy creyentes. He nacido y crecido en el poblado que hay bajo el templo. Siempre he sentido mucho respeto por las creencias de mis hermanos, pero lo cierto es que nunca llegué a creer del todo en el culto. —Hizo una breve pausa—. Conozco a Waafdiv desde que era pequeño, llegó al poder unos años antes de que yo superara mi ordalía. Era alguien brillante y lleno de vitalidad cuando entró en la orden. Pero con el paso de los años se fue apagando. El peso de la historia de nuestro culto es una carga demasiado pesada para muchos de nosotros. Acabó convirtiéndose en un simple alcohólico con una vida anodina y sin alicientes, sin nada por lo que luchar.

»No deja de ser irónico que siguiera los mismos pasos que el culto al que profesaba su fe —continuó tras otra pausa—. Sin embargo, algo cambió hace no demasiado. No sé por qué, pero cuando ustedes llegaron algo ocurrió con él. Y no fue cuando la líder de los Wiikhaadiiz ofiz se presentó aquí y le habló sobre ustedes. Ni siquiera cuando la llevé a usted hasta el templo. Algo pasó cuando salieron del interior del templo, lo vi en su mirada. Desde ese mismo instante, volví a ver a aquel joven cultista lleno de ilusión que se desvivía por su pueblo y por su fe. Durante las últimas semanas he visto cosas que jamás pensaría que llegaría a ver. He visto peregrinos en el templo, he visto la alegría en las caras de creyentes que vivían sus vidas con desazón, he visto cómo el ejército más poderoso del planeta era vencido por alguien a la que han tildado de hechicera. —Liikmi torció su gesto, pensativo—. Lo cierto es que no sé si usted es la elegida de la que hablan nuestros escritos. —La miró—. Pero veo algo muy especial en usted, veo lo que consigue provocar en los demás. Me pregunta si creo en ustedes, si creo en Emily Rhodes. Y la respuesta es que sí, creo en usted.

Emily miró al joven cultista y vio un fuego de esperanza en sus ojos. Le agradeció aquella muestra de sinceridad con un gesto de su cabeza y abrió el pergamino, sellado con el emblema de los Gaal-El.

A la atención de la doctora Emily Rhodes, del pueblo Gaal-El:

Necesito hablar con usted. El mando único corre peligro debido a los últimos acontecimientos. Le agradecería encarecidamente que viniera cuanto antes. Si lo desea, mi ayudante Liikmi le puede hacer un hueco en el carruaje en el que ha llevado este pergamino.

WAAFDIV, SUMO SACERDOTE DEL CULTO GAAL-EL

—Pensaba que se trataba de la invitación para la prueba de los Gaal-El —dijo Emily decepcionada.

—Tan solo sé que el sumo sacerdote debe aclarar antes algunos asuntos —explicó el kepleriano—. Y que debo esperarla por si decide venir con nosotros hasta el templo.

—¿Cómo has venido hasta aquí?

—Un hermano me espera en un carro al otro lado del río.

—Podemos llevaros de vuelta en una de nuestras naves —ofreció—. Llegaríamos en menos de treinta minutos.

—No es necesario, gracias —respondió—. ¿He de suponer que irá al templo por sus propios medios?

—Sí, salvo que eso suponga un problema.

—No, ningún problema —sonrió—. En ese caso, nos veremos mañana.

Emily se sintió mal porque los dos cultistas tuvieran que recorrer el camino angosto y sinuoso que llevaba al templo. Pensó en insistir, pero Liikmi ya se había dado la vuelta y enfilaba el camino de salida de la base para reunirse con su compañero al otro lado del río. Decidió hablar con Balakova y preparar el viaje hasta el templo. Algo ocurría con Waafdiv y la Vía de la Contienda y sospechaba que tenía que ver con lo que le dijo Vaahur sobre el quinto bastón.

25

El quinto bastón

6 de junio del año 1

Templo de los Gaal-El, Kepler-442b

El día ya había avanzado cuando la Deathwing se aproximó a la explanada del templo de los Gaal-El. Una fina lluvia los había acompañado durante todo el viaje hasta lo alto de la montaña. El suelo estaba empapado y la visibilidad no era la mejor, pero la teniente Balakova aterrizó la nave con la pericia que la caracterizaba. Emily bajó del transporte y subió el último tramo de escaleras que la separaba de la explanada de entrada al templo.

De súbito, un grupo de seguidores del culto se acercaron hasta ella y la rodearon. Se trataba de gente humilde, creyentes desesperados que se inclinaron ante ella y le ofrecieron lo poco que tenían: media hogaza de pan grisáceo que una anciana sacó de una bolsa y unas bonitas telas de color plata que le tendió un kepleriano adulto. Emily se vio abrumada con tal cantidad de muestras de devoción y de generosidad. Desde luego, allí había mucha más gente que la última vez que asistió a un cónclave.

—Gracias, muy amables —trató de responder a todos mientras rehusaba las ofrendas con educación.

Una kepleriana adulta se cruzó en su camino y le ofreció a su hijo de tan solo unos meses.

—Por favor, bendiga a mi bebé —pidió con desesperación—. Ha nacido con un problema y no creen que le quede mucho tiempo.

Emily se quedó clavada ante la magnitud de tal petición.

—Pero, yo no puedo…

Antes de que pudiera siquiera acabar la frase, otros dos ancianos se acercaron y le ofrecieron animales vivos.

—Acepte estas ofrendas, se lo ruego —dijo uno de ellos—. Sálvenos de los Khol —pidió el otro.

—Yo… haré lo que pueda, pero…

—¡Salve, mujer de metal! —exclamó un kepleriano.

El grito espoleó al resto de los que habían llegado en peregrinación. De repente se vio rodeada por decenas de keplerianos que le impedían avanzar. Fueron unos momentos muy tensos, ya que todos querían tocar y ser bendecidos por la elegida. Emily empezó a ponerse nerviosa al no verse capaz de salir de esa situación. Un potente golpe en el suelo hizo que de pronto todos se callaran y se giraran hacia la entrada del templo.

—¡Hermanos! —gritó alguien unos metros más adelante— Os ruego que permitáis a la elegida acceder al templo. Tenemos cosas importantes que tratar y me temo que el tiempo es un lujo que no nos podemos permitir malgastar.

Tras unos instantes de desconcierto, se abrió un pequeño pasillo delante de Emily y pudo ver

quién había pronunciado aquellas palabras. Waafdiv la saludó con una inclinación cuando por fin pudo acercarse a la puerta del templo.

—Creo que deberemos tener en cuenta la pasión que levanta para sus próximas visitas, doctora Rhodes —le dijo con una amable sonrisa.

—¿Toda esta gente lleva aquí desde el último cónclave? —preguntó sorprendida.

—Algunos sí —respondió él—. Otros muchos se han trasladado al poblado y están comenzando a repoblarlo. Hacía siglos que no se veía tanta actividad allí abajo.

—Supongo que eso está bien, aunque reconozco que me da un poco de vértigo toda esta situación.

—Será mejor que entremos en el templo —dijo él.

Waafdiv y Emily cruzaron la puerta y el sumo sacerdote la cerró tras de sí. La oscuridad se apropió de nuevo del lugar y Emily tuvo que activar la visión infrarroja. No había nadie más allí dentro. Se acercaron a la parte delantera, Waafdiv le indicó que se sentara en el primer banco y después se colocó a su lado.

—Se preguntará por qué la he hecho venir, teniendo una prueba tan importante por delante.

—La verdad es que sí —dijo ella.

Waafdiv extendió su mano y le ofreció un pergamino similar al que le había entregado Liikmi. Emily lo cogió y retiró el lacre con el blasón de los Gaal-El que lo sellaba.

A la atención de la doctora Emily Rhodes, del pueblo Gaal-El:

Por la presente, yo, Waafdiv, sumo sacerdote del pueblo Gaal-El y custodio de la sabiduría ancestral del pueblo kepleriano, tengo el honor de convocarle a usted a la celebración de la prueba que el pueblo Gaal-El ha decidido establecer para la resolución de la Vía de la Contienda.

La prueba consistirá en la traducción de nuestro más antiguo registro escrito. Se trata de un texto ancestral que nadie, salvo los sumos sacerdotes de nuestra orden, son capaces de entender. Está escrito en un lenguaje olvidado, que tan solo unos pocos mantienen en su memoria. Ese conocimiento ha sido traspasado de generación en generación y ha llegado hasta nuestros días. Si la elegida es capaz de traducir su significado al idioma kepleriano actual, todas las dudas serán disipadas. El velo que ciega a los keplerianos incrédulos caerá y no habrá duda de la verdadera naturaleza de la elegida que nos fue prometida.

El pueblo Gaal-El no impone ninguna restricción adicional para la realización de dicha prueba.

Esperamos a la candidata, así como a quien ella considere, el 5 de julio en el templo de Khormak.

WAAFDIV, SUMO SACERDOTE DEL CULTO GAAL-EL

Emily miró a Waafdiv. Solo tenían que traducir unos antiguos escritos. Sería una prueba casi imposible para cualquier lingüista que no dispusiera de la ayuda de una inteligencia artificial. Ada aprendió en pocas horas el idioma kepleriano, pero para ello contó con la colaboración de los propios keplerianos. Así que traducir un idioma antiguo sin ningún tipo de contexto podría ser complicado incluso hasta para Ada. La humanidad tardó siglos en comprender los jeroglíficos egipcios, y de no ser por el descubrimiento de la piedra Rosetta en 1799 es más que probable que hubieran tardado bastantes siglos más. Volvió a leer el pergamino de nuevo.

—Aquí pone que la prueba se realizará en una semana —dijo.

—Así es —confirmó el sumo sacerdote—. Antes de que podamos pasar a nuestra prueba creo que debemos de resolver un pequeño problema.

—¿Se trata del quinto bastón de mando? —preguntó—. Vaahur no entregó el suyo.

Waafdiv la miró y asintió en silencio.

—Verá, cuando comenzamos con todo este proceso de la Vía de la Contienda sabía a la perfección a lo que nos estábamos exponiendo.

—¿Usted ya sabía que sería necesario recuperar el quinto bastón?

—Sí —respondió—, eso es lo que dicen nuestras sagradas escrituras, palabra por palabra.

—Y, aun así, ¿decidió ponerlo en marcha a pesar de que pudo haber muerto alguien? —preguntó airada.

—Lo lamento de veras —se disculpó—. Como bien sabe, sobre los Gaal-El descansa la responsabilidad de custodiar la historia y las tradiciones de los keplerianos. Supuse que ninguno de los otros líderes estaría al tanto de la literalidad de nuestras leyes, pero de alguna manera que desconozco, esa alimaña de Vaahur ha conseguido una copia del texto exacto de nuestras leyes más antiguas.

Waafdiv le extendió otro pedazo de papel.

A la atención de Waafdiv, sumo sacerdote del culto Gaal-El:

Ante la inminente celebración del juicio por combate al que se someterá a la candidata, me gustaría dejar patente mi más sincera admiración por la magnífica estrategia que usted ha intentado llevar a cabo para arrebatarme mi legítimo derecho de gobernar sobre el pueblo Khaavahki.

Según nuestras leyes ancestrales, y copio de forma textual: «La Vía de la Contienda entrega a cualquier ciudadano kepleriano la opción de desafiar a los líderes tribales para conseguir el mando único de nuestro pueblo. Para ello, el candidato deberá superar una prueba para lograr cada uno de los cinco bastones de mando. De superarlas todas, cada uno de los líderes estará obligado a entregar el mando de sus respectivas poblaciones al candidato, convirtiéndose este en el líder de los pueblos keplerianos. Si alguna de las pruebas no es superada o no fuera posible conseguir los cinco bastones, el poder volverá a recaer sobre los líderes desafiados».

Dadas las circunstancias, espero que comprenda que impugne el resultado de esta farsa que se ha puesto en marcha sea cual sea el resultado de las pruebas. No entregaré mi bastón de mando a nadie que no haya conseguido con legitimidad todos y cada uno de los otros cuatro bastones.

VAAHUR, LÍDER SUPREMO Y COMANDANTE EN JEFE DE LOS EJÉRCITOS DEL PUEBLO KHAAVAHKI

—Hace dos días llegó un ave mensajera portando ese mensaje —dijo Waafdiv cuando Emily acabó de leerlo.

—Él me lo dijo también al acabar el combate.

—Lo sé —confirmó Waafdiv—. Aunque no lo crea, tenemos hermanos en todas las grandes poblaciones que se encargan de recabar información valiosa. Hemos estado presentes en la resolución de todas las pruebas que han realizado.

Emily esbozó una tímida sonrisa al comprobar que Waafdiv tenía una buena red de espías, al

fin y al cabo.

—Pero eso no nos ayudará a resolver el problema —dijo Emily—. ¿Qué se supone que debemos hacer ahora?

—No lo sé —admitió el sumo sacerdote—. Lo cierto es que desconozco cuál es el paradero del bastón de mando de los Wiijof jikhaashyush. Muy pocos conocemos ya el verdadero origen de los que ustedes llaman Yokai. Me temo que el paradero del bastón se perdió para siempre.

—Pero debe de haber algo que podamos hacer para encontrarlo —se quejó Emily.

—Dudo que haya algún kepleriano vivo que disponga de esa información —se lamentó Waafdiv.

—Ustedes son los responsables de custodiar la historia y las tradiciones de los keplerianos —parafraseó ella—. Tiene que haber información en alguno de los libros de su biblioteca.

—Tenemos decenas de miles de libros —argumentó—. Sería complicado encontrar algo que nos dé una pista sobre el paradero del bastón.

—Tal vez nosotros podamos ayudar en esa tarea —dijo Emily.

Taro, Chad, Paula, Gorka y Kostas descendieron de la Deathwing ante la mirada curiosa de los feligreses que se concentraban en la explanada. Algunos se acercaron pensando que se trataba de la elegida, pero perdieron el interés al comprobar que no estaba en el grupo. Aun con todo, algunos niños keplerianos les siguieron durante el trayecto hasta la entrada de uno de los edificios aledaños. Allí esperaban Emily y Waafdiv, que los saludó a todos.

—Sean bienvenidos —dijo el sumo sacerdote con una marcada reverencia—. Si todos ustedes son las personas de confianza de Emily, también lo serán para mí.

Waafdiv saludó con especial efusividad a Gorka y a Paula, a los que ya conocía de su estancia en el templo tras escapar de la Torre del Vigía. Tras las presentaciones los condujeron hasta uno de los enormes edificios del lateral de la explanada. Entraron en una voluminosa sala a través de unas enormes puertas de madera de casi cuatro metros de altura. En el interior esperaban diez cultistas de diferentes edades, alineados y esperando a los compañeros de Emily. Cuando entraron, se les escapó una expresión de admiración. La sala tenía las paredes repletas de miles libros. Estaba dividida en dos zonas, una con mesas de madera y otra con estanterías que llegaban hasta el techo, a unos seis metros de altura. A pesar de la poca luz que entraba por la minúscula claraboya que había encima de las mesas, aquel lugar era impresionante.

—¡Vaya! ¡Esto es enorme! —exclamó Chad.

—Aquí debe de haber más de cien mil libros —comentó Paula.

—Doscientos treinta y siete mil libros grosso modo —apuntó Waafdiv con orgullo—. Y esto solo es lo que se ha escrito en torno a la época de la Gran Revuelta. Tenemos pergaminos y legajos mucho más antiguos en otro lugar.

—Es impresionante —murmuró Taro.

—De acuerdo —Chad dio una palmada con el exotraje puesto—, ¿qué tenemos que buscar?

—Necesitamos encontrar información sobre el paradero del quinto bastón de mando kepleriano. El que pertenecía al antiguo pueblo desaparecido de los Wiijof jikhaashyush.

—¿Tenemos alguna idea de la época en la que se le perdió la pista? —preguntó Taro.

—Creemos que la última vez que se reclamó el mando único —dijo Waafdiv—. Para hacerlo tuvieron que necesitar a la fuerza ese quinto bastón. Pero de eso hace ya miles de años. De hecho, nuestro calendario comenzó entonces de nuevo.

—¿Cuándo comenzaron los Wiijof jikhaashyush a separarse del resto de las poblaciones? —preguntó Emily.

—No lo sabemos con exactitud, unos pocos siglos después —dijo—. Tal vez incluso menos.

—Bien, deberíamos buscar por un lado los libros en los que se habla de la Gran Revuelta y, por otro, aquellos en los que se hable de las últimas apariciones de los Wiijof jikhaashyush —convino Emily—. De esa manera podremos acotar la búsqueda y rastrear el bastón.

—Tienen a su disposición a todo mi equipo de historiadores —señaló a los diez cultistas que aguardaban instrucciones con paciencia.

Waafdiv hizo las presentaciones pertinentes y los cultistas comenzaron a buscar los libros que les pedía el equipo de Emily. Ni siquiera se paraban a leerlos, se limitaban a pasar las hojas delante de la cámara de sus cascos para que Ada pudiera estudiar los textos. Durante horas estuvieron hojeando libros. La mayoría eran simples tratados legales, registros políticos o datos económicos de diferentes regiones. Ada pedía saltar páginas o directamente descartar libros completos tras unas pocas de ellas. Pero, aun con todo, era un proceso costoso y lento.

—¿De verdad confiamos en que esto nos dará alguna pista? —preguntó Kostas, hastiado de realizar los mismos movimientos mecánicos una y otra vez.

—No lo sé, puede que no —reconoció Emily—, pero es la única fuente de información de la que disponemos. Si existiera otra forma, créeme que estaría encantada de escucharla.

Kostas y los demás se resignaron a revisar todo lo que caía en sus manos a sabiendas de que no había ninguna idea mejor. Las horas pasaban sin que dieran con información relevante. Hasta que Paula levantó la voz.

—¡Creo que tengo algo! —gritó.

—¿Qué has encontrado? —preguntó Chad.

—En este libro se recoge la crónica de la Vía de la Contienda que acabó más tarde en la Gran Revuelta.

—¿Qué dice? —Emily se acercó hasta la mesa de Paula.

«… en esa ocasión, Shaaf, el líder de los Wiijof jikhaashyush, propuso a Faddub, del pueblo Khaavahki, una prueba basada en la gran tradición minera de los Wiijof jikhaashyush. La prueba consistía en conseguir extraer una cantidad de mineral de hierro superior a los cinco kilos en menos de una jornada de trabajo.

Para ello, el candidato solo podía contar con la ayuda de uno de sus lugartenientes y herramientas de minería como palas, picos y puntales. La prueba tuvo lugar durante todo el día y fue ya al anochecer cuando el candidato hizo entrega de lo extraído al líder del poblado oscuro».

—¿Poblado oscuro? —preguntó Chad.

—Es el sobrenombre por el que se les conocía por aquella época —explicó uno de los cultistas mientras se esmeraba en recolocar los libros que descartaban los humanos—. Era un apelativo despectivo, los Wiijof jikhaashyush debían de ser un pueblo de lo más extraño, se decía

que sus ojos eran pequeños y que muchos de ellos nacían ciegos.

Emily dudó de si alguno de aquellos cultistas conocía la verdadera historia del poblado y de cómo se acabaron convirtiendo en los Yokai.

—¿Qué más pone? —preguntó Emily.

«En la ceremonia posterior, los cinco líderes salientes hicieron entrega de los bastones de mando al candidato, que recibió con entusiasmo el apoyo de los allí presentes. El ya nuevo líder del pueblo kepleriano declaró que honraría los cinco bastones como si él mismo perteneciera a cada una de las facciones».

—Eso significa que el bastón existía todavía en la época inmediatamente anterior a la Gran Revuelta —dedujo Taro—. Ya tenemos una fecha de la que partir. Ahora tenemos que encontrar escritos sobre la desaparición de los Wiijof jikhaashyush.

Emily ordenó a los cultistas que comenzaran a traerles libros y crónicas de épocas posteriores. Según iban descartando cada libro, los historiadores lo devolvían a su estantería y lo sustituían por otro diferente. Pasaron de nuevo horas hasta que Emily decidió hacer una parada. Aquella tediosa tarea era agotadora, así que decidieron salir al exterior para estirar las piernas y despejarse.

—No vamos a encontrar nada sobre la desaparición —dijo Taro.

—¿Por qué piensas eso? —preguntó Emily.

—A medida que avanzamos en el tiempo, los libros hablan cada vez menos de los Wiijof jikhaashyush —explicó—. Llevo ya cuatro libros económicos de diferentes décadas en las que ya no aparece información sobre ellos. Si es cierto que el poblado dejó de interactuar con el resto, es muy difícil que los historiadores de la época se hicieran eco de su situación.

—Tal vez encontremos algún libro acerca de sus días finales —sugirió Chad.

Emily pensó durante unos instantes.

—Recuerdo que Waafdiv me habló de algún momento de la historia en el que el resto de los poblados denunciaron desapariciones de ciudadanos —dijo—. Eso destapó prácticas siniestras por parte de algunos miembros de los Wiijof jikhaashyush que vivían en el resto de ciudades.

—¿Qué clase de prácticas siniestras? —preguntó Kostas.

—Canibalismo.

Kostas torció el gesto. El resto guardó silencio. Ya eran conscientes de lo que eran capaces los descendientes de aquellos antiguos keplerianos.

—Tenemos que encontrar las fechas aproximadas de los asesinatos, y para eso tendremos que buscar en las crónicas de la época —propuso Taro.

Cuando volvieron a entrar en la biblioteca de los Gaal-El todos notaron lo cansados que se encontraban. Llevaban más de ocho horas pasando páginas de libros antiguos y todavía no estaban cerca de conseguir lo que buscaban. Tal vez se había olvidado todo lo referente al quinto bastón y estaban persiguiendo una quimera. Los cultistas se centraron en los volúmenes de las crónicas sociales de la época posterior a la Gran Revuelta. Aun así, pasaron un par de horas más antes de que Chad encontrara algo que mereciera la pena.

—Aquí hay un suceso que creo que puede ser uno de los que desencadenó el final de los

Wiijof jikhaashyush.

—¿Qué dice? —preguntó Gorka.

«El destacamento militar de Wiikhaadiiz ofiz recuperó decenas de huesos keplerianos de la vivienda de uno de los estudiantes recién llegados de Wiijof jikhaashyush. El joven oscuro vivía con una familia de acogida a la que las autoridades no han podido localizar. Los restos encontrados coinciden con la descripción física que los vecinos de la zona han realizado de la familia, compuesta por dos adultos y dos menores».

—¡Qué horror! —exclamó Paula.

—Recibir a alguien en tu casa y acabar de esa manera —se lamentó Kostas.

—¿Dice algo más la noticia? —preguntó Taro.

—Déjame ver…

«Las autoridades militares están relacionando este caso con otros ocurridos durante los últimos años en todas las poblaciones keplerianas. Esto, sumado a la total ausencia de noticias sobre Dikkarta, el líder Wiijof jikhaashyush, hacen sospechar que la deriva del poblado oscuro ha llegado a un extremo insostenible».

—Acabamos de encontrar la crónica del triste final de una población kepleriana —dijo Gorka.

—Ya sabemos que el bastón de mando desapareció entre la Gran Revuelta y la fecha de esta noticia —añadió Emily—. Creo que deberíamos corroborarlo, ahora que sabemos el nombre del que fuera el último líder conocido de los Wiijof jikhaashyush.

Emily solicitó a los cultistas que buscaran algún tipo de listado cronológico de líderes de las cinco poblaciones. Aunque tardaron en encontrarlo, existía un registro de relaciones institucionales entre el pueblo Gaal-El y el resto de los pueblos. En él se habían recopilado todas las visitas oficiales de los líderes keplerianos de las que se tenía constancia.

—Creo que estamos sobre la pista correcta —dijo Emily—. Según esta relación, el último líder Wiijof jikhaashyush que visitó el templo fue precisamente Dikkarta, varios años antes de que se escribiera esa crónica.

—Entonces, podemos suponer que el último registro escrito del que se tiene constancia sobre el paradero del bastón pudo ser esa misma visita del líder Dikkarta —dijo Taro—. Pero ¿qué ocurrió después?

—Se convirtieron en los Yokai —susurró Chad con cuidado de no ser escuchado por los cultistas.

—Me refiero a qué ocurrió con el bastón —replicó Taro.

—Necesitamos encontrar información sobre ese tal Dikkarta —dijo Emily—. Pero es tarde ya, quizá debamos regresar a la base y continuar mañana a primera hora.

Al día siguiente, mientras el resto desayunaban en el comedor de la base, Chad apareció por la puerta. Parecía excitado.

—¿Qué ocurre? ¿Has descubierto otra especie vegetal de propiedades únicas? —se burló Gorka.

—¡No! Pero se me ha ocurrido una idea un poco extraña que tal vez podamos probar cuando volvamos a la biblioteca.

—¿De qué se trata? —preguntó Taro, escéptico—. Decir que tienes ideas extrañas suele ser quedarse corto.

—Os la cuento cuando estemos allí.

El grupo al completo regresó de nuevo a la biblioteca, donde ya los esperaban los historiadores keplerianos con fuerzas renovadas tras un merecido descanso. Todos rodearon la mesa de Chad para escuchar su extraña ocurrencia.

—Tienes toda nuestra atención —dijo Kostas.

—Veréis, ayer no me podía dormir así que estuve leyendo un rato hasta que me entró el sueño —empezó.

—¿No tuviste suficiente con todos los libros que ojeaste ayer? —bromeó Gorka.

—Me ayuda a dormir —se encogió de hombros—. El caso es que me di cuenta de que solo habíamos revisado las crónicas históricas de la época, algo así como los periódicos keplerianos. Ayer, mientras leía una novela se me ocurrió que quizá los keplerianos tengan obras de ficción en las cuales se hable del tema.

—¿Crees que una novela nos puede ayudar a encontrar el bastón? —preguntó Kostas, incrédulo.

—Dejad que se explique —pidió Emily con interés—. Puede que esa idea no sea tan descabellada.

—Pensadlo por un momento. A lo largo de nuestra historia, las obras narrativas antiguas han utilizado localizaciones o hechos reales que en un principio se creyeron ficticias —explicó el biólogo—. Troya, por ejemplo, durante siglos se creyó que era un lugar ficticio que Homero utilizó en la Ilíada y la Odisea. Sin embargo, se acabaron encontrando los restos arqueológicos de la ciudad en el siglo XIX. O la Atlántida, la supuesta civilización sumergida y uno de los grandes mitos de la historia humana. Nunca se ha demostrado la existencia de tal lugar, pero la teoría más extendida es que tal vez Platón magnificara la civilización de los tartesios, que habitó en el sur de España dos milenios antes de Cristo y que varios siglos más tarde se demostró que había sido arrasada por un tsunami.

»Y estos son solo dos ejemplos dentro de la historia humana en la que obras que en apariencia incluían elementos de ficción estaban en realidad basadas en hechos y localizaciones históricas. Se me había ocurrido que quizá con la literatura kepleriana ocurriera igual.

—Vaya, reconozco que a estas alturas no me parece mala idea —recapacitó Kostas.

—No, no lo es —reconoció Emily—. Y en vista de que los relatos históricos no nos están aportando demasiada información, creo que merece la pena intentarlo.

—Sabemos que los Wiijof jikhaashyush vivieron siempre dentro de cuevas y minas —dijo Chad—. Tal vez exista alguna obra que trate sobre eso.

Emily hizo una seña a uno de los cultistas y le explicó lo que necesitaban.

—¿Existen en la biblioteca obras de ficción, cuentos o leyendas?

—Sí, señora —respondió—. Las estanterías de libros de la parte derecha son de ese tipo.

—Necesitamos encontrar algunas que cumplan las siguientes características: desarrollarse escritas en la época en la que se le perdió la pista a los Wiijof jikhaashyush, que parte de la acción transcurra en cuevas o minas y que trate de la búsqueda de algún tesoro o quizá de alguna tumba.

El cultista pensó durante unos momentos, pero enseguida se le iluminó la cara.

—¿Se refiere a *El último cáliz,* de Dushyko el viejo? —preguntó.

—No lo sé —respondió ella—, ¿de qué trata?

—Es un clásico de nuestra literatura —dijo el historiador—. En ella, un aventurero Gaal-El llamado Ditharka se adentra en las profundidades de la montaña en busca de un artefacto de poder de una antigua civilización. Resulta ser un cáliz que proporciona el don de la sabiduría a aquel que bebe de él.

—¿Podríamos leer ese libro?

El cultista asintió y se acercó a una de las estanterías de la derecha. Tardó un par de minutos en localizarlo, pero enseguida extrajo el volumen y se lo entregó a Emily.

—¿Es el original que escribió el autor?

—Sí, señora —confirmó el cultista—. Dushyko el viejo fue uno de nuestros más distinguidos miembros, incluso tenemos un busto suyo.

Emily abrió la cubierta y comenzó a pasar las hojas hasta que llegó a la última, momento en el que Ada les hizo un resumen.

—Ditharka es un joven historiador Gaal-El al que le gusta explorar y vivir aventuras mientras recaba información sobre antiguos asentamientos. Descubre por casualidad una antigua leyenda que habla de una civilización de gran sabiduría ya desaparecida. La leyenda contaba que Nanliin, el último de sus reyes, cayó en la locura y encerró a su pueblo entero hasta que sus habitantes, famélicos y sin nada con lo que alimentarse, empezaron a comerse los unos a los otros. Ditharka se las ingenia para encontrar la entrada a la ciudad de la montaña gracias a una serie de acertijos populares que los keplerianos de las aldeas nómadas de los alrededores todavía recuerdan.

»Encuentra el paso a la montaña por medio de una serie de estatuas que le van indicando por dónde debe continuar su camino. Al acceder al interior, utiliza su ingenio para superar diferentes pruebas y trampas que la antigua civilización dejó tras de sí para evitar a los saqueadores. Consigue encontrar la ciudad perdida, pero está inundada a causa de unos ingenios que canalizan las filtraciones de la montaña. Por medio de esos mismos mecanismos logra vaciar el lugar y da con el acceso a la cámara funeraria de Nanliin el loco. Allí, entre sus manos muertas, encuentra el cáliz que otorgaba la sabiduría eterna.

»Sin embargo, cuando está a punto de recuperarlo, Ditharka cambia de opinión. Se da cuenta de que ese cáliz no evitó que desapareciera toda una civilización. De alguna manera, intuyó que aquel artefacto estaba asociado a una poderosa maldición que podría acabar con los pueblos keplerianos si llegaran a conocerse las propiedades mágicas del artefacto. Finalmente, Ditharka decide regresar al templo Gaal-El, pero antes se las ingenia para esconder la entrada de la ciudad perdida y eliminar las pistas que permitían encontrarla.

—Vaya, es una historia fascinante —dijo Kostas.

—Deduzco por el final del relato que hay una especie de moraleja —añadió Ada—. Algo así

como que un exceso de sabiduría puede llegar a ser perjudicial si no eres lo suficientemente fuerte para aceptar tal responsabilidad.

—¿Creéis que este relato para contar alrededor de una hoguera puede decirnos dónde se esconde el quinto bastón? —preguntó Paula.

—De momento no tenemos mucho más —dijo Emily.

—Pero, aunque sea cierto que ese autor conocía la verdadera leyenda, no sabemos por dónde empezar a buscar.

—¿Tenemos más escritos de este autor? —preguntó Emily— ¿O escritos sobre él?

—Sí, señora —confirmó uno de los cultistas—. Media docena, al menos, tal vez alguno más.

—Tráigalos todos —pidió.

Tras unos instantes de búsqueda, Gorka dio con una biografía del autor.

—Al parecer, comenzó a escribir relatos cuando era ya mayor, de ahí el mote cariñoso de «el viejo» —dijo—. Nació y creció en el pueblo Gaal-El, pero su abuelo, atención a esto, fue el último embajador de los Wiijof jikhaashyush en el pueblo Gaal-El. Además, fue nombrado poco después de que Dikkarta fuera elegido como líder tribal.

—Vaya, vaya —dijo Chad—, parece que, de alguna manera, pudo conocer el final de los Wiijof jikhaashyush.

—Ahora solo nos queda saber por dónde empezar a buscar —suspiró Gorka.

Emily se acercó a dos de los historiadores y les pidió mapas de la época de la Gran Revuelta y de los años posteriores. Los cultistas rebuscaron en unas estanterías con pergaminos y grandes rollos de papel y les proporcionaron lo que pidieron. Emily extendió varios mapas en las mesas y les pidió ayuda.

—¿Se sabe en qué zona estaba el poblado de los Wiijof jikhaashyush?

Uno de los cultistas señaló una amplia área al oeste del templo Gaal-El, cerca de la cordillera.

—¿No hay nada más específico? —preguntó Taro—. Esa zona es demasiado grande para empezar a buscar.

—Hace muchos siglos que nadie sabe nada de ellos —se excusó uno de los cultistas más jóvenes.

—¡Esperad! —exclamó Kostas señalando otro de los mapas—. ¿Qué son estas cosas que se indican en este otro mapa?

—Son las construcciones más representativas de cada población —explicó un cultista—. Los molinos de agua de Khapabir, el templo de Khormak…

—Pero aquí hay un puente —señaló Kostas—. Nunca hemos visto un puente en ningún tramo del rio.

—Debe de ser el antiguo puente cuyos cimientos nos han permitido atravesarlo tantas veces —dijo Emily.

—Entonces, estas piedras de aquí deben de significar algo —dedujo Kostas triunfal.

Kostas acababa de señalar una especie de estatuas colocadas de forma aleatoria cerca de la cordillera, dentro de la zona que el cultista había señalado en el otro mapa.

—¡Dios mío! Podrían ser las estatuas que le indicaron a Ditharka la entrada de la ciudad —

exclamó Emily—. ¡Buen trabajo! ¡Ya tenemos una pista de por donde empezar!

El intérprete

7 de junio del año 1

Templo de los Gaal-El, Kepler-442b

Incluso tras compartir sus hallazgos con Waafdiv, Emily seguía teniendo ciertas dudas sobre lo que se podían encontrar si iniciaban la búsqueda de la ciudad perdida de los Wiijof jikhaashyush.

—Me parece increíble que una de las obras de nuestra literatura sea la clave para encontrar el quinto bastón —dijo el sumo sacerdote.

—Lo sé, es difícil de creer —reconoció Emily—. Aun así, todavía nos quedan muchas incógnitas por resolver respecto a todo esto.

—¿Cómo cuáles? —quiso saber.

—Si los Wiijof jikhaashyush se convirtieron en los Yokai, eso significa que nos estaremos metiendo directos en la boca del lobo.

—Sí, así es.

—Me gustaría tener alguna garantía adicional.

—Por supuesto, pero ¿qué podemos hacer nosotros al respecto?

—Sé que Haagar es capaz de hablar con los Yokai —respondió Emily—. Necesitamos a alguien que pueda servirnos de intérprete con ellos.

Waafdiv meditó sobre el asunto.

—Nunca he tenido noticia de nadie que pudiera comunicarse con ellos —negó con la cabeza —. Pero si es así, tal vez él mismo sea capaz de ayudaros en la búsqueda.

—Lo dudo —dijo Emily—. Nos cruzamos con él cuando superamos la prueba de los Wiikhaadiiz ofiz y no parecía el mismo, nos trató con desdén e incluso nos amenazó. No creo que quiera colaborar de nuevo con nosotros.

—Tal vez él conozca a otros que sepan comunicarse con esas alimañas —sugirió el sumo sacerdote.

—No creo que siquiera esté abierto a darnos esa información.

—Haremos una cosa —dijo Waafdiv—, Liikmi irá con vosotros. Escribiré un pergamino pidiéndole ayuda en nombre de los pueblos keplerianos. No podrá negarse a colaborar.

—¿Liikmi? —preguntó— El viaje será peligroso, no quiero arriesgar la vida de ningún kepleriano.

—No se preocupe por él, está más que acostumbrado al peligro, sabrá arreglárselas. Y puede que les venga bien contar con alguien como él, es muy despierto.

Esa misma tarde todos ayudaron a preparar el equipo necesario para el viaje. Cargaron un par

de mulas con material en la Deathwing y descansaron todo lo que pudieron. La búsqueda iba a ser muy peligrosa, les vendría bien disponer de todas sus fuerzas.

A la mañana siguiente, Ferrara y el capitán Beaufort se unieron al grupo que subió a la nave. Recogieron a Liikmi del templo y se dispusieron a sobrevolar el área donde se encontraba la cabaña de Haagar.

—No veo ninguna zona lo bastante despejada para poder aterrizar —dijo Balakova—. Voy a tener que hacerlo en aquel claro.

—Está muy cerca de la entrada a la cueva de los Gaal-El —dijo Emily—. Pero acaba de amanecer, supongo que estaremos a salvo.

La piloto aterrizó y Robert y Ferrara se aseguraron de que el perímetro estuviera despejado. Liikmi, que se había pasado todo el trayecto con los ojos cerrados, descendió con alivio.

—Te acompañaré hasta la cabaña de Haagar —le dijo Emily—. Pero me separaré unos metros antes de llegar. Estoy convencida de que él mismo nos encontrará.

Ambos se separaron del grupo que se quedó en las inmediaciones del punto de aterrizaje con más de un ojo puesto en la enorme abertura de la montaña. Hacía buen tiempo y la estrella arrojaba los primeros rayos de luz sobre la zona. Era poco probable que un Yokai se aventurara a salir de la oscuridad de la montaña.

Recorrieron sin más problemas los pocos kilómetros de desnivel que separaban la nave de la cabaña de Haagar. Todo parecía ir bien hasta que una figura les cortó el paso. Era Yora, la hembra de los dos animales de Haagar que, como en otras ocasiones, amenazaba a Emily con sus gestos y gruñidos.

—Creo que a partir de aquí yo no debería moverme —dijo Emily.

—Yo tampoco pienso avanzar un solo paso más con ese animal ahí —aseguró Liikmi.

No tardaron mucho en descubrir que Yora no estaba sola.

—¡Tú otra vez! —gritó Haagar desde algún lugar que ninguno de los dos fue capaz de situar.

—Solo he venido a acompañar al emisario de los Gaal-El —respondió ella.

—No quiero saber nada de nadie. Ya he hecho más de lo que debería por todos. He cumplido con mi parte, dejadme en paz.

—¡Me envía el sumo sacerdote Gaal-El! —exclamó Liikmi.

—¡Me importa un carajo quién te envía! —respondió él—. Podéis volveros por donde habéis venido.

—Haagar, sabes de sobra que no nos iremos de aquí hasta que él te haga entrega del mensaje —dijo Emily—. Y te prometo que nos marcharemos en cuanto lo leas.

Un grito de desesperación les llegó unos instantes después y Haagar apareció de detrás de un árbol desde el interior del sendero. Con un visible enfado en su cara, se acercó a ellos con pasos largos y gestos de desaire. Cuando llegó hasta su altura, cogió de un manotazo el pergamino que le extendía Liikmi. Lo leyó con rabia y después los miró, primero a una y después al otro.

—¿Para qué necesitáis a alguien que os traduzca el lenguaje oscuro? —Le devolvió el pergamino.

—Eso no es de su incumbencia —respondió Liikmi.

—En ese caso, joven cultista, os recomiendo que volváis a ese aparato volador en el que habéis venido. No obtendréis ninguna ayuda por mi parte.

—Necesitamos encontrar el bastón de los Wiijof jikhaashyush —se apresuró a explicar Emily antes de que Haagar se diera la vuelta.

Este negó con la cabeza.

—Algunas cosas es mejor dejarlas donde están. No remováis el pasado.

—No es nuestra intención, Haagar —respondió Emily—. Solo queremos el bastón y nos iremos. Puede que el destino de todos nosotros dependa de ello. Y para eso solo necesitamos un intérprete que nos permita llegar hasta él sin riesgos.

—¿Qué es lo que queréis de mí? —preguntó él.

—Sabemos que eres capaz de hablar con esas criaturas. Solo necesitamos que nos enseñes cómo hacerlo.

—Yo no tengo ese conocimiento —respondió—. Es complicado. Solo puedo articular y entender unos pocos sonidos que me sirven para vivir aquí.

—¿Cómo lo aprendiste? —preguntó Emily.

El viejo kepleriano meditó su respuesta.

—Fue hace mucho tiempo —suspiró—. Tanto que me parece que fuera en otra vida.

—¿Dónde podemos encontrar a alguien que nos enseñe? —continuó ella.

—Yo… —dudó— No sé si quiero daros esa información.

—Por favor. Lo necesitamos para ser capaces de afrontar unidos la amenaza de los Khol —dijo Emily—. Puede que la supervivencia de ambas especies esté en juego.

Haagar volvió a dudar.

—Espero no arrepentirme de esto —suspiró de nuevo.

Le dio las instrucciones pertinentes y Liikmi y Emily regresaron a la Deathwing tras agradecerle al ermitaño su ayuda. Emily buscó en las imágenes del satélite la zona que Haagar le acababa de indicar y le explicó a Balakova a dónde debían dirigirse. La piloto aprovechó las imágenes para buscar un claro en el que aterrizar y comenzaron el desplazamiento.

—¿En qué dirección tenemos que movernos? —preguntó Robert cuando Ferrara y él aseguraron la zona.

—Suroeste.

—¿Qué buscamos?

—Una pequeña aldea, no sé de qué tamaño —respondió Emily.

—En marcha —ordenó Robert.

En fila de a uno, Robert encabezó el grupo mientras Ferrara controlaba la retaguardia, atenta a cualquier movimiento sospechoso. No sabían lo que estaban buscando ni qué podía estar acechándoles, así que avanzaron en completo silencio y prestaron un extra de atención a todo lo que les rodeaba. Unos minutos después, Robert vio algo delante de ellos.

—Hay humo a un kilómetro de aquí —dijo en voz baja.

Cuando se dio la vuelta para hablar con Emily, diferentes sonidos les llegaron desde todas direcciones.

—Hacéis tanto ruido que sería capaz de clavaros una flecha desde una gran distancia. Seáis quienes seáis, os recomiendo que soltéis las armas —les advirtió una voz—. Y por favor, no hagáis ninguna tontería, estáis rodeados.

Un kepleriano salió de detrás de un gran árbol y se apoyó en el tronco con los brazos cruzados. Iba vestido con colores rojizos que lo mimetizaban con el entorno. Llevaba un chaleco de cuero teñido y unos pantalones de la misma tonalidad que dejaban al descubierto sus brazos y la parte baja de las piernas. Robert y Ferrara miraron a su alrededor y descubrieron a varios individuos ataviados de la misma forma que el portavoz del grupo.

—¡Piib! ¡Dunthii! —llamó el kepleriano— Quitadles las armas a los extranjeros.

Dos keplerianos más jóvenes se acercaron hasta Robert y Ferrara. Portaban sendos arcos en las manos que se cruzaron en el torso para poder obedecer las órdenes.

—Venimos en son de paz —dijo Robert antes de que uno de ellos llegara a su altura.

—En ese caso, no os importará entregar las armas —sonrió el líder del grupo desde la distancia.

Robert miró a Ferrara y asintió con la cabeza. Era probable que aquellos arcos y flechas fueran inofensivas para ellos, pero Liikmi les acompañaba y no les convenía causar problemas. Entregaron sus fusiles a los keplerianos, que los recogieron con curiosidad.

—Y ahora, será mejor que alguno de vosotros nos diga los motivos por los que no debemos dejar como un alfiletero a unos extranjeros que no han sido invitados —dijo el líder de aquel grupo.

—Venimos de parte de Haagar —explicó Emily dando un paso a un lado de la fila.

—¿Haagar? —El líder del grupo se puso tenso de repente—. Ese maldito desagradecido no es bienvenido aquí.

—Necesitamos hablar con Firkoz, venimos en busca de su ayuda —aclaró.

—¿Qué pueden necesitar un grupo de extranjeros de mi padre? —preguntó el líder.

—Tu padre conoce el lenguaje oscuro —dijo Emily—. Necesitamos que nos enseñe.

El kepleriano torció el gesto. Era evidente que no se esperaba esa respuesta.

—Si queréis un consejo —dijo a continuación—, será mejor que os deis la vuelta, las noches no son seguras en este lugar. No merece la pena malgastar vuestras vidas, sea lo que sea lo que buscáis.

—Aun así —insistió Emily—, seguimos queriendo hablar con tu padre.

Tras pensarlo detenidamente, el kepleriano se encogió de hombros y, antes de darse la vuelta, les hizo una última advertencia:

—Muy bien, os lo he avisado, yo dormiré igual de bien a las noches si os pasa algo. No intentéis nada extraño, no salgáis de la fila y no os pasará nada. Y también os agradecería que no abusarais de mi paciencia, no me gusta repetir las cosas.

En cuanto reanudaron la marcha, una docena de keplerianos armados con arcos y espadas salieron de sus escondites de las zonas cercanas y acompañaron al grupo vigilando cada movimiento de los extranjeros. Para su sorpresa, no se dirigieron hacia la columna de humo que

se veía en la distancia, si no que giraron hacia el oeste. Robert pudo ver un enorme montón de hojas ardiendo a lo lejos y a un par de keplerianos intentando apagar aquel pequeño incendio, que a todas luces era un señuelo.

Dos kilómetros después vieron las primeras cabañas. No era un lugar demasiado grande, pero habría casi una treintena de viviendas de madera distribuidas a lo largo de cuatro avenidas que rodeaban a una cabaña de mayor tamaño que se encontraba en el centro. Un gran cerco de cenizas de las que salían pequeñas volutas de humo indicaban que allí se había encendido una hoguera la noche anterior. Decenas de niños keplerianos detuvieron sus juegos y acudieron a observar la curiosa comitiva que se acercaba.

—¿Quiénes son? —preguntó con curiosidad un pequeño.

—Entra en casa, Zo —le dijo el líder del grupo—. Y llévate a tus primos y a tu hermana contigo.

El niño, que parecía el mayor de todos, acató la orden con diligencia y apartó a los demás con gestos de las manos. Llegaron a la puerta de la cabaña principal y el kepleriano se giró hacia Emily.

—Tú y ese cultista Gaal-El, venid conmigo —ordenó—. El resto esperará aquí. Recordad que estáis rodeados y vigilados por keplerianos que no dudarán en ensartaros una flecha al menor gesto que pueda entenderse como una amenaza. Y sea lo que sea esa cosa —señaló la mula—, espero que tampoco cause problemas.

Emily y Liikmi lo siguieron y entraron en la cabaña escoltados por los dos keplerianos que habían desarmado a los militares. Tras un amplio recibidor, siguieron por un largo pasillo con infinidad de puertas a cada lado hasta llegar a una estancia en la que se percibía una luz cálida y parpadeante. En la sala había dos hembras keplerianas y un kepleriano de avanzada edad sentado en un amplio sillón de madera. Las crepitantes llamas de la chimenea proyectaban sus sombras hacia la pared de madera y le daban un ambiente misterioso a la escena. El líder de los captores se acercó al anciano.

—Padre, un grupo de extranjeros ha solicitado hablar con usted —le dijo en un susurro. Tras hacer una breve pausa, añadió—: Dicen venir de parte de Haagar.

En cuanto el anciano escuchó ese nombre, dio un respingo en su asiento e intentó volverse hacia la entrada. Entre las dos keplerianas y su hijo giraron su sillón para que pudiera mirar de frente a los dos forasteros. Sus arrugas y sus ojos casi ciegos delataban su avanzada edad. Era sin duda mucho más anciano que Haagar, Khikhya o incluso Khaaÿ. Los miró a ambos de arriba a abajo.

—¿Cómo se encuentra? —preguntó con un hilo voz.

—¿Quién? ¿Haagar? —preguntó Emily— Bien, goza de buena salud. Le envía saludos.

—¡Ja! —exclamó el anciano, que comenzó a toser con violencia tras forzar la garganta.

Las dos keplerianas intentaron ayudarle a acabar con aquel ataque tos, pero con lo que acabaron fue con su paciencia.

—¡Dejadme! —gritó— ¡Dejadme tranquilo!

El anciano hizo aspavientos y ambas volvieron a sentarse en sus sillas sin mediar palabra.

—Jovencita —se dirigió a Emily—, como puede observar, soy muy anciano. Le ruego que no vuelva a mentirme o haré que mi hijo alimente a nuestros animales con lo que quede de sus

cuerpos. Haagar nunca habría mandado saludos; es más, dudo mucho que Haagar les haya enviado hasta aquí. A no ser que él mismo quiera librarse de ustedes sin mancharse las manos.

Liikmi sintió un escalofrío y le entregó el pergamino.

—Nos envía el sumo sacerdote Gaal-El —dijo—. Le pedimos ayuda a Haagar y él nos ha enviado hasta aquí. Se trata de un asunto de vital importancia.

—Mi padre no sabe leer —intervino el kepleriano, que le arrancó el pergamino de las manos —. Y aunque supiera, sus ojos están demasiado viejos para poder hacerlo.

El hijo del anciano leyó en silencio la carta que Waafdiv había escrito para Haagar y de repente abrió los ojos de par en par.

—¡Quieren entrar en la ciudad oscura y recuperar el bastón de Dikkarta! —exclamó.

La expresión del anciano se tornó de repente en un gesto serio y preocupado.

—¡Dejadme a solas con los extranjeros! —ordenó.

—Pero padre…

—¡Obedeced! —interrumpió.

Los tres keplerianos abandonaron la estancia a regañadientes y dejaron al anciano con Emily y Liikmi.

—Acérquense a la luz y dejen que mis viejos ojos los miren —pidió—. Y hagan el favor de girar de nuevo mi asiento, mis huesos sienten el frío en cuanto me separo de la lumbre.

Ambos obedecieron al anciano y, después de colocar de nuevo su sillón, se sentaron en las dos sillas que había a ambos lados.

—¿Por qué motivo quieren unos extranjeros encontrar la ciudad oscura? —les preguntó.

—Necesitamos el bastón de mando de los Wiijof jikhaashyush para conseguir el mando único. Queremos liberar al pueblo kepleriano del yugo de los Khol.

—Eso es muy osado por su parte, jovencita —dijo el anciano con sus ojos clavados en ella—. No sé qué son ustedes, pero será mejor que lo recapaciten. Los Khol son una amenaza demasiado poderosa para cualquiera.

—Lo sé, pero la supervivencia de mi pueblo depende en gran medida de acabar con ellos —respondió Emily—. Puede que juntos podamos vencerlos.

—¿Y los Gaal-El están detrás de todo esto? —Miró a Liikmi.

—Sí, señor —confirmó—. La idea surgió de nuestro sumo sacerdote, él cree que ella es la que nos fue anunciada por nuestras sagradas escrituras.

—¿Y usted? ¿Lo cree usted? —le interrogó.

—Yo… creo que, si hay alguien que puede hacerlo, es ella —respondió él.

—La ciudad perdida es un lugar del que solo hablan las leyendas, nadie ha encontrado la forma de entrar allí en miles de años —dijo el anciano con gesto preocupado—. Y en cierta manera puedo entender los motivos por los qué cayó en el olvido. Se trata de una de las páginas más oscuras de nuestra historia, algo que nadie ha querido recordar desde hace mucho tiempo.

—Solo necesitamos entrar allí para conseguir el bastón de mando —dijo Emily.

—Antes de tomar una decisión al respecto, respóndanme a algo —pidió Firkoz—. ¿Está esa maldita arpía de Khikhya involucrada en todo esto?

Emily dudó, sorprendida por la pregunta del anciano.

—No —respondió con sinceridad—; de hecho, es posible que pierda su poder si conseguimos recuperar el bastón.

El anciano no dijo nada en un primer momento, pero pareció saborear aquellas palabras. Al cabo de un rato, volvió a hablar.

—Esa maldita *thaamni* engañó a mi hijo como a un vulgar pelele y lo separó de nosotros, de su familia.

—¿Haagar es su hijo? —preguntó Emily.

—Lo fue —dijo con amargura—. Hacía años que no sabíamos nada de él. Ni siquiera se dignó en aparecer cuando falleció mi querida esposa. ¡Maldito ingrato! —Una lágrima se asomó a uno de sus envejecidos ojos.

—Lo lamento, no sabíamos nada —dijo Emily.

—Él es mi primogénito —continuó—. Lo envié a Khaavahki para que aprendiera de los mejores militares, pero cuando estaba a punto de regresar con nosotros, esa maldita bruja le llenó la cabeza de pájaros y de intrigas para hacerse con el poder. Cuando sus hermanos y yo le advertimos que tuviera mucho cuidado con los políticos, se puso hecho una furia y nunca lo volvimos a ver. Años más tarde supimos que habían tenido un hijo juntos y que él se encargó de cuidarlo ante la imposibilidad de ella de formar una familia. Pero ni con esas fue capaz de regresar a nuestro lado.

—¿Haagar y Khikhya tuvieron un hijo? —preguntó Emily.

—Sí, un varón —afirmó Firkoz—. Ahora mismo tendría más o menos la edad del Gaal-El —señaló a Liikmi.

Emily pensó en las implicaciones que aquello podría tener. Pensó en Yisht, a la que hacía mucho tiempo que no veía y por cuya vida temía. Eso era algo que tal vez mereciera la pena investigar.

—Pero hablemos de lo que nos ocupa. —El anciano cambió el tono de su voz—. ¿Qué es lo que necesitan de nosotros?

—Si nos han informado bien, la ciudad perdida puede estar infestada de Yokais —empezó Emily—. Haagar nos dijo que usted es capaz de comunicarse con ellos. Nos gustaría que nos enseñara a hablarlo.

—No se aprende a hablar el idioma de los oscuros así como así —tosió—. Hacen falta años de experiencia y un control total sobre la mente y el cuerpo.

—¿A qué se refiere? —preguntó Emily.

—El lenguaje de los Yokai no solo se basa en sonidos y gestos —explicó el anciano—. Son capaces de oler y detectar los estados de ánimo de sus interlocutores. Una leve presencia de feromonas o de sudor puede servir para calmarlos o provocar que se vuelvan locos y no haya forma de detenerlos. El olor que emanan ustedes es demasiado extraño, no durarían ni diez segundos dentro de una de sus cuevas.

Emily guardó silencio. Eso suponía un grave problema. Con los trajes, ellos no producirían ningún tipo de olor, pero el olor a metal y a polímero recalentado que emanaban las fuentes de alimentación podría jugarles una mala pasada.

—¿Y cómo pretenden encontrar la entrada de la ciudad perdida? —preguntó el anciano—.

Nadie, ni siquiera yo, conoce su paradero. Muchos lo intentaron en el pasado, pero ninguno de ellos tuvo éxito.

—Hemos dado con un antiguo escrito que creemos que trata sobre ella —le contó Emily.

El anciano guardó silencio unos segundos.

—Les diré lo que vamos a hacer —dijo después—. Pasarán la noche aquí, con mi familia. Partirán mañana al alba, en cuanto los primeros rayos de luz asomen entre las hojas. Mi hijo Vurii y alguno de mis nietos los acompañarán, han aprendido desde pequeños a hablar el idioma oscuro. Pero no se equivoquen, no lo harán para evitar que ustedes mueran, si no para impedir que profanen la oscura memoria que se encierra en aquel lugar.

—Gracias, Firkoz —dijo Emily—. Sé que resultará muy peligroso, pero le agradezco mucho su ayuda.

—Solo espero que sepan lo que hacen —les dijo el anciano—. Quiero que me prometan una cosa —añadió.

—Lo que quiera, siempre que esté en nuestra mano —accedió Emily.

—Si encuentran lo que buscan, no permitan que nadie más vuelva a entrar en ese lugar.

En la boca del lobo

2 de julio del año 1

Poblado de Firkoz, Kepler-442b

Al día siguiente despertaron en una de las cabañas del poblado de Firkoz, el padre de Haagar y también patriarca de una numerosa familia de keplerianos que vivían separados de las grandes poblaciones. De alguna manera, aquella familia se las había arreglado para sobrevivir en un lugar en el que el contacto con los Yokai debía de ser bastante habitual. Por eso, desde niños los miembros de la comunidad aprendían el lenguaje sonoro y gestual de los Yokai.

Robert y Ferrara se habían alternado las guardias, ya que Beaufort no acababa de fiarse de la hospitalidad de los keplerianos. De hecho, la cabaña estuvo vigilada por al menos cuatro soldados durante toda la noche, lo que dejaba claro que la desconfianza era mutua. Desayunaron algo de la infame papilla de avena y pronto estuvieron preparados en el exterior para comenzar la peligrosa aventura. Allí ya les esperaban varios keplerianos con un par de *fhores* cargados hasta los topes de material y provisiones. No había ni rastro de Firkoz pero, dada su avanzada edad, Emily supuso que lo más prudente sería que no abandonara el calor del hogar. El kepleriano que les interceptó el día anterior se acercó a Emily.

—Buenos días —saludó con sequedad—. Soy Vurii, os acompañaré en esta extraña misión, pero quiero dejarte algo claro antes siquiera de dar el primer paso. Si tengo que decidir entre la vida de uno de vosotros y la de uno de los nuestros, no dudes que elegiré a los míos. Incluso si para salvarnos tuviera que sacrificar a uno de los vuestros.

—Lo entiendo —respondió Emily.

—Ahora que ya hemos dejado las cosas claras —dijo satisfecho—, esos de ahí son mis sobrinos Piib y Viir, y este de aquí es mi hijo Wukhu.

Emily miró a los tres jóvenes que le acababa de presentar. Los dos primeros eran idénticos, una muestra de que también existían los partos gemelares en la especie. El tercero era muy parecido a su padre, tenía la misma mirada sombría. Pero lo que más le llamó la atención fue que ninguno de ellos parecía nervioso por lo que estaban a punto de afrontar. Sus expresiones eran serias, pero tranquilas. Vurii hizo un gesto y sus sobrinos les devolvieron los fusiles de Robert y Ferrara.

—¿Tenemos algún sitio por el que comenzar a buscar? —preguntó el kepleriano.

—Creemos que la clave para encontrar la entrada de la ciudad perdida está en unas estatuas que hay por esta zona.

—Sí, conocemos las cuatro estatuas.

—¿Cuatro? —preguntó Emily— Según lo que tengo entendido, eran cinco.

—Solo hay cuatro —repitió él sin cambiar un ápice su expresión.

—Está bien, en ese caso creo que deberíamos empezar por la primera de ellas.

—De acuerdo, partiremos en cuanto su equipo esté preparado.

Vurii lideró la marcha junto a su hijo Wukhu y los gemelos se quedaron en la retaguardia. Abandonaron la aldea y tomaron dirección norte, hacia la cordillera. La primera parte del camino fue muy tranquila, casi aburrida, apenas interrumpida por los sonidos de la fauna local. Nadie rompió el silencio hasta que vieron una figura en la distancia.

—¡Allí hay algo! —exclamó Paula.

—Es la primera de las estatuas —confirmó Vurii.

El grupo se acercó a aquella mole de piedra, muy desgastada, sucia y rodeada de vegetación. Medía alrededor de cuatro metros de altura y representaba a un kepleriano ataviado con hábitos de monje. Daba la impresión de que fuera un Gaal-El, pero el estado era tan lamentable que no podían estar seguros.

—Ada, ¿puedes elaborar un modelo en tres dimensiones de la estatua?

—Claro, pero necesitaré que alguien de la vuelta alrededor de ella.

Emily ayudó a que Ada tuviera diferentes puntos de vista y la inteligencia artificial construyó un modelo en 3D teniendo en cuenta el desgaste estimado de la estatua.

—Se trata de un Gaal-El —confirmó Emily.

—Sí —confirmó Vurii.

—¿Sabe dónde está la siguiente? —preguntó ella.

—Sí, debemos girar al noreste.

El grupo tomó la dirección que indicaba el hijo de Firkoz y en poco más de un kilómetro se plantaron delante de otra figura. En ese caso se trataba de un soldado en posición de ataque. Al igual que la estatua anterior, estaba muy deteriorada y Emily tuvo que ayudar de nuevo a realizar el modelo. Faltaban la cabeza y la mano derecha del soldado que, por la postura de su cuerpo, podría representar el lanzamiento de una lanza. Ada consiguió inferir la posición del arma y recreó la cabeza del soldado a partir de las imágenes de soldados Khaavahki reales de que disponía.

—La siguiente está en dirección noroeste —dijo Vurii.

—Emily, cada una de las estatuas apunta a la siguiente —comentó Ada.

—¿Qué? —preguntó ella, confundida.

—La estatua del cultista estaba orientada apuntando en la dirección a la del soldado —explicó Ada—. Y la lanza del soldado apuntaría en la dirección en la que os estáis moviendo ahora mismo.

—Interesante descubrimiento —la felicitó Emily—. Tal vez eso nos ayude más adelante.

Una ligera llovizna comenzó a caer entre las copas de los árboles. Al principio fue tímida, pero tras cinco minutos de acumularse en las hojas comenzó a caer al suelo. Los keplerianos, incluido Liikmi se colocaron algunas prendas adicionales para evitar mojarse demasiado.

La siguiente escultura no era tan alta como las otras dos, pero era más ancha, ya que representaba a una criatura cuadrúpeda de aspecto indeterminado.

Emily ayudó a Ada a realizar el modelo, pero al ser de menor estatura la vegetación la había desgastado bastante más, y al no tener registros sobre el tipo de animal que representaba la talla, no pudo concretar demasiado en su modelo en tres dimensiones. Lo que sí tenía claro era que esa

estatua volvía a apuntar en dirección noreste, igual que la primera.

—Las estatuas hacen un zigzag en dirección a la cordillera —dijo Robert.

—Sí, eso coincide con lo que vimos en el mapa —le explicó Emily.

Sin mediar palabra, Vurii y su hijo tomaron la dirección en la que apuntaba la estatua. El terreno ya había comenzado a ascender en el anterior trayecto, pero a medida que avanzaban se hacía patente que cada vez tenían más cerca la falda de la montaña.

—Esta es la última estatua —anunció el kepleriano que abría la marcha.

En este caso se trataba de la escultura ruinosa de un enorme molino de agua junto al puente de un rio y la casa que lo albergaba. Era la más grande de todas y el molino estaba orientado hacia el norte.

—¿Estás seguro de que no hay ninguna más? —preguntó Robert.

—Tan seguro como que me he criado en este lugar —respondió.

—Según el mapa eran cinco estatuas —insistió Emily—. Hemos llegado hasta aquí haciendo un zigzag casi perfecto, siguiendo la línea imaginaria que indicaba cada una de ellas. Esta apunta en dirección norte. Allí es hacia donde nos dirigiremos.

El grupo siguió las indicaciones de Emily y tomaron dirección norte, pero con una leve inclinación hacia el este. No podía dejar de pensar que quizá la representación del mapa no fuera todo lo fiel que cabía esperar y tan solo hubiera cuatro estatuas. Ese tramo fue el más largo de todos y el que más desnivel presentaba. Llegaron a una zona de escasa vegetación, de gran inclinación y con una pared de piedra vertical que les impedía continuar en línea recta.

—Fin del trayecto —anunció Chad.

—Aquí no hay nada que se parezca a una entrada —certificó Taro—. Todo lo que estamos viendo se ha formado de forma natural.

—Ya os advertimos que nadie había encontrado la ciudad perdida —dijo Vurii.

—Hay algo que no me cuadra —murmuró Emily—. ¿Qué haríais vosotros si quisierais esconder una ciudad dentro de una montaña?

—¿Ocultar la entrada? —se aventuró a decir Kostas.

—Sí, eso es —felicitó Emily—. Pero tal vez haya algo más. Ada, dijiste que el protagonista del libro ocultó la entrada para que nadie volviera a dar con ella. ¿Cómo lo hizo?

—Provocó un derrumbe en la parte superior de la montaña y las rocas taparon la entrada —respondió la IA.

—Pero si alguien siguiera las estatuas como hemos hecho nosotros, llegaría a la zona del derrumbe y sería capaz de apartar los escombros —razonó Emily.

Dio un par de vueltas por el lugar, revisó la zona e inspeccionó el terreno. Pero algo no encajaba. De repente se le iluminó la cara.

—Tenemos que volver a la estatua del molino —dijo.

Sin esperar, comenzó a recorrer de nuevo el camino que los había llevado hasta allí. Todos se miraron sin entender qué era lo que había visto Emily, pero la siguieron sin rechistar. Los cuatro keplerianos se encogieron de hombros y acabaron por seguir al resto. Cuando llegaron de nuevo a la estatua, Emily se agachó para estudiar la base.

—¿Qué demonios haces? —preguntó Chad.

—Giraron la estatua —dijo Emily.

—¿Qué? ¿Quién? —Chad estaba confuso.

—Piénsalo, si las estatuas te conducen a la entrada, ¿qué es lo que harías para evitar que nadie la encontrara?

Emily comenzó a quitar la hojarasca y la vegetación que se había adueñado de la zona. Chad y Taro le ayudaron a inspeccionar el pedestal de piedra rectangular donde se apoyaba la estatua. Les llevó un buen rato despejarlo todo.

—¿Qué buscamos? —preguntó Chad.

—No lo sé, una base sobre la que se apoye el pedestal, marcas en la tierra que indiquen que se ha girado desde su posición original... —explicó Emily.

Entre los tres comenzaron a remover la tierra de los laterales del pedestal. De pronto, Taro dio un respingo.

—¡Aquí hay piedra! —exclamó victorioso— Creo que es la base sobre la que se apoyaba la estatua originalmente.

—¿Está desalineada? —preguntó Emily.

—Sí, unos treinta y cinco grados hacia el este.

—¡Bien! Eso solo puede significar que la quinta estatua estaba en esa dirección.

—Pero no existe una quinta estatua —insistió Vurii.

—Tienes razón —aventuró Emily—. Pero algo me dice que existió en el pasado. Fuera quien fuera el que quiso ocultar la ciudad, se lo tomó muy en serio.

Volvieron a reconducir la marcha con un ángulo exacto de 36,5 grados este. Ada calculó la distancia que había entre las diferentes estatuas, pero no seguían un patrón concreto. Cada una de ellas apuntaba en un ángulo diferente y estaban separadas de la anterior por distancias desiguales. En cuanto superaron el kilómetro de distancia desde la estatua del molino, Emily comenzó a andar de forma extraña, aplicando un extra de fuerza a cada paso y haciendo un ruido ostensible al pisar en la hojarasca.

El resto del grupo se separó unos metros los unos de los otros y la imitaron. Unos momentos después, Paula avisó al resto:

—Creo que aquí hay algo.

Corrieron hacia ella. A pesar de la cantidad de hojarasca y tierra, daba la impresión de que allí debajo el terreno era diferente. Entre todos despejaron el suelo hasta dar con una enorme losa que había sido ocultada por el paso del tiempo. Las caras de Vurii y de sus familiares era de total sorpresa.

—No tenía ni idea de que aquí había habido otra estatua —dijo el kepleriano.

—Es normal, alguien la quitó de aquí hace miles de años —respondió Emily.

—Y ahora se supone que debemos seguir la orientación de esta losa rectangular —añadió Chad, que ya señalaba de vuelta hacia el noroeste.

—Es curioso, hemos avanzado en zigzag de una estatua a otra, pero esta última no sigue el mismo patrón —observó Ferrara.

—Sería una manera de confundir a los visitantes indeseables —bromeó Gorka.

—Espero que no seamos nosotros —respondió la sargento.

Retomaron la marcha en la dirección que indicaba la losa: diecisiete grados en dirección noroeste. Tras otro ascenso de unos dos kilómetros y medio llegaron a una pared vertical en la roca.

—¿Es aquí? —preguntó Chad, escéptico.

—Sí —señaló Taro —. Esa zona no es una formación rocosa natural. La ha provocado un desprendimiento.

—¡Mirad! —gritó Gorka.

Todos siguieron el dedo de Gorka, que apuntaba a la parte superior del desprendimiento. Había un símbolo desgastado en la piedra. Se trataba de un pico y una especie de martillo cruzados.

—¡Tiene que ser aquí! —exclamó Emily.

—¿Cómo podemos abrir el paso para entrar? —preguntó Chad.

—No tenemos maquinaria pesada —lamentó Gorka, que miró a su alrededor—. Y no hay suficiente espacio para que aterrice un transporte. Yo he traído algunas herramientas en la mula, pero me temo que nada nos servirá para abrir un agujero.

—Si nos ponemos ya, puede que antes de que anochezca abramos un hueco —sugirió Emily.

—¿Quieres hacerlo a mano? —se quejó Chad.

—Si tenéis alguna idea mejor, soy toda oídos, pero ya habéis escuchado a Gorka.

—Nos dividimos en dos o tres grupos y formamos una cadena —dijo este.

Los cuatro keplerianos de la aldea colaboraron como el que más a pesar de no contar con la asistencia de los exotrajes. Durante horas retiraron los escombros acumulados hasta que, por fin, alguien apartó una enorme roca que cayó rodando por la pendiente y provocó un movimiento en cadena que dejó al descubierto un agujero en la pared de la montaña. Todavía no era suficiente para poder entrar, pero no les quedaba demasiado para abrir un hueco lo suficientemente grande como para poder acceder de uno en uno. La estrella de Kepler-442b ya había pasado su cenit hacía un buen rato cuando el hueco se agrandó lo bastante para permitir el paso de dos humanos.

—Y ahora, ¿se supone que debemos entrar? —preguntó Chad, temeroso.

—A eso hemos venido —dijo Taro.

—Pero ¿qué pasa con los Yokai?

—Vurii y el resto están aquí por eso —le recordó Emily.

—Intentaremos hablar con ellos —confirmó Vurii—, aunque no tengo muy claro cómo se tomarán que hayamos vuelto a abrir la entrada de su ciudad perdida.

—Será mejor que entremos —les instó Robert—, con un poco de suerte acabaremos antes de que caiga la noche.

Robert inició la marcha, después entró Emily y detrás de ella, el resto de uno en uno. El primer tramo no era muy alto, de apenas tres metros, y también era bastante estrecho, aunque podían entrar cuatro personas con relativa comodidad. Robert encendió la linterna de su casco. El pasillo había sido tallado en la roca de la montaña y era bastante sinuoso, como si hubieran

aprovechado la forma de una pequeña cueva para ampliarla. Las paredes y el techo de los pasillos rezumaban agua, y había multitud de estalactitas que empezaban a asomar desde la parte superior. Emily revisó el indicador de humedad de su traje y certificó que era muy alta allí dentro.

De repente, un estruendo ensordecedor resonó en la entrada de la cueva. Al trueno desgarrador lo siguió una potente sacudida que hizo retumbar las entrañas de la mismísima montaña.

—¿¡Qué demonios ha sido eso!? —exclamó Emily.

—¿Estáis todos bien? —preguntó Robert.

Un grito desesperado llegó desde la parte de atrás del pasillo. La situación era caótica y Emily trató de abrirse paso entre el polvo y los demás. Ahogó un lamento cuando vio a Chad tumbado en el suelo, con una enorme roca sobre su pierna que le impedía moverse. El biólogo se retorcía de dolor.

—¡Chad! —gritó Taro.

Entre Emily y Taro trataron de sacarlo de allí, pero la piedra pesaba demasiado y corrían el riesgo de provocar otro alud y empeorar la situación. Chad gritaba desesperado.

—¿¡Qué ha ocurrido!? —gritó Ferrara—. ¿Dónde están los keplerianos?

—Creo que ellos han causado el derrumbe —dijo Liikmi.

—No venían a ayudarnos —dijo Gorka—. ¡Malditos bastardos!

—¡Ya nos encargaremos de eso más tarde! —gritó Paula— ¡Tenemos que sacar a Chad de ahí!

—¡Estamos atrapados aquí dentro! —exclamó Kostas.

—¡Gorka! —gritó Emily— ¿Cómo podemos mover esta roca sin que el resto se hunda?

Gorka observó la situación, pero la expresión de su cara no era muy optimista.

—Va a ser complicado, pero algo haremos —dijo él—. Lo más lógico sería quitar algo de la carga que soporta la roca antes de intentar moverla.

—¡Creo que tengo una brecha en el traje! —gritó Chad, asustado— Me estoy quedando sin oxígeno.

Paula cogió un bote de espuma selladora del botiquín de la mula y se la aplicó en el lugar del que escapaba el aire. Después se giró hacia Emily.

—Id vosotros en busca del báculo —dijo—. Nosotros nos encargamos de liberar a Chad.

—No voy a dejaros con Chad en esta situación —se quejó ella.

—Aquí no hay demasiado sitio, nos estorbaríamos —dijo Gorka—. Dejadnos a nosotros. Podemos hacerlo. Para cuando encontréis el báculo, puede que hasta hayamos liberado la salida.

Emily miró a Robert y este asintió con la cabeza.

—Ferrara, quédese defendiendo la posición —ordenó.

—Liikmi, Taro, si no os importa, vosotros dos nos acompañareis —pidió Emily.

Taro se giró y mostró alguna reticencia a aceptar el plan que acababan de trazar y abandonar allí a su compañero de laboratorio, pero acabó asintiendo con una inclinación de la cabeza. Un geólogo podría ser de gran ayuda mientras se explora una cueva.

Robert recogió parte del material de espeleología de la mula y se lo colocó a la espalda en una mochila. Luego se cruzó un par de rollos de cuerda sobre los hombros. Cuando estuvieron listos, el grupo de cuatro se despidió del resto de sus compañeros y continuó avanzando por el sinuoso pasillo, que comenzó a ascender y a crecer en anchura y altura. En poco tiempo se había duplicado el espacio. Llegaron a una bifurcación. A la izquierda, unas escaleras que ascendían; de frente, el mismo pasillo descendía a cotas inferiores. Tenían que tomar la primera decisión.

—¿Escaleras o pasillo? —preguntó Robert.

—Ada, ¿había alguna referencia, descripción o mapa del interior de la ciudad en la novela?

—No demasiado detallada —respondió—, pero en el libro, el protagonista llegaba a la cueva inundada desde la parte superior.

—Escaleras, entonces —decidió Emily, que giró a la izquierda.

Luego, las escaleras seguían hacia la derecha, antes de volver hacia atrás para seguir subiendo y llegar a una bóveda llena de arcones de piedra y a través de la que se accedía a varias estancias a ambos lados.

—Está todo tallado en la misma piedra de la montaña —observó Taro—. No quiero ni pensar en el tiempo que ha debido costar hacerlo.

—Y el tiempo que lleva deshabitado —añadió Liikmi—. El olor a cerrado, humedad y… muerte, es muy intenso.

Cruzaron varias de las puertas de la bóveda y echaron un vistazo a cada estancia. Parecían antiguas habitaciones de servicio, almacenes e incluso algo que podría ser una especie de cocina. Había varias mesas de piedra desgastadas y restos de madera de lo que en su día fueron grandes armarios para guardar material y provisiones. El tiempo y la humedad del ambiente habían acabado por destrozarlo todo.

—Son alacenas y almacenes para la ciudad —dijo Emily.

Continuaron por la salida del fondo de la bóveda y salieron a un pasillo abierto a la derecha con una balaustrada de piedra que en su mayor parte estaba destrozada por el paso del tiempo. Se quedaron boquiabiertos al descubrir un gigantesco patio abovedado con dos hileras de majestuosas columnas talladas en la piedra, con intrincados relieves y alineadas a la perfección. Aquel lugar era tan grande que se perdía en el horizonte.

—¡Guau! —exclamó Taro—. Es impresionante. Y todo esto ha sido tallado en la montaña.

Pero lo más llamativo de todo era sin duda el agua. Aquel lugar estaba inundado, tal y como se narraba en la novela de Dushyko el viejo. Se encontraban en una de las posiciones más elevadas de la bóveda, pero la luz de sus visores no les permitía ver lo que había bajo el agua, así que desconocían la profundidad de aquel lugar. En los laterales había balconadas similares que recorrían la bóveda de un extremo a otro.

—Mirad allí —dijo Taro, que señalaba una especie de cúpula que sobresalía del agua a unos cien metros de distancia.

—¿Qué es eso? —preguntó Liikmi.

—Es una especie de campanario —respondió Emily.

—Tal vez podamos acercarnos más si conseguimos acceder a aquella otra balconada —sugirió Robert.

Atravesaron el amplio pasillo que hacía las veces de mirador y llegaron a un distribuidor que

les permitía girar hacia la derecha o bajar por unas escaleras. Emily se asomó por ellas solo para comprobar que el agua llegaba casi hasta arriba. El piso inferior estaba ya anegado.

—Ada, ¿qué es lo que tuvo que hacer el protagonista de la novela para vaciar el agua de la cueva?

—Cruzó el agua en una barca que encontró en un lateral y manipuló un mecanismo que había en una especie de altar situado en medio de ella.

—No puede ser que lo hayamos tenido todo este tiempo delante de nuestras narices, en una novela escrita hace tanto tiempo —dijo Liikmi con una sonrisa—. No se hacen una idea de la repercusión de este descubrimiento.

—Somos los primeros en cruzar por estos pasillos desde hace miles de años —murmuró Robert.

Giraron a la derecha y cruzaron otras dos balaustradas antes de situarse en frente de la cúpula que sobresalía del agua. Tenía forma octogonal y unas finas columnas de piedra sujetaban el cimborrio que coronaba la estructura. La piedra de la parte superior estaba cubierta por una pintura dorada que había vivido épocas mejores. En el centro de la cúpula, casi a nivel del agua, había un altar y un hueco por el que unas escaleras descendían a las profundidades a través del interior de la torre submarina.

—Tenemos que cruzar al otro lado y ver qué es aquel altar —dijo Emily.

—Pero ¿cómo? —preguntó Taro—. No hay ninguna barca. No podemos nadar con los trajes.

—Podríamos dejarnos caer con los trajes puestos y ascender hasta allí arriba —sugirió Emily.

—No sabemos qué hay abajo, ni si podríamos volver a salir del agua —protestó Robert.

—Hay unas escaleras —señaló Emily.

—Pero no tenemos ni idea de si todos los tramos necesarios para subir desde el fondo están de una pieza, o si resistirán nuestro peso —argumentó Robert—. Dejarnos caer supondría un riesgo.

—¿Y nadar hasta el otro lado? —preguntó Taro.

—Imposible con los trajes —dijo Robert.

—No todos llevamos trajes —dijo Taro mirando a Liikmi.

—Oh… yo… —respondió él, nervioso— Me temo que no sé nadar.

—Entonces solo tenemos una solución —dijo Robert mientras se deshacía de todo el material que llevaba sobre el exotraje.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Emily.

—Hay que cruzar a nado al otro lado. Ataré una de estas cuerdas a una de las columnas para que podáis pasar vosotros y después volveré a por mi exotraje.

—No sabemos qué puede contener el agua —dijo Taro—. Deberíamos explorar otras vías.

—No tenemos tiempo —negó Robert—. No sabemos cómo reaccionarán los Yokai cuando se enteren de que estamos aquí dentro, tenemos que darnos prisa.

Robert colocó los brazos y las piernas en la posición de apertura voluntaria del traje y salió de él. Nada más tomar la primera bocanada de aire le sobrevino una arcada. Su estómago amenazó un par de veces con expulsar lo que había en su interior.

—Tenías razón, Liikmi —se quejó—. El aire de aquí dentro apesta.

Ató con un doble nudo corredizo uno de los extremos de la cuerda a un par de columnas de la balaustrada que parecían sólidas. Se ató el otro extremo a la cintura y se lanzó al agua sin pensárselo dos veces. En pocos segundos estaba encaramándose a la cúpula del otro lado. Hizo un gesto de que todo iba bien. Después ató la cuerda a otras dos columnas y la tensó todo lo que pudo. Revisó con curiosidad lo que había en el altar y nadó de vuelta. La cuerda le ayudó a cubrir el metro y medio de diferencia con el agua.

—¿Está fría? —preguntó Liikmi.

—Helada, pero este tejido impide que la humedad penetre en el interior —dijo él pellizcando el mono negro que todos ellos llevaban puesto.

—¿Qué hay en el altar? —se interesó Emily.

—Hay dos cuencos de distintos tamaños y la piedra está tallada con diferentes motivos —respondió Robert—. Pero no me he quedado a ver los detalles.

—Ahora lo veremos —dijo Emily—. Será mejor que crucemos.

—Yo iré primero para comprobar que la cuerda aguanta.

Robert tensó la cuerda en ambos sentidos ya desde dentro de su traje y cuando estuvo seguro de su resistencia se descolgó del balcón y se agarró. Sumergido casi por completo, se movió a través de la maroma hasta que llegó al otro extremo. Fue un proceso más lento que pasar a nado, pero no tardó demasiado en alcanzar el otro extremo.

—Liikmi, tal vez sea buena idea que te quites la ropa —le instó Emily—. Dámela, y también tu petate. Meteré todo lo que pueda en mi mochila, que es estanca. El resto de tu equipaje tal vez lo tengamos que dejar aquí.

Liikmi hizo lo que Emily le pidió y ambos se coordinaron para pasar a la vez. Liikmi estaba nervioso por su incapacidad para nadar, pero acabó agarrándose al cuello de Emily y esta le llevó hasta el otro lado. Por último, pasó Taro sin mayor problema. Liikmi, que comenzó a temblar de frío tras cruzar el lago helado, se secó con rapidez y se vistió.

Cuando ya estuvieron los cuatro alrededor del pedestal pudieron contemplar el enigma que se les presentaba. El basamento estaba tallado con elegantes detalles y patrones geométricos. En la parte superior había dos cuencos de piedra de diferentes tamaños. En el centro había una pileta con forma cuadrada. Emily sostuvo uno de los cuencos con la mano y lo revisó. No tenía nada especial.

—Y ahora, ¿qué se supone que debemos hacer? — preguntó Robert.

—Ada, ¿qué tuvo que hacer el protagonista de la novela para vaciar la cueva?

—En la novela había también un cuenco —recordó Ada—. El protagonista se hizo un corte en la mano para demostrar que su sangre era digna. Aunque me temo que esa parte es un tanto fantástica. Dudo que en este caso os lo tengáis que tomar al pie de la letra.

—No, pero estos dos cuencos me dicen que quizá tengamos que rellenar la pila con agua —dijo Emily.

—Pero ¿cuánta agua? —preguntó Taro—. ¿Y por qué hay dos cuencos?

—No lo sé —reconoció Emily.

—¡Mirad! —exclamó Liikmi— Hay un símbolo en este.

Emily observó el pequeño relieve que sobresalía del más pequeño. Era un triángulo equilátero. De inmediato cogió el cuenco más grande y buscó un símbolo en el mismo lugar. ¡Allí había un pentágono! De repente, Emily soltó una carcajada.

—¿Qué te parece tan gracioso? —preguntó Robert.

—Ya sé lo que hay que hacer —anunció triunfal—. Cada cuenco tiene un volumen equivalente al número de lados que tiene grabado. Así, el cuenco pequeño equivale a tres unidades de volumen, y el grande a cinco. Si os fijáis, la pileta del centro es cuadrada. Eso significa que tenemos que conseguir verter cuatro unidades de volumen en su interior. Intuyo que esa pileta es una especie de báscula y que solo se activará si conseguimos la cantidad exacta de agua.

—Muy inteligente —asintió Taro.

—Bien, pues llenemos los cuencos de agua y empecemos a llenar la pileta —dijo Robert.

—Sí, pero esperen —dijo Liikmi—. Si tenemos que verter cuatro unidades exactas, con los dos cuencos de tres y cinco no es posible calcular esa cantidad.

Todos pensaron durante un buen rato. Robert creyó dar con la manera correcta de calcular las cantidades, pero había un error en su cálculo.

—¡Ya lo tengo! —exclamó entonces Taro—. Llenamos el cuenco grande con cinco unidades de volumen; después, vertemos su contenido en el pequeño hasta llenarlo. Eso nos deja con dos unidades en el grande y tres en el pequeño. Después vaciamos el pequeño y echamos las dos unidades del grande en el pequeño. Llenamos por completo el cuenco grande otra vez…

—¡Y vaciamos una unidad en el pequeño, dejando el grande con cuatro! —concluyó Emily con un grito de euforia—. ¡Buen trabajo, Taro! ¡Ya lo tenemos!

Emily se agachó para llenar el cuenco grande hasta arriba y siguieron los pasos que había descrito Taro. Pronto disponían de cuatro unidades de volumen de agua en el cuenco del pentágono. Emily vertió con sumo cuidado el contenido del cuenco dentro de la pileta cuadrada. Al cabo de un rato, el agua se detuvo y unos ruidos de maquinaria antigua comenzaron a sonar por toda la bóveda. Sonidos metálicos de decenas de cadenas y cuerdas rozando en poleas llenaron el ambiente. Tras un golpe sordo y profundo, el nivel del agua comenzó a descender.

Los cuatro contemplaron maravillados aquel espectacular lugar mientras se vaciaba poco a poco. Decenas de tejados de piedra y gres comenzaron a visualizarse tras la desaparición de los millones de litros de agua que inundaban el espacio. Quedaron impresionados con su altura real. Las columnas se veían majestuosas dando cobijo a los cientos de edificios construidos en piedra que se intuían en el fondo de la bóveda.

—¡Increíble! —acertó a decir Liikmi, que ya había entrado en calor tras el breve chapuzón.

—Este lugar tuvo que ser precioso en su época álgida —murmuró Taro con una sentida admiración.

—Desde luego —asintió Liikmi.

—Creo que deberíamos bajar —propuso Robert.

—Sí, pero esto es enorme, antes deberíamos tratar de encontrar el bastón, o al menos el lugar en el que podría estar —sugirió Emily.

—Pero ¿cómo vamos a saber tal cosa? —dijo Taro.

—No lo sé, quizá se trate de un lugar importante, tal vez sagrado —razonó Emily—. Ada,

¿dónde encuentra el cáliz el protagonista del libro?

—Según la descripción de la novela, dentro de la ciudad perdida hay un templo excavado en la pared de una roca —respondió ella—. Salvando las distancias, recuerda bastante al templo Gaal-El.

Emily miró en todas las direcciones apuntando con la linterna de su casco. Aumentó la potencia y se centró en la pared del fondo de la bóveda, a unos doscientos metros de distancia. Allí había algo que podría describirse como el frontal de un templo o un mausoleo. Emily señaló en aquella dirección.

—Allí es a donde tenemos que ir —dijo.

Comenzaron a descender del torreón por los numerosos tramos de escaleras. Estaba todo muy mojado y el agua todavía se deslizaba por las paredes y el suelo. A medida que bajaban, las estancias y la escalinata se iban haciendo más y más grandes, señal de que aquella torre era mucho más ancha en la base. Liikmi se asustó un par de veces al cruzarse con antiguos esqueletos que no parecían keplerianos, pero que quizá la prolongada exposición al agua había alterado su forma y color.

Cuando llegaron al nivel inferior se encontraron con un panorama desolador. Aquel lugar, repleto de edificios antiguos y en un estado ruinoso, estaba plagado de restos keplerianos. Había huesos esparcidos casi por cualquier lugar en el que posaban la vista.

—¡Dios mío! —exclamó Taro— Esto es un cementerio.

—¡Por todas las estrellas del firmamento! —se lamentó Liikmi—. ¿Qué es lo que pasó aquí?

—¿Tal vez murieron ahogados? —se preguntó Robert.

—O tal vez alguien inundó todo esto después de convertirse en lo que son ahora —insinuó Liikmi.

En cuanto acabó de pronunciar esa frase, un silencio sepulcral se hizo en el lugar. Pero no duró demasiado, ya que un profundo grito que helaba el alma llegó desde algún lugar lejano y reverberó por el espacio abierto. A ese grito lo siguieron otros cientos de gruñidos de ultratumba que anunciaban lo que todos se temían.

—¡Los Yokai! —gritó Robert— ¡Tenemos que darnos prisa!

—¡Rápido! —apremió Emily— Puede que estén todavía lejos de aquí, pero no tardarán en llegar.

Avanzaron a toda prisa a través de los charcos que todavía quedaban sin desaguar. Emily observó la cantidad de sumideros que había distribuidos a lo largo de la ciudad. Se trataba de un sistema muy complejo si conseguían inundar un lugar como aquel. Era una pena que no dispusieran de tiempo para investigarlo, pero lo único que quería en aquel momento era encontrar el bastón cuanto antes y salir de allí pitando. Recorrieron los doscientos metros que los separaban del frontal tallado en piedra que recordaba vagamente al templo Gaal-El.

Entraron a toda prisa y se encontraron con una pequeña capilla, bancos de piedra y un sencillo altar en la parte delantera. Una talla con diferentes y detallados motivos sobre la cultura y vida de los Wiijof jikhaashyush chorreaba agua todavía. En uno de los laterales del altar, una reja de metal impedía el paso a un angosto túnel que conducía hasta algún otro lugar. Los gritos y chillidos de los Yokais en movimiento sonaban cada vez más cerca.

—Tenemos que atravesar este túnel —urgió Emily.

Entre Robert y ella tiraron con fuerza de las rejas oxidadas, que no aguantaron el envite de los servomotores de los exotrajes. Avanzaron en fila de a uno durante unos diez metros y llegaron a una estancia que parecía un antiguo mausoleo. Decenas de féretros de piedra se amontonaban a los lados. Cada uno tenía tallada la figura poco definida de su supuesto ocupante, pero el paso del tiempo y la acción de la humedad constante habían deteriorado las tallas.

—¿Y ahora qué? —preguntó Taro.

—Ada, ¿cómo localizó el protagonista el lugar en el que se encontraba el cáliz?

—En el libro había un nivel inferior, debajo de una trampilla que el protagonista encontraba después de resolver un acertijo.

—¿Acertijo? —preguntó Emily— Yo no he visto ningún acertijo ni nada que se le parezca.

Buscaron entre las losetas del suelo alguna que tuviera algo que la distinguiera de las demás.

—¡Esta tiene un símbolo! —gritó Robert.

Se trataba de un pico y un martillo cruzados, el blasón de los Wiijof jikhaashyush.

—Tiene que ser aquí —dijo Emily—. Intentemos levantarla entre los cuatro, a ver si podemos.

Cada uno se colocó en una esquina de la loseta e intentaron levantarla sin éxito. No eran capaces de introducir los dedos en el hueco que la separaba de los pequeños adoquines que la rodeaban.

—Tal vez, si quitamos algunos adoquines tengamos un mejor agarre —sugirió Liikmi.

Quitaron un par de ellos cada uno y la loseta por fin comenzó a moverse. Con algo más de maña que de esfuerzo, consiguieron levantar uno de los lados. En cuanto pudieron meter las manos por la parte inferior de la loseta, el resto fue coser y cantar. Una abertura se presentó ante ellos. Aquel lugar estaba inundado y no se veía el fondo. En la pared del hueco se intuía una escala tallada en la misma roca que descendía hasta el fondo de esa especie de pozo.

—No debería ser muy profundo, pero esta cámara no está conectada al sistema de desagüe —husmeó Taro.

—Yo bajaré primero —dijo Robert.

Al poco tiempo de sumergirse, volvió a asomarse.

—No es muy profundo, poco más de dos metros —dijo él—. Parece seguro, pero está completamente inundado.

—Será mejor que me quede aquí, entonces —dijo Liikmi.

—Yo me quedaré con él, por lo que pueda pasar —decidió Taro.

Emily bajó por las escaleras y se sumergió por completo en la cámara. Era complicado ver algo, aun con las linternas de los cascos; el agua no estaba demasiado limpia. Ambos avanzaron con mucho cuidado de dónde colocaban los pies. A los pocos pasos vislumbraron una piedra rectangular.

—Es otro féretro —dijo Robert.

—Pero este es diferente —le hizo ver ella—. Fíjate en los detalles de la piedra, incluso diría que el material es distinto.

—Es mármol —respondió Taro, que estaba atento a las imágenes de su visor.

—Tiene que ser él —dijo Emily—. Esta es la tumba de Dikkarta, el último líder de los Wiijof jikhaashyush, con el que se convirtieron en los monstruos que todos conocemos.

—Ayúdame a abrirla —pidió Robert.

Se colocaron a cada lado del féretro y empujaron la losa hacia el fondo. Esta cayó al suelo con un golpe seco y dejó a la vista los restos mortales del antiguo líder kepleriano. Justo en medio, sujeto por las dos garras esqueléticas del cadáver, había un bastón de metal oxidado y cubierto de mugre. Al igual que el resto de los bastones keplerianos, en la parte superior había un pomo metálico con forma ovalada.

—¡Lo encontramos! —exclamó Emily.

—Chicos —advirtió Taro—, creo que es el momento perfecto para coger el bastón y salir de aquí corriendo.

Emily hizo caso al geólogo y tiró del bastón. Pero el difunto no quiso soltarlo sin presentar batalla y uno de sus brazos se desprendió del resto del cuerpo y quedó colgando como un apéndice del báculo. Emily soltó un leve grito de repugnancia, separó la mano del antiguo líder y la devolvió al féretro. Cuando salieron del templo, los gritos de los Yokais sonaban ya muy cercanos, así que comenzaron a correr como alma que lleva el diablo. Liikmi tenía problemas para seguirlos a esa velocidad, por lo que tuvieron que aminorar la marcha.

—¿Por dónde salimos de aquí? —preguntó Taro.

—Volvamos a la zona por la que hemos entrado —sugirió Emily—. Tal vez consigamos llegar a las balaustradas de arriba por otras escaleras.

Cuando estaban a punto de alcanzar la base de la cúpula, los visores de los trajes de los tres humanos comenzaron a marcar diferentes objetivos en movimiento delante de ellos. Decenas de Yokais se movían con rapidez para tratar de interceptar su avance. Se quedaban sin vías de escape posible.

—¡Por aquí! —gritó Robert, que volvió a entrar en la torre.

Subieron las escaleras a toda velocidad mientras escuchaban cómo aquella horda de demonios comenzaba la persecución. Llegaron a la zona superior y Robert se lanzó sin dudar hacia la cuerda para intentar pasar al otro lado. Por suerte, la cuerda y las columnas eran lo suficientemente robustas como para aguantar el peso del exotraje y pudo llegar al otro extremo. Primero Liikmi y después Emily cruzaron con destreza la distancia que los separaba de la balconada.

Taro iba a ser el último, pero dos demonios lograron subir hasta aquella altura antes de que pudiera reaccionar. El primero lanzó una dentellada que Taro apartó de un golpe con el revés de su mano. El segundo se lanzó hacia su pie derecho, pero tuvo tiempo de levantarlo y tomar impulso para propinarle un puntapié en la cara. Nuevos Yokais asomaban por las escaleras de acceso, mientras otros clavaban sus garras en las piedras de la torre y escalaban por el exterior.

Aprovechó que sus dos contrincantes estaban fuera de combate para lanzarse hacia la cuerda, que agarró en el último instante. Tras controlar el balanceo, comenzó a moverse en dirección al balcón donde le esperaba el resto de sus amigos. Por el rabillo del ojo pudo adelantar lo que se les venía encima. Cientos de Yokais habían comenzado a escalar por las paredes verticales que separaban las balaustradas del suelo de la bóveda.

—¡Marchaos! —gritó él— ¡Están subiendo! ¡Están por todas partes! ¡Esto es el fin!

—¡No! —gritó Emily, que le extendió la mano para que se agarrara a ella— O salimos todos, o no salimos ninguno.

Taro se balanceó y agarró la mano de Emily, que de un impulso lo llevó hasta la balaustrada. Allí se reagruparon e intentaron avanzar, pero los Yokai comenzaban a llegar desde los niveles inferiores y les cortaron el paso. Taro y Robert se abalanzaron sobre algunos de ellos y los lanzaron al vacío a puntapiés. Pero eran demasiados, ni entre los cuatro podrían salir de allí. Estaban rodeados.

Se juntaron y se pegaron a la pared mientras aquella jauría de demonios mostraba sus dientes de forma salvaje, sabedores de que habían acorralado a los intrusos que se habían colado en la ciudad perdida. Mirara donde mirara, Emily solo podía ver criaturas que helaban la sangre.

«Así que de esta forma acaba todo», pensó.

De repente, un grito aterrador se escuchó por encima del resto de gruñidos, lejos, en el nivel inferior. Todos los demonios comenzaron a agitar la cabeza y a emitir unos leves gruñidos ininteligibles. El grito de ultratumba detuvo al resto. Poco después, los Yokai comenzaron a abrir un hueco en el borde del balcón, justo a la altura a la que se encontraban ellos.

—Alguien se acerca —dijo Robert.

—Pero si es capaz de provocar miedo en el resto… —comentó Taro.

Oyeron cómo unas garras se clavaban en la piedra. Luego un brazo asomó por el borde, después otro y por fin la cabeza. Aquel individuo era especialmente temible, de mayor tamaño que el resto, pero por algún motivo a Emily le resultó familiar. La criatura se irguió y, mostrando su verdadera envergadura, lanzó un rugido que hizo que todos se paralizaran. Después, agitó la cabeza en todas las direcciones en busca de los intrusos. Cuando llegó a Emily, la criatura dio un respingo.

Avanzó dos pasos y se acercó a ella. Su cabeza se agitaba, pero estaba ya sin duda centrada en ella. Robert se interpuso entre ambos, pero Emily lo apartó de un manotazo. Había algo en aquella criatura, no sabía el qué, pero creía haberla visto antes. Y entonces cayó en la cuenta.

—Ada —susurró—, ¿es este el Yokai al que le entregué la cría herida en el desprendimiento cuando superé la ordalía?

—Sí —respondió la inteligencia artificial.

La criatura se puso delante de ella. Era mucho más alta, pero se inclinó para pegarse a su cabeza y agarró el casco con sus garras, de forma suave, pero firme. Emitió pequeños sonidos guturales, como si de un león se tratara, y giró la cara en diferentes direcciones. La estaba observando con todo detalle. El sonido que emitía y su actitud hacia ella cambió por completo. De repente estaba menos tensa, lo que parecía calmar al resto de sus congéneres.

Aquel ser señaló a Emily con sus garras y se giró hacia los demás. Dio alguna orden, porque los Yokais que les cortaban el paso comenzaron a apartarse, dejándoles vía libre para continuar hacia la salida. Emily lo miró y este emitió un leve gruñido y señaló el camino con su garra.

—Gracias —susurró ella con una inclinación de su cabeza.

Los cuatro exploradores caminaron a través del pasillo que formaban los cientos de Yokai que habían conseguido encaramarse a la balaustrada. Todos ellos los localizaban con rápidos movimientos de sus cabezas, alguno hasta se permitió lanzar un gruñido que sobresalía de la aparente calma que mostraba la mayoría. En pocos minutos dejaron atrás a los últimos

individuos y tuvieron vía libre hasta la salida. Un poderoso grito les llegó desde atrás y el ejército de criaturas descendió de nuevo al nivel inferior de la bóveda. Estaban solos por fin.

Bajaron las mismas escaleras por las que habían accedido a la planta superior. Cuando llegaron no había ni rastro de sus compañeros. En su lugar encontraron un pequeño hueco para salir de allí.

—Ferrara, ¿me recibe? —preguntó Robert.

—Alto y claro, capitán —respondió ella—. Estamos fuera. ¿Han conseguido el bastón?

—Sí, pero no se van a creer lo que nos ha pasado —aseguró su superior.

28

Secretos ocultos

5 de julio del año 1

Templo de los Gaal-El, Kepler-442b

Emily y el resto de sus compañeros bajaron de la Deathwing. Los primeros rayos de luz ya habían hecho acto de presencia en la explanada del templo de los Gaal-El. Ferrara y un par de soldados acababan de desplegar los drones de vigilancia por la zona y ya controlaban el perímetro alrededor de la nave. El resto de la comitiva ascendió las escaleras que llevaban a la entrada del templo.

Habían pasado tres días desde que escaparan de la ciudad perdida de los Wiijof jikhaashyush con el bastón de mando de Dikkarta. Todo el grupo acabó aquella aventura con una sensación agridulce. Habían conseguido el bastón, y eso era muy importante, pero habían estado a punto de morir en el intento. Chad había resultado herido y si Emily no hubiera auxiliado a aquella cría de los Yokai durante su ordalía, tal vez no hubieran sobrevivido.

Liikmi les esperaba al final de las escaleras. La cantidad de keplerianos que había allí era una locura. Tras la última visita de Emily, los cultistas habían decidido poner un cordón para que pudieran acceder al templo sin más problemas, pero cada vez eran mayores los ecos de las hazañas de la elegida.

—Buenos días, mi señora —saludó Liikmi con una reverencia—. ¿Cómo se encuentra Chad? —preguntó.

—Bien —respondió Emily—. Han tenido que inmovilizarle la pierna y todavía le quedan un par de días antes de poder moverse con libertad, pero aparte del susto, se encuentra en perfectas condiciones.

—Me alegro mucho, he estado muy preocupado por él. Pero, por favor, sean tan amables de acompañarme —añadió con una leve inclinación.

Lo siguieron mientras observaban impresionados a los cientos de keplerianos que extendían sus brazos para intentar llegar hasta la elegida y sus compañeros.

—Todavía no me entra en la cabeza que haya tantos keplerianos aquí —comentó Kostas, abrumado.

—Han venido por Emily —dijo Taro, que consiguió que se ruborizara.

—¿De verdad creen que sus antepasados predijeron la llegada de una raza alienígena miles de años más tarde? —preguntó el griego.

—Los keplerianos llevan toda la vida esclavizados bajo la represión de una especie sin escrúpulos —explicó Taro—. Están desesperados por creer en algo, y ven en Emily la materialización de esa esperanza.

Cruzaron el pasillo y entraron en el templo donde Waafdiv les esperaba con una amplia sonrisa de satisfacción. Saludó uno por uno a todos los miembros del equipo y les felicitó por

encontrar la ciudad perdida. Emily fue consciente de lo cambiado que estaba el sumo sacerdote. Recordó que cuando lo vio por primera vez en aquel mismo lugar, apenas se tenía en pie. Ahora, sin embargo, parecía otro, lo notaba más delgado, más respetable y altivo. Su túnica, otrora sucia y descuidada, estaba resplandeciente y casi brillaba con luz propia. No dudó en mostrarles el templo a los demás, explicando con gran detalle el significado de cada uno de los frescos o las diferentes personalidades cuyas imágenes descansaban en aquel lugar sagrado. En cuanto tuvo la oportunidad, Waafdiv la separó del grupo.

—Creo que le debo una disculpa —dijo él.

—¿Por qué motivo?

—Por todo lo que ha ocurrido debido al quinto bastón. Reconozco que no he obrado de buena fe. Y me he dado cuenta de que he arriesgado las vidas de mucha gente para conseguir algo que me ha obsesionado desde que ustedes llegaron.

—No se preocupe, Waafdiv —respondió ella—. Lo importante ahora es que todo ha salido bien y podemos continuar con el plan establecido.

—¿Cómo se encuentra su otro compañero? —se interesó.

—Bien, ya está casi recuperado por completo.

—Menos mal —suspiró aliviado—. Me asusté mucho cuando Liikmi me contó lo que había ocurrido. No concibo que uno de los nuestros sea capaz de abandonar a su suerte a sus semejantes.

—Yo también he pensado en ello —reconoció Emily—. No entiendo que es lo que llevó a Firkoz a tendernos una trampa.

—Afortunadamente, el líder de los Yokai la reconoció —dijo él—. Desconocía que había tenido contacto con ellos cuando realizó la ordalía.

—Sí, tuve un encuentro un tanto causal, pero por suerte todo ha salido bien.

—Eso es lo importante, supongo. Y ahora deberíamos centrarnos en la prueba que nos ocupa —aconsejó el sumo sacerdote—. He de reconocer que estoy muy ansioso por que la afronten. Será la prueba irrefutable de que usted es la elegida y de que los humanos son aquellos a los que mi pueblo lleva milenios esperando. Ningún kepleriano sería capaz de realizar esta prueba, pero sé que con su cerebro artificial ustedes fueron capaces de aprender nuestro idioma sin problemas.

—Esperemos que sea tan sencillo como usted cree —dijo Emily con escepticismo.

Waafdiv llamó la atención de los demás y los instó a acercarse a la parte delantera del templo.

—Antes de comenzar, he de hacerles una advertencia —les dijo con seriedad—. Lo que van a ver a continuación es algo al alcance de muy pocos. Tan solo dos keplerianos tenemos acceso al lugar al que los voy a llevar. Nuestra biblioteca dispone de volúmenes tremendamente antiguos, de un valor incalculable para mi pueblo. Les ruego que valoren y respeten todo lo que encontrarán más allá de este punto.

Todos asintieron, conscientes de que en ese mismo instante estaban escribiendo la historia del pueblo kepleriano. Waafdiv extrajo la llave de la sala del cónclave de entre sus mangas y abrió la puerta de madera tallada. Les hizo pasar y cerró una vez estuvieron todos dentro. Allí no había luz, así que con permiso del sumo sacerdote encendieron las linternas de sus cascos. Después accionó el mecanismo oculto de la puerta de entrada a la cueva del templo.

—Estos seis pictogramas representan el resumen de la historia de nuestro credo —les explicó

—. Si lo desean, podremos contemplarlos más tarde, cuando concluyan la prueba.

Waafdiv los condujo por la amplia cueva, que disponía de diferentes estancias y huecos naturales. Los Gaal-El habían aprovechado aquel lugar para almacenar miles de libros, pergaminos y legajos antiguos que se amontonaban en viejas estanterías de madera y piedra.

—¿Cómo han podido conservar todo esto sin que se deteriore con el paso del tiempo? —preguntó Paula.

—El porcentaje de oxígeno en el planeta es mucho menor —explicó Taro—. El papel, como toda la materia orgánica, se oxida si existe una exposición prolongada en el tiempo. Pero aun con eso, hay muchos otros factores que pueden deteriorar una biblioteca como esta.

—Uno de ellos es la humedad —dijo Emily—. Pero según el visor del traje, tenemos una humedad relativa menor del diez por ciento aquí dentro

—Sí, jamás había visto algo igual —aseguró Taro—. En condiciones normales, esta cueva debería de tener un porcentaje elevado de humedad.

Se adentraron en uno de los espacios que se asemejaba a una especie de biblioteca o archivo. Descendieron por unas escaleras talladas en la misma roca de la montaña para acceder a una estancia en un nivel inferior. Después los condujo hasta una pequeña puerta y volvió a buscar una llave para abrirla. En el interior de aquella pequeña gruta había tan solo una mesa y un par sillas de madera. En la pared del fondo descansaba un único volumen sobre un atril de piedra.

—Tenemos un problema —dijo Paula.

—¿Qué ocurre? —preguntó Emily.

—No tenemos comunicación con la estación desde que hemos bajado las escaleras —dijo la ingeniera—. Creo que nos hemos adentrado demasiado y la señal no nos llega.

—¿Podemos solucionarlo? —preguntó Emily.

—Puedo traer un repetidor de la Deathwing —respondió ella—. Con un poco de suerte podrá retransmitir nuestra señal.

—Hazlo, si no podemos contactar con la estación, Ada no nos podrá ayudar con la traducción.

—¿Necesitan volver? —preguntó Waafdiv.

—Eso me temo —se excusó Paula.

—Les hará falta esto. —Les entregó la llave de la sala del cónclave.

Paula y Gorka dejaron allí al resto de sus compañeros, ya con ganas de poder comenzar con la prueba.

—Colóquense alrededor de la mesa —les indicó Waafdiv.

El sumo sacerdote cogió con cuidado el antiguo volumen, que parecía pesar bastante, y lo colocó en medio de la mesa.

—Les ruego que lo traten con delicadeza —les pidió.

—Descuide —aseguró Emily.

El libro estaba protegido por unas gruesas tapas de cuero con unas bonitas filigranas de marroquinería que adornaban los márgenes. Las tapas eran un añadido posterior, ya que desentonaban con los legajos que contenían en su interior. En la portada podía leerse GAAL-EL en

escritura kepleriana, y en el centro destacaba el blasón del culto: un pergamino y una llave entrecruzadas con sendos pictogramas en la parte superior e inferior.

—Es muy bonito —reconoció Emily.

—Gracias. Las cubiertas se realizaron hace más de trescientos años para…

—¡Un momento! —interrumpió Taro.

—¿Qué ocurre? —preguntó Emily, asustada por la repentina reacción del geólogo.

—No puede ser…

—¿Qué pasa, Taro? —insistió.

Taro, que estaba en el frontal de la mesa y por lo tanto estaba viendo el volumen al revés, lo cogió con suma delicadeza y le dio la vuelta para observar la portada del libro en el sentido correcto.

—¿Qué es esto de aquí, Waafdiv? —dijo como si hubiera visto un fantasma.

—Es nuestro blasón —respondió él sin entender.

—No, me refiero a esto de aquí arriba. —señaló el pictograma de la parte superior.

—No lo sé —reconoció el kepleriano encogiéndose de hombros.

—Yo se lo diré —dijo—. Es la constelación de Lyra, donde nos encontramos, vista desde la Tierra.

Emily frunció el ceño.

—¿Desde la Tierra? —balbuceó—. No puede ser… ¿no?

—Y este de aquí abajo —siguió Taro—, creo que es la constelación *Canis Major*, donde se encuadraría nuestro antiguo sol, visto desde Kepler-442b.

—¡¿Qué?! —exclamó Emily— ¿Por qué iban los Gaal-El a incluir nuestra constelación en su blasón?

—No, Emily —dijo Taro con seriedad—, la pregunta es: ¿cómo los keplerianos pueden saber cómo se ve su constelación desde la Tierra?

—La Galileo estuvo aquí —murmuró Emily—. Pero Waafdiv, usted me dijo que nunca habían tenido contacto con los humanos hasta que llegamos nosotros.

—Yo…

—Emily —interrumpió Taro—, creo que no has entendido lo que está ocurriendo. La Galileo estuvo aquí, sí, pero los keplerianos no existían todavía.

—Es imposible… —Los ojos de Emily se abrieron como platos—. Eso solo puede significar una cosa. Los keplerianos no se encontraron con la Galileo. Son la Galileo.

Revelación

5 de julio del año 1

Templo de los Gaal-El, Kepler-442b

Emily se llevó las manos a la cabeza y se sentó en una de las sillas. Estaba mareada y su cerebro funcionaba a pleno rendimiento mientras trataba de asumir aquella revelación. Poco a poco, las piezas fueron encajando por sí solas.

—¿Puede alguien explicarme lo que ocurre? —pidió Kostas.

—Estos pictogramas relacionan de manera inequívoca la Tierra y Kepler-442b —explicó Taro—. ¿Por qué motivo una raza aislada en este planeta y sin relación aparente con la humanidad iba a tener una referencia a la Tierra en su blasón? Solo hay una explicación posible. Los antepasados de los keplerianos viajaron desde nuestro planeta para asentarse en Kepler-442b. Los antiguos keplerianos que escribieron este libro, que crearon el culto Gaal-El y que fueron esclavizados por los Khol, fueron los descendientes de los miembros de la tripulación de la Galileo. Si hasta el nombre del culto evoca a Galileo…

—Waafdiv —dijo Emily, temblorosa—, ¿qué significa Gaal-El?

—Yo… No lo sé… —balbuceó nervioso—. Nunca ha tenido un significado, al menos que yo sepa.

—Pero ¿cómo puede ser eso posible? —preguntó Kostas—. La Galileo debería haber llegado solo diez años antes que nosotros.

—No tengo una respuesta para eso —suspiró Taro.

—La dilatación temporal —murmuró Emily.

—¿Qué? —preguntó Kostas.

—Creo que hemos subestimado la dilatación temporal que sufrimos en el encontronazo con el agujero negro —repitió Emily—. No hemos llegado al planeta unos pocos años más tarde, hemos llegado miles de años tarde.

—No entiendo —dijo Kostas.

—La Galileo llegó hace miles de años a este planeta —explicó Taro—. Nosotros permanecimos demasiado tiempo bajo el influjo de la gravedad del agujero negro. La teoría de la relatividad general relaciona la gravedad con el tiempo. Cuando estás expuesto a una mayor gravedad, el tiempo pasa más lento. Mientras la tripulación de la Galileo llegaba al planeta y comenzaba a vivir en él, nosotros luchábamos por salir de la zona de influencia del agujero negro. Lo que para nosotros fueron horas o días, para ellos se convirtieron en milenios.

—Entonces, el culto Gaal-El no es más que el resultado de la espera de la tripulación de la Galileo para que la Asimov llegara a su destino —conjeturó Kostas.

—En realidad esperaban a la Copérnico —corrigió Emily—. Nadie en la Galileo sabía nada de la destrucción de la Copérnico.

—¿Copérnico? —Waafdiv abrió los ojos como platos.

—Sí —dijo Emily—, la Copérnico era una de nuestras naves. ¿Has oído alguna vez hablar sobre ella?

—¡Está todo en el libro! —exclamó excitado.

Waafdiv volvió a coger el libro, lo abrió y buscó algo. En cuanto lo encontró, soltó un grito triunfante y señaló una palabra: COPERNICUS.

—Es la misma que vi escrita en una de las patas de vuestro animal artificial la primera vez que vinisteis al templo —explicó—. ¡Por eso supe que erais los elegidos!

Emily se abalanzó sobre aquella página de papel antiguo escrita a mano. Y cuándo vio lo que allí ponía tuvo que apoyarse en la silla.

—¡Dios mío! —exclamó.

—¿Qué ocurre? —preguntó Kostas, muy nervioso.

—El libro está escrito en inglés —anunció.

—Son ellos —murmuró Taro—. Ya no hay ninguna duda.

—Pero ¿soy el único que no entiende nada de lo que está pasando? —se quejó Kostas— ¿Nadie ve las diferencias evidentes entre ellos y nosotros?

—Unos cuantos miles de años expuestos a las moléculas alienígenas pueden hacer que tu ADN se modifique lo suficiente como para que el parecido entre la especie original y la resultante evite que reconozcas las múltiples similitudes que existen entre ambas —explicó Taro —. Y, aun así, tenemos un noventa y ocho por ciento de similitudes.

—Los hemos tenido delante de nuestras narices todo este tiempo —se lamentó Emily.

Entró en estado de shock. Llevaban meses buscando un rastro de la Galileo y por fin lo habían encontrado. Ahora ya sabían qué había pasado con el resto de la tripulación después de que el capitán y el segundo oficial escaparan en aquella cápsula. Emily pensó en su padre. Toda una vida luchando por un objetivo, arriesgándolo todo en busca de un nuevo comienzo para la humanidad. Necesitaba saber qué es lo que había pasado. Era evidente que muchos sobrevivieron. Pero ¿qué fue de ellos? ¿Por qué los Khol les habían atacado? Y, sobre todo, necesitaba responder la gran incógnita: ¿qué paso con Steven Rhodes?, ¿qué fue de su padre?

—Waafdiv, tengo que volver a ver esas pinturas que hay arriba, en la entrada de la cueva — pidió.

—Sí, por supuesto —dijo él con la voz quebrada.

La situación le había pillado del todo desprevenido al líder kepleriano, que intentaba digerir toda la información que deducían Emily y sus compañeros. Regresaron a la entrada del templo. A medio camino se encontraron con Paula y Gorka, que traían el repetidor de comunicaciones para poder disponer del conocimiento de Ada dentro de la cueva. Taro y Kostas los pusieron al día. Ninguno podía salir de su asombro.

Se detuvieron ante las pinturas y Waafdiv les explicó su significado.

En la primera había un obelisco caído y una raza alienígena, cuya silueta coincidía con las descripciones de los Khol, les acusaban del sacrilegio.

—La Galileo decidió derribar uno de los obeliscos para estudiarlo —señaló Emily—. Los Khol se enteraron de alguna manera y los castigaron.

—Tal vez ni siquiera supieran que una raza inteligente había llegado a este planeta —apuntó Kostas.

—Podría ser —aceptó Taro—. ¿Cómo actuaría una especie si se entera que otra está intentando colonizar uno de sus planetas?

—Dándoles caza —asintió Waafdiv con pesar.

En la segunda pintura, los colonos vagaban hacia una cueva mientras las naves de los alienígenas se alejaban del lugar.

—Después del encontronazo, los supervivientes de la Galileo se ocultaron en esta misma cueva —interpretó Emily.

—Tal vez no tuvieran ni tiempo para instalar una base con tecnología en la que poder refugiarse —apuntó Paula.

—O fue destruida —añadió Emily.

En la tercera pared, los supervivientes adoraban a una figura en una especie de altar trapezoidal del que salían unas líneas irregulares que evocaban a algo con forma de rayo.

—Esa figura es el líder de los supervivientes —dijo Kostas.

—Se trata del primero de los Gaal-El —explicó Waafdiv—. Él fue el que predijo vuestra llegada, se decía que era capaz de ver el futuro.

—Es Steven Rhodes —explicó Paula.

—¿Rhodes? —Waafdiv miró a Emily.

—Era su padre —aclaró Kostas.

—Y no veía el futuro —dijo ella con lágrimas en los ojos—. Tan solo tenía la esperanza de que llegáramos para ayudarles. Pero no lo hicimos…

Emily se derrumbó al contemplar aquella figura. Ahora sabía que aquel era su padre. Steven Rhodes, el director del proyecto, había sobrevivido junto con un puñado de personas de la tripulación y se había refugiado entre estas paredes mientras albergaban la esperanza de que la Copérnico llegara unos años después. Pero nunca llegó, y aquella espera se convirtió en leyenda. Más tarde, los descendientes de los supervivientes recordaban cómo aquellos primeros pobladores de Kepler-442b habían predicho la llegada de algunos de su especie desde el cielo. Se creó un culto entre los que todavía confiaban en que el resto del proyecto llegara al planeta.

En la siguiente pintura, ya en la pared de enfrente, una figura yacía tumbada encima de un altar mientras el resto lloraban su muerte. Emily supo que su padre había muerto miles de años atrás, sin saber qué le había pasado a su hija y mientras se ocultaba de unos atacantes muy superiores en número y tecnología. Esa sensación le rompió el corazón y no pudo evitar echarse a llorar. Paula trató de calmarla, pero Emily llevaba demasiado tiempo aguantando toda esa congoja en su interior.

Después pasaron a la siguiente imagen. Cinco personas tomaron el liderazgo de otras tantas facciones.

—La dirección del proyecto se dividió entre cada uno de los departamentos —observó Taro.

—¿Puede ser que cada uno de ellos sea el líder de uno de los pueblos keplerianos? —preguntó Kostas.

Observaron aquella pintura con atención. Cada uno de aquellos líderes sostenía un báculo de

diferente color.

—Gris para la dirección del proyecto para los Gaal-El —señaló Gorka—. Verde militar para los Khaavahki.

—Azul del cuerpo médico y de mantenimiento para los Wiikhaadiiz ofiz —siguió Kostas.

—Naranja de ingeniería para los Khapabir —dijo Paula.

—Y amarillo del resto de técnicos y personal civil para los Yokai —concluyó Taro—. Un color para cada sección del proyecto y un color para cada pueblo kepleriano. Lo hemos tenido delante de nuestras narices todo este tiempo.

El grupo se acercó a la última de las pinturas. En ella, los cinco líderes tribales daban la bienvenida a una figura mesiánica que descendía de una estructura tan parecida a una estación espacial que ya no dejaba lugar a dudas.

—Y supongo que esa eres tú. —Kostas miró a Emily, que se quedó contemplando aquella representación.

—¿Qué hay ahí detrás? —señaló Taro— Parecen más dibujos.

Todos miraron hacia donde señalaba el geólogo. La sala del cónclave no ocupaba todo el ancho de la cueva y se habían instalado dos planchas de madera tallada para que llegaran hasta ambos extremos. Tapado por una de ellas había otro dibujo.

—¡En este lado también hay más! —gritó Paula desde la pared de enfrente.

—No es posible —murmuró Waafdiv—. ¿Cómo no me había dado cuenta antes? Esperad aquí, haré que retiren ambas planchas.

Waafdiv salió al exterior del templo y en pocos minutos volvió con ocho cultistas provistos de herramientas que se afanaron en retirar aquellos maderos con el mayor de los cuidados posible. Cuando por fin dejaron suficiente espacio, comenzaron a revisar la primera de ellas, la situada a la izquierda de la entrada a la cueva. En ella, los primeros pobladores descendían de una estación espacial similar a la última que acababan de ver.

—La Galileo llegando al planeta —interpretó Kostas.

—Es inaudito —masculló Waafdiv—. Nunca hubiera imaginado que nosotros fuéramos aquellos a los que buscabais.

—La tecnología alienígena que había en el planeta os cambió de tal manera que os hizo irreconocibles —explicó Taro.

—Pasemos a la última —propuso el sumo sacerdote.

En ella, los cinco líderes de los pueblos keplerianos dejaban sus bastones sobre una especie de caja rectangular. La figura mesiánica portaba un corazón en sus manos y se disponía a colocarlo encima de la caja.

—¿Qué demonios significa esta pintura? —preguntó Kostas.

—No tengo ni la menor idea —reconoció Emily.

—Está claro que teníamos que conseguir los cinco bastones —señaló Gorka—. Parece que esa caja contiene algo importante.

—¿Los bastones abren la caja? —preguntó Kostas, extrañado—. Suena a algo propio de una película de fantasía barata.

Emily miró el bastón que portaba Waafdiv y compartió con el resto algo que llevaba mucho tiempo rondando por su cabeza.

—Cada uno de los bastones es diferente a los otros —dijo—. Pero ¿por qué todos tienen esta estructura metálica como pomo?

Waafdiv miró su bastón y comprendió lo que decía Emily.

—No lo sé, pero es cierto que todos los bastones de mando tienen un pomo bastante similar —se encogió de hombros.

—Creo que vamos a tener que analizarlos con más detalle —decidió Emily.

—Quizá debamos regresar para concluir la prueba —propuso Waafdiv—. Aunque algo me dice que no necesitarán demasiado esfuerzo para traducir lo que está escrito en nuestro libro.

Regresaron a la pequeña estancia y Emily se sentó en una de las sillas y empezó a revisar el libro. Estaba escrito en un inglés un tanto extraño, como si hubiera empezado a evolucionar hacia otro lenguaje. Algunas palabras se podían traducir por contexto; otras, en cambio, requirieron la ayuda de Ada para darles significado. En aquel libro se narraban con mucho detalle los mismos pasajes que acababan de ver en las pinturas. Pero, sobre todo, contaba la vida del profeta al que todos habían conocido como Rod. De cómo su liderazgo les había permitido sobrevivir a los Khol y, poco a poco, fue teniendo visiones premonitorias. Alguien vendría a rescatarlos en la COPERNICUS y el pueblo kepleriano volvería a ser libre.

Pasaron varias horas allí, leyendo las historias y pasajes que los diferentes autores había plasmado en aquellos textos sagrados para los Gaal-El. Iban a tardar demasiado en terminar la lectura, así que decidieron posponerlo. Waafdiv les garantizó acceso completo a aquel lugar y, tras certificar de aquella extraña manera que la prueba planteada por el sumo sacerdote había sido superada, salieron al exterior, donde aguardaban todavía cientos de creyentes ansiosos por ver de nuevo a la elegida.

—Yo, Waafdiv, sumo sacerdote del culto Gaal-El y líder supremo del pueblo Gaal-El —dijo ceremonioso delante de todos ellos—, doy por satisfecha la prueba planteada y hago entrega del bastón de mando de nuestro pueblo a la candidata Emily Rhodes, heredera de la estirpe de nuestro profeta, Rod.

Un estallido de júbilo se abrió paso en la explanada como un rayo en una noche de tormenta. Los cientos de keplerianos vitorearon y lanzaron soflamas a favor de Emily y de sus compañeros. Fueron momentos extraños en los que la fe y la esperanza se mezclaron con la melancolía y una extraña sensación de abandono que todos experimentaron al conocer cual había sido el destino de la tripulación de la Galileo.

El destino de Galileo

7 de febrero del año 3285

Base Neil Armstrong, Kepler-442b

—¿Se encuentra bien, director Rhodes? —preguntó Liam— Parece cansado.

—Estoy bien, es solo que he tenido un mal sueño y no he descansado como debiera.

—Tal vez el retraso de la Copérnico le esté pasando factura —dijo su ayudante—. ¿Puedo sugerirle que visite al doctor Taylor? Seguro que puede recetarle algún tranquilizante que le ayude a dormir.

—De momento estoy bien, gracias —contestó—. ¿Qué tenemos para hoy?

—Por la mañana tiene que reunirse con las doctoras Visser y Sharma; esta última tiene previsto aterrizar aquí a las nueve —explicó el joven—. El equipo del señor Kapoor llegó anoche de su última expedición, le he reservado la franja de once a doce del mediodía.

—Bien, ¿y por la tarde? —preguntó.

—Deberá desplazarse a la estación científica del norte —siguió Liam—. Allí le esperan los doctores Petrov y Kuznetsov para abordar la nueva fase de la terraformación.

—¿Algo más? —preguntó Steven Rhodes.

—No, eso es todo por hoy.

—Bien, desayunaré con tranquilidad e iré hasta el edificio forestal a las nueve.

Steven intentó disfrutar de su primer café. Las pesadillas comenzaban a ser mucho más habituales y vívidas de lo que le gustaría. Visiones de extrañas criaturas lo atormentaban con asiduidad, y eran muy habituales los sueños en los que veía a su hija Emily correr grandes peligros. Le preocupaba que la Copérnico no hubiera llegado todavía, pero él sabía más que el resto de los trescientos cincuenta habitantes de la base. Había otra estación espacial en construcción cuando salieron de la Tierra. De alguna manera, sabía que la Copérnico nunca llegaría hasta aquel recóndito lugar.

Después de acabar su desayuno y repasar los informes del día anterior, saludó a parte de la tripulación destinada en aquel edificio y salió al exterior para dar un breve paseo por la base, como solía hacer cada mañana. Se colocó su exotraje y lanzó un suspiro al comprobar que el nivel de oxígeno no había variado demasiado desde que lo colocó a recargar el día anterior. Su traje comenzaba a presentar los problemas típicos del uso prolongado y, a pesar de haber notificado el mal funcionamiento, el equipo de mantenimiento no había sido capaz de arreglar la válvula del oxígeno. Tendría que hablar con el responsable. Aun así, disponía de casi diez horas más de suministro, podría aguantar el día completo sin problemas.

Fuera, la estrella del sistema solar lo saludó con los primeros rayos de luz. A esa hora de la mañana la actividad era ya frenética, como de costumbre. Había presencia militar y drones sobrevolando la zona. No habían tenido ningún tipo de problemas desde que pusieron un pie en

aquel lugar. Salvo algún ataque aislado por parte de alguna alimaña local, no se habían registrado incidentes graves en los cinco años terrestres que él llevaba allí. Había ya una docena de edificios, y algunos habían tenido que ampliarse con varias plantas. Pero eran las grandes cúpulas de los enormes invernaderos automatizados las que acaparaban siempre su atención. Gracias a ellos podían alimentar a todos los miembros de la expedición y a los pocos que quedaban todavía en la estación. Se encontraban distribuidas alrededor de los edificios de la base y ocupaban una extensión total de cuarenta hectáreas. Acababan de inaugurar el octavo invernadero hacía apenas dos semanas.

Unos operarios hacían labores de mantenimiento en la segunda planta de un edificio aledaño. Un par de mulas trasladaban materiales de riego hacia uno de los invernaderos. Un grupo de cuatro soldados patrullaba por el interior de la base. Un par de ingenieros discutían sobre algún problema mientras revisaban un plano en sus terminales. Varios transportes despegaban en ese momento del hangar para llevar materiales desde la estación espacial. Todos los habitantes de la base realizaban sus tareas como se esperaba de ellos, el proyecto funcionaba a pleno rendimiento y cada uno sabía a la perfección cuáles eran sus cometidos. Formaban una máquina bien engrasada.

A las nueve en punto entró en el edificio forestal. Era uno de los más pequeños de la base y no requería apenas espacio, ya que la mayor parte de su actividad se realizaba entre los módulos de silo y granja de la estación espacial. Allí la esperaba la doctora Anna Visser, responsable de la reforestación vegetal del proyecto.

—Director Rhodes —saludó con efusividad la menuda mujer de cabellos castaños—, gracias por venir. La doctora Sharma todavía no ha aterrizado, Alan me dice que llegará en un par de minutos. Pase por aquí, si es tan amable.

—¿Qué tal ha funcionado la última remesa?

—¡Oh! Hemos conseguido generar semillas de gran calidad en esta ocasión —explicó—. Ya han quedado solucionados todos los problemas del pasado.

—Me alegro, es vital para el proyecto que la germinación sea lo más masiva posible.

—Así es. En cuanto llegue la doctora Sharma le daremos más detalles —dijo ella—. Creo que se llevará una grata sorpresa con la noticia que tenemos que darle.

La doctora Priya Sharma no tardó demasiado en aparecer en la sala en la que ambos se habían acomodado.

—Lamento el retraso —se disculpó la espigada mujer de piel marrón claro—. He tenido un problema de última hora que solucionar allí arriba.

—No se preocupe —dijo el director Rhodes.

—Creo que ya podemos comenzar —propuso la doctora Visser, que manipuló su terminal para mostrar en la pantalla de la sala los avances realizados—. Lo que estamos viendo son las zonas en las que hemos ampliado el proceso de forestación. Gracias al sistema de cápsulas, las semillas pueden permanecer años sin germinar por falta de agua. Pero en la imagen podemos ver cómo el proceso ha avanzado según lo previsto en los anillos más cercanos a la base y se ha ido ampliando a anillos más extensos en los alrededores. Se trata en todos los casos de semillas genéticamente alteradas para resistir las condiciones actuales de la atmósfera del planeta.

—¿Estamos esparciéndolas sin ningún tipo de orden? —preguntó Steven.

—Así es —confirmó la doctora Visser—. Gracias a la nueva factoría de compostaje que se

instaló hace año y medio disponemos de una cantidad ilimitada de cápsulas que aportarán lo necesario a las semillas en el momento en que la humedad penetre en el interior. Eso nos permite que el proceso de esparcimiento pueda ser menos quirúrgico, si me permiten la expresión.

—¿Cuándo tendremos la superficie habitable del continente cubierta? —quiso saber Steven.

—Al nivel actual de producción y de sembrado, en menos de cinco años habremos cubierto toda la zona despejada de hielo.

—Excelente —aplaudió—. Buen trabajo.

—Pero eso no es todo. La noticia que queríamos darle —siguió la doctora con cierto suspense —, es que ya estamos en disposición de comenzar el proceso desde la base Gagarin.

—¿Tan pronto? —preguntó sorprendido— ¿No es mejor concluir con este continente antes de empezar con el otro?

—Si queremos aumentar el nivel de oxígeno de forma rápida, lo mejor es multiplicar la superficie forestal del planeta lo antes posible. Tenemos la capacidad de comenzar sin poner en riesgo la forestación en este continente. Además, ya estamos recolectando las primeras semillas creadas de forma natural por los especímenes nacidos en Kepler-442b.

—De acuerdo —celebró el director—, es una gran noticia, qué duda cabe. No pensaba que este sistema iba a dar resultados tan rápido.

—Hemos tenido suerte, las condiciones del planeta no eran tan desfavorables como podría esperarse y las moléculas alienígenas favorecen la adaptación de nuestras especies.

—¿Hemos conseguido medir en qué medida lo hacen?

—Según nuestros cálculos, la adaptación genética se realiza un doscientos veintiún por ciento más rápido de lo normal.

—¿Cuántas especies tenemos ya desplegadas?

—Hemos superado las trece mil quinientas especies.

—Vaya, son unos números fantásticos. La felicito, doctora Visser.

—Gracias, director —respondió ella con una amplia sonrisa.

—Bien, ¿qué tenemos desde el punto de vista de la fauna? —preguntó Steven,

—También les traigo buenas noticias —intervino la doctora Sharma—. Aunque los avances con la población animal no han sido tan espectaculares como con la flora, me temo.

—Se trata de dar pequeños pasos, doctora Sharma —la tranquilizó Rhodes.

—Lo sé, director. El caso es que, tras los primeros años de sujetos fallecidos y diferentes remesas desperdiciadas, gracias a los descubrimientos de la aplicación de moléculas en animales que se realizaron hace tres años hemos conseguido estabilizar en casi un noventa por ciento la capacidad de supervivencia de las especies animales. Si bien ese porcentaje varía mucho en función del tipo de especie. Hemos detectado que los insectos y las especies acuáticas se adaptan mucho mejor que los mamíferos, en los cuales la tasa de fallecimiento es sensiblemente superior al resto.

—Pero ya hemos puesto una gran cantidad de especies en libertad, ¿verdad?

—Sí, director —dijo la doctora Sharma—, sobre todo anélidos, artrópodos y moluscos.

—¿Y qué hay de los vertebrados?

—Continuamos teniendo problemas de adaptación, pero este último mes ha sido muy satisfactorio para mi departamento. Tanto, que traigo una fantástica noticia.

Ambos se quedaron a la espera de que la doctora continuara. A juzgar por su amplia sonrisa, debía tratarse de algo muy importante.

—Por fin hemos conseguido que nuestros primeros vertebrados criados en el planeta den a luz especímenes sanos y plenamente funcionales. —La doctora manipuló su terminal y mostró en pantalla diversas crías de grandes herbívoros que en apariencia se encontraban en perfecto estado de salud.

—¡Vaya! —exclamó Steven— ¡Es una noticia fantástica! ¡Enhorabuena!

—Gracias, director.

—Y, además, supone un hito muy importante de cara a la supervivencia de los humanos en condiciones atmosféricas adversas —apuntó el director— ¡Buen trabajo a ambas!

Steven abandonó el edificio y se dirigió a su siguiente cita del día. Ya eran casi las once. La expedición liderada por el primer hombre en pisar un planeta fuera del Sistema Solar acababa de regresar de una nueva incursión por los alrededores de la base. Una de las obsesiones de Steven era encontrar rastros de la civilización alienígena que había construido los obeliscos que poblaban el planeta. Los estudios preliminares les decían que aquellas construcciones tenían miles de años, pero necesitaban recabar toda la información posible para evaluar el nivel de amenaza que representaban.

Arimardan Kapoor era alguien intrépido. Su experiencia en diferentes misiones de reconocimiento en Marte le había proporcionado el billete para acceder al proyecto. Se había rodeado de un buen equipo de profesionales, capaces de llegar a cualquier lugar que se propusieran. Además, era incansable, no concebía tener ni un solo día de descanso. Se encontraba en el hangar del norte de la base, preparando su transporte para la siguiente misión.

—Buenos días, capitán Kapoor —saludó Steven.

—¡Ah, director! Me alegro de verle.

—¿Preparando ya la próxima excursión?

—Así es —respondió él—, no podemos relajarnos. Este planeta tiene demasiadas cosas por descubrir.

—Demos un paseo y me pone al día de su última misión —sugirió Steven.

El capitán Kapoor dio un par de órdenes al piloto y a los ingenieros y se unió a Steven en aquel paseo ligero.

—¿Qué han descubierto? —preguntó Steven.

—Hemos encontrado otra cueva. Está al norte de aquí, siguiendo la cordillera hacia el este desde la cascada. —El capitán señaló la dirección—. La ascensión ha sido complicada, pero creo que sería factible construir un acceso por carretera si llegara el caso. Se encuentra a casi dos mil ochocientos metros de altitud y creo que puede ser interesante establecer allí un puesto elevado de vigilancia. Desde aquel lugar se domina toda esta zona.

—¿Ha dicho dos mil ochocientos metros? Una obra de ese calado sería costosa de llevar a cabo —calculó Steven—. ¿Cuánto tiempo cree que nos llevaría realizarla?

—Con el material y el equipo apropiados, unos seis meses.

—¿Cree que es buena idea acometer ahora una obra como esa? —preguntó.

—Tenemos que ponernos en el peor de los casos, director —respondió Kapoor—. No sabemos gran cosa de los que estuvieron en este planeta antes que nosotros, y deberíamos tomar todas las precauciones necesarias para defendernos de una potencial amenaza. ¿Qué ocurriría si los que construyeron los obeliscos se presentaran aquí y destruyeran la estación espacial?

—Que perderíamos toda esperanza.

—Este planeta es bastante yermo, no hay demasiados lugares donde ocultarse, y el que domine el cielo, tendrá las de ganar. Una posición elevada podría significar la diferencia entre la superveniencia y la extinción. Además, hemos investigado la cueva y es enorme. La estación espacial al completo cabría dentro de ese lugar.

—No creo que la humedad le siente bien a mis huesos —bromeó el director.

—No se preocupe, podríamos añadir una capa de aislante a las paredes de la cueva para evitar la humedad del deshielo y canalizarla a algún lugar para obtener agua que depurar para nuestro consumo. Mi equipo está trabajando ya junto con el grupo de ingeniería civil del director Petrov. Ese lugar podría ser nuestro último bastión en caso de necesidad.

El director se giró hacia la cordillera y evaluó la información que acababa de recibir del capitán Kapoor.

—Supongo que no perdemos nada por tener un sitio en el que ocultarnos si vienen mal dadas —dijo por fin—. Hablaré con el director Petrov.

Ambos continuaron discutiendo los siguientes pasos a dar en lo que al equipo de expedicionarios se refería. El capitán Kapoor pretendía investigar la zona más al este de las instalaciones principales y encontrar un lugar en el que establecer una nueva base cerca del mar. También tenía planes de futuro para trasladarse al otro continente y explorar las zonas aledañas a la base Gagarin. El paseo acabó cuando llegaron al punto de partida después de haber trazado un círculo completo alrededor de la base. Tras despedirse, Steven decidió acercarse al comedor del edificio común para más tarde desplazarse a la estación científica del norte, encargada del proceso de terraformación.

El doctor Kuznetsov salió a recibirle en cuanto el vehículo del director tomó tierra. Ambos se saludaron afectuosamente y el doctor le invitó a entrar en las instalaciones. En el interior, el director Petrov les aguardaba revisando unas tablas con datos sobre el rendimiento del módulo de terraformación. Al entrar en la sala se levantó y saludó a Steven con un apretón de manos.

—¿Qué tenemos aquí? —preguntó el director.

—Hay novedades —respondió el director Petrov.

—Hemos vuelto a medir la concentración de dióxido de carbono en la atmósfera —anunció el doctor Kuznetsov— y los datos son prometedores.

—¿Hemos llegado a las concentraciones necesarias?

—No exactamente, pero creemos que, si dejamos de expulsar dióxido de carbono en estos momentos, la capa resultante será suficiente para que la temperatura del planeta suba unos cuantos grados —dijo Petrov.

—Ese no era el plan inicial, ¿no? —preguntó él, incrédulo.

—No. Hemos aplicado otro modelo matemático para calcular la tasa de dispersión del dióxido de carbono —explicó el doctor Kuznetsov—. Teniendo en cuenta que solo disponemos de un módulo de terraformación hasta que… —Se lo pensó dos veces antes de continuar— Bueno, que tengamos noticias de la Copérnico, solo podemos generar dióxido de carbono en un punto del planeta. Eso acumula en esta zona una mayor concentración de la deseada. Pero en unos cuantos años, esa concentración se extenderá al resto del planeta.

—Lo que significa que podemos comenzar con la siguiente fase —aclaró el director Petrov.

—Es una buena noticia —aplaudió Steven.

—Lo es. De hecho, el aumento de la presión atmosférica y la germinación de las plantas realizadas por la doctora Visser ha aumentado la concentración de oxígeno en casi medio punto porcentual —informó exultante el director Petrov.

—¡Eso es fantástico! —exclamó Steven con una sonrisa—. ¿Cuáles serían los siguientes pasos?

—Nuestra propuesta es comenzar de inmediato con la fase dos de la terraformación —reveló Petrov—. Si nos da el visto bueno, mañana mismo comenzaremos a generar oxígeno respirable.

—¿Cuánto tiempo consideran que durará esa fase?

—Hemos aplicado el nuevo modelo y la simulación nos ha arrojado un periodo de no menos de diez años para llegar a un diecisiete por ciento de concentración de oxígeno. Eso supone un punto por encima del mínimo establecido por el proyecto para que la atmósfera sea respirable —explicó el doctor Kuznetsov.

—Entiendo —dijo el director Rhodes—. ¿Hay alguna otra cosa que deba saber?

—No, eso era todo lo que queríamos mostrarle.

—En ese caso, tienen mi permiso para comenzar con la siguiente fase de la terraformación —les dijo.

Tras revisar el estado de la instalación y visitar el módulo de terraformación, tanto el director Petrov como Steven regresaron a la base Armstrong. Al llegar, el director Petrov quiso hablar con él en privado.

—Creo que deberíamos dar el siguiente paso.

—¿A qué se refiere? —preguntó Steven.

—Después de todo este tiempo hemos entendido cómo funcionan las moléculas que extraemos de los obeliscos. Hemos asumido que fueron creadas por una inteligencia superior debido a la complejidad de las mismas y a los materiales con los que se construyeron los obeliscos. Las prospecciones nos indican que en el subsuelo hay mucha más de esa tecnología. Tenemos que desmantelar uno de ellos para entender cómo funcionan.

—¿Cree que eso será seguro? —dudó el director.

—No lo sabremos hasta que no lo hagamos.

—Pero ¿y si resulta que tienen algún mecanismo de seguridad? ¿Y si provocamos algún tipo de deflagración? ¿O si hay alguien monitorizando su correcto funcionamiento?

—No hemos detectado ningún tipo de actividad alrededor de los obeliscos, más allá de la expulsión de las moléculas.

—No sé si es buena idea, al menos no todavía —meditó Steven.

—Tendremos que hacerlo tarde o temprano, director —presionó Petrov—. El equipo de exobiólogos ya ha demostrado que lo que expulsan los obeliscos fomenta la mutación de los organismos complejos. Si pudiéramos canalizar el módulo de terraformación a través de la infraestructura alienígena, quizá podamos mejorar la eficiencia del proceso. Podríamos disponer de una atmósfera respirable mucho antes de lo previsto. Además, quien sabe lo que aprenderíamos si estudiamos en profundidad la infraestructura alienígena. Nuestra tecnología evolucionaría mucho más rápido.

El director Rhodes dudó al escuchar los motivos del director Petrov. Desde luego, sería un gran éxito para el proyecto poder aprender de una tecnología superior. Y si eran capaces de aprovecharla para sus intereses, tal vez ganarían unos cuantos años en la carrera de fondo que resultaba ser la colonización de un planeta.

—De acuerdo —accedió por fin—. Pero vayan con cuidado, no quiero arrepentirme de esto.

El robo

6 de julio del año 1

Estación espacial Asimov

David suspiró mientras se hundía en el asiento de su despacho. Emily le acababa de contar todo lo que había ocurrido durante el transcurso de la prueba en el templo Gaal-El. Los hallazgos en las paredes de la cueva, el contenido del libro y todo lo que revelaba el verdadero origen del pueblo kepleriano. El subdirector estaba abrumado por aquellas revelaciones.

—¿Cómo puede ser posible? —preguntó— ¿Cómo puede ser que hayamos llegado tan tarde?

—Creemos que ha podido deberse a la dilatación temporal —respondió Emily—. Tenemos un conocimiento empírico muy limitado sobre la naturaleza real de los agujeros negros. Era la primera vez que la humanidad estuvo tan cerca de uno.

—Pero ¿y Ada? —preguntó— ¿No ha sido capaz de hacer los cálculos pertinentes?

—No, director, lo lamento —respondió la inteligencia artificial—. Durante el evento con la singularidad yo no estaba en plenas facultades. No pude registrar todos los datos necesarios para realizar los cálculos de todos los efectos que provocó sobre nuestro viaje.

—Ada cree que tal vez cruzamos mucho más cerca de la singularidad de lo que creímos en un principio, o quizá la masa del agujero negro era mayor.

—Tampoco tengo demasiado claro durante cuánto tiempo estuvimos bajo el influjo de la singularidad. Y en mi defensa diré que es probable que los métodos de los que dispongo para calcular la masa de un agujero negro no sean del todo precisos —se excusó la inteligencia artificial—. Los métodos de cálculo de masa de un agujero negro se basan en los efectos gravitacionales que se observan en el entorno de un agujero negro o en cálculos aproximados a partir de su disco de acreción. Lo más seguro es que tengamos que revisitar todas esas fórmulas y teorías.

—Pero ¿no utilizaste la propulsión de la nave para evitar caer al agujero negro? —preguntó él — ¿No serviría todo eso para hacernos una idea aproximada de la atracción gravitacional a la que estuvimos expuestos?

—Sí, pero estuve durante varios siglos sin poder almacenar la telemetría de la estación, no he podido evaluar la cantidad de combustible utilizado durante el proceso, ni siquiera el tiempo o la potencia a la que estuvieron encendidos los propulsores.

—¿Sabemos al menos una fecha terrestre aproximada? —quiso saber el subdirector.

—Tenemos una fecha, aunque no sabemos si es muy precisa —dijo Emily—. El director Patel habló de que la fecha que marcaba el ordenador de a bordo de la cápsula de escape de la Galileo era absurda. Creo que, con los nuevos acontecimientos, ese dato cobra especial relevancia.

—¿Qué fecha marcaba la cápsula?

—Año 10931.

—¡Dios mío! —exclamó Green, que se llevó las manos a la cabeza.

—De cualquier manera, esto apenas cambia nada la situación en la que nos encontramos —siguió Emily con entereza—. Debemos centrarnos en lo que tenemos por delante.

—Pero necesitaremos saber qué es lo que ocurrió cuando llegó la Galileo —insistió el subdirector—. Comprender la deriva de los acontecimientos hasta llegar a esta situación puede suponer una gran diferencia para nuestra supervivencia.

—Lo sé —admitió Emily—. Me he propuesto examinar toda la historia de los keplerianos desde el comienzo de los tiempos. Ya lo he preparado para disponer de dos expertos historiadores que ayuden a Ada a interpretar toda la biblioteca de los Gaal-El.

—Bien —suspiró el subdirector, todavía con su mente en la Galileo.

—Sé que mi padre habría querido que siguiéramos adelante —afirmó Emily.

—Tuvo que afrontar todo esto solo —respondió David con amargura.

—Y sé que hizo todo lo que estuvo en su mano por cumplir la misión —añadió ella con lágrimas en los ojos—. Lo único que me rompe el alma es que murió esperándonos, seguramente convencido de que nos había ocurrido algo.

Se secó las lágrimas con las mangas de la sudadera; llevaba tantos meses temiéndose lo peor que el dolor parecía amortiguado. Hacía mucho tiempo que había perdido la esperanza de encontrar alguna pista sobre lo que le ocurrió a su padre.

—Tenemos que ser fuertes. —David puso su mano sobre el hombro de Emily—. Y debemos honrar lo que tu padre y el resto de la tripulación consiguieron aquí. Hay que acabar con los Khol y librar a los keplerianos de su esclavitud.

—Espero que seamos capaces de hacerlo.

—Lo haremos. Y ahora, cambiando de tema, ¿sabe algo Waafdiv sobre el capitán Garth? —preguntó el subdirector.

—Con todo lo que ha pasado no he tenido tiempo para hablar con él —respondió ella—. Lo último que sabemos es que se lo llevaron de la arena hacia el interior del coliseo de Khaavahki.

—Imagino que no estará pasando por su mejor momento.

—¿Crees que deberíamos sondear a los rebeldes? —preguntó Emily— Tal vez estén dispuestos a regresar al proyecto.

—No por ahora —dijo el subdirector—. Si a Garth no le permiten regresar, estoy convencido de que Reynolds tomará el control del grupo.

—Es todavía más despiadado que Garth.

—Casi mata al soldado Hoffman por desafiar su criterio —recordó el subdirector—. De no ser por la pronta reacción de la sargento Cameron, ahora estaría muerto.

—Es capaz de matar a uno de los suyos a sangre fría, es imprevisible, y eso lo hace todavía más peligroso que Garth.

—Tal vez debamos interrogar a Hoffman para saber más de los planes de los rebeldes —sugirió David—. Ada, ¿cuál es el estado del soldado?

—Continua muy grave, en coma inducido —respondió la IA—. Su actividad neuronal no

indica una recuperación a corto plazo.

—Creo que tenemos una baza importante con la sargento Cameron —añadió Emily.

—Pero ella continua con los rebeldes.

—Sí, pero entre ella y Hoffman había algo. Creo que el hecho de que lo estemos tratando sin pedir nada a cambio puede jugar a nuestro favor.

—No nos vendría mal tener alguien dentro de los rebeldes —reflexionó David.

Emily y Robert conversaban en el comedor de la estación espacial mientras tomaban un pequeño tentempié. Robert se dio cuenta de que Emily no había dado ni un sorbo a la taza de té que tenía delante.

—Te noto distraída —le dijo—. ¿Cómo estás?

—Bien —mintió—, es solo que necesito digerir todo esto. Apenas he dormido un par de horas esta noche.

—Es normal. —Robert la cogió de la mano—. No todos los días se descubre algo tan increíble.

—Veía mucho de nosotros en ellos —siguió—, pero nunca imaginé que esto pudiera llegar a ocurrir.

—¿Quieres que hablemos de él?

—¿De quién?

—De tu padre.

Emily suspiró y meditó unos instantes.

—Estuvo toda una vida esperando a que llegáramos —sollozó—. Y nunca lo hicimos. El día que se marchó, me regaló este colgante con el chip de identificación de mi madre. Recuerdo que me dijo que nos encontraríamos en cinco años y yo le corregí, le dije que nos veríamos en 1517 años, que era lo que íbamos a tardar en llegar si contábamos en tiempo terrestre.

—Tú no tienes la culpa de nada de lo que ha ocurrido —dijo Robert—. No te martirices por eso.

—Es solo que imaginármelo refugiándose en una cueva, como un animal intentando esconderse de un depredador… Se me parte el alma.

—Tuvo que ser difícil —asintió Robert—. Pero consiguió que muchos sobrevivieran. Y de los antiguos miembros de la tripulación surgieron sociedades que han perdurado todo este tiempo.

—¡Maldigo a los terroristas que acabaron con la Copérnico! —exclamó impotente— ¡Y maldigo también al agujero negro!

—Si la Copérnico hubiera llegado cinco años después de la Galileo, tal vez ninguno hubiéramos sobrevivido al primer ataque de los Khol.

—Pero al menos mi padre no habría muerto solo, esperando nuestra ayuda.

Robert se levantó de su asiento y se sentó junto a ella, le pasó el brazo por el hombro y la estrechó contra su pecho para consolarla. Emily sollozó durante unos instantes, pero se repuso

enseguida.

—Lo siento, parezco una niña pequeña. —Se limpió las lágrimas y fingió sonreír.

—Para nada —respondió él—, yo estaría peor en tu situación, eres mucho más fuerte que yo.

—Creo que todo lo que hemos vivido estos últimos meses me ha ido preparando para este momento —explicó—. Ahora, vosotros sois mi familia.

—Hablando de familia —recordó Robert—. Deberíamos visitar a Chad.

—Sí, creo que hoy empezaba a caminar.

Encontraron a Chad descansando en su camarote tras haber recibido el permiso de la doctora Schmidt para continuar con su recuperación fuera de la enfermería.

—Menudo trasto tan aparatoso. —Robert señaló la férula robotizada que le permitía moverse.

—Sí, la doctora Schmidt ha hecho un gran trabajo teniendo en cuenta el desastre: múltiples fracturas en la tibia; la rótula y el menisco hechos polvo, el pie destrozado… —enumeró— Han tenido que ponerme varias prótesis, pero dice que en dos semanas me podrán quitar este exoesqueleto y las guías que hacen que el hueso se suelde.

—¿No te duele? —preguntó Emily.

—No, ahora no. En realidad, no siento nada en toda la pierna. Pero es porque me han administrado un gel que anestesia y desinflama la zona —explicó—. Tengo que volver a la enfermería cada mañana y cada noche para que la revisen y me apliquen el gel.

—¿Y qué vas a hacer durante todo este tiempo? —preguntó Robert.

—Le he pedido a Taro que me traiga algo del trabajo que tenía pendiente en la base. Ahora que ya soy más o menos autónomo para moverme, podré continuar trabajando desde aquí arriba.

—¿No puedes viajar?

—En teoría podría hacerlo, pero las normas de seguridad aconsejan no bajar al planeta sin un exotraje. Y con este trasto en la pierna no puedo ponerme uno.

—Vaya, qué lástima.

—Bueno, es temporal —respondió—. Aunque me da rabia perderme lo que está a punto de ocurrir.

—¿Hablas de la ceremonia? —preguntó Emily.

—¿De qué iba a hablar si no? ¿No estás nerviosa?

—La verdad es que tengo la cabeza en otro sitio ahora mismo, y ni siquiera me he planteado lo que supone para todos la ceremonia de mañana.

—Emily Rhodes, líder única de los pueblos keplerianos…

Emily esbozó una leve sonrisa. Sonaba bastante ridículo cuando lo decía Chad, pero en realidad era una enorme responsabilidad que le generaba bastante ansiedad. De ella dependería el éxito o el fracaso de la confrontación con los Khol. Era una carga enorme que le iba a resultar muy difícil sobrellevar.

—Dicho así suena demasiado pomposo —se rio Robert.

—Bueno, pero es lo que sus leyes han reflejado desde hace mucho —les recordó Chad—. Imagino que desde que el director Rhodes, bueno, tu padre, fundó la sociedad de Kepler-442b.

Emily y Robert regresaron a la base antes del mediodía. Tenían que preparar el contingente que acompañaría a Emily en uno de los días más importantes desde que habían llegado al planeta. Emily llevaría los cuatro bastones que estaban en su poder, y Vaahur, de una vez por todas, debería entregarle el suyo. Según había llegado a oídos de Emily, Lajlab, su coronel, había comenzado una dura campaña en contra de Vaahur. De alguna manera, el oficial Khaavahki había querido posicionarse a favor de los humanos. La liberación de los soldados apresados en la batalla y los rumores sobre todo lo que había ocurrido habían colocado a Vaahur en una situación muy comprometida. El grueso del ejército apoyaba ahora una postura mucho más amable con los extranjeros. Lajlab no dudaría en utilizar su posición contra su actual líder si este no colaboraba en el proceso.

Los rumores sobre la ascendencia de Emily, a la que ya se le atribuía un origen casi divino como descendiente de Rod, el profeta fundador del culto de los Gaal-El, habían dado un vuelco a la política kepleriana. Waafdiv no había dudado en fomentar y adornar aquellas historias para que la opinión pública estuviera del lado de Emily. Pero aun conociendo las nobles intenciones del sumo sacerdote, ella no se sentía demasiado cómoda en esa situación, ya que estaba haciendo creer a los keplerianos que representaba algo más de lo que en realidad era.

Desconocía cómo iba a desarrollarse la ceremonia, pero tenía serias dudas sobre el comportamiento de Vaahur y Khikhya. Le gustase o no, los dos líderes jugarían un papel importante en la misma. Por eso Robert estaba preparando un despliegue sin precedentes para la ocasión. Tenía a su disposición a todos los soldados que resultaron heridos en la defensa de la base, así que movilizó a cincuenta efectivos que partirían esa misma tarde para coordinar junto con los Gaal-El un operativo de seguridad acorde con el acontecimiento que se iba a vivir al día siguiente.

—Ten cuidado, Robert —le pidió Emily con cariño.

—Lo tendré —le aseguró él—. No creo que ninguno de los líderes se atreva a actuar en esta ocasión.

—No subestimes su determinación —aconsejó Emily—. Están acorralados y a punto de perder el poder que atesoraban, pueden ser capaces de cualquier cosa.

—Lo tendré en cuenta.

—Supongo que nos veremos mañana.

Ambos se abrazaron.

—Así es, mi señora —bromeó.

Ella le devolvió la sonrisa y sus labios se fundieron en un beso. Robert la rodeó con sus brazos y ella le correspondió acariciándole la espalda. Permanecieron así hasta que Ada los interrumpió. Había llegado la hora de que Robert partiera con tres vehículos para preparar la defensa. Emily pasó el resto de la tarde dando un paseo por el exterior. Jugó con Lemy, al que le encantaba que le tiraran una pequeña pelota de goma, y revisó los estuches en los que habían guardado los bastones de mando. Los abrió uno por uno. Solo quería contemplarlos antes del gran día. Gritó cuando abrió el tercero.

—¡Mierda! —exclamó— ¡No está!

Emily rebuscó nerviosa entre lo que había en el almacén. Abrió cajas, estuches, miró en todos y en cada uno de los recovecos, pero no había ni rastro de él. Aquello solo podía ser obra de los rebeldes. El subdirector le había dicho que llevaban un tiempo sufriendo sabotajes. Aquel era el último paso que Vaahur había obligado a hacer a uno de los espías rebeldes. Una medida desesperada que podría tirar por los suelos todo el esfuerzo realizado si no encontraban el bastón desaparecido.

—¡Ferrara! —llamó por radio mientras se colocaba el traje—. Tenemos un problema muy serio. Necesito que controles que nadie abandone la base.

—¿Qué ocurre? —preguntó la militar.

—Han robado el bastón de mando de los Wiijof jikhaashyush.

—¿¡Qué!? —exclamó— ¿Quién?

—No lo sé —reconoció—, pero tenemos que encontrarlo antes de mañana sea como sea.

—Veré lo que puedo averiguar —se comprometió Ferrara—, y me encargaré de que vigilen los transportes, aunque tengo poco personal.

—Ada, ¿quién ha entrado hoy en el almacén? —preguntó.

—Varias personas, me temo —respondió ella—. Kostas y Martin a primera hora, y después a última hora de la mañana; Marko también a primera hora y hace un rato; Taro ha estado esta mañana; Evelyn después de él. Gorka y Alberto han estado al mediodía, y Paula ha entrado después, con ellos todavía en el interior. Por último, Robert y cuatro soldados han estado esta misma tarde.

—¿Has controlado las salidas? —preguntó Emily.

—Sí.

—Muéstrame las imágenes por orden —pidió—. Necesito ver qué es lo que sacó cada uno.

Ada le enseñó todas las imágenes. Kostas y Martin sacaron entre los dos maquinaria y material para trabajar los cultivos, como hacían todas las mañanas. Casi a la hora de la comida devolvieron el material al almacén. Marko entró a primera hora de la mañana, pero salió sin nada en la mano. Taro llevaba una pequeña caja de color blanco y regresó al laboratorio, de donde provenía. Gorka y Alberto sacaron un par de cajas con herramientas de mano y vieron a Paula con un atornillador automático. Robert y los otros soldados salieron con una mula cargada de material de defensa que había quedado allí almacenado desde los primeros días de la colonización. Por último, Marko volvió a salir con las manos vacías.

—No puede ser —dijo Emily—. Yo misma he traído los bastones desde la estación espacial.

—¿Has revisado que estuvieran dentro? —le preguntó Ada.

—No estoy segura —dudó.

El último vídeo de Marko abandonando el almacén se había quedado en bucle en su visor mientras pensaba en lo que había hecho esa tarde después de regresar a la base.

—Puedes parar el vídeo —le dijo a Ada.

Pero justo en el momento en el que Ada obedeció, una idea fugaz cruzó su mente.

—¡Espera! —gritó— Vuelve a ponerlo.

Lo hizo y Emily volvió a ver el bucle. Marko salía del almacén hacia la calle. Cuando se abrían las puertas, la luz del exterior provocaba que la sombra de Marko se extendiera hacia el

interior de la base, llegando a penetrar en el almacén.

—Ahora pon el corte de Robert y los soldados.

Tras visualizarlo, ahogó un grito. La sombra de Robert apuntaba hacía el pasillo y no hacia el almacén.

—¡La sombra! —exclamó— Esa imagen de Marko fue grabada en otro momento, el sol no apunta en esa dirección a esa hora del día.

—Tienes razón —reconoció Ada.

—Compara el vídeo con el de Marko de esta mañana. —Ada obedeció y mostró ambos vídeos en el visor, uno a cada lado—. ¡Es el mismo!

De repente, Emily oyó revuelo en el exterior y Ferrara interrumpió su descubrimiento.

—¡Emily! —llamó— Tenemos un intruso que pretende escapar de la base. ¡Están robando una de las naves!

Salió de la base todo lo rápido que pudo y avisó a Balakova para que preparara la Deathwing. Ferrara se unió a ambas en cuanto todo estuvo dispuesto y enseguida estaban en el aire persiguiendo al rebelde infiltrado.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Emily.

—Alguien ha utilizado una taser contra uno de los soldados que custodiaba las naves —dijo ella—. Ha ocurrido todo muy rápido. Se ha llevado el vehículo, no he podido ver quién era.

—Ha sido Marko —dijo Emily.

—¿Cómo?

—No lo sé, pero está claro que trabaja para los rebeldes. Ha manipulado los vídeos de la cámara de la entrada a la base.

—¿Podrás darle alcance, teniente? —preguntó Ferrara.

—Por supuesto —dijo con una sonrisa de seguridad—. Esta belleza tiene cuatro motores de dos mil doscientos kilonewtons de empuje cada uno, no tardaremos nada en darle caza.

Balakova apretó los dientes y exprimió al máximo la potencia de la nave. En pocos minutos cumplió su promesa y tuvieron visual del vehículo del rebelde.

—Ponte a su altura —pidió Emily.

Así lo hizo y pudieron ver al piloto a través de la cabina de la nave. En efecto, era Marko.

—Marko, ¿me oyes? —dijo Emily.

—Claro, preciosa —respondió él con una mueca despectiva.

—¿Qué estás haciendo?

—Tú eres la inteligente —se burló—, dímelo tú.

—No sé qué es lo que te han contado sobre mí —siguió—. No sé qué crees que el capitán Garth puede ofrecerte, pero él solo conoce el miedo y el dolor.

—¿El capitán Garth? —dijo con sorna— No me hagas reír.

—Sea como sea, por favor, te ruego que aterrices y nos devuelvas el bastón.

—Lo siento, niñita, pero eso no va a ocurrir.

Emily no supo qué decir ante la negativa del ingeniero infiltrado.

—Ada, ¿puedes hacer que la nave aterrice? —preguntó Emily.

—No, lo siento —dijo ella—, tiene el control remoto desactivado.

—Marko, aterriza la nave —ordenó Emily—. No vamos a permitir que te lleves el bastón.

—¡Adiós, Emily! —La saludó con la mano y cortó las comunicaciones con una sonrisa en la boca.

—¿Quieres que lo derribe? —preguntó Balakova.

—No, intentaré hacer que entre en razón y vuelva a activar las comunicaciones.

De repente, Marko viró la nave y trató de impactar con la Deathwing. Solo los reflejos de Balakova lo evitaron.

—¡Está loco! —gritó Ferrara— Emily, tenemos que acabar con él, está fuera de sí.

—¡No! —repitió ella— Sé que puedo lograrlo.

Emily hizo gestos con los brazos a través de la cabina de la Deathwing para intentar hacerle ver la locura que estaba cometiendo e indicarle que solo querían hablar con él. Pero aquello no surtió el efecto pretendido y Marko volvió a intentar embestirlas. Esta vez, Balakova no pudo esquivarlo y uno de los dos motores del transporte del rebelde impactó con el chasis de la Deathwing. Una tremenda explosión invadió el cielo y todo comenzó a llenarse de humo.

Balakova maniobró la nave en cuanto sintió el impacto y la Deathwing zozobró unos instantes que parecieron una eternidad. Emily creyó que aquello era el fin, a esa velocidad un impacto resultaría fatal. Sin embargo, la pericia de Balakova las salvó del desastre. La Deathwing recuperó el control y las tres respiraron aliviadas. Pero ni el piloto automático de la nave ni Marko pudieron mantener el de la nave robada.

Una fuerte explosión les llegó desde el suelo. Marko se había estrellado contra una de las zonas boscosas. Balakova dio la vuelta y la Deathwing tomó tierra a pocos metros del accidente. La Deathwing estaba casi intacta. Habían tenido suerte. Emily se acercó a la nave siniestrada, pero aquello era un amasijo de hierros esparcidos a lo largo de varios metros. La cabina del piloto estaba vacía. Encontró a Marko a unos pasos de allí. Su cuerpo estaba seccionado en dos. Emily intentó apartar la vista. Ferrara comprobó el estado del ingeniero por ella.

—Está muerto —dijo.

—Será mejor que busquemos el bastón —dijo Emily—, o lo que quede de él.

Rebuscó entre los restos de la nave y entró en lo que quedaba de la cabina.

—¡Lo encontré! Aunque partido por la mitad —exclamó.

—Bien, mañana enviaré a un equipo a limpiar todo este desastre —dijo Ferrara—. Será mejor que regresemos a la base, el accidente puede haber llamado la atención de algunos indeseables.

El mando único

7 de julio del año 1

Base Magallanes, Kepler-442b

Emily revisó con celo los cuatro estuches alargados que contenían los bastones de mando de los pueblos keplerianos. Los problemas del día anterior provocados por la desaparición del bastón del pueblo Wiijof jikhaashyush la habían vuelto desconfiada. De no ser por los tranquilizantes de la doctora Schmidt, a buen seguro que se habría pasado la noche dándole vueltas al engaño de Marko. El director Patel entró en shock al conocer la noticia. De alguna manera se sentía responsable de las acciones de su pupilo.

Emily repasó mentalmente algunos de los momentos que había compartido con él. Se acordó de aquella conversación en el campo de batalla en la que intentó confundirla con una falsa declaración de amor. De hecho, revivió el alivio que sintió cuando Waafdiv la interrumpió. No pudo evitar pensar que tal vez fuera Marko el responsable de que la mochila de comunicaciones de Waafdiv desapareciera del templo. Muy pocas personas conocían la existencia de dicha mochila. Marko era una de ellas. Fuera como fuese, Emily lamentó la enorme pérdida que acababa de sufrir el proyecto. Pero lo que más le dolió fue que ni siquiera accediera a hablar con ella para tratar de entender sus motivaciones e intentar hacerle cambiar de opinión respecto de los rebeldes.

La mañana amaneció soleada. Robert ya había comprobado la situación en los alrededores del templo y dio su consentimiento para que la comitiva se acercara desde la base. Emily y todos sus compañeros, a excepción de Chad, entraron en las dos naves que se dirigían hacia el templo. Balakova había decidido prescindir de la Deathwing ya que el incidente del día anterior le había generado dudas sobre su estado.

—Está todo listo. —Ferrara golpeó en la pared que separaba la bodega de la cabina.

Las dos naves despegaron desde la base en dirección al templo, donde a Emily le aguardaba una ceremonia que, sin lugar a dudas, Waafdiv estaría encantado de llevar a cabo.

—¿Estás preparada para lo que se te viene encima? —preguntó Ferrara.

—No —respondió ella sin dudar.

—Al menos, tu pierna no se mueve sin control —observó la sargento.

Era verdad. A pesar de haber respondido a la pregunta con sinceridad, no estaba nerviosa. Comprobó que su pulso era normal y que sus piernas reposaban tranquilas sobre el asiento del transporte. Comprendió que tenía más seguridad en lo que hacía, que ya no caía presa de los nervios ante una eventualidad incierta, que era capaz de mantener la cabeza fría en los momentos de adversidad. Aun sintiendo que era un cambio positivo, no pudo evitar turbarse al ser consciente de que todo aquello la estaba cambiando. Tal y como le había dicho el subdirector una vez, «Algún día te convertirás en una gran líder». Le gustara o no, ese día había llegado.

No perdió de vista ni un instante los cuatro estuches que descansaban sobre la mula de la

Copérnico. Cuando el transporte aterrizó en la explanada del templo, Robert les recibió junto con un pequeño grupo de soldados. La seguridad era máxima, y Robert no había querido dejar nada al azar: francotiradores, inhibidores de frecuencia, multitud de drones y un perímetro de seguridad militar eran parte del despliegue que había preparado durante los dos días anteriores.

Emily descendió de la nave seguida de la mula y del resto de sus amigos. Había un murmullo de constante celebración en el lugar. Cientos de keplerianos querían contemplar de cerca la ceremonia que le otorgaría el mando único a la elegida profetizada. Incluso se agolpaban en las rampas que conducían al templo. Subió las escaleras mientras los bustos de los antiguos sumos sacerdotes la observaban con ojos pétreos. Todas aquellas personalidades habían resultado ser los descendientes y seguidores de Steven Rhodes, su padre.

«Ya he llegado, papá. Tarde, pero lo hemos conseguido», se dijo a sí misma.

Controló sus emociones y accedió a la explanada escoltada por Robert y Ferrara. Los miró a ambos. De no ser por ellos, todo este esfuerzo habría sido en vano. Volvió la vista hacia atrás. Allí encontró a Taro, a Gorka y Paula, a Evelyn, a Kostas y a Martin, a Alberto, a Melissa, a Erik y a Min, a Emma, a Yara y también a James. No podía estar más agradecida por la nueva familia que había encontrado. Ese día era también especial para ellos. Para algunos significaba además el primer contacto amistoso con la cultura kepleriana. Emily vio ilusión en sus caras.

En la explanada se había reforzado el cordón de seguridad para evitar que ningún kepleriano pudiera atravesar el perímetro. Una barrera de vallas antidisturbios y una hilera de soldados escoltaban a unas pocas decenas de cultistas ataviados con hábitos de color plata que golpearon el suelo con sus bastones a medida que Emily recorría la distancia hasta la entrada del templo. Allí la esperaba Liikmi, ataviado con su hábito y con una de esas cuerdas ceremoniales keplerianas colgada del cuello.

—Mi señora —la saludó con una marcada reverencia—. Bienvenida de nuevo, todo el mundo aguarda ya su llegada.

Emily avanzó por el pasillo del templo. En esta ocasión, allí casi no cabía un alma. Robert había colocado a ocho de sus soldados en el interior por lo que pudiera pasar, pero el lugar estaba tranquilo. Los invitados más ilustres de cada población llenaban los bancos ataviados con sus mejores galas. Emily localizó a Khikhya y a Khaaÿ mezclados entre la multitud. Le costó algo más encontrar a Vaahur. El líder de los Khaavahki había acudido a la ceremonia a pesar de que eso significara perder su bastón de mando.

Las dos primeras filas de bancos estaban vacías, reservadas para el equipo que acompañaba a Emily. Waafdiv se encontraba tras el altar, ataviado con un hábito de gala confeccionado con una tela gris brillante. Portaba una estola dorada que caía casi hasta el suelo y que lo diferenciaba del resto de sus cultistas. Al verla llegar, el sumo sacerdote asintió con complicidad y esbozó una ligera sonrisa. Emily se aproximó al reclinatorio acolchado que había justo delante del altar y se arrodilló mirando a Waafdiv. Las puertas del templo se cerraron en ese mismo instante y todo quedó a oscuras. Waafdiv se aclaró la voz y se dirigió a los presentes con solemnidad.

—Hermanos y hermanas keplerianos, hermanos y hermanas humanos —comenzó—, hoy es un día muy especial. Hoy es un día de celebración, un día que muchos de nosotros llevábamos toda la vida esperando. Mucho tiempo atrás, un kepleriano avanzó temeroso hacia el interior de esta cueva. Aquel kepleriano, como tantos otros, tenía miedo. Miedo a perder a su pueblo, miedo a que los Khol arrasaran todo lo que conocía y amaba. Aquel kepleriano era muy diferente a cualquiera de nosotros, la vida en los tiempos de la primera Exacción era muy distinta a como es

ahora. Pero, al mismo tiempo, era también muy parecido. Defendía nuestros mismos valores, creía en que, algún día, nosotros alcanzaríamos el éxito en lo que ellos no pudieron.

»Nuestros antepasados sobrevivieron bajo este mismo techo para ocultarse de la amenaza de los Khol, pero no desesperaron, no sucumbieron ante la adversidad y continuaron confiando en el buen criterio de su líder. Entre estas paredes, nuestro profeta miró al destino a los ojos y vaticinó la llegada de nuestra salvadora, de aquella que estaba destinada a liberar al pueblo kepleriano de sus ataduras. Del pesar surgió la esperanza que nos da la fuerza. De la tierra yerma brotó el gran árbol que nos da cobijo. De la oscuridad nació la luz que nos guía hacia la libertad.

De repente, todo el templo cobró vida. Los cultistas encendieron los pebeteros y los canales con aceite para iluminar el lugar. Las llamas anaranjadas amplificaron el discurso de Waafdiv, y muchos de los presentes exclamaron sorprendidos por el efecto.

—Hoy celebramos que la elegida está con nosotros, que somos un único pueblo con una única voz. La voz que nos llevará a la victoria —añadió para concluir la primera parte de la ceremonia.

Waafdiv abrió el pequeño armario que había en el retablo de su espalda y sacó un libro y un cuenco.

—Este es el libro en el que nuestros antepasados dictaron nuestras leyes más ancestrales. En él reside la soberanía de nuestro pueblo, así como todas nuestras tradiciones. En la antigüedad había un líder único para todos los pueblos keplerianos. La Vía de la Contienda fue reclamada y los líderes de los pueblos libres aceptaron el desafío —pronunció con teatralidad—. Emily Rhodes, del pueblo Gaal-El, debía superar las pruebas que los demás líderes le plantearon. Venció en el concurso de resistencia estructural de los Khapabir y logró apoderarse del bastón de mando de Khaaÿ, su líder.

Waafdiv hizo un gesto y Emily se levantó del reclinatorio, se acercó a la mula y abrió el primero de los estuches, del que extrajo el bastón de mando Khapabir. Era un precioso bastón metálico, sobrio y de color cobrizo. Tenía unos remaches en la parte superior que fijaban el pomo ovalado a la vara de metal. Emily lo aproximó al altar y lo colocó en la pequeña hendidura que había en la esquina izquierda. El anciano líder de los Khapabir se levantó de su asiento y con mucha calma, pero sin ayuda, se aproximó hasta el altar. Waafdiv le tendió su cuchillo ceremonial y el anciano kepleriano lo aproximó a su palma. Unas gotas de sangre se derramaron sobre el cuenco ceremonial.

—Yo, Khaaÿ, líder de los Khapabir, cedo mi bastón de mando a la candidata de la Vía de la Contienda.

El anciano regresó a su asiento, pero antes posó con cariño su mano en el hombro de Emily con un gesto de complicidad. Waafdiv volvió a tomar la palabra.

—La candidata consiguió la planta que demandaba la prueba del pueblo Wiikhaadiiz ofiz y reclamó para sí el bastón de mando de Khikhya, su líder.

Emily se levantó de nuevo y recogió el bastón de Khikhya. En este caso se trataba de uno de madera natural, sin tallar, que tomaba un tono azulado gracias a un tinte que casi se había perdido por completo. En la parte superior, unas filigranas metálicas enjaulaban el pomo con forma de huevo en el que se habían pintado diferentes motivos del estilo de vida kepleriano. Emily lo depositó en la cuarta de las hendiduras del altar. Khikhya se levantó de su banco y realizó la misma liturgia que su homólogo.

—Yo, Khikhya, líder de los Wiikhaadiiz ofiz, cedo mi bastón de mando a la candidata de la Vía de la Contienda.

Sin embargo, no dirigió ni una sola mirada a Emily, que la vio regresar a su asiento con indiferencia.

—El campeón de la candidata —siguió Waafdiv— superó al campeón de los Khaavahki en el juicio por combate y su líder, Vaahur, declinó entregar su bastón de mando.

Un silencio incómodo se hizo en el templo. Emily permaneció arrodillada sin levantar la cabeza, aunque podía ver a Vaahur removerse en su asiento gracias a la cámara trasera del casco. Tras unos instantes de incertidumbre, este se levantó por fin.

—¡No pienso dejar que una maldita extranjera mancille el buen nombre de los Khaavahki! —exclamó— ¡El pueblo Khaavahki no entregará su bastón de mando!

Vaahur alzó su bastón y golpeó con fuerza el suelo. Casi de forma sincronizada, la puerta del exterior se abrió y seis guardias khaavahkis entraron en el templo. Con una rapidez inusitada para llevar una armadura tan pesada, los soldados se abrieron paso por el pasillo central del templo y apuntaron sus lanzas directas al cuello de su líder.

—¿Qué demonios creéis que estáis haciendo? —les espetó— Bajad de inmediato las armas. ¡Es una orden!

Una figura se levantó de su asiento justo a su lado. Llevaba un traje azul marino y tenía un porte mucho más elegante y sofisticado que el líder khaavahki.

—Señor, le recomiendo que deponga su actitud y entregue el bastón de mando como dictan nuestras leyes —le instó Lajlab, su coronel.

—¡Tú! —le recriminó— ¡Debí imaginar que estarías detrás de todo esto! ¡Sucio *thaamni* cobarde! ¡Después de lo que he hecho por ti! ¡Maldito traidor!

—Le ruego que no convierta esto en un espectáculo todavía más lamentable de lo que ya es —le respondió él, muy calmado—. Acepte su derrota y acabe con esto de una manera digna.

—¡Lo entregaré cuando la candidata demuestre que ha conseguido el bastón de los Wiijof jikhaashyush!

Lajlab miró de soslayo a Waafdiv, que asintió. Los soldados bajaron sus armas, pero permanecieron al lado de Vaahur, que acabó por sentarse airado ante la humillación que acababa de sufrir delante de todos.

—Sea así —dijo el sumo sacerdote—. La candidata encontró la ciudad perdida de los Wiijof jikhaashyush y recuperó el bastón de mando de Dikkarta de las garras de los mismísimos Yokai.

Un murmullo se alzó en el templo. Todos habían dado por perdida la ciudad oscura, hasta el punto de creer que se trataba de una leyenda. Emily escuchó comentarios de sorpresa y admiración entre los asistentes, pero también de temor y precaución. Aquello suponía un hallazgo que ningún kepleriano había sido capaz de realizar. Emily se levantó y abrió el tercero de los estuches. Se trataba de un bastón de metal muy oxidado y en malas condiciones. Además, el incidente con Marko del día anterior lo había partido en dos y habían tenido que unir los pedazos de nuevo para poder mostrarlo en la ceremonia. Emily colocó aquel bastón en la hendidura de la esquina derecha del altar y regresó a su sitio ante los murmullos de los presentes.

Waafdiv se dirigió de nuevo a Vaahur.

—Mi señor Vaahur —dijo—. Si es tan amable de cumplir su palabra y entregar su bastón de

mando, podremos continuar con la ceremonia.

—¡Jamás! —dijo él, enrocado.

—En ese caso, no me queda más remedio que relevarlo del cargo, señor —dijo Lajlab a su lado—. ¡Llévenselo!

Los seis soldados keplerianos esperaron a que el antiguo líder se levantara de su asiento y lo acompañaron hasta la salida. Lajlab recogió el bastón de mando Khaavahki, una sencilla pieza de madera tallada y teñida de verde militar sin ningún adorno salvo el pomo metálico, lo acercó hasta el altar y lo colocó en la segunda hendidura. Lajlab recogió el cuchillo ceremonial y realizó un corte en la palma de su garra.

—Yo, Lajlab, en representación legítima de los Khaavahki, cedo el bastón de mando de nuestro pueblo a la candidata de la Vía de la Contienda.

—Por último —continuó Waafdiv—, se le encargó a la candidata que tradujera el más sagrado de nuestros libros, escrito en la lengua de los antiguos y de la que tan solo el sumo sacerdote de los Gaal-El es conocedor. No solo fue capaz de hacerlo, sino que descubrió que la lengua en la que se escribió el libro es la de los humanos.

El murmullo que se alzó ante tal revelación se mezcló con expresiones de sorpresa. Ningún kepleriano podía conocer aquella información de antemano y tampoco fueron capaces de entender las implicaciones reales que suponía. Waafdiv era inteligente y sabía qué información podía revelar y cual no. Por el momento era mejor no desvelar el auténtico origen del pueblo kepleriano. Si a ella misma le costaba creer lo que había ocurrido, no quería ni pensar en las consecuencias de revelárselo al resto de la población.

Waafdiv recogió su báculo grisáceo y lo acercó a la parte delantera del altar. Lo colocó en el último de los huecos disponibles, justo en el centro, y regresó a su posición, donde se hizo un corte en la mano con la daga ceremonial.

—Yo, Waafdiv, sumo sacerdote del pueblo Gaal-El, cedo mi bastón…

De repente, algo hizo que Waafdiv detuviera en seco su frase. Se quedó perplejo mirando con atención el altar. Emily comenzó a oír unos sutiles golpeteos que provenían de la piedra maciza que hacía las veces de altar ceremonial. Luego se oyó un siseo que vino acompañado de una densa cortina de humo que en poco tiempo dificultó la visión dentro del templo. Los asistentes comenzaron a ponerse nerviosos ante aquel inesperado acontecimiento y empezaron a oírse gritos de pánico. Alguien insinuó que la candidata era una hechicera y los había embrujado a todos. Los soldados que Robert había colocado en el interior del templo no tenían muy claro cómo actuar y pedían órdenes a sus superiores ante aquel alboroto. Emily se levantó del reclinatorio y se acercó a Waafdiv avanzando a tientas entre la densa niebla que no paraba de salir del altar. Cuando llegó a su altura, su expresión facial la confundió. Seguía mirando al altar con curiosidad.

—¿Se encuentra bien? —le dijo.

—Sí —respondió—. Creo que ahí hay algo.

El siseo se detuvo y la niebla comenzó a disiparse con lentitud. Varios tosidos llegaron a sus oídos desde los bancos de los asistentes. Waafdiv tenía razón, encima del altar había algo que antes no estaba allí. La niebla tardó unos angustiosos minutos en permitir de nuevo la visibilidad, pero cuando lo hizo, Emily descubrió que allí había un bloque de metal. Ambos se acercaron al rectángulo de color gris con acabado mate. No tenía ninguna inscripción ni ningún tipo de

deformación ni impureza, era un bloque rectangular de unos cincuenta centímetros de ancho por veinticinco de alto y otros veinticinco de fondo.

—¿Qué es esto? —preguntó Emily.

—No lo sé —respondió Waafdiv—. No lo había visto jamás.

—Pero acaba de salir del interior del altar.

—Lo sé, pero desconocía que ahí dentro hubiera algo.

Emily lo observó con detenimiento y vio dos cosas que la llamaron la atención. Extendió la mano para tocar el bloque de metal casi perfecto.

—¿Estás segura? —le dijo Robert, que se había acercado ante la posibilidad de que fuera una trampa.

—Parece inofensivo —dijo.

—Es solo un bloque de titanio puro —apuntó Taro.

—Eso solo puede significar que esta es la caja de la que hablaba la última de las pinturas de la cueva de ahí atrás —dijo Emily.

—Bien, pero ¿cómo se abre? —preguntó Ferrara.

—No tengo ni la menor idea —respondió Emily.

Mensaje del pasado

7 de julio del año 1

Templo de los Gaal-El, Kepler-442b

Waafdiv había tomado la decisión de concluir la ceremonia de forma apresurada. Vertió el contenido del cuenco sobre uno de los pebeteros en llamas y le colocó a Emily un *wiijiib thiipiar*, una de esas cuerdas ceremoniales que los keplerianos utilizaban como distintivo. En este caso, la suya estaba formada por otras cinco más pequeñas, cada una del color que representaba a cada población kepleriana: plata de los Gaal-El; cobrizo de los Khapabir; verde de los Khaavahki: azul por los Wiikhaadiiz ofiz y el dorado de los Wiijof jikhaashyush.

Emily tenía previsto dirigirse a los asistentes, le habría gustado decirles que iba a hacer lo posible por cumplir las expectativas y devolver la confianza que el pueblo kepleriano había depositado en ella. También quería enviar un mensaje de esperanza y de tranquilidad, asegurarles que nada iba a cambiar en el día a día de los keplerianos. Emily pretendía que los líderes actuales de cada población siguieran realizando las mismas tareas a modo de delegados, respondiendo solo ante ella y permitiendo una coordinación más óptima de todos los pueblos.

Sin embargo, el descubrimiento que acababan de hacer había modificado los planes que tanto Waafdiv como ella tenían para ese día. Los invitados fueron conducidos al edificio en el que se iba a celebrar un banquete en honor a la nueva líder del pueblo kepleriano. Mientras, Emily, Waafdiv y sus compañeros se agolpaban alrededor del misterioso bloque de titanio que había aparecido como por arte de magia desde el interior del altar del templo.

—¿Nunca había visto esto? —preguntó Gorka, que examinaba con curiosidad el mecanismo de apertura del que había surgido el bloque.

—No, nunca —respondió Waafdiv.

—Pues no hay duda de que se trata de tecnología humana —dijo el ingeniero—. Está un poco deteriorada, pero el sellado era hermético y ha aguantado todos estos años casi intacto.

—¿Qué es? —preguntó el sumo sacerdote.

—No lo sabemos —dijo Emily—. Es algo que se ha creado para un fin concreto.

—¿Y qué es lo que ha provocado que se abriera? —preguntó Erik.

—Yo… —trató de recordar— He colocado mi bastón de mando en el centro del altar y he realizado el corte en mi palma… Justo en ese momento he empezado a escuchar ruidos extraños que provenían del interior.

—¿Los bastones han provocado la apertura del altar? —preguntó Ferrara.

—Sí —confirmó Emily—. Los bastones tienen algo que ha ocasionado todo esto.

—Tal vez debamos analizarlos —sugirió Erik.

Liikmi se acercó hasta aquel grupo y le susurró algo a Waafdiv al oído que Emily no llegó a escuchar.

—Tienes razón, anuncia que iremos en breve. Gracias, Liikmi —le respondió—. Me temo que la nueva líder de los pueblos keplerianos y yo mismo tenemos una serie de compromisos ineludibles con el resto de invitados.

—¿Tenemos que marcharnos? —preguntó Emily.

—Eso me temo, mi señora —dijo con una reverencia.

—De acuerdo. Erik —llamó—, analizad los bastones para saber cómo han provocado la apertura del altar. Mantenedme informada.

Robert, Ferrara y un pequeño grupo de soldados escoltaron a Waafdiv, Emily y el resto de sus compañeros hasta uno de los edificios laterales. En el amplio comedor del templo, los cultistas habían acomodado a los invitados de la ceremonia en diferentes mesas. En el centro de la estancia había una mesa redonda en la que esperaban los tres líderes restantes. Cuando Emily entró, todo el mundo se levantó y aguardó mientras llegaban a su sitio para volverse a sentar. Un aplauso generalizado estalló en el comedor.

—¡Larga vida a la elegida! —gritaron desde una de las mesas.

—¡Viva nuestra líder! —gritó una voz femenina.

Emily saludó con un gesto tímido a los invitados y tomó asiento entre Khikhya y Waafdiv. Lajlab y Khaaÿ aplaudieron unos instantes y se sentaron después de ella.

—Disculpen el retraso —se excusó Waafdiv—. Esa última sorpresa ha trastocado nuestros planes.

—No pasa nada, querido —dijo Khikhya—. Además, nuestra bienamada líder tendrá que comenzar a acostumbrarse a las eventualidades típicas de una posición elevada. ¿Qué tal te encuentras, querida?

Khikhya puso su mano sobre la de Emily y la miró con condescendencia. Sin embargo, sabía a la perfección que tras esa fachada de anciana adorable había un monstruo capaz de cualquier cosa. Necesitaba saber qué había pasado con Yisht y tenía que jugar a aquel juego si de verdad quería ganarle la partida a esa arpía disfrazada de anciana.

—Muy bien —sonrió con falsedad—, deseando ponerme a trabajar para que el pueblo kepleriano funcione como uno solo.

—Me alegro mucho, querida —sonrió—. Ya sabes que nosotros estamos aquí para ayudarte en lo que podamos. Pero te aconsejo que tengas mucho cuidado, habrá tensiones, y no son pocos los keplerianos que no aceptarán a una extranjera en el poder.

—Gracias por la advertencia, Khikhya —respondió sin apartar la mirada—. Estaré atenta a los peligros que nos amenazan a todos, empiezo a ver las cosas con mucha más claridad que cuando nos conocimos.

—Por supuesto. —La kepleriana apartó su mano.

—¿Puedo preguntar cuáles son sus planes de gobierno? —se interesó Khaaÿ.

—No pretendo modificar ninguna de sus leyes, ni interferir en el gobierno de sus ciudades, si es lo que les preocupa —explicó Emily—. Lo que quiero es orientar los esfuerzos hacia la amenaza que se cierne sobre la población.

—¿Se refiere a los Khol? —preguntó Lajlab.

—En efecto —respondió Emily.

—¿Pretende hacerles frente? —insistió el coronel Khaavahki—. Ya intentamos enfrentarnos a ellos hace miles de años, en la Gran Revuelta. Y aquello no acabó nada bien para nosotros.

—Lo sé, pero en aquella ocasión nosotros no estábamos aquí —respondió Emily.

Los cultistas encargados de atender a los invitados comenzaron a distribuir platos por las mesas. Uno de ellos les colocó delante un cuenco con una especie de sopa de color rojizo y verduras flotando. A Emily le recordaba a una sopa de tomate y, aunque tenía buen aspecto, tuvo que declinar el plato, ya que continuaba con el exotraje puesto. Aprovechó a tomar algo de papilla y beber agua mientras observaba con atención cómo comían sus compañeros de mesa. Le sorprendieron gratamente los modales de todos ellos, pero claro, los únicos modelos de conducta keplerianos que había tenido eran un adolescente y un ermitaño que vivía solo en las montañas.

—¿Y cómo espera acabar con los Khol? —insistió Lajlab.

—Lo primero que necesitaremos es conocer a nuestro enemigo —respondió Emily—. Sabemos muy poco sobre ellos y tendremos que recabar toda la información de la que se dispone para poder trazar una estrategia.

—El general Faddub, uno de esos idolatrados líderes Khaavahki, ya lo intentó en la Gran Revuelta y fracasó —insistió Khikhya con desprecio—. Haría bien en no subestimar a sus enemigos, querida.

—Les seré franca —respondió Emily—. Mi pueblo no ha venido hasta aquí para librar una batalla, somos sobre todo científicos y trabajadores y, aunque tenemos soldados, ni siquiera yo tengo formación militar. Pero les diré algo: da igual lo que intenten contra los Khol, si no son capaces de permanecer unidos, de trabajar sin intereses personales y pensar solo en el bien de sus ciudadanos, nunca podrán vencerlos. No sé lo que pasará si logramos permanecer juntos, pero les garantizo que seguiremos siendo esclavos si no lo hacemos.

—Tal vez sea lo mejor —insinuó Lajlab—. En las exacciones de las últimas generaciones no ha habido demasiadas correcciones a nuestra población.

—¿Y qué ocurrirá en las siguientes exacciones? —preguntó Waafdiv—. ¿Es este el mundo que queremos dejar a los jóvenes que ocupen nuestro lugar en el futuro?

—A usted no le preocupan los jóvenes —discutió Khikhya—. Usted solo quiere que todo por lo que sus antecesores lucharon cobre sentido.

—Por desgracia, no hay demasiados jóvenes en mi pueblo —argumentó Waafdiv—, pero ¿qué creen que ocurrirá cuando los Khol comprueben el crecimiento en población y tecnología que existe en Khapabir? ¿O cuándo se den cuenta de que el ejército de Khaavahki tiene más de mil efectivos?

Los cultistas retiraron los platos vacíos de los comensales, pero eso no detuvo la conversación, que estaba tomando un tono más bronco de lo deseable.

—¿Y quién va a derrotarlos? ¿Ella? —señaló a Emily con una sonrisa irónica—. Acaba de admitir que ni siquiera tiene formación militar.

—Es la elegida, su llegada fue vaticinada, y con ella el final de nuestra esclavitud —rebatió el sumo sacerdote.

—Sus creencias no van a ganar las guerras, Waafdiv —se quejó Lajlab—. Son los soldados los que luchan en el campo de batalla.

—En ese caso, lucharemos y ganaremos —afirmó Waafdiv.

—¿Con qué ejército cuentan los Gaal-El para presentar batalla? —preguntó Lajlab—. No intente embaucarme con palabrería barata. Tal vez eso funcione con estos dos ancianos —hizo un gesto despectivo al señalar a Khikhya y a Khaaÿ—, pero conmigo necesitará algo más.

Los cultistas sirvieron el siguiente plato, carne asada y un puré de color anaranjado que parecía muy apetecible.

—Si después de lo que ha demostrado la elegida, que ha superado todas vuestras tretas, no sois capaces de creer en su capacidad, ¿en quién vais a creer?

—En ninguno de ustedes, desde luego —dijo Lajlab.

—Ni nosotros lo haríamos en usted —espetó Khikhya, cuya expresión cambió por completo —. Antes muerta que bajo el mando de un maldito Khaavahki.

—Me alegro, ya que dudo que le quede mucho tiempo en este mundo —se burló Lajlab.

—Es usted un maleducado y un prepotente —le recriminó Khaaÿ.

Emily contempló con resignación lo que ocurría con los líderes keplerianos, enzarzados de nuevo en viejas rencillas y poniendo siempre sus egos por encima del bien común.

—¿Emily? —escuchó que alguien la llamaba por la radio.

—Dime, Erik.

—Ya sabemos cómo se ha detonado la apertura del altar —le dijo—. Si puedes venir, te lo enseñamos.

—Ahora estoy un poco ocupada —dijo ella—. ¿No puedes hacerme un resumen?

—Prefiero que lo veas por ti misma.

—De acuerdo, voy enseguida.

La discusión seguía, y cada vez se encendía más y más. Khikhya le recriminó a Lajlab antiguas actuaciones de Vaahur que no fueron de su agrado, y Lajlab le habló de un escurridizo espía que había sido capaz de medrar dentro de la cadena de mando del ejército. Khaaÿ se unió a la discusión recriminándoles a ambos su obstinación por recrear conflictos pasados. Waafdiv, por su parte, se quejó de que ninguno de ellos era capaz de tener visión de futuro. Emily no aguantó más aquella absurda situación.

—Es precisamente por este motivo por lo que nunca podremos vencer a los Khol —les interrumpió—. Solo son capaces de discutir por ver quién de ustedes tiene el ego más grande. ¿Quieren que el pueblo kepleriano sea libre? Pues no lo conseguiremos si no estamos unidos.

—¿Unidos, decís? —se burló Khikhya—. Yo soy la única que defiende las tierras de mi pueblo frente a esa escoria Khaavahki.

—¿Tierras? —Emily se levantó de su silla—. ¿Qué valor tienen esas tierras si los Khol las riegan con la sangre de vuestro pueblo? ¿Y qué valor tiene toda la tecnología Khapabir si no sirve para conseguir la libertad? ¿Para qué sirve un culto y un ejército que no son capaces de defender a sus semejantes contra una constante agresión extranjera? ¿Cuántos keplerianos tienen que morir para que sus líderes se pongan de acuerdo?

Emily hizo una pausa para que sus palabras calaran en sus interlocutores.

—Y ahora, si me disculpan, tengo asuntos que atender —se despidió.

Abandonó el comedor y el resto de su equipo salió detrás de ella. Regresaron al templo, donde Erik y Min continuaban examinando el altar con minuciosidad. Habían llevado material

desde las naves, pero ya lo estaban recogiendo.

—¡Emily! —exclamó Erik—. Lo tenemos.

—¿Qué es lo que tenemos?

—Verás, no hemos querido estropear el altar, ya que es bastante antiguo y entendemos que tiene un valor incalculable —explicó el joven—, pero hemos metido una sonda con una cámara y hemos podido ver todo lo que hay ahí dentro. Aparte de los servomotores que gestionan el mecanismo, hemos encontrado una placa y una batería similar a las que se utilizan en las mulas y en otros dispositivos expuestos a la intemperie.

—¿Es de la Galileo? —preguntó.

—Ada ha consultado el número de serie en sus bases de datos y sí, pertenecían a la Galileo, concretamente a uno de los sensores externos del módulo de terraformación de la estación.

Emily abrió los ojos con interés. Eso significaba que los supervivientes de la Galileo habían podido llevar algo de tecnología con ellos.

—¿Y qué es lo que detonó la apertura del compartimento? —preguntó.

—Esa es una buena pregunta —dijo el joven, que mostró una pequeña pieza redonda y plana, de color gris oscuro y de la que colgaba un pequeño cable.

—¿Debería saber qué es eso? —preguntó, confundida.

—Esto es un sensor de proximidad de la estación —reveló—. Uno normal y corriente, como los que hay distribuidos por todas nuestras instalaciones para abrir las puertas a nuestro paso.

—¿Y?

Erik recogió de la mesa un pequeño cilindro, apenas del tamaño de una uña, y se lo mostró a Emily.

—¿Eso es un chip de identificación? —preguntó ella, extrañada.

—Sí. Perteneció al director Rhodes.

—¿¡Qué!? —exclamó— ¿De dónde lo has sacado?

—Del interior del pomo del bastón de los Gaal-El —reveló.

Erik le mostró a Emily el pomo ovalado del bastón. Lo habían separado de la madera y abierto por la mitad.

—¿Ha estado todo este tiempo ahí dentro?

—Eso me temo —dijo el joven ingeniero—. Y había uno en cada uno de los demás bastones. El chip del director de cada departamento era la llave que abría el altar.

—¿Quiénes eran los demás? —quiso saber.

—Ada, ¿puedes nombrarlos?

—Claro —dijo ella—. El chip del director Rhodes se encontraba en el interior del bastón Gaal-El; el del doctor William Taylor estaba dentro del bastón de los Wiikhaadiiz ofiz; el de la almirante Närhi, en el de Khaavahki; el del capitán Arimardan Kapoor, estaba en el interior del bastón de los Wiijof jikhaashyush; y el del doctor Vitali Petrov, en el del bastón Khapabir.

—¿Doctor Petrov? —se extrañó Emily—. Él no era el director de ingeniería de la Galileo.

—Era su chip el que estaba dentro —respondió Ada—. Tal vez la directora Kerridge no

sobrevivió al viaje.

—Qué lástima —murmuró Emily—, era una mujer encantadora. Se llevaba muy bien con mi padre.

—Ahora nos queda por saber qué es esa cosa. —Kostas señaló el bloque de titanio.

—¿Habéis podido averiguar algo sobre él? —les preguntó Emily.

—No, lo lamento —dijo Min—. No disponemos aquí de instrumental para analizarlo o intentar abrirlo.

Waafdiv y Liikmi se unieron al grupo. El sumo sacerdote traía una expresión bastante sombría. Estaba avergonzado.

—Lamento mucho lo ocurrido —les dijo a todos—. La política kepleriana es muy complicada.

—Tranquilo, Waafdiv. Ya encontraremos la manera de reconducir la situación —respondió Emily—. Pero ahora nos gustaría volver a ver una de las pinturas de la cueva.

—Por supuesto, lo que sea necesario.

Extrajo la llave de las mangas de su hábito, abrió la puerta de la cámara del cónclave y les franqueó el paso hasta la entrada de la cueva sagrada. Emily encendió la linterna de su casco y se quedó observando la alargada figura que se suponía que la representaba a ella misma. Portaba un corazón en sus manos y lo posaba encima de un rectángulo oscuro sobre el que los cinco líderes keplerianos habían colocado sus bastones. Era tal y como había ocurrido, pero ¿qué significaba aquel corazón?

—Tal vez tengamos que colocar algo encima de la caja —dijo Paula.

—Pero ¿el qué? —Emily se giró hacia ella—. ¿Qué puede representar ese corazón?

—¿El amor? —dijo Kostas.

—Pero ¿cómo colocas algo inmaterial como el amor o el cariño encima de un bloque de titanio? —preguntó Erik.

—Tal vez sea una clave —insinuó Gorka—. Emily, tú eres la única que conocía al director Rhodes. ¿Se te ocurre algo que pudiera representar eso para él?

—Está claro que se trata de ella, Gorka —le recriminó Paula—. ¿Qué puede haber más puro que el amor de un padre por su hija?

Emily volvió a mirar la pared de la cueva. Observó las manos con el corazón y los bastones sobre el bloque. Decidió salir, necesitaba pensar. ¿Qué significaba ese corazón? Llegó de nuevo al altar y lo volvió a examinar. Lo levantó. Era pesado, pero menos que otros metales. Lo giró en todas las direcciones. Entonces vio algo.

—Erik —dijo—. ¿Dónde están los chips de identidad?

—Aquí —respondió él.

—En este lateral hay cinco pequeñas ranuras —dijo Emily—. Son del tamaño de un chip. Puede que sea necesario introducirlos en su interior.

—Vaya, no sé cómo se nos ha podido pasar ese detalle —se excusó el joven—. Lo lamento, creo que nos hemos centrado más en el altar.

—No te preocupes. Dame los chips en el mismo orden en el que estaban colocados en el

altar.

Uno a uno, Emily introdujo los chips de identidad de los responsables de la Galileo. Todos observaron el bloque con atención cuando Emily colocó el último. Sin embargo, no ocurrió nada.

—Creo que falta el corazón —dijo Kostas.

De repente, Emily sintió un escalofrío que le recorrió la espalda.

—¿Qué has dicho, Kostas?

—Que falta poner el corazón de la pintura.

Emily se echó a llorar. ¿Cómo no se había dado cuenta antes? La vida de su padre había sido trepidante, le tocó vivir tiempos convulsos. Su generación presenció el impacto en la luna, tuvo que crecer con la incertidumbre de saber cuánto tiempo tendrían antes de que fuera demasiado tarde. Tuvieron que buscar soluciones al problema más grave de la historia de la humanidad. Pero Emily conocía a su padre muy bien, y aunque ella sabía que la quiso mucho, hubo otra persona a la que quiso incluso más que a ella. Se colocó en la posición de apertura de su traje.

—¿Qué estás haciendo, Emily? —preguntó Paula.

—Solo hay dos cosas que nunca me he quitado desde que las tengo —les explicó entre lágrimas—. Una es la pulsera con el chip de identidad de mi abuela Karen que me regaló mi tío George. La otra es el chip de identidad de mi madre, con el que mi padre hizo un colgante en forma de corazón.

Emily apartó el gorro del mono negro y lo echó hacia atrás. Manipuló la cadena de su colgante y lo sostuvo como si contemplara a su madre.

—Solo hay alguien a quien mi padre y yo amaramos más que al otro —siguió Emily entre sollozos—: mi madre. Él sabía que no me apartaría jamás de este colgante de titanio.

Emily lo colocó encima del bloque con sumo cuidado mientras todos observaban expectantes. De repente, el bloque emitió un ruido mecánico y a lo largo de la mitad del mismo apareció una holgura de menos de un centímetro. Emily levantó la parte superior y pudieron ver lo que había en el interior de aquella caja. Varias memorias amontonadas, un proyector de hologramas y dos anillos dorados. Emily recogió los anillos y los observó. En la cara interior de ambos se podía leer la misma inscripción: STEVEN 21-11-2269 EMMA. Eran los anillos de boda de sus padres.

Entonces, el holoproyector cobró vida y la imagen de un anciano se proyectó sobre la caja.

—Hola, bichito —saludó un envejecido Steven Rhodes con una sonrisa—. Me temo que llegas tarde.

34

El legado de Galileo

23 de agosto del año 3286

Holoblog — Entrada 1

—¿Por dónde empiezo? —preguntó en voz alta—. Alan ha sugerido que grabe estos holoblogs para que quien los encuentre pueda saber qué nos ocurrió. —Sonaba preocupado y cansado—. Espero que podamos seguir...

Su voz se quebró antes de concluir la frase. Miró al suelo. Negó con un gesto y se frotó la cara con las palmas de las manos. Se armó de valor y miró de nuevo al objetivo de la cámara de hologramas.

—Mi nombre es Steven Rhodes, soy el director del que fue conocido como Proyecto Orfeo. —Hizo una breve pausa para ordenar sus ideas—. Creo que será mejor que comience por el principio. La especie humana se vio amenazada hace más de mil años por un acontecimiento catastrófico. Un asteroide colisionó con la luna de nuestro planeta y uno de sus fragmentos amenazaba con destruir nuestra civilización. El Proyecto Orfeo fue una de las dos soluciones que los gobiernos humanos pusieron en marcha para que la especie sobreviviera.

»Durante miles de años, nuestro pueblo ha mirado hacia el firmamento para tratar de entender el funcionamiento del cosmos. Los primeros humanos descubrieron gracias a la observación de las estrellas las épocas idóneas para realizar los cultivos, predijeron las mareas de nuestros océanos para poder pescar. Sin embargo, seguíamos siendo simples hormigas a hombros de un Dios. La ciencia humana avanzó y consiguió dominar el átomo, estableció sistemas de comunicación globales e instantáneos, incluso creamos inteligencias mecánicas que casi llegaron a destruirnos. Pero, aun con todo, seguíamos fijando nuestra vista en las estrellas, cada vez más lejos. La humanidad coqueteó con la idea de poblar otros planetas, lo intentamos con los más cercanos, dentro de nuestro sistema solar. Pero tras aquel terrible acontecimiento, el ser humano se vio obligado a aprender a correr antes que a gatear.

»Tres naves fueron creadas, pero… —se detuvo— Solo nosotros hemos conseguido llegar a nuestro destino. Este planeta, al que llamamos Kepler-442b por haber sido descubierto hace mucho tiempo por el telescopio espacial Kepler, es el planeta que albergaba una mayor probabilidad de resultar habitable para el ser humano. Además, nuestros ingenieros y científicos crearon un artefacto que nos permitiría modificar sus condiciones a escala planetaria para hacerlas más habitables.

»Llegamos el 24 de abril del 3279, hace ya más de siete años según el calendario de nuestro antiguo planeta. Durante este lapso de tiempo Kepler-442b ha dado más de veintitrés vueltas a su estrella. Encontramos el planeta deshabitado, más allá de la escasa fauna y flora locales. Sin embargo, pronto nos dimos cuenta de que había multitud de artefactos construidos por una raza de inteligencia superior a la nuestra. Nuestros estudios sobre la infraestructura encontrada nos hicieron pensar que quizá el planeta tuviera un dueño que intentaba modificar las condiciones del mismo para su utilización en un futuro.

Hizo una larga pausa y se mesó la barba.

—Pero eso no podía entorpecer nuestro cometido principal, debíamos seguir con el plan de

construir un nuevo hogar. Durante estos últimos años, los ingenieros de nuestra nave, la Galileo, han seguido los planes trazados por el proyecto. Se plantaron semillas alteradas genéticamente para hacerlas resistentes a las condiciones del planeta. Comenzaron los trabajos para crear nuevas capas en la atmósfera que permitieran la vida humana sin necesidad de edificios con soporte vital adaptado al ser humano. Poblamos los océanos y también los dos principales continentes del planeta.

»Muchos individuos de las especies que pusimos en circulación sobrevivieron en las nuevas condiciones; otros no lo consiguieron. Las moléculas generadas por los artefactos de la civilización superior han jugado un papel importante en esa adaptación. Hemos llegado a comprender cómo funcionan y eso nos ha ayudado a mejorar los ratios de supervivencia, pero a pesar de todo, seguimos sin aplicarlas sobre nuestra población. Cada vida humana vale su peso en oro y no hemos querido arriesgarnos todavía. Sin embargo, la situación ha cambiado de manera radical en los últimos meses, y me temo que tendremos que descubrir muy pronto cual es el ratio de supervivencia de la especie humana. Espero que seamos capaces de aplicar nuestros conocimientos en estas condiciones.

Steven detuvo su monólogo y dio un largo trago de agua de su taza. Miró hacia la pared de su izquierda y se quedó pensativo, con la mirada perdida. Lanzó un suspiro antes de continuar con la grabación.

—Hace año y medio autoricé la petición de nuestro director de ingeniería para desmantelar uno de los obeliscos alienígenas. Descubrimos que existe una estructura subterránea muy interesante que nos podía ayudar a entender su tecnología. Quién sabe si con más tiempo podríamos haber mejorado la nuestra aprovechando lo aprendido. Pero desde ese mismo día los acontecimientos se han precipitado como un castillo de naipes al que una ráfaga de viento le priva de uno de sus pilares.

»Dos semanas después de concluir el desmantelamiento de la estructura alienígena, la estación detectó una anomalía a millones de kilómetros de aquí. Nuestra inteligencia artificial no la habría descubierto de no ser porque ocultó una estrella de nuestra visual. De aquella anomalía surgieron tres bólidos de pequeño tamaño. Al principio pensamos que se trataba de proyectiles que una nave con una tecnología superior de camuflaje nos había lanzado. Saltaron todas las alarmas, pero pronto descubrimos que la trayectoria no era de impacto. Aquellos tres minúsculos puntos aminoraron su velocidad de manera deliberada. La anomalía desapareció poco después.

»Seguimos la pista de aquellas tres sondas alienígenas. Tomaron tierra en el enorme cráter que existe en el mismo continente donde nos encontramos ahora mismo. Sin embargo, resultaron demasiado rápidas para nuestros drones propulsados con motores electromagnéticos. Las perdimos de vista al cabo de un rato para no volverlas a ver jamás. Nuestros drones tan solo llegaron a detectar algún tipo de anomalía gravitatoria alrededor de las sondas. Ese acontecimiento, a pesar de no provocarnos daño alguno, acabó por precipitar todas nuestras acciones posteriores.

»Ante la posibilidad de recibir algún otro tipo de visita menos amable decidimos poner a salvo parte de nuestro patrimonio, tanto material como humano. Nuestros exploradores encontraron estas cuevas en una explanada natural de la cordillera cercana a nuestra base principal. Hemos dedicado estos últimos meses a almacenar provisiones, material y armamento. También hemos acondicionado gran parte de la cueva para que pueda funcionar como refugio en caso de catástrofe. Hemos trabajado a contrarreloj pensando que corríamos peligro. Y todo indicaba que no iba a pasar a mayores, hasta hace justo tres días.

Guardó silencio durante unos instantes. Pensó en los acontecimientos recientes y su cara reflejó un profundo abatimiento, como si el esfuerzo de toda una vida de dedicación hubiera resultado en vano.

—Han ocurrido muchas cosas inusuales. —Hizo otra pausa, más breve—. Primero, los sismógrafos detectaron patrones similares en todas nuestras bases. Eran muy sutiles, imperceptibles para el ser humano y casi para nuestros instrumentos. Se detectaron en todas de manera simultánea, incluso en la situada en el otro continente. Y de repente, sin previo aviso, los obeliscos dejaron de expulsar las moléculas. Nunca en todo este tiempo desde que llegamos había ocurrido nada similar, así que no sabíamos de qué se trataba, pero puede que estuviera relacionado con lo que quiera que envió esas tres sondas.

»Pero lo más extraño ha sido sin duda lo que ha ocurrido en nuestra base científica del norte. Aquellas instalaciones se situaron en el mismo cráter por tratarse de un lugar con condiciones singulares, propicias para el módulo de terraformación. Entre las más importantes se encontraba el gran lago que ocupaba la mayor parte del interior del cráter. El doctor Kuznetsov, responsable de la base, informó alarmado de un extraño fenómeno que había comenzado a suceder en el cráter. El agua del lago estaba flotando en el aire.

»Yo mismo no me lo creí en un primer momento —reconoció tras una breve pausa—. Pero entonces vi las imágenes. Donde debería haber aire, había millones de litros de agua formando grupos de esferas en un fenómeno que he presenciado miles de veces a lo largo de mi vida, la falta de gravedad. Parecía una locura, pero en aquel cráter no había gravedad. Y lo que el agua dejó a la vista nunca lo hubiéramos imaginado. Había un hangar oculto en aquel lugar, bajo toda esa agua.

»La almirante Närhi envió a un grupo de sus mejores soldados para investigar el incidente. Es una pena que no hayamos podido profundizar más, pero aquello parece un puesto de mando de una civilización muy antigua abandonado hace muchísimo tiempo. La tripulación está inquieta, y no les culpo —suspiró—. Yo mismo creí que la raza que creó toda esta tecnología había abandonado este lugar sin dejar rastro. Puede que estuviéramos equivocados.

»Ayer reapareció la misma anomalía que observamos poco antes de que llegaran las sondas. Al principio no ocurrió nada, pero esta mañana una nave no identificada ha cruzado la anomalía. Hemos intentado contactar con ella sin éxito. Todavía no ha llegado hasta aquí, pero he ordenado al capitán Tiffin que alejen por seguridad la Galileo del planeta. Desconocemos las intenciones de los visitantes, pero tenemos que seguir los protocolos establecidos y dar por hecho que puede que no sean amistosos.

»He dado órdenes de que se oculte nuestro módulo de terraformación en esa especie de enorme hangar que hemos encontrado. Hemos ocultado también material y equipo. De alguna manera que todavía no entiendo, el hangar se ha cerrado justo después de que acabáramos de introducirlo todo. Es extraño decir esto, pero he sabido de algún modo que ese era un lugar seguro y que estaba tomando la decisión correcta al ocultar nuestra tecnología. Incluso he experimentado una sensación de *déjà vu*, como si ya lo hubiera hecho antes.

Steven se tomó su tiempo para proseguir. Se le notaba extraño, como si estuviera sintiendo esa misma sensación de nuevo.

—No sé lo que ocurrirá a partir de ahora, ni si esa nave resultará hostil, pero he decidido grabar este mensaje por lo que pueda pasar con todos nosotros a partir de este momento. Ahora mismo estamos en este refugio mil ciento veintisiete personas entre técnicos, ingenieros,

personal civil y un puñado de militares. La nave alienígena está ahora mismo a dos horas de aquí —dijo tras mirar la terminal de su izquierda—. La almirante Närhi ha tomado las riendas del proyecto ante la amenaza inminente. Casi la totalidad de sus efectivos se encuentra en la base Armstrong y organizan ya la defensa de nuestras instalaciones. Es duro pensar que ese pequeño grupo de valientes resulten ser el último reducto de la humanidad que nos separa de la extinción.

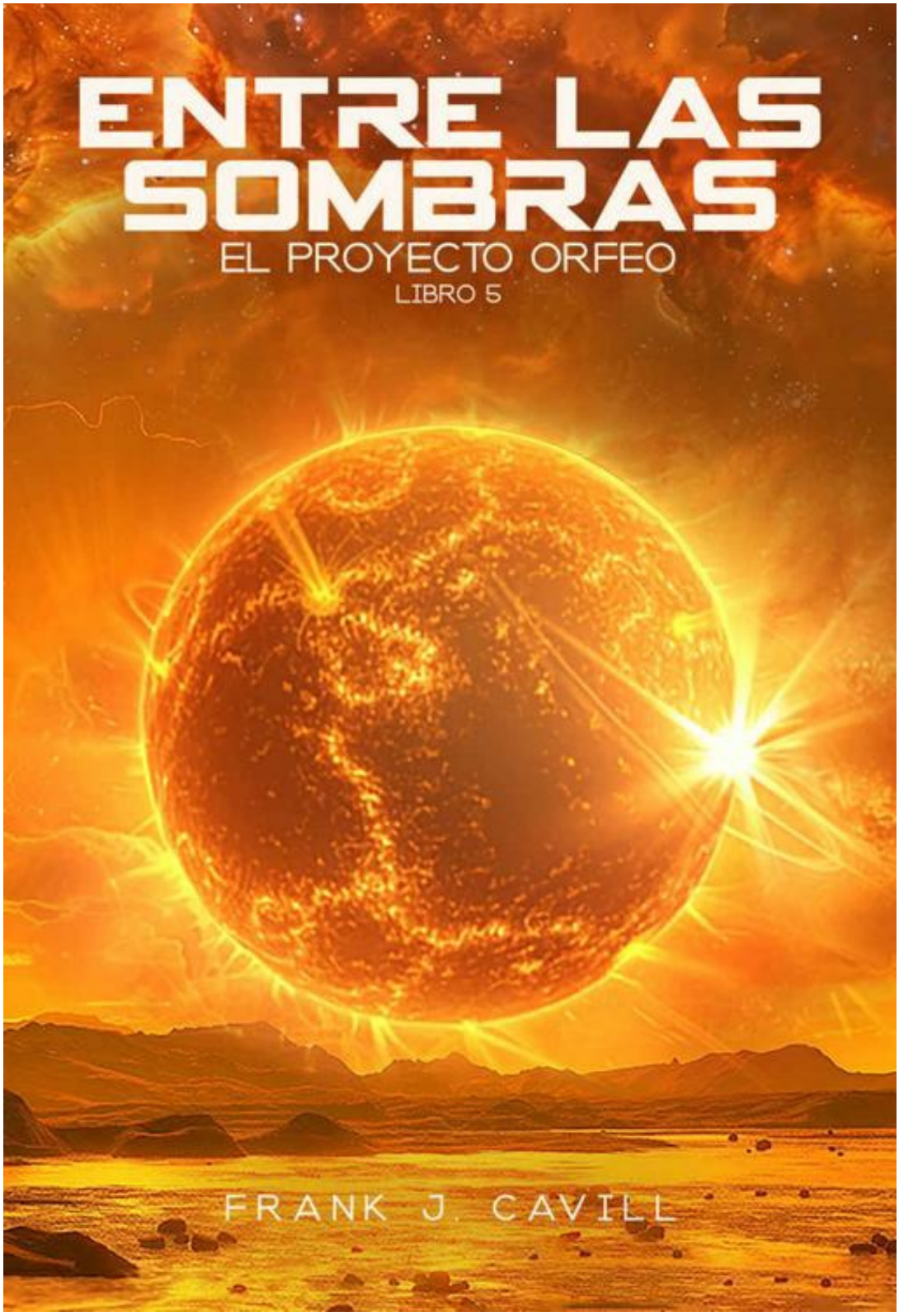
»A quien escuche estas palabras, a quien encuentre lo que quede de nosotros, solo quiero decirle que lo intentamos con todas nuestras fuerzas. Pero si no sobrevivimos a este encuentro, seas quien seas, quiero que sepas que nunca fuimos perfectos. Tampoco lo pretendimos. Cometimos muchos errores a lo largo de nuestra historia. Hemos robado a nuestros semejantes, hemos matado a nuestros hermanos y hemos mentido por intereses económicos. Hemos tropezado infinidad de veces con la misma piedra. Pero si algo nos ha caracterizado siempre es que cuando todo está perdido, cuando parece que no hay esperanza, nuestra especie consigue superar todas las diferencias que nos separan. Hemos ayudado al necesitado, hemos reído con desconocidos, hemos amado a nuestros hijos y sufrido con las desgracias de nuestros semejantes. Esa dualidad, esa manera de vivir nuestra efímera existencia, es lo que nos hace tan especiales. Espero que, en algún lugar del universo, la humanidad tenga una segunda oportunidad de continuar con su camino.

»Suelen decir que, en los últimos momentos de la vida de alguien, su vida entera aparece ante sus ojos. Sé que he cometido muchos errores en mi vida, pero el mayor de todos ha sido sin duda separarme de mi hija Emily. No hay mayor sufrimiento para un padre que el de dejar a una hija atrás sin saber si la va a volver a ver. A pesar de que todo fuera pactado, no puedo quitármelo de la cabeza. Hija mía —añadió mirando fijamente a la cámara—, estés donde estés, espero que puedas completar lo que hemos empezado. Que las estrellas nos guíen y que la humanidad prevalezca sobre todas las cosas.

La aventura continua en:

Entre las sombras (El Proyecto Orfeo, Libro 5)

¡Haz clic en la imagen o el enlace arriba para reservarlo!



Nota del autor:

Espero que hayas disfrutado del libro. Si es así, te agradecería en el alma si pudieras poner tu opinión en Amazon. Me ayuda enormemente pues otros lectores leen las opiniones y se guían por ellas a la hora de comprar libros. Como soy un autor autopublicado necesito de tu apoyo. Sólo tienes que ir a la página de Amazon o seguir este enlace:

Escribir mi opinión

Muchas gracias,

Frank J. Cavill

Agradecimientos

Me gustaría dar las gracias a todos los que han hecho posible que este libro salga adelante. Es muy difícil condensar en unas pocas líneas lo que ha significado para mí todo el apoyo y buenos consejos que he recibido desde que decidí embarcarme en esta aventura. Y aún a riesgo de no conseguir mi cometido, lo intentaré:

A mi gran amigo y mentor Pedro Urvi. Tú me enseñaste el camino y me ayudaste a recorrerlo. Todo esto ha sido posible gracias a ti. Miles de gracias.

A todo el equipo de Peterson Publishing. En especial a Mon, Luis y Kenneth por empujarme a recorrer el camino de baldosas amarillas. Sin vosotros nada de esto hubiera tenido sentido. Muchas, muchas gracias.

A Ana C., Miguel G., Andrea E. y Nuria M. por ser las mejores *alpha readers* que alguien pueda tener. Vuestros consejos, correcciones e ideas han sido vitales para que esto llegara a buen puerto. ¡Muchísimas gracias!

A David C., con el que me embarqué en esta aventura. Sin ti nada de esto habría ocurrido. Espero que nuestros caminos continúen en paralelo y que podamos disfrutarlo juntos. ¡Nos vemos al final del trayecto!

A Susana R. L., si Pedro es el padre de este libro, tú, eres la madre. Tus consejos y tus correcciones me han permitido llegar hasta aquí. Guardo con cariño tus enseñanzas. Espero ser un digno alumno de la mejor maestra posible. ¡Muchas gracias!

A Pilar García por diseñar las portadas que hacen posible que esta gota de agua destaque en el mar. ¡Gracias por todo!

A Tanya, por ser la guardiana del lenguaje, la vigía de la perfección. Nada de esto sería igual sin tu capacidad y tu mirada crítica. ¡Un millón de gracias!

A Aitor C. por tus explicaciones e ideas sobre mecánica orbital y astrodinámica. Gracias a ti, todo es mucho más realista. ¡Gracias de verdad!

A mis padres, gracias a su esfuerzo soy lo que soy. Espero que os sintáis orgullosos de lo que he conseguido. Gracias por dármelo todo.

A mis hermanas, por estar siempre donde se las necesita, por animarme con mis locuras y por acompañarme a lo largo de todo este camino. ¡Mil gracias!

Al resto de mi familia, sobrinos, tíos, primos, cuñados y demás. ¡Muchas gracias!

A todos mis amigos y amigas, por estar siempre ahí. Un pedacito de esta novela también es vuestra. ¡Gracias!

A ti, lector, por elegir mis libros. Espero que hayas disfrutado de la lectura y que me acompañes durante el resto de aventuras. Nuevamente, me gustaría pedirte que pusieras una reseña positiva para que otros puedan disfrutar de este maravilloso mundo que hemos creado. Muchas gracias, de corazón.

Y, finalmente, a Yuvi, la luz que guía mis pasos, mi inspiración. La única persona capaz de aguantar mis tonterías. Todo esto es por ti.

Muchas gracias a todos y un fuerte abrazo,

Frank J. Cavill.

Todos mis libros en Amazon

Haz clic en el enlace para descubrirlos

Únete a mi lista de correo para recibir las últimas novedades sobre mis libros:

Lista de Correo

¡Gracias por leer mis libros!

Comunidad:

Todos mis libros: **Frank J. Cavill**

Web: **frankjcavill.com**

X: **@FrankJCavill**

Facebook: **FrankJCavill**

Threads: **@frankjcavill**

Instagram: **@frankjcavill**

TikTok: **@frankjcavill**

Mail: **frankjcavill@gmail.com**



Copyright © 2024 Frank J. Cavill

Todos los derechos reservados

Entre las sombras (El Proyecto Orfeo, Libro 5)

¡Haz clic en la imagen o el enlace arriba para reservarlo!

